

LAS DOS NIÑAS DE PARIS



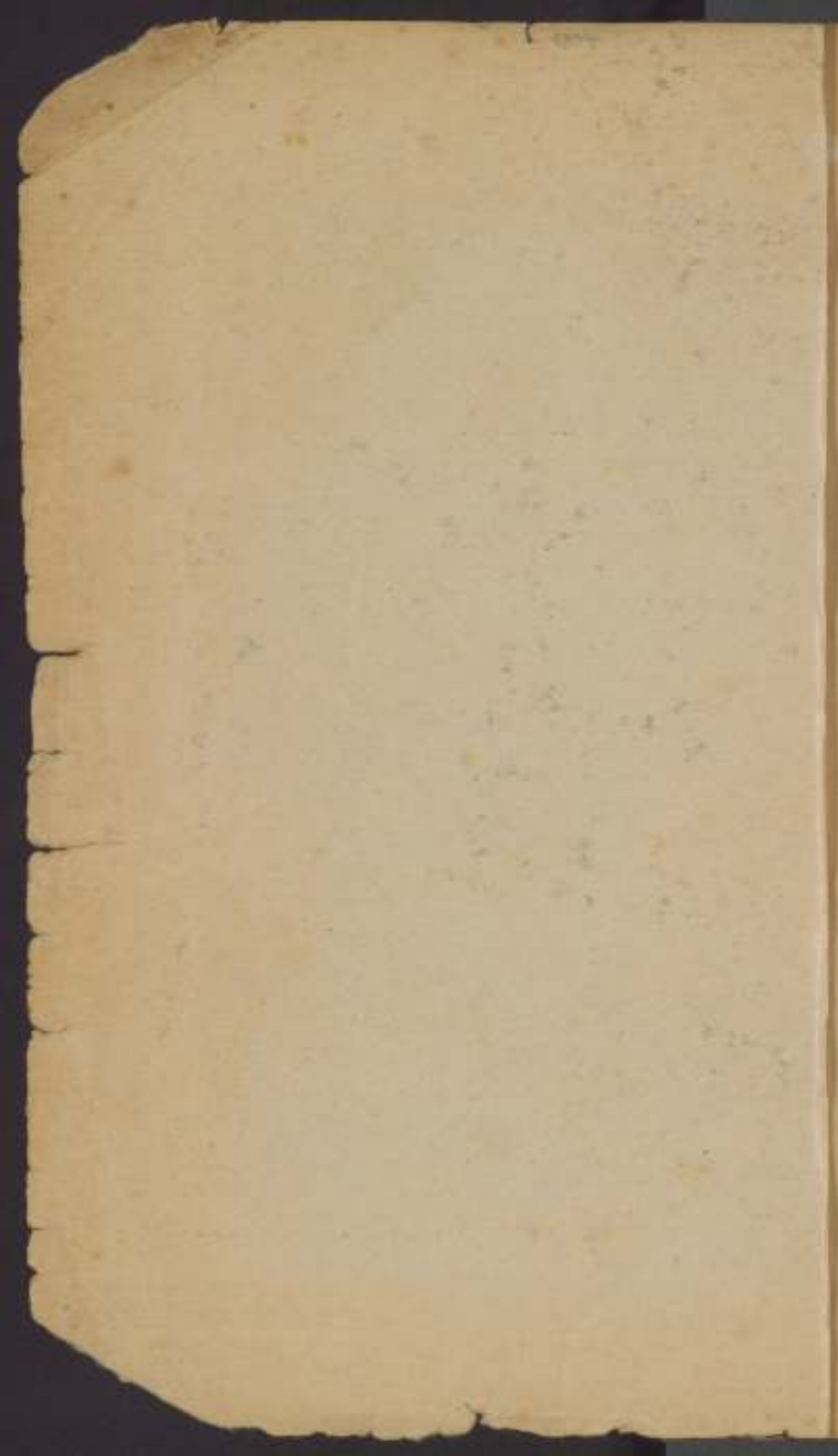
NOVELA CINEMATOGRAFICA DE LA MARCA GAUMONT

EN 12 EPISODIOS

por RABLO CARTOUX

Director de escena: L. FEUILLE

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A. - CALLE IMITACION, 31 - BARCELONA



LAS DOS NIÑAS DE PARÍS



12
:: LAS GRANDES NOVELAS CINEMATOGRAFICAS ::

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS

por

PABLO CARTOUX

Según la película de

LUIS FEUILLADE

SERIES «GAUMONT»



SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
Calle Diputación, 211 - Barcelona

ES PROPIEDAD

LAS DOS NIÑAS DE PARÍS

PRIMER EPISODIO Flores de París

I

PRIMO MANÍN

—¿Pedro Manín aquí?

El hambre interpelado alzó la vista y miró a su vecino, que le interrogaba:

—¿No me conoces?

—No, por cierto.

—¿No te acuerdas de Claudio Mir?

—¿Claudio Mir?

—Sí... del Odeón.

Pedro Manín, que parecía azarado, alargó indiferentemente la mano, en tanto que Claudio Mir continuaba la lectura del periódico.

Esto pasaba en el tranvía que va de la plaza de Massena al Hipódromo de Niza, una tarde despejada que anunciaba la primavera.

La multitud invadía el vehículo con su zumbante rumor, y con el tumulto de las conversaciones no llamó la atención el breve diálogo entre ambos hombres.

Momentos después, Claudio Mir dio familiarmente un golpecito en el hombro a Manín y le alargó el diario *Consuelto*:

—¿Qué te parecen tu mujer? ¡Qué encanto! ¡Vaya una carterita, amigo! ¡Es asombrosa! Lee.

Y en el periódico teatral, vió Manín este título, en grandes caracteres y a dos columnas:

La diva Inta Fleury, la reina de la ópera, emprende una compañía de seis meses alrededor del mundo.

Acompañaba al texto un retrato de Luisa Fleury con sus dos hijas.

Manín rechazó con un ademán el periódico, balbuciendo:

—¿Y qué? ¿Qué puede importarme eso?

—Si hubieras permanecido con ella — insistió Claudio Mir —, hoy tendrías automóvil propio para venir a las carreras.

Manín no respondió, dió la espalda a su vecino, miró la carretera polvorienta y no volvió a hablar.

El voluntario mutismo de su compañero impuso silencio a Claudio Mir, quien, con esa familiaridad que pronto se adquiere entre jugadores, empezó a hablar de las carreras con las personas que estaban junto a él.

El tranvía había llegado al hipódromo. Apeáronse los viajeros y se unieron a los que se empujaban a la entrada del pesaje.

El hipódromo de Var, con sus blancas tribunas y sus árboles en flor, aparecía primaveral, bajo un cielo de un color azul intenso.

El gentío corría de aquí para allá y se formaban grupos numerosos.

Manín pasó rápidamente por delante de Claudio Mir, sin saludarle.

—No me es desconocida esa cara — dijo una joven —. ¿Quién es... ese muchacho efritado, de ojos negros y un tanto corpulento, que acaba de cruzar con nosotros?

—Es Manin — respondió Claudio —, el marido de Liseta Fleury, la cantante de operetas, a quien supongo conocerá usted. Es un jugador desenfrenado. Hace tres años que nadie sabía lo que había sido de él, y, dicho sea entre nosotros, no me extrañaría nada que saliera de la cárcel.

La joven miró sin asombro alejarse el personaje de quien le daban esos informes, y luego mezclóse con su compañero entre la muchedumbre.

Indudablemente Manin estaba más afectado de lo que quería aparentar, por las pocas palabras que acababa de cambiar con su antiguo compañero del Conservatorio. Bastó que este último le hablase de Liseta Fleury para que al punto le viniera a la memoria todo su pasado.

Había tenido cuanto hace falta para ser feliz. Era hijo de una excelente familia, y a pesar de todos los prejuicios burgueses que pudieran tener los suyos, no se le contrarió en su vocación cuando anunció a sus padres que deseaba dedicarse al teatro.

Tenía verdaderas dotes para ello, un físico agradable que le designaba para representar los papeles de galán joven del repertorio moderno; poseía voz cálida, simpática, vestía elegantemente e inspiraba confianza al dar un aprión de manos.

Tuvo buenos éxitos en el Conservatorio, y su carrera teatral se había presentado muy bien, aunque sus comienzos fueron tan angustiosos como los de tantos otros.

Tras cuatro años de verdadero trabajo tropezó con la que había de ser su mujer: Luisa Fleury, cuya fama de tiple de ópera empezaba a desarrollarse.

Los juegos del teatro y del amor acercaron a esos dos seres que no se conocían mucho y que, si hubieran estudiado sus caracteres, no habrían unido su existencia.

Manin, en cuanto aseguró el mañana, una vez casado, varió completamente de modo de ser. Creyó que su condición de marido de una artista conocida no era compatible con una posición personal inferior a la de su mujer, y sin que tuviera

envidia de su compañera pensó que si no podía él lograr los primeros papeles en las obras que representaba, era preferible no perseverar en una profesión que sólo afrontas reservaba a su amor propio.

En los primeros tiempos de su matrimonio, la pasión que Liseta Fleury tenía por su marido impedíale ver esa transformación, bastante lenta; pero poco a poco se percató de que, a pesar de sus observaciones, no se daba Manin mucha prisa en buscar papeles y de que gaudíale mucho y necesitaba constantemente dinero.

No es que fuera mal hombre, pero sí era voluble y tenía amistades que podían serle muy perjudiciales, y no dejaron de serlo.

Tuvieron dos hijas. La cantante creía que la presencia de las dos niñas recordaría al padre la necesidad de trabajar; pero éste se hallaba ya muy metido en el mal camino para poder volverse atrás.

Continuó sus gastos exagerados, y poco después pidió al juego, en particular a las carreras de caballos, el restablecimiento de una posición que cada día estaba más comprometida.

A cuantos consejos le daba su mujer, respondía invariablemente:

—No te preocupes: cuando encuentre un papel que me convenga, ya puedes suponer que yo seré el primero en aceptarlo.

Por espacio de tres años continuó con el mismo razonamiento, que no tranquilizaba a Liseta.

Cierta mañana se fué como de costumbre a las carreras; pero aquella noche no regresó a su casa y estuvo ausente una semana, al cabo de la cual volvió becho una lástima, después de haber cambiado sus ropas por unos andrajos y en tal estado de salud, que tuvo que guardar cama algunos días.

Su esposa le amenazó con un rompimiento; pero la presencia de las niñas le inclinó a la indulgencia, y perdonó. Manin tomó esa bondad por debilidad, y dos meses después repitió una escapatoria por el estilo.

De nuevo fué perdonado.

Por último, una fuga de quince días volvió implacable a Liseta Fleury, y el marido tuvo que dejar el domicilio conyugal y hubo demanda de divorcio.

Desaparecido ya el único lazo que le ligaba a una existencia normal, Manin se dejó arrastrar por sus inclinaciones. Con remordimientos a ratos, pero sin ninguna presión sobre sí mismo, empezó a vivir al día, rodeándose de individuos sospechosos que le proponían «combinas» más o menos decorosas.

Al principio resistió a cuanto le decían; mas luego, privado totalmente de recursos, aceptó el ayudarlos en sus más tristes tareas.

Su mujer era ya célebre y él se hallaba aquel día en el hipódromo, con algunos cientos de francos en el bolsillo, sin saber lo que le reservaba el mañana, intentando siempre asegurarse la «materialidad de la vida» por alguna jugada afortunada.

Compró el programa de las carreras, eligió caballos y apoyóse maquinalmente en una balaustrada para ver las pruebas.

En torno suyo bullía la multitud, se apasionaba, gritaba. Él sentía un poco de amargura y cierta ira contra aquella gente que no reparaba en su miseria.

Perdió diez francos, luego veinte, sesenta. Terminadas las carreras, apenas le quedaba dinero para cenar.

Abrumado, dando vueltas a sus recuerdos, volvió a pie, cabizbajo, sin ideas precisas, sin saber lo que haría una hora después. Y como ex profeso, se presentaba obstinadamente a sus ojos la imagen de su mujer y de sus hijas que su antiguo compañero de otros tiempos le había enseñado en el periódico.

II

LA SALIDA DE UN BUQUE

En tanto que su marido, de quien no había tenido sino escasas noticias, agotaba en el juego sus últimos recursos, Liseta Fleury procedía a los preparativos

de marcha, en su mansión del Campo de Marte.

El piso en que vivía estaba amueblado con gusto, pero con esa negligencia que induce a suponer que la dueña de la casa no siempre tiene tiempo de cuidarse de su hogar.

En las sillas de todas las habitaciones había una confusión de ropas, de trajes de teatro y pelucas.

En la sala, una criada, arrodillada, arreglaba en un baúl vestidos de mujer que le iba dando una obrera de una casa de modas. Un botones aguardaba a que la artista despachase con el peluquero.

Abríóse la puerta de la sala, y una niña de siete años, vestida aún con el pijama nocturno y con una servilleta en el cuello, anunció:

—Mamá ya está peinada: pueden ustedes pasar.

Obrera y botones entraron en un aposento donde estaba Liseta Fleury, sentada ante el tocador y vestida con un peinador que hacía resaltar la belleza de su cuerpo esbelto y que daba una especie de gracia natural a su rostro, a sus cabellos oscuros y a sus ojos negros y rasgados.

Examinada atentamente, no tenía Liseta Fleury la sonrisa ni la espontaneidad que tanto se admiraban en escena.

No todo eran niegrins en su vida, sino que, como madre, había pasado horas amargas. Claro está que los éxitos de su carrera artística podrían mitigar algo sus penas de esposa; pero, así y todo, fué tanta la decepción que le había producido Manin, que en las horas de descanso sentía honda tristeza.

Había padecido mucho por la mala conducta de Manin, a quien amó infinitamente. Al salir éste del hogar conyugal, sintió ella como un gran alivio por no tener que vivir ya con alguien que era para sus hijas, y sobre todo para ella, objeto de repugnancia y obsesión.

Pero en aquellos momentos estaba aun mucho más preocupada por saber qué clase de vida llevaría el miserable y si deshonraría el apellido que ella había llevado y que sus dos hijas seguían llevando.

De vez en cuando recibía telegramas o cartas lacónicas pidiendo dinero en tono imperativo, y por temor a un *chantage*, de que Manin hubiera sido capaz, al verse en la miseria, satisfacía como lo era posible las exigencias de su ex marido.

Liseta tenía que marcharse, y como Manin no dejaría de saberlo, era menester poner a las hijas al abrigo de las amenazas y tal vez de las maniobras criminales de un padre que estaba en situación aporradísima.

La madre miraba a sus hijas a Ginette, la mayor, de diez y seis años, quien, a su vez, dirigía a Liseta miradas tiernas y tristes, al pensar en aquella larga partida de su madre, que nunca se había separado de ella.

Su hermanita, Gaby, contrasta al ver gente y lujos vestidos, saltaba como un animalito por el cuarto.

Comprendíase fácilmente que para ambas niñas no había nada más hermoso ni más elegante que su madre.

Liseta Fleury mandó retirarse al botones y a la obrera y atrajo a sí a las dos chiquillas.

—Séis meses sin veros, hijas mías, ¡qué largos van a parecerme! — Y acarició las dos queridas cabezitas. — ¿Seréis buenas?

—Puedes irte tranquila — dijo la mayor —; cuando no estés aquí, pensaremos en ti de tal manera, que a la fuerza tendremos que ser buenas.

—Eso dices, Ginette, pero ¿estás segura de que será así? En fin, lo que me consuela algo de mi pena es que la buena de sor Verónica ha querido encargarse de vosotras. Mirad la carta que me acaba de enviar.

Cogió del tocador un papel y leyó:

Hija mía: Consiento en encargarme de sus dos niñas durante la larga ausencia de usted, en agradecimiento al bien que siempre ha hecho usted a nuestra comunidad y en recuerdo de la época en que era usted la mejor y más linda alumna de nuestra casa. Pero le suplico que recomiendo bien a sus hijitas que no revelen a sus compañeros ni la pro-

fesión que usted ejerce ni que está usted divorciada. Vale más que no se sepa esto.

Al llegar a este pasaje interrumpió Liseta Fleury la lectura y miró cariñosamente a Ginette.

—¿Por qué no hay que decirlo, mamá? — preguntó Gaby.

La artista no respondió; pero Ginette, que tenía ya cierta experiencia de la vida, se llevó aparte a su hermanita y le dijo:

—Mira, Gaby, cuando se tiene un padre que lleva cinco años fuera de casa, sin volver para nada, no hay motivo de vanagloriarse; y en cuanto al oficio de artista que tiene mamá, ahora vas a comprenderme: mamá es célebre, ¿verdad?

—¡Sí, sí! — dijo Gaby, con toda el alma.

—Pues, si dijésemos que es una gran artista, las demás niñas del convento, que no tienen una mamá tan célebre como la nuestra, quedarían humilladas, ¿verdad?

—Sí.

—Así que has de ser muy amable y no hablar del oficio de mamá, ¿me lo prometes?

—Sí, Ginette, te lo prometo.

Y volviendo las dos hacia su madre, preguntó Ginette:

—¿Qué más dice sor Verónica?

—Escuchad.

Le deseo un buen viaje, hija mía, y pido a Dios por usted. Sé que no ha olvidado las enseñanzas de su juventud, y le abraza muy cariñosamente

Sor Verónica

Liseta Fleury calló. Todo cuanto la rodeaba, y principalmente sus hijas, le hacían tan penosa la idea de la separación, que no pudo contener las lágrimas.

—No llores, mamá, por favor — suplicó Ginette —, de lo contrario nos faltará valor.

Un campanillazo interrumpió esas ternuras.

—Es visita, hijas mías — dijo Liseta.

En efecto, abrióse la puerta y apareció una cara muy alegre.

— ¡Padrino! — exclamó Gaby, arrojándose en brazos del recién llegado.

La niña se reía con ganas. ¡Qué amable era aquel alegre padrino que llevaba en las manos flores para Liseta Fleury y cuyos bolsillos estarían seguramente llenos de golosinas!

Nadie sabía mimar como él a las niñas y hacerse querer por su buen humor, que se manifestaba lo mismo en el escenario que fuera de él. Porque el padrino de las dos niñas tenía un nombre célebre en los cafés cantantes: Chamberlin, y por un don raro y especial, ese cómico que hacía reír en tantos teatros populares, no era triste en su vida privada.

— Querido Chamberlin — le dijo Liseta Fleury —, ¿sigue decidido a partir esta noche con nosotros para Marsella, y pasado mañana a llevar las niñas a Grasse, a casa de ser Verónica?

— Bien sabe usted, amiga mía, que puedo contar conmigo. Tremos los tres a Grasse — dijo, señalando a las dos niñas.

— Mucho le agradezco que se interese por ellas como lo hace.

— Vamon, vamon, Liseta, déjese de cumplidos: lo que hago es muy natural; ¿qué no haría uno por estos dos diablillos, que, en el fondo, tal vez quieren más al padrino que los bombones que les trae?

En este momento entró la doncella con un telegrama en la mano, interrumpiendo así a Chamberlin.

— ¿Qué es esto? — dijo la cantante. Y abrió el telegrama y leyó:

Estoy en Marsella, desesperado, sin recursos. Espero socorro inmediato. Pedro Manin. Hotel del Globo.

— ¡Mice usted! — exclamó la artista, alargando el telegrama a Chamberlin.

Este lo leyó y expresó su contrariedad, encogiéndose de hombros.

— ¿Qué quiere usted, amiga mía? Es muy natural: cedió usted la primera vez, y no hay razón para que no continúe esto.

— Es que, después de todo, no puedo dejar a ese desdichado en medio del arroyo, por poco digna de compasión que sea.

— ¿Por qué no?

— Porque usted no le conoce: sería capaz de todo, desde el momento que no tiene dinero.

— Con semejante razonamiento, nunca se librará usted de él. Tiempo ha que se lo he dicho: si no toma usted la determinación de no volver a contactarle, será usted una eterna víctima.

— ¿Y cree usted que si no le contacto él no intentará algún *chantage*?

— Cuando menos, podrá usted defenderse; mientras que obrando como hasta ahora, sus hijas se resentirán de la poca delicadeza del padre.

No obstante, Liseta Fleury había sacado del saco de viaje unos cuantos billetes.

— Escúcheme, Chamberlin; ahora que me voy para seis meses, no puedo dejar sin dinero a ese desgraciado.

— Pero... ¿y sus hijas? Se lo repito... piense en ellas. ¡Más necesitan ellas los ahorros que pueda usted hacer, que no ese miserable!

— Vamon, Chamberlin, envíele usted este giro telegráfico.

— No: es una locura — repuso el cómico —, yo no puedo ser cómplice de las debilidades de usted.

— Vamon, querido Chamberlin, no pierda el tiempo en discusiones y hágame ese favor.

No se podía resistir más. Chamberlin metió en la cartera el dinero que le daba Liseta Fleury, y como en aquel momento entraban en el cuarto las niñas y le sorreían, las cogió de la mano y se fué con ellas a la antesala. Al llegar allí no pudo menos de expresar en alta voz su pensamiento.

— ¿Sabéis lo que os digo, hijitas? ¡Pues que vuestra madre es un ángel, una santa!

Alzó los ojos al cielo, cual si tomase a Dios por testigo de sus alabanzas, y, para sus adentros, añadió: «¡una víctima y una... prima!»

III

EL ECCENTRO

La misma noche, Liseta Fleury, en compañía de sus dos hijas y de Chambertin, tomaba en la estación de Lyon el tren que a las once de la mañana siguiente les dejaba en Marsella.

A media tarde fueron los cuatro a bordo del *Himalaya*, en el cual debía hacer la artista la travesía hasta Egipto.

Nada hay más triste que las despedidas en el puerto. Todo evoca allí el vasto mundo, todo mueve a pensar que el menor viaje está lleno de peligros y aventuras. Y para Liseta Fleury, que dejaba tras de sí dos hijas, la mayor de las cuales tenía diez y seis años y apenas ocho la menor, la partida era algo así como «un poco de muerte».

Chambertin tuvo la feliz idea de abreviar aquellos desgarradores instantes.

Llegóse con las dos niñas al camarote de la madre, y allí, después de los besos y recomendaciones que se prodigan en tan tristes despedidas, muy emocionado, y no queriendo parecerlo, ni atreviéndose a irse demasiado pronto, e impaciente por abreviar las emociones, decidióse a coger de la mano a Ginette y a Gaby y a llevarlas a tierra.

El automóvil que había conducido a la pasajera y a sus acompañantes esperaba en el muelle de la Joliette a Chambertin y a las dos niñas.

El artista, no acostumbrado apenas a representar ese papel de padre, sentíase orgulloso de llevar de la mano a aquellas chiquillas en quienes ponía toda la ternura de su corazón de solterón.

Las miró cariñosamente y, sonriendo, les dijo:

— ¡Se me ocurre una idea... y buena!

— ¿Cuál, padrino?

— ¿Y si subiéramos a Nuestra Señora de la Guarda? Desde allí veríamos el *Himalaya* y podríamos dar el último adiós a mamá.

Ambas niñas aplaudieron el proyecto, y los tres se encaminaron a la cima en que se alza la Virgen, de donde se ve toda Marsella y se abarca también el pano-

rama de las colinas, el mar y sus islas. De pronto exclamó Ginette, al tiempo que con el dedo mostraba un buque en el horizonte:

— ¡El *Himalaya*!

En efecto, doblando el castillo de If, el gran vapor surcaba el agua azul, dejando tras sí, en el cielo, una nube de humo blanco que se desvanecía en el aire como un recuerdo.

— ¡Pobre mamá! Acaso esté mirando aquí en este momento — dijo la mayor, en tanto que Gaby, tras un rato de silencio, preguntaba a Chambertin si desde allí se veía a París...

Ginette no podía apartar la vista del barco, que aun se adivinaba más que se veía.

— Vámonos — dijo Chambertin —, que ya es hora.

Y ya sin esperanza de ver nada que les recordase a la ausente, emprendieron tristemente el camino de regreso.

Al bajar del ascensor encamináronse al automóvil que les aguardaba, y en el preciso momento en que Chambertin iba a hablar al chófer, surgió un hombre y corrió hacia ellos.

— Suplico a usted que me salve, caballero — dijo, sin dar al artista tiempo de pronunciar una palabra —. Estoy perseguido.

Chambertin púsose instantáneamente delante de las niñas y miró al suplicante. Al principio titubeó en dar nombre a aquel rostro, pero una vez que lo hubo examinado detenidamente, al ver aquella cara afeitada, surrada de arrugas profundas, con ojos a la vez vivos y turbios, no dudó ya: era Pedro Manin, el marido de Liseta Fleury, el que imploraba socorro...

Lo mejor era acobardar pronto, tanto para el infortunado como para las niñas, sus hijas, que quizá no les había visto y que probablemente no le habrían reconocido.

— ¿A dónde quiere usted ir?

— Quiero salir de Marsella. Tengo motivos...

— Está bien.

Mandó subir a Manin al automóvil y dijo a media voz al chófer:

—Conduza a este señor a la estación de San Carlos.

Chambertin volvió junto a Ginette y a Gaby, disimulando su preocupación. Pero no pudo evitar esta pregunta de Ginette:

—¿Quién es ese hombre?

Chambertin intentó contestar negligentemente:

—Un desgraciado que conocí... en otro tiempo...

Mas Ginette, con voz dulce, que hizo estremecer al artista, insistió:

—Yo le conozco.

Y, para que su hermanita no la oyese, balbució:

—Es papá.

Chambertin consideró que era inútil mentir. Se llevó un dedo a los labios para dar a entender a Ginette la conveniencia de que Gaby lo ignorase todo, y prosiguió su camino. Estaba mucho más turbado de lo que quería dejar ver. El telegrama de la víspera a Liseta Fleury, la desesperación del marido momentos antes, todo le hacía presentir claramente un drama que en vano intentaba el artista imaginarse.

Además, como para precisar sus inquietudes, le detuvo un individuo, cuyos pasos había oído tras él.

—Dispense usted, caballero.

El desconocido sacó de la cartera una tarjeta de agente de seguridad.

—¿No ha visto usted ahora mismo un hombre moreno, de americana y sombrero blando?

—No — respondió Chambertin —, yo...

—Yo sí le he visto — interrumpió Ginette.

Chambertin miró con sorpresa a la niña.

—¿Le ha visto usted? — preguntó el policía.

—Sí.

—¿Un hombre de unos cuarenta años... con traje castaño?

—Sí.

—¿Dónde está?... Pronto... señorita.

—Pues... ha tomado el funicular; ha debido de subir a Nuestra Señora.

Chambertin no pudo menos de sonreír.

El policía, poco sutil, no esperó más

explicaciones. Se fué a toda prisa camino de los ascensores.

—¡Ay! — exclamó Gaby —. Ginette va con él...

En efecto, la hermana mayor había seguido al inspector antes que Chambertin pudiera detenerla. El policía llegaba a la taquilla del funicular, cuando Ginette le preguntó:

—Dispénsame, señor, quisiera saber una cosa. El hombre de que usted habla no parecía malvado... ¿qué ha podido hacer?

—Se ha fugado de la cárcel y le estamos buscando — dijo el policía.

—¡Ah!

Ginette se ahogaba. Parecía que iba a desmayarse. Apenas tuvo fuerzas para dar las gracias al inspector, que se impacientaba al ver comprometida su cara; y al fin, fué la niña a reunirse con Gaby y Chambertin.

—¿Qué nos preguntado a ese individuo? — le dijo el actor.

Ginette, pálida, pero dominando su pena, repondió:

—Nada, padrino... nada...

Y los tres bajaron en alianza a la ciudad...

IV

EN EL CONVENTO

—Después de todo — pensaba Chambertin en el tren que le conducía con las niñas al convento de sor Verónica, cerca de Grasse —, ¿quién me dice que no nos son favorables los acontecimientos? Mañana debió de tomar ayer el camino de París. Ahí es donde puede hacer que le olviden antes. En cuanto a las niñas, pronto estarán a cubierto de todas estas cosas, en el convento de esas buenas hermanas. Además, dentro de seis meses tendrán a su madre.

Paró el tren. Chambertin fué el primero en salir del vagón y ayudó a las niñas a apearse. Estaba enternecedor con sus ademanes protectores, algo torpes, y sus tiernas miradas de aya timorata.

Los tres fueron con paso rápido al convento. El actor hacía prudentes recomendaciones a las niñas, y para que les fuera menos penoso el destierro, elogiaba la belleza del país, que ellas podrían admirar en sus paseos.

Al volver un recodo del camino vieron el convento, de claras paredes. Chamberlin llamó a la puerta.

— ¡Hermosa casa! — dijo —. ¡Cuánto me gustaría vivir aquí!

Las niñas, sobre todo Ginette, sabían que convenía mostrarse circueñas; así, pues, al recibir las la hermana tornera, sus rostros no expresaban tristeza, ni derramaron lágrimas al entrar en el dormitorio, algo frío, donde tenía que venir a buscarlas sor Verónica.

La esperaron un ratito, que Chamberlin empleó en imprimir a su rostro un aspecto todo lo burgués posible.

Al presentarse la madre superiora, produjo en ellas muy buena impresión las niñas y también el padrino, que sabía ser hombre de mundo cuando era necesario.

Después de hechas las presentaciones, Chamberlin apresuró el despedirse de las niñas, considerando innecesario revivir todas las emociones de la víspera. Las besó cariñosamente; sor Verónica le aseguró que se quedarían contentas, y fué el padrino sin dar tiempo a enternecerse con exceso.

— Es un hombre bonísimo nuestro padrino — dijo la superiora, en cuanto se marchó Chamberlin —. ¿A qué se dedica?

— En Chamberlin — contestó Gaby, para quien ese solo nombre debía decirlo todo.

Pero Ginette, menos ingenua, añadió esta explicación:

— Sabe usted... el gran cómico de Folies...

La superiora «no sabía»; y, con ligero tono de reproche, exclamó:

— ¡Ah! Es un artista...

Y para no insistir en ese tema demasiado profano, llevó a las niñas al patio del colegio, en dónde, a la sombra de los plátanos, se divertían otras niñas, satisfechas de vivir...

Pronto entablaron relaciones Ginette y Gaby con sus compañeras: la juventud goza del privilegio de no ser desconfiada.

Las recién llegadas eran amables, cariñosas, llevaban a aquel convento provinciano una sonrisa de niños parisenses y un desparpajo que alegraba a todos, incluso a las monjas.

Ginette, que no se había olvidado de Mariella y del misterioso encuentro con su padre, hallaba allí alivio a sus preocupaciones y a sus penas. Gaby no había jugado nunca de más buena gana... ¡Cómo se divertían todas en el dormitorio cuando la vigilante había acabado su ronda!

Una noche, las alumnas se habían reunido en torno de las parisenses, y les habían dicho: «Enseñadnos esos bailes de moda de que tanto se habla.»

Y durante un rato, en la gran habitación iluminada por una tímida lamparilla y un rayo de luna, se presentó un extraño espectáculo, en medio de las camas deshechas: Ginette y Gaby, en cuenta de dormir, tarareaban y bailaban un *fox-trott*. ¡Bailé delicioso de fantasía y de candor! Las provincianas intentaban imitar a sus profesoras, y toda aquella infancia daba vueltas y balanceábase entre grandes carcajadas.

Pero... de pronto, acudió una espectadora que no estaba invitada...

La hermana vigilante, que había oído ruidos sospechosos de pasco en el dormitorio, abrió cautelosamente la puerta y no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Hubo un segundo de parada y luego una pausa. Una varita mágica no hubiera transformado más rápidamente un salón de baile en dormitorio. Todas las niñas corrieron a sus camas, envuélvase en las sábanas y fingieron dormir... Pero Ginette — la profesora — no tuvo tanta ligereza para esconderse, y no costó mucho a la religiosa adivinar que aquella fué la iniciadora de sus compañeras en aquellas diversiones prohibidas.

— ¡Está muy bien!... Mañana responderá usted de este escándalo.

A la mañana siguiente, Ginette y Gaby

comparecían en el despacho de la superiora ante un pequeño tribunal compuesto de sor Verónica y de la vigilante misma.

Gaby no comprendía toda la gravedad de su falta; pero Ginette estaba algo avergonzada de tener que explicarse ante la que era tan bondadosa para ella.

Ginette — dijo sor Verónica —, mucho me sorprende lo que me dice la vigilante. Anoche ha promovido usted un gran desorden introduciendo aquí costumbres de la capital reprobadas por la religión y la moral.

Ginette intentó protestar. La hermana vigilante la interrumpió:

— ¡Si hubiera usted visto qué abominación, madre!

La superiora sonrió un poco ante esas palabras que se le antojaron exagerar quizá el pensamiento de la joven religiosa y dijo no sin cierta ironía:

— Ginette, su conducta no tiene disculpa y tenemos que aplicarle un castigo. Sin embargo, tengo grandes deseos de formarme exacta opinión del mal ejemplo que ha dado usted a sus compañeras. Quiero ver por mis propios ojos.

— ¿Quiere usted que le enseñen el *fox-trot*? — preguntó Ginette, que no daba crédito de sus oídos.

— Cabelmente — respondió la superiora —, el *fox-trot*...

Ginette y Gaby titubearon; pero aquello era una orden. Y la mayor de ellas empezó a tararear el *Pelicans*, enlazó a su hermana y bailó como la víspera; al principio con timidez; luego, poco a poco, fue arrastrándola al ritmo de la música, y ante la hermana vigilante y la superiora, bailó el *fox-trot* con el mismo desperpajo con que lo hacía antes en París, ante la benévola mirada de su mamá.

La madre superiora dejó ver un mohín de ligero descontento; pero, conquistada poco a poco por la melodia, y más que nada por el inocente encanto de aquella pueril que tan a gusto brincaba y daba vueltas, acabó por marchar con la esbelta del compás del *Pelicans*.

La vigilante la miraba con estupor. Sin embargo, el tribunal parecía decidido a la indulgencia.

— Está bien — dijo de pronto la superiora —; mejor dicho, está mal. Usted, Ginette, conjugará el verbo «escandalizar» a sus compañeras en el dormitorio; en cuanto a usted, Gaby, se quedará de cara a la pared durante el recreo.

Ginette y Gaby, contentadas de haber salido tan bien libradas, se marcharon, disimulando su alegría.

Durante el recreo de la tarde, Gaby permaneció castigada en un rincón, mirando a la pared, en tanto que Ginette, sola en una clase, conjugaba penosamente:

Yo escandalizo a mis compañeras en el dormitorio.

Tú escandalizas a tus compañeras en el dormitorio...

Aunque había decidido escribir cuanto antes su castigo, veníanle muchas ganas de zomarse a la ventana, bajo la cual jugaban sus compañeras.

Corrió allí, vió a Gaby que estaba de hocico al contemplar las piedras del edificio y le envió un beso.

Siempre se acuerda uno de los tiempos felices en los momentos de tristeza.

Ginette evocó un instante el recuerdo de su madre y se consideró muy miserable; y para expresar la pasajera rebelión de su corazón en una frase que manifestara su afán de libertad, escribió en la pizarra de la clase, con grandes letras, estas palabras:

¡Vivan las evocaciones!

Tras lo cual volvió a su puesto y continuó escribiendo rápidamente:

Yo escandalizo a mis compañeras de dormitorio...

Había llegado al imperfecto de subjuntivo, cuando se abrió la puerta de la clase.

Levantó la cabeza y vió a sor Verónica. Al punto volvió a bajarla, asustada al pensar que la monja vería el grito subversivo puesto en la pizarra. Pero, en vez de la voz irritada que temía, oyó que la superiora le decía tímidamente:

— ¡Hija mía!

Ginette alzó los ojos.

La superiora estaba llorando. Emocionada la niña, y creyendo que lo por ella escrito en el tablero era la causa de aquellas lágrimas, se apresuró a decir:

— ¡Madre, no lo haré más!

Y levantóse de su sitio para ir a borrar la inscripción.

Sor Verónica le dejó borrarla; después la cogió maternalmente en brazos y le dijo:

— Hija mía, quisiera hablarle muy seriamente. Ya es usted mayorcita... debe tener mucho valor... una desgracia...

— ¡Una desgracia! — exclamó Ginette.

— Sí, querida; su mamá...

— ¡Mamá?

— El *Himalaya* ha naufragado.

Y la monja desvió la cabeza, para que la niña no la viera sollozar.

Ginette profirió un grito desgarrador y cayó en un banco. En aquel momento, una vigilante traía a Gaby, que antes de saber cosa alguna, al ver llorar a su hermana, se echó en los brazos de Ginette.

— Su pobre madre ha muerto — repetía maquinalmente la superiora —; su padrino me lo ha dicho. Vamos, Ginette, sea valiente.

Era mucho pedir a aquellas chiquillas, cuyo dolor no podía calmarse con nada.

Chambertin, que había llevado la triste noticia al colegio, entró en la clase. También él estaba indefenso contra tan injusto golpe de la fortuna.

Dió a Ginette un periódico en cuya primera página se leía:

Se confirma el naufragio del Himalaya.

El Himalaya, que hacía rumbo para el canal de Suez, acaba de irse a pique, por haber chocado con una mina.

La vigilante pronunció algunas palabras de esperanza.

— No cabe duda alguna — repuso Chambertin —. La compañía trasatlántica de Marsella, adonde he acudido antes de venir aquí, me ha confirmado la catástrofe.

Fuera, se oía el canto de las niñas que jugaban al corro.

Y todo el drama entre las cuatro paredes de una clase, en donde generalmente no se conocían más que disgustillos sin importancia.

La superiora condujo a Chambertin al locutorio y le preguntó:

— ¿Qué vamos a hacer de estas niñas?

— Yo he venido a buscarlas — dijo Chambertin —. Mi deber es llevarlas a casa del señor Bertal, su abuelo, a quien no conocen. Le he teleografiado y me ha contestado que las espera. Le aseguro, hermana, que las suco de aquí con gran pena, ya que no puedo encargarme yo de ellas y no sé la existencia que les aguarda. Tenemos tren dentro de una hora, y le suplico que se sirva preparar sus equipajes para que podamos irnos sin tardar.

La superiora y Chambertin continuaron hablando. Ingenosamente le contaba éste sus vicisitudes de cómico a quien la vida lleva a todos los rincones del mundo.

— ¡Por qué no tendremos hijos usted y yo, hermana, que tanto los hubiéramos amado?

La hermana vigilante se cuidó de los equipajes. Momentos después anunciaron a Chambertin que les esperaba el coche que había de conducirlos a la estación. El cómico cogió de la mano a las niñas, despidióse de sor Verónica, y así fué como Ginette y Gaby salieron del convento de Grasse, en donde se guardó durante mucho tiempo recuerdo de las dos pequeñas parisienses que un día partieron llorando hacia un destino misterioso.

V

EL ABUELLO

Chambertin llevaba a las dos niñas a Saint-Fons, en donde vivía hacia años el señor Bertal, padre de Liseta Fleury.

Era éste un hombre raro, de aspecto poco amable y rostro tostado por el sol, con ojos duros, en los que de vez en cuando brillaba como una sonrisa un destello de bondad feroz.

Bertal había envidado muy pronto, quedándose con una hija, cuya infancia vigiló cuidadosamente. No era entonces tan riguroso como había de serlo después. Vivía a la sazón en París, dedicado a los

negocios, y tenía una posición desahogada, por lo cual no veía inconveniente en que su hija se divirtiera, y él mismo la llevaba al teatro y le complacía ver en ella cierta coquetería.

Pero al llegar Luisa a los diez y ocho años, cuando ya no frecuentaba los centros educativos y estuvo en edad de manifestar más concretamente su voluntad, reservaba una grave sorpresa a su padre. Le declaró que se dedicaría al teatro, «que subiría a las tablas», según la expresión por que traducía el padre sus deseos.

Esto empezó por causar una gran desilusión al buen hombre. Soñaba para su hija, no sé qué posición y qué honores. Nunca creyó que ella pensase dejarlo, y menos aún para vivir en una sociedad tan diferente de la que él había vivido. El teatro representaba para él algo peor que un mal lugar. Sin conocer la vida de bastidores, sospechaba sus tristezas, su fealdad y sus miserias. ¿Y cómo, él, que había visto crecer a Luisa para que fuese feliz; él, que no deseaba para ella más que una vida familiar, apacible y dulce, cómo podía admitir que entrase en ese mundo de perdición, según él, entregada a todos los azares y a todas las tentaciones?

Pronto se trocó su desilusión en cólera. Su carácter, naturalmente obstinado, rebelóse contra aquella voluntad de muchacha; y en vez de hablar con ternura a Luisa, en lugar de acudir a la persuasión y a la dulzura, demostró desde el primer momento una intransigencia absoluta. Entre padre e hija hubo discusiones crueles, dolorosas; ni uno ni otro tenían indulgencia ni aun compasión. Y como, a pesar de su furor y de sus amenazas, la joven se negaba a ceder, la echó de casa como a una criminal.

Esto era herir irremediamente el orgullo de una hija que no estaba ya dispuesta a olvidar. Era crear entre Luisa y él una separación definitiva.

Luisa entró en el Conservatorio. El siguió sus difíciles comienzos y no la ayudó en nada, ni aun en los peores días. Supo también, por los periódicos, los pri-

meros éxitos de Liseta Fleury, su boda, el nacimiento de Ginette y de Gaby.

Una vez, recibió de su hija una carta conciliadora, sosegada; pero no contestó, y como si temiera ceder a las tentaciones de su debilidad, salió de París y fué a un perdido rincón de la Costa Azul, lejos de las ciudades, a buscar el reposo de su espíritu y de su corazón ulcerados.

Había vivido como un ogro en su mansión de Saint-Fons, sin ver a nadie, casi sin saludar a sus vecinos, ocupado únicamente en la jardinería y en los placeres de la casa. A su lado, la criada, Josefina, una mozelana del pueblo, imprimía cierta alegría en la austeridad de aquella morada. Esa fué toda su compañía por espacio de tres años.

Leía los periódicos, no hablaba nunca de Luisa, cuya existencia ignoró mucho tiempo Josefina, a pesar de haber empleado mil medios para satisfacer su curiosidad. De cuando en cuando, llegaba una carta de su hermano, José Bertal, para recordarle que no estaba solo en el mundo.

Vino la guerra. José Bertal era viudo también. Se incorporó a un regimiento de artillería, dejando al cuidado de un aya dos hijos: Blanca, la mayor, que tenía diez años, y Renato, que tenía seis.

En 1917, murió José Bertal, en la ofensiva de la Champaña. Su hermano conocía muy poco a sus sobrinos; pero, en cuanto supo la triste noticia, escribió al aya diciéndole que se encargaría él de la educación de los niños, y que los trajera ella a Saint-Fons, ya que no tenían más familia que él.

La presencia de los niños produjo cierto movimiento en la casa. Bertal suavizaba su brusquedad ante su cariño. No quería aparentar quererlos demasiado, pues temía que los dos le reservasen muchas decepciones para lo futuro; pero, contra su voluntad, le conquistaron el buen humor y la charria de los chiquitines, que le gustaban cada vez más, a pesar de su resistencia a encariñarse.

La vida se deslizaba tranquila, cuando, una mañana, su vecina, a quien apenas había visto hasta entonces, fué a visitarle

con un fútil pretexto. Se trataba de los rosales del señor Bertal, que extendían al otro lado de la verja sus ramas cargadas de flores.

La vecina se presentó a sí misma:

— Soy la señorita de Benazer... Le suplico me dispense que venga a molestarle; pero he creído conveniente hacerlo, tanto en su interés como en el mío. Entre vecinos conviene entenderse lo mejor posible.

Era una especie de cubo de gaviadores, de faz escálida, cabellos lamidos, facciones duras que hubieran inducido a suponer en ella una dureza excesiva. Al contrario, la señorita de Benazer hablaba melosamente, y ponía toda su coquetería de solterona para parecer sumamente cariñosa a cuantos la escuchaban.

Bertal mordió el anzuelo. Escuchó las amables palabras de la Benazer, que pareció interesarse vivamente por los dos niños. Esta aprovechó el buen recibimiento de su vecino para volver a visitarle una vez por semana, al principio, y luego, cada dos días. Dió al anciano preciosas indicaciones para los cuidados de su casa, criticaba, al parecer sin malicia, los trabajos de la criada y se interesaba por las penas y alegrías de aquella reducida familia, de la que insensiblemente se hizo consejera.

— ¿No mandará usted a esos niños a la escuela del pueblo, señor Bertal?

— ¿Por qué? — preguntó el tío.

— Porque está muy mal frecuentada, y hay una promiscuidad que haría usted bien en evitar a sus sobrinos.

— Sin embargo, es menester que trabajen.

— En efecto — insistió la solterona —, me parece que no sabe gran cosa.

Y como Bertal se preocupaba por el colegio, la Benazer le propuso:

— ¿Por qué no los deja aquí en su casa? Yo me encargaría gustosa de completar su educación... No es que tenga gran afición a ello; pero lo haré de muy buen grado por complacer a usted...

— No me atrevo a abusar...

Puede suponerse que Bertal se desahogó en muestras de agradecimiento; en

realidad, la señorita de Benazer había conseguido sus propósitos. Se había introducido en aquella morada, donde, gracias a su hipócrita flexibilidad, pronto iba a mandar como ama.

¿De dónde salía aquella mujer, a quien el turno de Bertal dejaba el cuidado de dirigirlo todo? ¿Cómo es que él, tan salvaje por naturaleza, tan poco dispuesto a aceptar nuevas relaciones, no intentó ni siquiera pedir informes de la persona a quien confiaba su hogar?

Bertal era hombre débil. Empezaba a notar el peso de los años. Agobiábale las tristezas de su vida presente. Creía que al fin había encontrado una persona que le parecía honrada y desinteresada y que tenía a bien ahorrarle mil molestias cotidianas.

La solterona residía en Saint-Fons de algunos años a esta parte. Cierta mañana se apeó del tren con unos baúles, y se instaló directamente en una vieja mansión en donde vivía casi encambrada. Se decía que tenía en París parientes que ejercían oficios poco honrosos, y de los cuales recibía de vez en cuando algún dinero. Nunca había recibido a nadie. No se le conocían parientes ni amigos. A veces charlaba en la carnicería o en la abacería con las comadres del pueblo, escuchaba sus conversaciones, que luego propalaba gustosa. Iba más que nadie a la iglesia, y así y todo, el párroco del pueblo no parecía tenerle mucha simpatía.

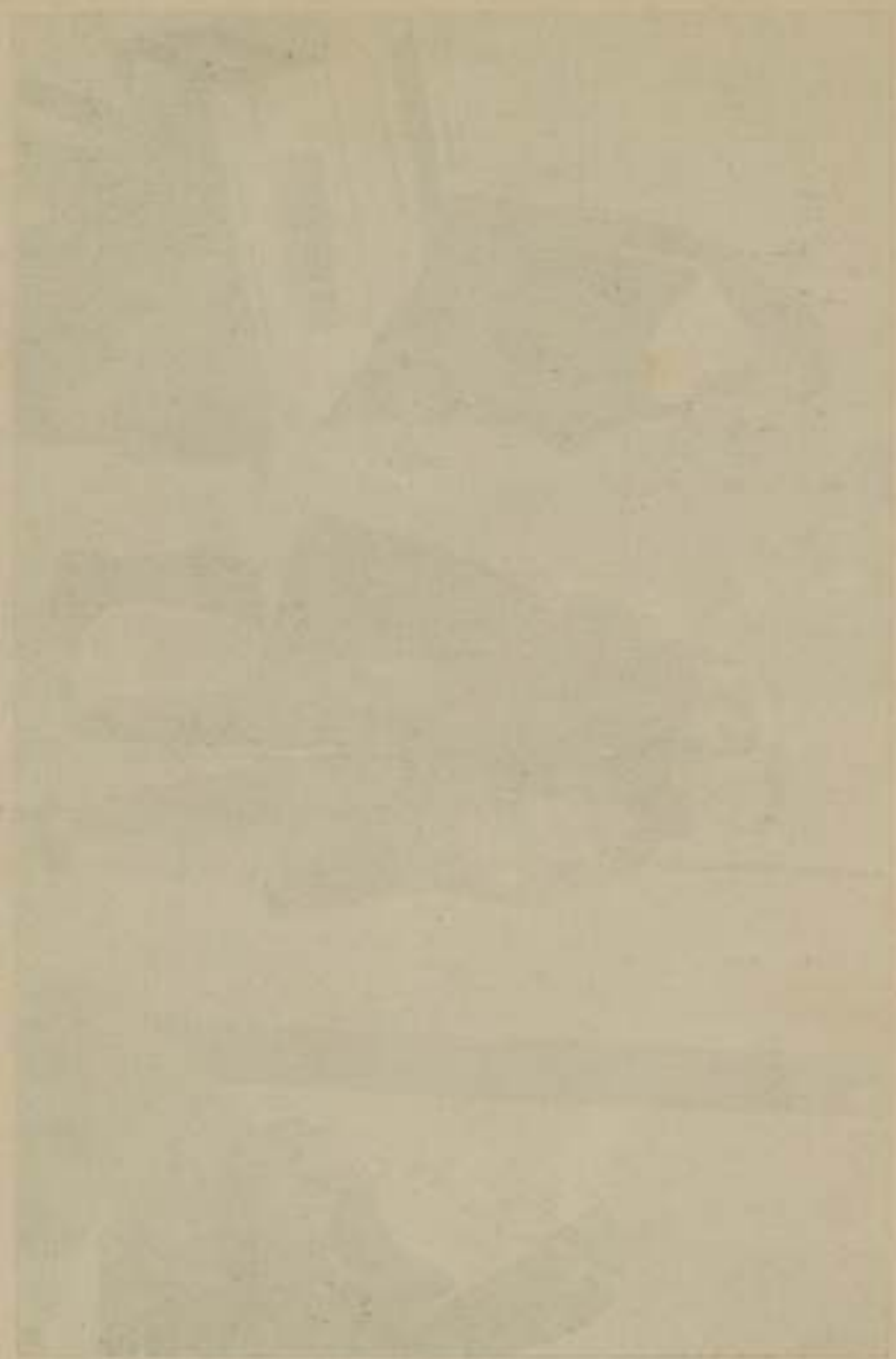
La señorita de Benazer permanecía en su casa como un ave de rapiña en su guarida, atisbando detrás de los postigos las idas y venidas, acechando especialmente una presa favorable sobre quien abatirse.

No pudo encontrar otra mejor que el señor Bertal. Y las circunstancias parecían tener que favorecer singularmente sus propósitos.

La víspera de la llegada de Chamberlín y de las niñas recibió Bertal un telegrama que le desmenció: era del artista, que le anunciaba la muerte de Luis — Lieta Fleury — en el naufragio del *Himn-*



Episcopo nuntius. — Chamberlain abrazó cariñosamente a sus obispos... (Cap. IV).



lega y la venida de sus dos nietos que no tenían más parente que él.

A pesar de que había borrado de su existencia a su hija y también de su cariño, según creía él, la noticia le conmovió profundamente. Todo lo pasado acudió a su memoria, todos los viejos recuerdos, todas sus ternuras de antaño. Y el sentimiento de su soledad era un dolor tanto más pesado cuanto menos parecía querer a su hija.

En el momento en que recibió el triste telegrama entraba precisamente en su despacho la señorita de Benazer. Esta leyó el papel azul, lo leyó con indiferencia, pero alzó los ojos al cielo y no halló más consuelo que esta frase:

—Hay que rezar por ella, señor Bertal, haga usted lo que yo.

El pobre hombre, agobiado por el dolor, no paró mientes en esa oración fúnebre, pronunciada en fingido tono piadoso. Oía una voz que iba al universo de la suya para deplorar su desgracia, y no pidió más.

Rara vez, y sólo por discretas afecciones, había hablado de su hija a la vecina.

Era un tema de conversación que no le gustaba apenas; pero aquella vez, era tan grande su aflicción, que necesitaba confiarle a alguien que le comprendiera. Por lo demás, la señorita de Benazer estaba muy dispuesta a recoger sus confidencias que solicitó con gran habilidad.

—Al que tiene penas — dijo — le gusta que alguien las comparta con él... Sin embargo, usted no veía a su hija, ¿verdad?

—No... hace más de quince años que no la he visto... Y llevo más de cuatro sin saber nada de ella.

—¡Los hijos suelen ser ingratos!

—No... No — protestó Bertal —, no, señorita, no es precisamente así. Ha habido mucha culpa por mi parte.

—Creo que exagera usted un poco sus yerros.

—Son algo más que yerros...

—Pero, ¿era de veras digna de su cariño?

—¡Dios mío!... ¿Cómo podría seguir ahora resentido con ella?

Y, con lágrimas en los ojos, contó a su vecina, como en una confesión, todos los detalles de la ruptura entre él y su hija. No perdonó a Luisa; pero no puso rencor alguno por su parte en el relato. Se mostró tal cual era: exigente, autoritario, brutal a veces, y no se escatimó reproches.

La Benazer le escuchaba sin decir nada, con una atención que no flaqueaba, como si no quisiera olvidar nada del doloroso relato del anciano.

Cuando Bertal terminó su larga y triste historia, la vecina le dijo, tras breve pausa:

—Pero hay algo en que debe usted pensar: ¿y sus hijas?

—¿Sus hijas? Mañana estarán aquí.

—Por supuesto... pero ¿qué va usted a hacer de ellas?

—Me las quedará. Vivirán con Renato y con Blanca.

—¡Ah!

—No puedo dejarlas en medio del arroyo.

—¿Y su padre?

Bertal, en todo su relato, no había hablado ni una sola vez de Manín. Se limitó a contestar, casi en voz baja:

—Creo que mi hija estaba divorciada...

La Benazer objetó:

—¡Qué ocurrencia! ¡en París! ¡en el teatro! ¡Vaya una vida de familia para esas niñas!

Hubo nueva pausa.

—Sin embargo — añadió la solterona —, si las chiquillas se parecen a su madre, no ha acabado nada aún de parecer.

Después de todo, esa maldad era muy inútil, porque el abuelo estaba absolutamente decidido a quedarse con las niñas.

Nadie como ellas podía recordarle su vida de otro tiempo y las felices horas que pasó entre su mujer y su hija, a la cual no había podido dar el último adiós.

Aquel día, después de advertir a Blanca y a Renato que por la tarde tendrían dos compañeras, Bertal, en el momento en que iba a sentarse a la mesa, oyó cantar un mirlo en el jardín.

Se naturaleza rústica no podía concebir que un pájaro viviese en libertad;

así, pues, pidió la escopeta a su sobrino Renato.

El muchacho, que era travieso, quitó los cartuchos de casa del débil cañón, los guardó furtivamente en los bolsillos de su tío, y cuando Bertal quiso disparar oyéronse solamente dos ruidos secos.

Receloso, miró Bertal al niño, en tanto que Blanca, que había adivinado la farsa se reía para sus adentros.

Pero Renato, imperturbable, declaró:

—Mírese los bolsillos, tío; ha debido usted de guardarse los cartuchos antes de entrar en el comedor.

No se sabe si Bertal estaría tan enfadado como parecía por no haber matado el pájaro cantor. El caso es que siempre le invadía al principio el deseo de matar, luego llegaba la reflexión, y, en el fondo, se enternecía el buen hombre.

Después de comer, Renato y Blanca esperaron con la impaciencia propia de su edad la llegada de sus primas. ¿Cómo serían éstas? Venían de París. ¿Se entenderían con ellas?

He ahí otras tantas preguntas que se dirigían con ansiedad.

Antes de la noche quedó satisfecha su curiosidad, porque, a eso de las cinco, abriéndose la verja del jardín y entró en la casa Chamberlin acompañado de las dos niñas vestidas de luto.

Bertal recibió sin satisfacción aparente al padrino y a las dos chiquillas.

La presentación era delicada. Chamberlin se limitó a decir:

—Aquí están sus nietas, caballero.

Las dos niñas no les tenían todas consigo. Y si no hubiera estado con ellos su padrino, no habrían podido contener las lágrimas. Asustábanlas las miradas frías y la severa actitud de aquel abuelo que pronunciaba las palabras de cariño como si fueran órdenes.

En vano buscaban en aquel rostro austero las delicadas facciones de su querida madre, algo que les recordase su dulzura.

¡Y qué gravedad y qué tristeza en aquella misma habitación en que las recibía Bertal!

—Dadme un beso — dijo el abuelo.

Acercáronse las niñas y recibieron un beso presuroso.

—¿Cómo le llamas?

—Ginette, abuelito.

—¿Y tú, pequeña?

—Gaby.

Esos dos nombres no agradaron sino a medias a Bertal, que los encontraba muy frívolos y disimuló un mohín de descontento. Apenas dirigió la palabra a Chamberlin, a quien no obstante, después de examinar bien a sus dos nietas, dió sobriamente las gracias por haberlas llevado allí.

—¿Ha conocido usted a mi hija?

—Creo poder decir que era yo su más antiguo camarada y su más fiel amigo. La pobre Liseta...

—¿Liseta?... Se llamaba Luisa...

—Sí, pero... en el teatro le llamábamos Liseta... La pobre Liseta quiso que yo fuera padrino de sus dos hijas... ¡Si supiera usted que buena persona era!

—Lo sé... señor... lo sé...

—¡Cuántas veces me habló de usted!... Y le aseguro que no le guardaba el menor rencor.

—Ya me lo figuro.

Chamberlin miró a Bertal con cierta sorpresa. Tanto rigor era incomprensible para él.

—¿Y cómo quería a sus hijas!... Cuando la acompañé a Marsella con Ginette y Gaby, estaba ella tan triste, que tuve como presentimiento de una desgracia... Pero...

Ginette y Gaby lloraban; Bertal parecía impasible. Interrumpió al padrino, exclamando:

—¿Conque usted también es artista?

Chamberlin hizo con la cabeza una señal afirmativa; pero Ginette creyó deber precisar:

—¡Ya lo creo que es artista, abuelo!

¿No conoce usted su nombre?... Sin embargo, es muy célebre... Al padrino le quierens mucho en los cafés cantantes. El ha hecho la creación de Lord Teff, en *Venus saliendo de Londres*; y de Berba de Capuchino, en las *Cuatro estaciones del amor*.

Esta revelación no produjo en Bertal el

efecto que era de esperar. Ni lord Tell ni Barba de Capuchino le desarrugaron el ceño. Pensó una vez más en que su hija había adquirido extrañas relaciones en el teatro, y le pareció que no era muy propio para niñas el trato con un señor que representaba en espectáculos poco serios papeles evidentemente grotescos.

No creyó prudente continuar un interrogatorio que no le reservaría más que sorpresas desagradables para su dignidad y su amor propio, y calló.

Hubo un silencio azarante. Chambertin, aunque paciente por naturaleza, creyó oportuno preguntar:

—¿A qué hora hay tren, caballero?

—Dentro de cuarenta minutos — respondió el anciano.

—Supongo que no nos dejarás tan pronto, padrino — dijo Ginetie.

Bertal no pronunció una sola palabra para retener a Chambertin; al contrario, limitóse a decir:

—Si tiene usted prisa, no le detengo.

El artista comprendió. Saludó cortésmente, pero con sequedad, al anciano, salió del despacho acompañado de Ginetie y Gaby, y empujando bruscamente la puerta, estuvo a punto de derribar a Blanca, Renato y Josefina, que escuchaban conscientemente detrás de ella.

—¿Asumían ustedes las puertas? — dijo, al pasar — ¡Extraños doctores!

Había llegado el momento más doloroso. Tenía que separarse de sus dos hijadas, dejarlas en aquella casa tan poco a propósito para su juventud, con aquel hombre cuyo verdadero carácter no había podido adivinar, y que a la vez se le antojaba rudo y cruel.

Nunca se vió quizá más emocionado que en el momento de dejar allí a las niñas, que ni siquiera tenían la esperanza de salir de aquella cárcel; puesto que su madre estaba muerta. Las besó, con el corazón henchido de lágrimas.

—Voy a Bordeaux — les dijo —; os enviaré mi dirección, y ya sabéis, para cualquier cosa que me necesitéis, avisadme.

Y cerrando tras sí la verja, sin vol-

verse, para conservar todo su valor, fué Chamberlin con paso rápido.

Poco después, Ginetie y Gaby estaban solas, solas en una casa singularmente hual. Al menos, así lo creían al primer contacto de su ternura con la altiva frialdad de su abuelo.

Afortunadamente, allí estaban Blanca y Renato para hacerles compañía, los cuales se apresuraron a reunirse a ellas en el florido jardín de la casa.

Pronto se hicieron los niños sus confidencias, que eran sencillas y tristes.

—Nuestra mamá murió hace tiempo — explicó Renato —; a papá le mataron en la guerra. El tío Bertal nos recogió...

Fue discreto en cuanto a la vida que llevaban en Saint-Fons y no fué más explícita Blanca. Pero todos comprendieron intuitivamente que tenían que unir su desgracia para quererse.

Renato se presentó al punto como protector natural de Gaby, y Blanca adivinó en el acto que tendría una buena amiga en Ginetie.

Paseaban así los cuatro por las alamedas del jardín, cogiendo rosas, besándose confiadamente, de todo corazón, cuando apareció Bertal al extremo del jardín. Iba con alguien.

—¡Porra! — exclamó Renato —. Ahí está la Benazer.

En efecto, la solterona acompañaba con su figura larga y severa al señor Bertal, que se acercó a los niños.

Hizo una seña a Ginetie y a Gaby, y en tono seco, les presentó a su vecina.

—La señorita Benazer, que se cuidará de educaros cristianamente.

Las dos niñas habrían encontrado muy natural que les hablase de ese modo en el convento; pero el aspecto de la solterona, que las miraba y alargaba hacia ellas una jeta pèrfida, no las tranquilizó sino a medias respecto de la educación «cristiana» que querían darles.

No obstante, la Benazer acarició los cabellos de Gaby. De pronto cesó la caricia para exclamar amargamente.

—¡Cómo! ¡Flores en un vestido de luto!

Las niñas habían tenido la inocente

coquetería de prenderse en sus vestidos negros, rosas que habían cogido. Les pareció que en ese reprocho se revelaba toda un alma mala.

Como la señorita de Benazer acababa de afirmarles que «la modestia es la primera virtud de las doncellas cristianas», creyóse en el deber de añadir, para avalorar su consejo:

—¡Mírenme a mí!

Y entonces, a pesar de la gravedad y la tristeza del momento, sonó una carcajada mal reprimida. Renato hacía muecas. Blanca y Ginette cruzaban signos de inteligencia, y detrás de un maternal, Josefina, la curiosa, no pudo menos de participar de la alegría infantil.

Sólo Bertal permanecía serio, y esto era lo más inquietante.

Ginette y Gaby no tardaron en notar que aquel hombre, tan autoritario al parecer, obedecía ciegamente a la solterona.

Con el seguro instinto de los niños, adivinaron que tras la rudeza del anciano se ocultaba un corazón más bien tierno, que no podía más que amar y ser amado.

A ratos tenía miradas de gran dulzura. Les parecía que iba a abrazarlas a sí y a abrazarlas. Pero, de pronto, su frente se tornaba pensativa. No se sabe qué preocupaciones le alumbraban. Recobraba su aspecto grave, que impedía toda expansión.

Además, bastaba que la Benazer conversara un momento con él para que el anciano se transformase por completo.

Ella conocía bien su poder, y lo usaba sin reparo. Desde el balcón de su casa veía cuanto pasaba en la de su vecino; por eso, cuando no estaba en la mansión de Bertal, no salía de su observatorio y vigilaba todos los movimientos y acciones de los niños que se divertían en el jardín.

Si jugaban bulliciosamente o sin miramientos para las flores y los arbustos, no dejaba de contárselo al abuelo, que los reprendía en tono severo. Si no jugaban y hablaban entre sí, deducía de ello la solterona que tramaban alguna fechoría que convenía impedir antes de que la ejecutasen.

Y el abuelo, puesto al corriente, volvía a intervenir enfadado.

Se metía en todo la Benazer y llevaba a aquel hogar una sequedad de corazón y una hipocresía, que volían aplegar a Ginette y a Gaby, pero que dejaban más sossegados a Renato y a Blanca, acostumbrados ya a sus terribles manías y que se reían de ellas sin columbrar sus consecuencias.

Los cuatro niños se entendían admirablemente. Juntos olvidaban su infortunio. Bastaba que el cielo estuviera hermoso para que ellos se hallasen contentos.

Y hubieran podido pasar allí días felices si el mal genio de la Benazer no hubiese llevado la desesperación y la desgracia.

VI

EL SANTO DE MAMÁ

Durante la semana que siguió a la llegada de las niñas, Bertal mandó convertir en sala de estudios una gran habitación. Y ahí es donde la Benazer daba lecciones todos los días a Renato, Blanca y sus primitas.

¡Qué lecciones y qué suplicio!

La solterona enseñaba sin cariño. Consideraba aquella pequeña clase como una chusma de la que ella era implacable guardiana. No toleraba una palabra, ni una sonrisa, ni el menor movimiento. Invocaba sin fin ni con los grandes ejemplos de la historia y aturdió a su auditorio con un flujo de palabras que éste no comprendía.

Ginette y Gaby suspiraban acordándose de las clases del convento, tan animadas y alegres, ante los ojos indulgentes de las monjas que se afanaban por comprender la juventud y les dejaban un poco de libertad para expansionarse.

En toda ocasión la tristeza de ambas niñas evocaba la querida imagen de su madre y se agravaba por la odiosa severidad de su carcelera. Precisamente aquel día, que había de ser tan decisivo, era la fiesta onomástica de su mamá.

La Benazer había preparado una lección de aritmética, y en tanto que pretendía hacer comprender a Renato y a Blanca los encantos de la multiplicación y de la división, Ginette y Gaby pensaban en los felices tiempos de París, próximos aún, floridos con el recuerdo de su madre, y hacían caso omiso de las agrias explicaciones de la solterona.

Una vez particularmente chillona volvió a Ginette a la realidad. La Benazer exigía a Renato que le dijese inmediatamente cuánto es cinco por ocho. El niño no lo sabía.

—¿Quiere usted contestar, sí o no? — decía la institutriz de ocasión —. De lo contrario ya sabe lo que le espera.

—Sí, señorita — dijo dócilmente Renato para ganar tiempo —. Vamos a ver: cinco por uno, cinco... cinco por dos, diez...

—Se está usted burlando de mí... A ver, ¿cinco por ocho?

—Cinco por ocho... — repitió el niño, sin más resultado.

Entonces Ginette, sin reflexionar, le respondió:

—¡Cuarenta!

No lo oyó el niño, y la muchacha repitió casi en voz alta:

—¡Cinco por ocho, cuarenta!

Se produjo formidable escándalo.

Renato repitió «cuarenta» con voz de triunfo. Pero la Benazer, mirando a Ginette, gruñó:

—¿Por qué copia usted a Renato?

A lo cual contestó naturalmente la joven:

—Porque no lo sabe.

—¿Que no lo sabe?... ¿Querrá usted dar a entender con eso que yo no he enseñado a Renato la tabla de multiplicar?...

—No he querido decir semejante cosa, señorita. Renato me daba pena, y por eso le he apuntado; creo que no es nada grave, ni merece que se ponga usted así.

—No es usted quién para darme a mí lecciones.

—No estamos en los exámenes.

—Calle usted. Si ha soplado a su primo, lo ha hecho por orgullo, por ostenta-

ción, para lucir su escaso saber... Para humillar a Renato.

Ginette no respondió a ese flujo de malintencionadas palabras.

—¡Conicestra! — exclamó la Benazer, y queriendo ofender aún más a la pobre niña, añadió —: ¡Sí, conicestra, como su madre!

Tanta perfidia era por demás. Ginette hizo un esfuerzo para contenerse, pero no lo consiguió. Y en presencia de los otros tres niños, espantados de su rebelión, levantóse súbitamente y gritó en las mismas narices de la solterona:

—Le prohibo que insulte a mi mamá, que está muerta.

La Benazer se contentó con sonreír desdenosamente y añadir:

—Puede usted seguir representando una comedia... no por eso me asusta... El señor Bertal es demasiado condescendiente y débil con usted; pero yo estoy aquí precisamente para corregir el efecto de su debilidad.

Ginette, con la faz sonrojada por la ira, ya no sabía lo que hacía, y con todas sus fuerzas gritó:

—¡Se lo prohibo!... ¡Se lo prohibo!...

Y gritaba tanto, que el señor Bertal, que estaba en el cuarto contiguo, entreabrió la puerta:

—¿Qué sucede? — preguntó —. ¿A qué viene ese ruido?

—¿A qué?... — respondió la Benazer —. ¡Ginette es una joven indisciplinada que protesta a cada paso de los buenos consejos que se le dan, y que me habla con una grosería que no puedo admitir!

—¡Abuelo, ha tenido el atrevimiento de llamar *conicestra* a mi madre, y precisamente hoy, que es el santo de mamá!

La pobrecilla no pudo decir más: cayó en una silla y se lloró, con la cabeza entre las manos.

También sintióse conmovido Bertal, porque, después de todo, aquel insulto a su nieta, dirigido torpemente y tal vez con mala intención por la vecina, era el mismo tiempo una prueba de amor propio para él.

—Hay que tener cuidado, señorita Benazer.

—Está bien — dijo la maestra —, no volveré a encargarme de la instrucción de esas dos malas criaturas que no nos respetan nada ni a usted ni a mí. Bien le dije a usted que nunca saldría de hijos mal educados.

—¡Basta! — dijo el abuelo —; ya volveremos a hablar de esto, y si no tiene usted inconveniente, la clase continuará mañana.

La Benazer no insistió. Se fué encogiéndose de hombros y murmurando:

—¡Buen porvenir se prepara usted!

Cuando hubo salido y el señor Bertal se hubo retirado, Blanca, Gaby y Renato corrieron a Ginette que seguía llorando.

—Ya se ha concluido — le dijo Renato —; no debes tomar tan a pecho lo que dice esa mala mujer... Además, mira, haces llorar a Gaby.

Era verdad, la chiquitina se enjugaba las lágrimas.

Blanca acariciaba con cariño la rubia cabecita de la nena y decía:

—Ginette, tú, que eres la mayor, deberías ser también la más razonable.

Pero ¿cómo calmar una pena mucho tiempo contenida y cuyo dolor exasperó la solterona con sus frases?

¡Qué bien supo hallar la palabra ofensiva: comicastra! ¡Había pronunciado esa palabra, y no sabía qué madre fué Liseta Fleury y cuánto quiso a sus hijas!

Y Ginette, en su aflicción, veía de nuevo aquellas encantadoras mañanas en que ella y Gaby celebraban los días de su madre. Pero al lado de esa imagen feliz, imponíase en aquel momento la de la madre muerta en el fondo del mar, donde la tierna imaginación de Ginette precisaba a ésta, con crueldad, un cadáver que el agua mecía entre peces extraños, en una visión terrorífica, como una pesadilla de olas cargadas de hierbas verdes y de luces fúnebres.

Renato se acercaba solícito a ella y repetía:

—No flores, Ginette, no flores...

Ginette miró a su compañero:

—No creas, Renato, que lloro solamente por lo que me ha dicho la Benazer; sino porque no podemos, ni aun hoy,

llevar flores a la tumba, puesto que no sabemos dónde está.

Renato la escuchaba atentamente, y, tras un momento de reflexión, repuso:

—¿Y por qué no llevarle flores, así y todo?

—¿Qué dices?... — interrumpió Blanca.

—Digo, que ¿por qué no le llevamos flores? ¿Cuál es la tumba de vuestra mamá?

—¡Es el mar! — dijo ingenuamente Gaby.

—Pues si es el mar — dijo el niño —, no tenemos más que llevar flores allí.

Blanca objetó:

—Creo que está muy lejos de aquí...

—¡Muy lejos?... No, porque se le ve desde el monte, al extremo del pueblo. Me parece que está a unos quince kilómetros.

—Ya ves... — dijo Ginette—. ¿Qué hacemos?

—¡Pues ir allí! Quince kilómetros, suponiendo que no camitemos muy de prisa, los recorreremos... fácilmente... en cuatro horas, y... otras cuatro para volver, son ocho. Suponiendo que descansemos una hora en el camino, serán nueve... Saliendo de aquí a... las diez, estaremos de vuelta... a las siete de la mañana.

—Si se entera el abuelo...

—Hay muchas probabilidades de que esté despierto cuando regresemos. No le diremos que nos vamos; pero, a la vuelta, le explicaremos toda la verdad. ¿Convenido? ¿Os parece bien?

Y, encantadoras con su ignorancia, conquistadas por el ardor de Renato, las niñas aplaudieron el conmovedor proyecto.

—Vamos pronto al jardín, a coger flores — dijo Ginette.

Y allí se fueron al momento, y toda la cuadrilla con febril ardor cogió jasmínes, rosas, claveles, formando ramilletes y más ramilletes...

Hasta el anochecer, todo fueron preparativos, habiéndose en voz baja, con la alegría discreta de tramar un complot.

La cena fué silenciosa. Bertal procuraba hacer que cada cual olvidase las contrariedades del día. A las nueve, el abue-

lo besó a toda su gente menuda y subió como de costumbre a su cuarto.

Josefina trabajó en la cocina hasta las nueve y media. A partir de esa hora, todo fué silencio en la casa.

Gaby, Blanca, Ginette y Renato subieron con Bertal, y después de darle las buenas noches, reunieron en el cuarto de Ginette y comenzaron los preparativos de marcha.

No sabían disimular su impaciencia. Por último, Renato miró por la ventana, escuchó detrás de las puertas por si oía algún ruido, y cuando se convenció de que las personas mayores dormían, preguntó:

—¿Estamos listos?

—Sí — respondió el coro sin vacilar, incluso Gaby, que, no obstante, estaba medio dormida.

—Descalzaos — dijo el chico —, para que no nos oigan salir. El abuelo tiene muy fino el oído, y si crujen las escaleras o nos denuncia la grava del jardín, estamos perdidos.

Antes de ponerse en marcha, echó una

ojada a todo, y se puso al frente de la expedición.

Ya habían llegado a la puerta, cuando notaron que se habían dejado olvidadas las flores. Se necesitaba una prudencia de pieles rojas para ir a buscar a la fuente los ramilletes que habían dejado allí.

Todo estaba en su puesto, todo iba bien.

—¡Ea! ¡En marcha!

Renato abre la verja con infinitas precauciones. Instintivamente, Ginette y Blanca miran al balcón de la Becazer. Nadie espía. Pueden salir.

Dejan la verja entornada, ¡qué se le va a hacer!

Al fin están ya fuera. Ante ellos se extienden las tinieblas...

Las últimas luces de las casas se apagan. Pero, sobre ellos, y para festejar su audacia, su juventud, su maravilloso corazón, y también para festejar a la mamá, a quien su fervor va a llevar flores, el cielo está azul, claro, ligero, es un cielo de gala, adornado con diamantes y perlas de estrellas.

SEGUNDO EPISODIO

Noche de primavera

EL SANTO DE MAMA (Continuación)

Pué una peregrinación mágica.

Por la carretera, inundada por la luna, y orillada de altas cipreses, Ginette, Gabby, Renato y Blanca se encaminaban al mar, aun lejano, con sendos cestos de flores bajo el brazo. No hablaban apenas, absorbidos como estaban por el delicioso sentimiento de la libertad y también por el encanto de aquel viaje que los conducía hacia una tierra fantástica e inmensa.

El primer kilómetro lo recorrieron rápidamente; pero, a los veinte minutos de marcha, Gabby andaba con gran trabajo.

Renato la animaba diciéndole:

—¡Vamos, no te duermas!

—¡Sí... no... no tengo... sueño! — replicó la pobrecita, que ya no tenía fuerzas para caminar.

Ginette recomendaba que se detuvieran; pero Blanca objetó que al perder el tiempo en descansar no regresarían para el amanecer.

Después de toda la empresa era impracticable; pero era tal el ánimo de los niños, que ninguno ponía en duda el éxito.

Gabby se paró, y por más que Renato le tiraba de la mano y la alentaba con el mayor cariño, la niña no podía andar más.

—¿Qué vamos a hacer? — preguntó Ginette —. El caso es que no podemos quedarnos aquí.

Y otra vez recurrieron a Renato para resolver el problema.

El muchacho miró en torno suyo y dijo:

—Estás del todo decidida a ir hasta el mar, ¿no es así, Ginette?

—Claro que sí.

—Y yo también — añadió Blanca.

—Perfectamente. Por lo tanto, no podemos hacer más que una cosa: quedarnos aquí Gabby y yo. Con un hombre, no tendré miedo.

Dijo eso con tanta amabilidad, que a las dos mayores no se les ocurrió siquiera socorrerse. Gabby, que había oído vagamente la proposición de Renato, protestó llena de buena voluntad.

—¡No quiero quedarme!

Pero estaba tan cansada, que tuvo que sentarse y esparcir sus flores a Ginette, cuyos brazos se doblaban bajo la aromática carga.

—Daos prisa — dijo Renato —; nosotros nos quedaremos aquí hasta que volváis.

Ginette y Blanca prosiguieron su camino, en tanto que Renato instalaba cómodamente a Gabby en la hierba, humedecida ya por la escarcha, tras lo cual se tendió él a su vez para dormir.

—¡Así y todo — pensaba en voz alta Renato —, si alguna buena hada pudiera con su mágica varita suministrarnos una carroza que nos transportase hasta la mar, no estaría del todo mal!

Al oír la palabra «hada», entreabrió Gabby los ojos. Dejó ver un trónico mohín de curiosidad que apenas crece en tales cuentos y preguntó:

—¿Aun creéis en hadas las provincianas?

—Claro que sí — respondió Renato.

—¿Has visto tú alguna?

—No; nunca las he visto; pero estoy seguro de que existen.

Y hubiera continuado largo rato sus explicaciones si Gaby hubiese podido resistir el sueño; pero ya se había dormido profundamente junto a él, y Renato no tardó en hacer lo mismo.

Y aquellos dos seres, allí, en el talud, al borde de la carretera, parecían escapados a su vez de un cuento de hadas y reposar en la irreal dulzura de una noche paradisíaca.

¿Cuánto tiempo permanecieron así? Nunca pudo decirlo Renato; pero le despertó súbitamente alguien que le ponía la mano en el hombro.

—¿Qué hay? — preguntó el niño.

Una voz dulce le dijo:

—¿Qué hacéis aquí?

Pero Renato no estaba para oír palabras inútiles; instintivamente se puso delante de Gaby, y algo tembloroso exclamó:

—¡Siga usted su camino!

Pero la voz que le hablaba era muy dulce, y cuando estuvo despierto del todo, quedó como deslumbrado.

Tenía ante sí un hada, un hada como nunca la vió más que en estampas, vestida completamente de blanco.

Era delgada, de ojos largos, y llevaba en la mano una varita florida.

Renato miró maquinalmente a Gaby y luego una vez más a la aparición, sin atreverse a decir nada, con el corazón oprimido, casi extático.

—¿Qué hacéis aquí, niños? — preguntó el hada.

Renato no sabía qué contestar.

—Hemos salido... mis primas... mi hermana... y yo... para llevar flores al mar... y estamos esperando... a mi hermana y a mi prima... porque Gaby no podía ya caminar... Pronto vendrán a recogerlos.

Pero estaba tan emocionado, que se hizo un lío y no se atrevió a levantar los ojos.

Oyó ruido de pasos y de hojas agitadas. Un príncipe encantado estaba en persona ante él. Era un joven con una gorra de plumas en la cabeza, de cabellos como los

que usaban antaño los reyes, y con cierta elegancia arrogante y simpática que daba ganas de besarle las manos al verle.

—¡Oh! ¡Un príncipe encantado! — balbució Renato.

El príncipe saludó muy amablemente y sonrió al niño, que entonces dijo:

—Voy a despertar a Gaby.

Saludó a la chiquilla; ésta abrió lentamente los ojos y manifestó tal asombro, que la joven pareció no poder menos de reírse.

—¿Eh? — exclamó triunfante Renato —: ¿ves como aun hay hadas en los pueblos?

Pero el príncipe encantado quería tener una explicación acerca de la presencia de los dos niños y les preguntó:

—¿Por qué queráis llevar flores al mar en plena noche, a una hora en que los niños suelen estar durmiendo?

—Mamá — respondió Gaby, que estaba ya completamente despierta — murió en la mar, y hoy es su santa... por eso le llevamos flores.

La ingenua explicación enterneció a los jóvenes.

—¿Eh decir — repuso el hada —, que quisiérais estar con vuestra hermana y vuestra prima?

—Sí, señora — dijeron a una ambos niños.

—Pues bien — dijo el príncipe al hada —, podríamos llevarlos hasta donde quieren ir, y luego volveré el automóvil a buscarlos y a traerlos de nuevo.

—¡Pobrecitos! Si tal es su deseo, es lo menos que podemos hacer.

No estaban Renato y Gaby muy tranquilos en cuanto a las consecuencias de tan extraordinaria aventura; pero ¿cómo resistir a la invitación de un hada y de un príncipe encantado?

Gravemente, como habían visto que se hace en los cuentos, Renato, cual un paje chico, cogió la cola del vestido del hada, en tanto que Gaby seguía al príncipe, y así llegaron a un automóvil que estaba parado al borde del camino.

Para el profano, todo esto se explicaba fácilmente.

El señor de Bersange y su hermana

Odilia, que vivían en «Villa Primavera», en Benulica, iban a un baile de trajes que se daba en casa de unos amigos suyos, en el palacio de Castellamaro.

El joven tenía apenas treinta años y la doncella no había cumplido los veinte. El mayor velaba por su hermana con tierna solicitud, porque habían perdido de niños a sus padres.

Iban en su automóvil al baile, cuando el carruaje, que al doblar un recodo había refrenado la marcha, iluminó con sus faros los cuerpos de dos niños que dormían en el talud. Mandaron parar el coche para saber lo que hacían los dos pequeños y comprendieron y admitieron sus explicaciones, tanto más fácilmente, cuanto que también ellos sabían lo que era estar solos.

Dos jóvenes de excelente familia para el lector y para nosotros; pero, para almas infantiles, dos seres deliciosos y sobrenaturales.

— ¡Lo que se van a asombrar Blanca y Ginette cuando nos vean llegar con un hada y un príncipe encantado! — decía Renato, al acomodarse en el vehículo.

Los hermanos Béranger se divertían sosteniendo su papel. Hablaban a Renato de cosas un tanto misteriosas; y así que Béranger dividió, al volver un recodo del camino, dos muchachitas que iban con flores debajo los brazos, dijo al niño:

— Voy a devolverlo a tu hermana y a tu prima. Aquí las tienes.

Aquello fué como obra de la varita mágica del hada: Ginette y Blanca estaban efectivamente allí y se apartaban del carruaje, guareciéndose a lo largo de la roca.

Gaby, que se había vuelto a dormir y a quien despertaron de pronto, vió al punto a Ginette. Y vinieron gritos de alegría y rápidas explicaciones. Claro está que Ginette permanecía escéptica ante el milagro.

— Ustedes son artistas que probablemente irán a representar.

Pero Renato aseguró tan enérgicamente que eran un hada y un príncipe encantado, que la niña consideró innecesario turbar aquella joven alma.

— Os llevaremos hasta el mar, hijos míos; subid al auto.

Y otra vez emprendió el carruaje la marcha. Durante largo rato, reinó religioso silencio en el automóvil. Ginette y Blanca miraban al príncipe que les sonreía.

Renato y Gaby examinaban con curiosidad al hada, y cuando el coche los dejó al extremo de unos pinares, ante el mar, cual lo lamentaron.

Apeáronse todos.

— Quedaos aquí — dijo el hada —; dentro de media hora vendrá a recogeros el carruaje y os llevará a vuestra casa.

Renato y Gaby sentían dejar tan pronto a sus bienhechures. Ginette y Blanca quisieron darles las gracias; pero antes de que pudieran expresar su gratitud, ya se había ido el automóvil.

Con mil precauciones avanzaron los niños por las rocas, desde donde se dominaban las olas.

Ginette y Gaby sentáronse en el suelo rocoso. Allí estaba la tumba de su mamá, el inmenso cementerio que en aquel momento su imaginación poblaba de pobres seres lividos, mecidos al capricho de las obstinadas olas, un mundo misterioso en que pululaban fantasmas que quizás pensaron alguna vez en la tierra y en los vivos.

Ginette lanzó al agua todas las flores reunidas en los cestos que habían llevado; y a sus pies, en las aspereras de las rocas, apareció como un jardín cuyas flores, abiertas de pronto, embalsamaban el aire nocturno.

Luego, de repente, se produjo en el cielo algo así como un milagro.

Frente a ellos, en la costa lejana, surgían luces de colores. Por la sombría bóveda celeste corrían estrellitas que caían al mar como pesadas lágrimas. Parecía como si en el preciso momento en que los niños llevaban su recuerdo a la muerta, un Dios enternecido quisiera celebrar también la memoria de la naufraga con una magia celeste.

Los niños miraron maravillados, sin atreverse a hablar.

Poco a poco apagáronse las fulgurantes luces multicolores.

Habían terminado los fuegos artificiales del palacio de Castellamara, adonde momentos antes se encaminaban el señor de Bersango y su hermana.

En aquel instante oyóse en la carretera la bocina de un automóvil. Era que venía a buscar a los pequeños peregrinos el carruaje, según la promesa del hada y del príncipe encantado, para conducirlos a casa del abuelo.

Instaláronse en el coche extenuados, pero con el corazón y los ojos repletos de bellas imágenes y de prodigiosas aventuras, tanto que no sabían si iban a dormir o si, al contrario, salían del más maravilloso de los sueños.

VII

El anuncio

También Bertal había pasado una noche extraña. Acostóse, como de costumbre, muy temprano, y al cabo de cierto tiempo le despertó el rechinar de una puerta que giraba sobre sus gaxnes.

Como el anciano tenía el sueño muy ligero, juzgó sospechoso aquel ruido. Encendió la vela y prestó atento oído. No había error posible: alguien intentaba penetrar en su casa. Viniese a toda prisa y bajó al jardín; al ver la puerta abierta se detuvo. A ratos el viento la empujaba con violencia.

—¡Hombré! — pensó — ¡hace falta audacia!

Ni por casualidad se le ocurrió pensar que tal vez hubieran intentado los niños una fuga. Convencióse de que atentaban contra sus frutas o sus flores, exploró rápidamente las proximidades de su vivienda, cerró la verja con dos vueltas de llave, subió de nuevo a su cuarto y se puso en acecho detrás de la ventana, escopeta en mano.

—No sospecharán los ladrones la jugareta que acabo de prepararles, y los cazaré cuando salgan...

A lo lejos, en la campiña, oyóse el ronquido de un motor. Preparóse el anciano. Pero al punto cesó el ruido. Lue-

go percibió el sonido de varias voces que cada vez se hacían más sonoras.

—Ya no hay duda... Ahí están.

Y miraba atentamente la verja del jardín. Contuvo el aliento. Vió cuatro formas humanas y alguien que escalaba la puerta.

No vaciló. Se echó la escopeta al hombro y, sin apuntar, más bien para ahuyentar que para herir, disparó.

Oyóse un grito, tras el cual tumbáronse en el suelo cuatro formas.

Volvió a disparar, aunque más despacio, y esperó. Ante sus ojos se agitaba una cosa blanca, como una bandera de parlamento.

—¿Qué broma será esta? — pensó.

Bajó rápidamente la escalera, cruzó el jardín y preguntó:

—¿Quién va?

—¡Gente de paz! — respondieron unas voces infantiles, al tiempo que unas manitas se alzaban en ademán de rendición.

Eran Renato, Ginette, Gaby y Blanca que volvían, cabizbajas y que permanecían ante el abuelo sin saber qué decir para disculparse.

—¡Esto es algo fuerte! — exclamó Bertal. — ¿De dónde venís?

—Del mar, adonde hemos ido a llevar unas flores a la tumba de mamá — contestó Ginette.

Bertal miró los cuatro niños y creyó que se burlaban de él.

—Ante todo, entrad — ordenó bruscamente —; luego me lo explicaréis todo... No quiero que en el pueblo se enteren de vuestra fuga.

El abuelo conocía de sobra las costumbres del pueblo. Sabía que los disparos habrían despertado seguramente a los vecinos, que no tardarían dos minutos en estar allí y que él tendría que darles explicaciones.

Josefina había salido ya al encuentro de los chiquillos, y la señorita de Baxar, grotesca con su traje de noche, con una cofia en la cabeza y una bata, acudió a pedir noticias.

—Le acompaño — dijo a Bertal, sin esperar a que éste le dirigiese la palabra.

Josefina introdujo a todos en el salón despacho. Cerró la puerta tras los acusa-

dos y los jueces; pero, según su costumbre, tomó sus disposiciones para no perder una sola palabra del interrogatorio que comenzaba.

Bertal se había sentado en un sillón.

La Benazer alzábale tras él como una estatua caricaturesca de la justicia, y los cuatro niños, agrupados en derredor de ellas, miraban obstinadamente al suelo.

—¿Caeque me queráis hacer creer que venía de la mar?

—De allí venimos, abuelo — respondieron todos a coro.

—¡Vaya! no mintáis, de lo contrario os castigaré severamente.

—Lo juro a usted — insistió Renato — que venimos del mar, a donde hemos llevado flores a la mamá de Ginette y de...

La Benazer interrumpió secamente:

—¡Si de aquí al mar hay lo menos quince kilómetros!

Renato, que decididamente era el que tenía más valor, no se turbó.

—Y otros tantos para volver — precisó.

Gaby, maravillada de su viaje, balbució:

—A no ser por el hada, no hubiéramos podido ir.

La palabra «hada» no produjo el efecto que los niños parecían esperar. En un hogar burgués y tranquilo no se está acostumbrado a semejantes evocaciones. Estos son cuentos que nadie cree y que exasperaron a Bertal, el cual se volvió a Ginette y le dijo:

—¡Explícate claramente!

A la mayor le correspondía dar a conocer la verdad.

Pero Ginette, que adivinaba que todas sus explicaciones serían inútiles, si los que le escuchaban no querían poner algo de su parte, calló obstinadamente.

Gaby contó otra vez:

—¡No le digo, abuelito, que hemos encontrado una buena hada y un príncipe encantado, que nos han llevado al mar en automóvil!

—Y, por cierto, que era un soberbio carruaje — añadió Renato.

La Benazer juzgó conveniente intervenir en persona.

—¡Pero no ve usted, amigo mío, que

Ginette es quien los ha excitado? Mire usted esa cara que parece desafiarnos y esos modales insolentes. Se está burlando de usted.

Y hablando a la niña, añadió:

—¿Responderás, embustera?

—¡Pero cómo quiere que responda, si no deja usted de hablar? — dijo Renato.

Un rápido cachete le dio a entender que la señorita Benazer no toleraba que le dieran lecciones.

El señor Bertal reconoció que no era aquel el momento más favorable para proseguir su indagación; que, por una parte, había terquedad y por la otra emoción. Así que se levantó y dijo:

—Idos a acostar que mañana arreglaremos esto. Basta por hoy.

Los niños se retiraron, dando las buenas noches al abuelo y sin saludar siquiera a la Benazer. Se marchó parecía una lúida. Abrieron la puerta de la sala y se toparon con Josefina, que acababa de escucharlo todo y que al tan sólo intentó disimular.

—No os vayáis así — dijo a los niños —; ahora es cuando se vuelve interesante la conversación. ¡Va usted a oír cosas buenas, señorita Ginette, pues hablas de usted!

Ginette no tenía gran afición a esas indiscreciones poco honrosas y manifestó cierta repugnancia a escuchar.

Pero Josefina insistió:

—¡Cómo! ¿No quiere usted? Con una brithona como la Benazer, todos los medios son buenos... Escuche, ahora pronuncie su nombre.

Y Ginette, inquieta y turbada, se dejaba convencer.

La voz de la solterona dominaba la de Bertal.

—Esa Ginette es una viejosa empedernida, una embustera, y si no toma usted precauciones pervertirá a las demás... ya lo verá usted. Piense en su responsabilidad, señor Bertal, en esas almas puras cuya custodia le está a usted encomendada y que se perderán al lado de esa chicala perversa.

—¿Qué puedo hacer para evitarle? — preguntaba el abuelo.

—Creo que tiene usted muchas medias... pero no se fie de su corazón.

—Sin embargo, no puedo olvidarme de que esas niñas no tienen más pariente que yo. ¿A quién confiar la educación de Ginette, si usted cree que no puede encargarse de ella y si la niña necesita sentir una autoridad que yo no puedo ejercer?

—A gente cuyo oficio es ese — respondió la Benzer —, a especialistas en esas naturalizas salvajes y peligrosas.

—¿Pero, cómo?

—No hay más que un remedio, uno solo: es duro, pero necesario.

—¿Cuál?

—La casa de corrección.

Detrás de la puerta, Ginette se estremeció.

—¿Oye usted, señorita? — balbuceó Justina.

—Sí...

No escuchó más la niña. Tenía clara conciencia de que aquello no era una sanción pronunciada a la ventura.

La Benzer había expresado una opinión que saldría imponer al abuelo. Al principio, resistiría el anciano; pero bien sabía Ginette que no tardaría en capitular. Y la Benzer, que vista dulcemente de la indulgente acogida de Bertal, continuaría haciendo poco a poco el vacío en torno de un abuelo harto débil y confiado.

¡La casa de corrección!

Ginette no pudo reprimir un gemido. Renato, Gaby y Blanca, que se habían quedado en la escalera, se reunieron a ella, esforzándose por consolarla.

—Vámonos a dormir — propuso el niño —. Es tarde... Nada adelantamos con asustarlo, querida Ginette... Aun no es cosa hecha... Pierde cuidado.

—Eso nunca... ¡nunca! — decía la niña —. Prefiero marcharme de aquí.

En cuanto llegaron a su cuarto, oyeron a Bertal y a la Benzer que salían de la sala. El anciano acompañó a su vecina hasta la puerta, discutiendo en voz baja y entró luego preocupado.

Gaby se durmió al momento. Ginette sentóse en una butaca y pensó.

Su existencia se le presentaba como un drama cuyo fin no podía ella prever. Su madre estaba muerta. ¿Dónde se hallaba su padre? Más valía que no intentase saberlo, porque los pocos datos que recogió en Marsella le dejaban suponer muchas cosas... No quedaba más que Chamberlin... Y, gracias a él, aun podían esperar Gaby y ella ser felices. Esa idea mitigó un poco su pena.

Acostóse al lado de su hermana; pero, a pesar del cansancio, en vano quiso dormir: constantemente volvía a su mente la idea de la casa de corrección. Viose tratar como rebelde, verse sometida a una promiscuidad vergonzosa, obligada a quehaceres que le repugnaban, separada de aquellos a quienes quería, sin esperanza de poder abrazarlos. Y esos pensamientos le producían fiebre. Suspiraba, daba vueltas, pretendía evocar los instantes en que aquella noche había visto aquellos dos seres simpáticos, tan serviciales para su inocente infortunio; quería recordarse de los momentos en que el cielo incendiado festejaba también a la mamá muerta.

Pero por más que hacía, amañaba el rostro de la Benzer, asediándole las perfidas palabras que acudían a su memoria y la casa donde reclusen a las jóvenes indómitas y que sería su tumba, si se obstinaban en querer encerrarla allí. Hasta mucho después de apuntar la aurora no pudo cerrar los ojos ante esas visiones...

Ya estaba muy alto el sol en el horizonte, cuando se despertaron los cuatro «cradidos».

En tanto que éstos vacilaban para levantarse, el abuelo y su vecina estaban en gran conferencia con el médico del pueblo, el doctor Pasquier, porque la Benzer había conseguido convencer a Bertal de que el caso de Ginette era de competencia de un médico.

No estaba mal combinado el plan, porque no podía encontrar un auxiliar más dócil que el viejo doctor para ayudarle en su ejecución.

Ese amable sociólogo no había vuelto a abrir un libro desde que terminó su ca-

riera: y de esto había ya cincuenta y cinco años.

Era servicial, fiel; pero de una ignorancia que favorecía a las mil maravillas los designios de la Benazer.

Y Josefina, que desde la llegada del doctor había aplacado el oído a lo que se decía en la sala, oyó una conversación singular.

—No cabe duda de que Ginette es quien lo ha complicado todo — afirmaba la solterana.

—Sí, sí... — aprobaba el inocente Pasquier.

Bertal titubeaba, pero la vecina proseguía:

—En mi tiempo... nos hubieran castigado muy de veras por un simple peradillo... Pero hoy, por una falta grave, hay quien no se atreve a tomar una determinación...

—Es cosa muy seria y muy delicada para mí, que soy abuelo de esa niña, no lo olvide usted, ¿verdad, doctor?

—Claro está.

—Pero piense usted, señor Pasquier — siguió diciendo la Benazer encorvada en su presa —, que hasta escuchar el relato de los niños para convocarse de que hay un fenómeno de sugestión. Ginette los ha como hipnotizado... Ginette lo ha urdido todo... y el desdichado Renato habla de hadas; Gaby de un príncipe encantado...

Esa evocación de los cuentos de Perrault suscitó la franca hilaridad del médico, que escuchaba todo aquello como las peripecias de una novela cómica.

La Benazer le llamó con una mirada a tener más dignidad.

—Es evidente — dijo el doctor —: hay alucinaciones... es cosa grave. Tiene razón esta señorita, no la engaña su experiencia: es un caso de sugestión... Ya he tratado yo casos por el estilo... Es cosa grave... pero se cura.

Bertal suspiró.

La vecina, simulando compasión, exclamó:

—¡Ay! Es bien penoso para usted...

—Además, tengo que ver a la enferma. Auscultación... nada sin auscultación, decía mi antiguo maestro... Método y sangre

fria: he ahí, señor Bertal, todo el secreto de la medicina... Así, pues, tenga usted la bondad de llamar a la niña.

Levantábase ya el anciano para ir a buscarla, cuando le detuvo la solterana, diciéndole en tono imperativo:

—Ya voy ya.

Salió y se topó con Josefina, que limpiaba el pasillo.

—Diga a la señorita Ginette que baje, que aquí la aguardo.

Josefina subió rápidamente la escalera, entró en el cuarto de Ginette, que, despierta, olvidaba sus penas jugando con Gaby.

—Señorita Ginette — dijo la criada —, su abuelo pregunta por usted.

Se acabaron las risas.

Ginette se levantó y vistióse a toda prisa, en tanto que Josefina la ponía en pocas palabras al corriente de la situación.

—Sabe usted, el doctor está abajo, y habla de la enfermedad de usted.

—¿De mi enfermedad?...

—Sí... dígo que son alucinaciones... que es cosa grave, pero que se puede curar. En aquel momento oyóse la voz de la Benazer, que decía:

—¡Josefina!... ¡Estoy esperando!

—Ya voy... ya voy...

Ginette estaba lista. La llamada de la Benazer la espantó. Miró con infinita ternura a Gaby, que no comprendía, y siguió a la criada, que la introdujo en el despacho, donde iba a efectuarse la consulta.

El doctor Pasquier miró a la joven.

—Es nuestra enfermita — dijo la Benazer.

—Es mi nieta Ginette — rectificó Bertal.

—Acérquese — dijo el médico —, no pienso molestarla mucho rato. Auscultación, nada sin auscultación. Eso es lo que nos enseñaban en otro tiempo, cuando aun había maestros.

Ginette protestó:

—¡Si no estoy enferma!

—Hija mía; eso no se puede decir... Yo he tenido clientes que eran personas muy fuertes, y que cuando menos lo pen-

saban, morían de un mal misterioso...

Examinó detenidamente a Ginette.

—Saque usted la lengua...

Ginette hizo una mueca.

—Esa lengua está bastante sucia. Veamos el pulso...

—No tengo fiebre.

—¡Oh! ¡oh! No parece usted de carácter muy dócil.

—¡Ah! — dijo entre suspiros la Benazer.

—El pulso es bastante irregular... ¿Y los ojos?... Están brillantes, excesivamente brillantes... Es un síntoma nada despreciable... Estiro el brazo... Sí, eso es, fatiga nerviosa, debilidad y anemia. Excelente terreno para el histerismo... Ahora, haga usted el favor de contarme lo que pasó anoche. Todo el secreto de la medicina estriba en la sangre fría y el método.

Bertal, al oír que Pasquier repelía constantemente las mismas frases, llegó a dudar un momento de la competencia del anciano; pero estaba tan convencido de la importancia de su misión, que consideraba desdortés el sonreírse.

Además, a medida que Ginette precisaba los detalles de la aventura, ésta parecía tan falsa y tan extravagante, que ya no dudaba Bertal de que su nieta padecía algún desequilibrio mental. Todo el relato le parecía cosa extraña e inventada, y lo único que podía entretenerle algo era la idea de que Ginette se había escapado con la intención de celebrar los días de su madre.

Así que la niña hubo acabado de hablar, preguntóle el médico:

—¿No tiene usted más que decir?

—No, señor.

—Puede retirarse, hija mía, está bien.

Sabó Ginette y, como es natural, se encontró a Josefina detrás de la puerta.

—Ahora es cuando conviene que sepa usted lo que van a decir, señorita... Quédate aquí. No será cosa larga.

En efecto, en cuanto se marchó Ginette, tomó la palabra el doctor Pasquier y habló directamente a Bertal.

—Tenía razón la señorita Benazer: esa niña es mentirosa de nacimiento y es

mejor someterla a una disciplina muy severa, que usted no puede aplicar aquí.

—¿Lo ve usted? — dijo triunfalmente la solterona.

—¿Qué quiere decir eso? — preguntó al médico el anciano.

—Eso quiere decir que en una casa de corrección encontraría...

—¡Una casa de corrección!... Pienso usted, doctor, en la gravedad de lo que dice... en mi responsabilidad... Después de todo, Ginette no ha hecho nada que justifique...

—Hay muchas clases de casas de corrección, señor mío. No le digo que la recluya en un establecimiento del Estado. Según creo, la ley exige razones que no podemos tener y que es de esperar no tenerlas nunca... Pero usted conoce, y si no esta suforia conocerá seguramente, casas en donde el espíritu de rebelión de una niña no resiste a los métodos que en ellas se aplican inflexiblemente.

—Fácil es dar con una de esas casas...

—dijo la Benazer —. Pero el señor Bertal es demasiado débil...

—¿Débil yo? Bien sabe usted que nunca vacilo cuando me demuestran que una cosa es necesaria.

—Pues bien, señor Bertal — repuso el médico —, lo repito que la casa de corrección es necesaria para esa niña, de lo contrario, los otros tres niños se resentirán de su indulgencia. Elija... En otro tiempo tuve yo un maestro viejo que decía: «Vale más sacrificar un brazo, aunque apenas esté gangrenado, que verse en la necesidad de amputar los cuatro miembros por haber aguardado demasiado.» Era un sabio... Pero en aquel tiempo...

No esperó Bertal que se desgranasen los viejos recuerdos del doctor. Se levantó, empezó a pasear por el cuarto, meditando, asaltado por escrúpulos y temores, y, súbitamente, respondió:

—Puesto que es necesario... Ya que usted lo asegura, doctor...

A poco sutil que fuera el doctor, si en aquel momento hubiese mirado la cara a la «institutriz», hubiera sospechado que la Benazer le había hecho repre-

sentar un papel a que él se había prestado inconscientemente. Había en las miradas de la solterona tal expresión de alegría, que le costaba trabajo disimularla y en sus movimientos una feliz emberrancia que bastarían para denunciarla.

Pero el mediastro sólo pensaba en celebrar los tiempos heroicos de la medicina y en evocar su juventud en los hospitales parisienses, en donde sus «maestros» le predicaban la excelencia y la virtud de la austeridad.

La Benazer pudo recobrarle y moderar las expresiones externas de su satisfacción, y dijo gineoteando:

—Es usted muy digno de compasión, señor Bortal.

—Sí — añadió el médico —; pero tendrá usted valor... Adiós.

Y se retiró en compañía de la Benazer, que dijo:

—Dios bendecirá su resolución.

Pero el abuelo no la escuchaba. Otra vez estaba sentado a su mesa y lloraba, silencioso y dolorosamente...

VIII

La evasión

En cuanto Ginette comprendió que su abuelo se resignaba a seguir los consejos de la Benazer y del doctor, en cuanto desapareció su última esperanza en la resistencia del anciano, sólo tenía un pensamiento: huir.

Tomó esa decisión sin flaqueza y pesó bien todas las consecuencias, que no podían ser más peligrosas que las de su entrada en una casa de corrección.

Pediría a Chamberlin que la protegiera, y conocía demasiado el corazón de su padrino para poder dudar de su acogida. Expuso su idea a Gaby, Blanca y Renato.

—Tengo algún dinero...

—Mira, si quieres nuestra ayuda — dijo amablemente Blanca —, dilo.

—No, gracias... no soy rica; pero tengo lo suficiente para llegar a Burdeos... Esta noche tomaré el tren de Marsella...

—Es que Burdeos está lejos — objetó Renato —. ¿Por dónde vas a ir?

—No sé, pero lo preguntaré en el camino... Además, una vez en Burdeos, allí todo el mundo debe de conocer a Chamberlin. En cuanto lo vea, le diré que no quiero volver aquí, y él vendrá a buscarme, Gaby.

—¿Y nosotros? — preguntó Blanca —. ¿Crees que lo pasaremos bien cuando no estéis aquí? ¿Qué va a ser de nosotros? La Benazer se vengará de tu fuga en nosotros y el tío se volverá insostenible... ¿No podrías llevarnos contigo?

Ginette expuso poderosas razones:

—En primer lugar, no tenemos medios para marcharnos los cuatro de una vez. Además, en cuanto yo diga al padrino cómo nos tratan aquí y la mala vida que nos dan, no os dejará él, pues le conozco; os llevará con nosotros y viviremos todos en París.

—¡Eso sí que sería bueno! — dijo Renato aplaudiendo.

—Si el padrino quiere, es cosa segura — repuso Gaby.

Esta afirmación bastó para que fuera menos triste la marcha de la mayor.

Además, la imaginación de las niñas siempre es propensa a preferir las resoluciones novelescas que las de la paciencia.

Parecía que Ginette procedía valientemente y todas rivallaban en ayudarlo a preparar su escaso equipaje para la partida de la noche.

Ginette estaba muy compungida; pero no dejaba de comprender su audacia, sus peligros y tal vez lo que en su marcha había de ingratitud para con su abuelo. Pero ¿cómo había de ser?

Quedarle un día más al lado de la Benazer, sufrir todas las vejaciones y perfidias de una mujer molesta y temible, antojábasele imposible de concebir. Ginette estaba en la edad en que no se soporta un yugo excesivamente pesado, en que hubiera hecho falta mucha ternura para hacerle aceptar la esclavitud.

Sólo indiferencia y odio halló en Saint-Fons. Y lo que le prometían era aún



Episodio segundo. — A fuerza de puños se abrió hasta los pinchos, evitando lastimarse... (Cap. VIII).



peor: un martirio cotidiano, una prisión irrevocable. No lo aceptaría a ningún precio. En más, si su abuelo cambiase de resolución, ya no lo creería. Ginette había padecido mucho por el abandono en que la tenía Bertal, para creer en su bondad.

A media noche, después de abrazar a sus compañeros de infortunio, después de prometerles que pronto les daría noticias tuyas, después de decir adiós a todo cuanto dejaba, se fué, vestida de negro, con un saquito de viaje en la mano, muy mal armada para el largo viaje que emprendía.

Halló cerrada la puerta del jardín. Escuchó un instante los ruidos nocturnos. No se oía nada sospechoso. La casa estaba oscura; todos dormían. En la mansión de la Benazer no se veía luz alguna. Nadie sospechaba su marcha.

Tenía que salir escalando la verja. Se coló de uno de los barrotes de hierro y a fuerza de puños se elevó hasta los pinchos, evitando cuidadosamente lastimarse. Dio un salto y se halló en el suelo. Orientóse entre las tinieblas. El cielo estaba oscuro, pero entre dos nubes descubriase un trozo azul salpicado de estrellas.

¿Dónde estaba la estación?... A la derecha; ya se acordaba. No se daba mucha prisa, pues tenía tres horas por delante; además, que si corría podría llamar la atención a algún transeúnte resagado.

Ladró un perro. Detúvose la niña. ¿Si despertaría el can a sus amos? ¿Llegarían a descubrirla?... Prosiguió su marcha regular. De pronto, oyó pasos detrás de ella.

¿Quién la seguía? Apretó el paso... Quizás fuera algún vagabundo el que venía detrás... Se asustó y aceleró la marcha. Los pasos seguían resonando. Luego oyó una voz.

— ¡Ginette!...

La llamaban.

— ¡Ginette!... ¡Ginette!...

No sabía. No era que la turbase el miedo. Pronunciaban su nombre.

— Ginette... soy yo, tu abuelo.

Al principio dudó de que fuera el se-

ñor Bertal... Tal vez era una añagaza de la Benazer...

Pero la voz se acercaba y al fin la reconoció la niña.

— ¡Ginette, por favor!

No la enterreció esa súplica. ¿A qué venía aquella ternura repentina? ¿No sería más bien un lazo que querían tenderle para llevarla más seguramente a la casa?

No tenía más deseo que el de correr con más velocidad.

— ¡Hijo mío — mejoraba la voz —, hijo mío, te lo ruego!

Pero la niña no quería oír nada. Temía tener un momento de flaqueza... ¡No! Había que huir, huir lo más lejos posible.

Bertal no podía ganar en velocidad a Ginette. Pensó que probablemente la niña, cansada de correr, se detendría y él podría alcanzarla y amarrarla. En la obscuridad vió una sombra que se apartaba de la carretera y se internaba en pleno monte, por el camino que va a lo largo del precipicio de la Grande-Combe.

Aventurarse por allí sin conocer el sendero es exponerse a una caída mortal.

— ¡Ginette!... ¡Ginette! — gritó a voz en cuello el anciano —. ¡Por ahí, no!... ¡Por ahí, no!

Pero su meta continuaba andando.

Escaló un talud, corría por el suelo lleno de pedruzcos, alceada, sin cuidarse más que de aumentar la distancia que la separaba del que la seguía.

— ¡Ginette! — gritó una voz más Bertal.

Ya no oía el anciano el ruido de sus pasos precipitados; avanzó lentamente, reprimiendo con la mano los latidos del corazón, procurando no caerse. Extenuado, refrenó la marcha, y miró a su alrededor.

La luna había disipado las sombras grises. El paisaje parecía de plata. Por debajo el agua del torrente rugía como lejano trueno, y subió un quejido muy débil:

— ¡Socorro!

Paróse el anciano.

— ¡Socorro! — gemía una voz.

— ¿Eres tú quien llama, Ginette?

— ¡Socorro! ¡Socorro! — decía jadean-

do la voz, más fuerte y más angustiosa.

Bertal siguió unas huellas, y a la pálida luz del cielo divisó un rincón de la vereda como barrido por una caída.

Asomóse por encima del abismo y vió a diez metros debajo de él a Ginette suspendida en el vacío, enganchada a un arbusto, a Ginette, que gritaba.

—¡A mí! ¡A mí!

El anciano empezó por intentar lo imposible: bajar hasta ella para salvarla. Pero se percató de que no podía alcanzarla a pesar de todos sus esfuerzos... Era menester regresar a Saint-Fons en busca de cuerdas.

«Tendría tiempo?

—Vuelvo al momento, Ginette... vuelvo...

Pronunciaba palabras a la ventura, palabras para alentarla en su resistencia.

Disponíase a emprender la carrera, camino del pueblo, cuando un grito desgarró el espacio, dominando los rugidos del torrente, un grito de animal que desuellan.

Y no hubo más...

Ginette se había soltado del arbusto.

Bertal, espantado, huyó hacia Saint-Fons. Tras él, perseguíale, como un remordimiento, aquel grito, que él creía que aun retumbaba en el aire con su desesperado terror...

TERCER EPISODIO

La fugitiva

IX

EL CALVARIO

Vaciante, profiriendo gritos inarticulados, el desgraciado Bertal llegó a las primeras casas de Saint-Fons, en donde aun dormían todos.

Al llegar a su morada ya no le sustentan las piernas. Agárrase a la verja para no caer al suelo y allí, con un esfuerzo supremo, exclamó:

—¡Socorro! ¡Ginette se ha caído al torrente!

Su desesperado grito fué oído; abriéronse puertas y postigos y la gente acudió vistiéndose apresuradamente.

Renato, Blanca y Gaby, despertados de repente, fueron los primeros en salir al encuentro del abuelo, y la Benazer, con ridículo traje de noche, se asomó al balcón con mala cara.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué pasa?

—¡Hable usted, señor Bertal!

Sucedíame las preguntas.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó la Benazer al berrador Capulade.

—No lo sé, señorita; pero dicen que la niña parisiense se ha arrojado al agua.

Bertal no podía apenas hablar. Levantó la cabeza, al oír la pregunta de su vecina, y aquel hombre, tan sumiso a aquella voluntad femenina, aquel hombre que nunca alzaba la voz después de hablar la señorita de Benazer, sintió un sobresalto de cólera al verla.

—¡Calle usted, miserable! ¡Usted es la causa de su muerte!

Volvióse luego a los que le rodeaban y, arrastrándose detrás de las pocas personas de buena voluntad que habían comprendido su deseo, encaminóse a la Grande-Combe.

Quiso explorar el torrente por el precipicio de Saint-Georges. Creía encontrar allí cuando menos el cadáver de su nieta.

El jardinero Pibule y Estellón el pescador apresuráronse a preparar una garra.

Bertal, atontado, no cesaba de repetir:

—¡Ginette! ¡Pohre Ginette mía!

Cuando todo estuvo dispuesto, tomaron el camino de la estación. Delante de la casa, Gaby, que casi no comprendía lo que pasaba, llevaba junto a Blanca y Renato, que procuraban consolarla. El niño no podía apartar los ojos del balcón desde donde la Benazer parecía dominar todo el pueblo, enloquecido por la noticia. Creía el niño que triunfaba la maldad de la solterona y que ella estaba orgullosa de esa victoria. Y no pudo menos de gritar:

—Mirad esa vieja péfida: ella ha motivado todo el mal; esa bruja es la causa de todo...

Josefina unió sus invectivas a las de Renato.

Al principio la Benazer despreció aquel enojo infantil; pero luego, al ver que la gente se aglomeraba ante su balcón y que la noticia era la comidilla del pueblo, corregida y aumentada por la fantasía de las comadres, quiso explicarse y pronunció algunas palabras para justificarse; mas alguno (nunca se supo quién) le tiró una piedra que le pasó rozando por

la cabeza, y bastó eso para que le imitaran cuantos allí había.

La Benazer creyó oportuno retirarse rápidamente, y una vez al abrigo de las persianas echadas, contempló a aquella muchedumbre exasperada, convencida de que, al día siguiente, se captaría las simpatías de la opinión pública mal informada.

Entretanto, Bertal y sus compañeros organizaban sus pesquisas. El primero dirigía a los camareros, encomendándoles hacia la casa en que había visto a Ginette suspendida de un arbolito. Mas ¡ay! sus esfuerzos no dieron resultado, a pesar de estar trabajando hasta el mediodía. A medida que transcurría el tiempo, iban desapareciendo las pocas esperanzas del abuelo.

Ni siquiera podría conservar un solo recuerdo de aquella niña cuya muerte causó él involuntariamente. Sin embargo, poco antes de dejar la funebre tarea, llamó la atención de los remeros un objeto negro que flotaba en el agua. Era el sombrero de la desaparecida. Cogiólo Bertal con manos temblorosas y lo besó como una reliquia.

En vista de que todas las tentativas fueron infructuosas, regresaron al pueblo.

¡Qué culvario fué para el anciano aquella vuelta a la triste mansión en donde acababa de enseñorearse el duelo! Al llegar a su casa, titubeaba para traspasar la puerta de la morada en que todo parecía reprocharle la fuga y muerte de Ginette.

¿Cómo le recibirían, después de tal desastre, los que allí quedaban, los pobres niños, sobre todo Gaby, que ya no tenía a nadie en el mundo?

También él pensó en morir. Pero sus sentimientos cristianos, la noción de sus responsabilidades, aun más pesadas desde el trágico suceso, le apartaron prontamente de tan triste proyecto.

Al contrario, había de tener el valor de vivir, de soportarlo todo y de procurar una vida feliz a los tres niños que aun permanecían a su lado. En aquel momento comprendía que la Benazer no le había dejado conocer toda la ternura de aquellos

corazones infantiles. Había escuchado las malas sugerencias de la solterona y seguido sus pérfidos consejos. No supo ver cuán poligraa aventurera era aquella mala mujer que fingía ser humilde para adquirir cada vez más autoridad. ¡Cómo iba él a suponer que una niña como Ginette fuera tan senalble! El no estaba acostumbrado a los niños. ¿Sería capaz de amar? En tanto que hacía esas reflexiones, llegó a su morada.

Abrió la puerta y anduvo de puntillas, porque no se atrevía a meter ruido. Al entrar en el pasillo vió a Blanca, Renato y Gaby, vestidos de luto, con el sombrero puesto y que parecían dispuestos a marcharse.

—Se acabó — dijo Bertal —, no la volveremos a ver.

Le ahogaban los sollozos. Miró a los niños.

—Pero — añadió —, ¿qué hacéis con los sacos de viaje en la mano? ¿Os vais, acaso?

—Sí — respondieron sin vacilar, los tres niños.

—¿Dónde vais?

—Aun no lo sabemos... pero es cosa decidida... ¡nos marchamos!

—¿Por qué?

—¡Porque somos muy desgraciados!

Bertal miró los tres rostros, como si los contemplase por primera vez.

Había esa frase: «¡somos muy desgraciados!» para que su corazón voliera a sangrar ante aquella desdicha que había estado tanto tiempo sin sospechar y que sólo cococía desde hacía un momento.

Entonces lo comprendió todo a la vez y lloró como en los tiempos de su infancia. Hizo un ademán como para detener aquella huida. Abrió la puerta del despacho, en donde entraron con él los niños, conmovidos, asombrados. Sentóse el abuelo en un sillón, y sin fingida vergüenza, ante Blanca, Gaby y Renato, les dijo suplicante:

—¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

Instintivamente acercáronse los niños que lloraban también. Les habló en voz queda, y les expuso con sinceras palabras toda su desesperación.

—Perdonadme... yo no sabía... os quiero mucho... pero no podía decíroselo... He sido brusco... Nunca os dirigía palabras de cariño... ¿Conque os aburríais aquí?

—No, tío — replicó amablemente Blanca, haciendo esfuerzos por sonreír.

—Sí, sí... se comprende... He hecho lo posible por vuestro bien...

—Ya sabemos que no tiene usted la culpa — dijo Renato —, sino la Benazer. ¡A no ser por ella no hubiera pasado nada!

—Es verdad... Yo no la conocía... La veía algo ruda; pero, en el fondo, buena.

—¡Vaya una bondad! — exclamó el muchacho.

—Pero ya no quiero que seáis despreciados. Hay que salir de Saint-Fons... Teodó razona... no podemos seguir aquí... Siempre me parecería oír la voz de Ginette... Además, con solterona no nos dejaría... Continuaría dándonos consejos... Intentaré amotinar al pueblo contra mí... ¿Sabe Dios lo que estará diciendo a estas horas? Debemos partir. Pero ¿a dónde?

—A París — contestó Gaby —. Allí encontraremos al padrino.

—Sí, sí, a París — repitieron Blanca y Renato, a quienes aterrorizaba esa idea.

Bertal contempló aquéllas tres cabecitas que se tendían hacia él y tan sinceramente le ofrecían el consuelo de sus ojos claros e inocentes.

—A París... — balbució.

—¡Se alegrará tanto de vernos, el padrino! — dijo Gaby —. ¡Y le ayudará tanto a saber lo que ha sucedido a Ginette!... Hay que ir a consolarle... Es tan bueno... abuelo.

¿Cómo podría resistir a esos ruegos?

—Nos iremos dentro de dos horas — dijo —. Daos prisa en preparar vuestras cosas y...

—¿Me llevan ustedes a mí? — preguntó de pronto Josefina, que hizo una entrada inesperada.

Renato, receloso, preguntó:

—¿Quién te ha dicho que nos vamos?

—No... no sé... Tal vez sea una suposición mía... pero no quisiera...

—Estabas escuchando detrás de la puerta...

—No... no; pero no quisiera que me despidiesen... ni tampoco quedarme sola aquí...

—Buena... Venrás — dijo amablemente al chico, con la mayor seriedad del mundo —. Pero, mira, en París habrás de variar; de lo contrario...

Josefina se retiró contenta, en tanto que los niños subían a sus cuartos y preparaban sus modestos equipajes. Fueron los primeros en estar prontos, ya que tenían hechos los maletines para el viaje que habían pensado emprender solos.

De vez en cuando subía Bertal a las habitaciones para dar una ojeada a los preparativos y para besar con fervor inasistido en él a los niños, que le devolvían ternezas por ternezas.

Al acercarse la hora de la partida, quiso el anciano dar por última vez la vuelta al jardín de su casa y revivir algo de lo pasado, ya que iba a dejarlo.

Erró por las habitaciones de la planta baja, dedicó algunos pensamientos a los libros de su despacho, sus antiguos amigos, que tan buena compañía le habían hecho durante los pesados días de verano.

También dejaba allí la escopeta de caza. Más tarde volvería a buscarla, cuando encontrase alojamiento conveniente en París y volviera al pueblo para liquidar su casa.

Todo aquello le emocionaba, como emocionan a los veinte años los recuerdos de los primeros amores o el perfume de una flor ajada.

Saló a la huerta, y desde allí vió a Saint-Fons, que aquella tarde primaveral parecía muy risueño con sus casitas blancas, que lucían al sol bajo un cielo muy azul. Había tanta tranquilidad en aquel pueblecillo, tanta paz en sus viejos y discretos edificios, que comprendió lo mucho que valía lo que iba a perder al volver a aquel París tumultuoso, donde tanto había padecido tiempo atrás. Casi titubeaba, conquistado de nuevo por el encanto del ambiente, y llegó a pensar si no cometería una necedad al someterse al

capricho de unos niños muy contentos con cambiar de aires.

En el momento en que llegaba a la verja, vió en un balcón a la Benazer, que aparentaba regar unas flores; pero que en realidad estaba ocebando la casa del anciano.

Cuando vió ella a Bertal, le miró malamente. Este no dejó traslucir sus sentimientos; pero bastó esa mirada para afirmarle en su resolución de partir.

Entró de nuevo en su casa y preguntó: —¿Estáis listos?

Hubo gran barullo en la escalera. Josefina y los niños se apresuraban a bajar. Ya se oía en la carretera el rodar de un carricoche rústico que venía en busca de los viajeros. Cerraron cuidadosamente los postigos; todas las habitaciones quedaron a oscuras, y la criada y los niños salieron. Bertal los siguió lentamente. Cerró la puerta de entrada con doble llave y levantó la vista para dar el último adiós a su casa.

El auriga del carricoche cogió el equipaje y lo ató detrás del vehículo.

Josefina, empereñada, Renato, Blanca y Gaby tomaron asiento y luego Bertal se puso a su lado.

—¡En marcha! — dijo al cochero, y miró instintivamente al balcón de su vecina; ya no estaba ella allí.

—¡Hombre! — exclamó Renato —. La Benazer no nos ha visto marchar.

—Debe de estar detrás de las persianas — dijo Blanca.

Y así era. La solterona sospechaba un lance teatral; pero no creyó que fuera tan rápido. En vano pretendía explicarse por qué salía Bertal tan repentinamente de Saint-Fons. Y tenía tanto más interés en saberlo, cuanto que para ella la marcha del anciano equivalía a su ruina y daba al traste con todos sus proyectos.

Al irse Bertal, desaparecían las ganancias que ella sacaba de la casa vecina. Ya no tenía más recursos que el dinero que le mandaban de París, que era muy poco. Aparte de esto, había combinado tan bien sus planes, que se figuraba que en lo futuro no olvidaría Bertal sus servicios.

La fuga de Gineite, su trágica muerte, la marcha precipitada de Bertal, todo hacía derrumbarse sus ensueños.

¿Qué iba a ser de ella? ¿A quién acudir? Pero, además, pensaba si no habría medio de librar batalla al fugitivo. Aquella inesperada salida de Saint-Fons induciría a pensar muchas cosas. Bertal no era muy querido en el pueblo. Era orgulloso y tenía pocas relaciones. No le sería difícil a la solterona hacer creer que si se iba, razones tendría para ello.

Lo principal — pensaba la Benazer — es saber dónde se refugiaría Bertal.

Este, en el trayecto de su casa a la estación, fué asaltado por pensamientos apólogos: comprendía que su fuga sería para la Benazer fácil motivo de maledicencia. Por eso, cuando llegó a la estación, encargó a Blanca que tomase billetes para Marsella, lo cual extrañó a la niña.

—¿Pero no vamos a París?

—Sí... sí... pero hay que ser prudentes.

Acosado por los remordimientos, asustándose hasta de su sombra, el pobre hombre quería disimular así el término de su viaje, como si temiera ser perseguido.

No esperaron mucho tiempo, pues pronto llegó el tren. Instaláronse en un compartimiento vacío, y al día siguiente por la tarde llegaron a París. ¡Qué extraña llegada! ¿Adónde irían? ¿Qué harían? ¿En qué lugar opacible refugiarían su tristeza?

Una tunda próxima les ofreció abrigo. Alquilaron tres habitaciones. Gaby escribió inmediatamente a Chambertin que a la sazón actuaba en Burdeos; le escribió una carta ingenua anunciándole la desgracia que los embargaba.

Querido padrino: Tengo que anunciarte una gran desgracia que te dará mucha pena; mi pobre hermana Gineite se a cogao calendose de noche en un tarruete y no la an encontrar.

Puedes figurarte nuestra pena; todos emos venido a paris, todos, el abuelo, blanca y renato mi primo. Estamos en el otel Viator, calle de lion, 10 bis, asta que encontremos casa en las afueras.

Te escribiré mas luego cuando espá donde damos a bñir.

Tu ayuda que te quiere mucho y te abraza.

GAM

Y esperaron hallar una morada en que reconstituír su hogar, esperaron ver al padrino que podría ayudarlos, y esperaron también no sé qué imprevisto, milagroso, que aplicó un poco de bálsamo a sus penas.

X

Lo que había sucedido

Nos encontramos en una espaciosa y clara habitación de la «Villa Primavera», en Saint-Jean, cerca de Bezulien. Por la ventana se ve el más lindo jardín del mundo. Palmeras, eucaliptos, naranjos, toda una flora paradisíaca se alza en medio de un parque de ensueño. En la habitación entra un aire tibio y perfumado, con el sul, que decora como un polvillo de oro.

Junto a un lecho, en donde desansa una enferma rubia y pálida, el señor de Bersange y su hermana Odilia escuchan a una enfermera y un médico que cambian impresiones y consejos.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Lo mejor posible. Pero ayer tarde tuvo una pesadilla horrosa. Gritaba: «¡Socorro! ¡Socorro!»... Le di la poción calmante y luego durmió más tranquila.

—¿Qué opina usted, doctor? — preguntó el señor de Bersange.

—Creo que la salvaremos; pero mucho me temía una congestión cerebral de extraordinaria violencia. Ya ha pasado lo peor.

La enferma exhaló un suspiro. Inclínase contra ella la enfermera y le refrescó la frente con un lienzo húmedo.

—¡Ya ha sido muerte para la pobre, encontrarse aquí, viva!

—Sí, por cierto — dijo Bersange —. Fíjese, doctor, que la casualidad me llevó ayer a pesear truchas por la parte de Saint-Fons. Iba en automóvil... No sabía a punto fijo dónde parar, cuando, al lle-

gar cerca del precipicio de Grande-Combe, vi la playa de fina arena y dije al chófer que parase y me aguardara.

Preparé las cañas; estaba solo... no había alma viviente... echo una uña... De pronto, oigo gritos desesperados. No había duda... alguien se ahogaba. Miro... y nada veo... Exploro los alrededores... Y diviso una cosa negra que se agitaba en el agua. Más parecía un animal que un ser humano. Me acerco al río y veo a esa desdichada que hacía trágicos esfuerzos para ganar la orilla... Corrí a ella, la cogí en brazos: la niña respiraba con gran dificultad... «Escóndame usted... No me entregue», me decía como en un soplo, y no salía de ahí... Le confieso que no la nutré atentamente... No tenía más que una idea, recomendarla, instalarla en el auto y traerla aquí. Con la ayuda del chófer la envolví cuidadosamente en una manta y la hicimos entrar en calor lo mejor posible. Hasta entonces no reconocí a la joven que mi hermana y yo encontramos en la carretera con sus primos y su hermana, la otra noche.

—¡Ah! ¿aquella de que me habló usted en el palacio de Castellamare?... ¿La de la aventura del hada y el príncipe encantado?

—La misma. Comprenderá usted mi sorpresa... ¿Qué le habrá sucedido? Nada sé. Creí que se habría caído accidentalmente de lo alto de las ruinas. Esa fue mi primera hipótesis... A la mañana siguiente, fui a Saint-Fons con intención de devolvérsela a los suyos; pero me dijeron que su abuelo se había ido con tres niños y la criada... También me han contado no sé qué historia a la que no he prestado atención... No sé qué drama se oculta tras esta aventura extraordinaria...

—Lo esencial — interrumpió la señora de Bersange — es que la salvemos.

—Por ahora, sí — dijo el médico —, y creo que ya pueden ustedes estar tranquilos.

El doctor había acertado. Al día siguiente ya había desaparecido la fiebre, y GINETTE MANTU, desde su lecho, a la luz del cielo azul, sonreía a las sonrisas de la primavera.

¿Dónde estaba? ¿Qué sueño había tenido? No se atrevía a dar crédito a sus ojos; tocaba las blancas sábanas de la cama, la funda de la almohada, tocábalas tímidamente. Examinaba cuanto había en torno suyo sin reconocer nada que le fuera familiar.

Había flores en unos jarrones. Había vitillos de encaje, magníficos muebles, objetos raros. Pero ¿quién la había llevado allí? Buscaba en su memoria algo que pudiera permitirle reconocer su vida de pocos días allí; pero no se recordaba de nada.

Volvió la cabeza hacia una mesa que había cerca del techo y en la que se deshojaba una rosa, y vio dos retratos en un marco. Los miró de cerca. Si ya había visto ella aquellos rostros, aquel joven y aquella doncella que se parecían. Y con gran naturalidad balbució:

— ¡El príncipe encantado!... ¡El bado!

Si, en aquel momento se acordaba: la gran aventura hacia la mar, el automóvil misterioso... y luego el regreso a casa del abuelo Bertal. Volvió a sus oídos el sonido de la pérdida voz de la Benzer, y todo el drama vivido desde su salida de la casa de Saint-Fons hasta su salida imponente a su imaginación con tanta nitidez, que se estremeció.

Abríase la puerta del cuarto. El señor y la señorita de Bersange entraban despacito, como si temieran despertar a la paciente. Sonrieron al ver que ésta no dormía y se acercaron a ella.

— ¿Qué tal? — le preguntó Bersange —. ¿Sabe usted dónde está?

— Estoy en casa del príncipe encantado — respondió Ginette, cuyos claros ojos se empañaban con lágrimas de alegría —. Y no sé cómo expresarles...

— No hablemos de eso, hija mía — repuso Odile —. ¿Cómo sigue usted?

— Muy bien... Podría levantarme... Dígale, ante todo... ¿y mi abuelo?

Bersange miró a su hermana, pues no se atrevía a confesar a la joven que el señor Bertal había dejado el pueblo. Pero consideró que su turbación inquietaría luego más a Ginette.

— Su abuelo ya no está en Saint-Fons.

— ¿Cómo?... ¿Dónde está, pues?

— ¡Ay! No lo sé. El pobre creía a usted muerta. Por lo que he sabido, él mismo dirigió anteayer el reconocimiento en el precipicio, y no encontró más que su sombrero de usted. De ello dedujo... y cualquiera haría lo mismo... que estaba usted en el fondo del agua... Y lo peor es que se ha marchado sin decir adónde iba.

— ¿No ha dicho nada a nadie?

— ¡A nadie!

— ¿Quizá esté aún Josefina...

— No: esta mañana, en cuanto vi que estaba usted fuera de peligro, he ido a Saint-Fons, a casa del señor Bertal. Comprenderá usted que me urgía tranquilizarle de viva voz... Y encontré la casa cerrada y todos los postigos también cerrados. Llamé... No me contestaron... Di la vuelta al dorredor de la casa... Todo estaba en silencio... Iba a retirarme, cuando una mujer alta y flaca, de nariz puntiaguda...

— ¡Ah! La Benzer — interrumpió Ginette.

— Ignoro su nombre, pues no me lo ha dicho...

— Estoy segura de que es ella... Tenía cara mala...

— Más bien sí... No sé cómo me ha visto... Salí de su casa y se me acercó con una curiosidad que no me gustó nada.

— ¿Qué se le ofrece, caballero? — me preguntó.

— ¿Quisiera ver al señor Bertal.

— ¿Tiene usted algo que decirle?

— Sí.

— ¿Es cosa urgente?

— Sí.

— Pues lo siento, porque ya no está aquí el señor Bertal.

— ¿Hace mucho que se marchó?

— Anoche... Se ha ido a consecuencia de un triste suceso...

Adivinó que deseaba confirmar mucho más de lo que yo le preguntaba y, sobre todo, que quería saber quién era yo y lo que tenía que decir a su abuelo.

— Si — prosiguió diciendo —, lo malo es que nadie sabe dónde se oculta... Ha debido de huir...

«—¿Huir?

«—Por miedo a los gendarmes.»

Ginette se indignó.

«—¿Qué mujer tan horrible!

—Y — siguió diciendo Bersange, como en confidencia —, me dijo al oído:

«—Se sospecha que él ha causado la muerte de su nieta...»

—Ya puede usted suponer que si hubiera prestado yo la menor atención a sus habladurías, aun estaría allí escuchándola. Pero simulé no hacerle caso. Y entonces mudó de conversación. Y empezó a hablar de usted.

—¿De mí? — exclamó la enferma —. No le habrá hablado muy bien.

«—Era una niña sumamente nerviosa — me dijo —. Tenía alucinaciones. Seguramente hubiera dado grandes disgustos al señor Bertal... Por lo demás, éste lo sabía de sobra... Si tuviera yo que declarar en justicia... cosa que bien podría ocurrir... le confieso a usted que disculparía a ese pobre hombre... No es de él toda la culpa... Pero tal vez le conocería usted...»

«—No.

«—¿No es usted paciente suyo?

«—No, señora... Gracias por sus datos...» Y me fui, después de saludarla secamente; pero impulsé a mi saludo tanto desprecio, que seguro estoy de que no se forjará ella ilusiones respecto de mis sentimientos para con ella... Además, parece que en el pueblo la detestan, y me extrañaría de que pudiera continuar viviendo en él, pues parece ser que todos la han tomado con ella. No he querido que se creyera que yo interrogaba a los demás habitantes; pero algunos a quienes he visto me han dicho que el señor Bertal practicó un reconocimiento en el abismo; pero nadie ha sabido decirme por qué ha salido tan precipitadamente del pueblo ni adónde se ha encaminado...

Ya no escuchaba Ginette; su imaginación la llevaba lejos de aquel precioso cuarto y de sus salvadores que la rodeaban de cuidados. Pensaba en Gaby, en el abuelo, en Blanca y Renato, que nadie sabía dónde había ido, y que la buscaban, cuando ella estaba allí, bien cui-

dada, mimada por los seres que la trataban como a una amiga de toda la vida.

Al fin, volvióse a la realidad esta pregunta del señor Bersange:

«—¿No tiene usted más parientes que puedan sostener relaciones con el señor Bertal?... Su padre, acaso...»

«—¡Ay! — balbució Ginette —; ya no le veo. Mi padre no vivía con mi madre... y no sé dónde está. Es exactamente lo mismo que si fuera huérfana.

Los Bersange escucharon emocionados esa confesión. También ellos sabían los dolores de la soledad. Habíanse quedado huérfanos siendo aún muy jóvenes, y Bersange educó a su hermana con cariñosa solitud.

Su existencia, aunque parecía envidiable, se deslizaba monótona entre su casita de la Costa Azul y su casa de París. Y la necesidad de cariño que tenían entraba por mucho en la simpatía que habían manifestado a la joven desconocida.

«—Pero, ahora calgo... — dijo de pronto Ginette —, si manda usted una carta a Saint-Fons, quizá el correo la remita a su destino...»

«—Ya pensé en ello, y escribí ayer una carta a su abuelo... Pero acababa de devolvérmela, especificando que se ha marchado sin dejar señas...»

«—¿Y no ha ido usted a la estación? Tal vez le dieran allí algún dato útil...»

«—También he ido... Y, en efecto, me han dicho que el señor Bertal tomó el tren con cuatro personas.

«—Eso es: Blanca, Renato, Gaby y Josefina.

«—El tren de Marsella.

«—¿De Marsella? Pero ¿a qué han ido allí?

«—Nada prueba que se hayan quedado en esa población... Creo que habrá temido lo que se pueda decir de su precipitada marcha y también las pérdidas investigaciones de su vecina, y por eso no habrá querido que se sepa su refugio.

«—Pero, señor, si quería buscarme, ¿por qué no avisó a la gendarmería?

«—Bien se ve que es usted parisiense...

En París se llega uno al momento a la policía, pero aquí es otra cosa... Su abuelo se creería deshonrado... ¡Pláguelos! ¡Los gendarmes en su casa, y acaso un juez instructor del juzgado de Grasse!... No... no... En fin, no quiero fatigarlos con esto... Descansen usted... y volveremos a hablar esta noche...

Ginette protestó:

—No, no, se lo ruego... No quiero dejar al pobre abuelo en la inquietud... ¿A cuántos estamos?

—A diez de mayo.

—Pues bien... mi padrino está en Burdeos hasta el quince. Nos ha dicho que le dirijamos las cartas al Teatro Femina hasta el quince. Gaby lo sabe también y supongo que ya le habrá escrito...

—En ese caso, a estas horas su padrino la cree a usted muerta...

—Tal vez... ¡Eso es horrible! Hay que mandarle un telegrama.

—¡Excelente idea!... Y hasta puede usted decirle que venga a pasar aquí unos días. Vendrá a buscarnos, cuando termine su convalecencia, y si quiere quedarse unos días aquí, tendremos sumo gusto en recibirle.

—¿Cómo les agradeceré todo esto? — dijo sonriendo Ginette.

Bersange le alargó la pluma estilográfica, le puso en las rodillas una carpeta y papel, en el cual escribió Ginette:

Querido padrino, todos me creen muerta; telegrafía a Gaby, cuya dirección ignora, y dile que me ha salvado y recogido el señor de Bersange, villa Primavera, en Saint-Jean, cerca de Beaulieu, en donde termina mi convalecencia. Muchos besos. Escribo corra.

GINETTE MARY

—Y — añadió — por carta le diré todo lo que debo a ustedes, todas sus bondades, que nunca las podré agradecer lo bastante.

—Todo el mundo hubiera hecho lo mismo, hija mía — dijo la señorita de Bersange —. Pero la que me gustaría saber, si no tiene usted inconveniente, es lo que le ha sucedido desde que nos

encontramos la otra noche en el camino real.

Ginette contó detalladamente su lamentable historia. Al hablar, se animaba, reviviendo aquellas horas dolorosas, e imprimía tanto ardor en su relato, que Bersange juzgó prudente no fatigar a la enferma, que se complacía mucho en dejar hablar a su corazón aun contristado.

—Descanse usted, Ginette... Aquí está en su casa... y se marchará cuando guste... En usted libre... Dispónenos si no venimos a verla hasta la hora de cenar; pero tenemos que ir, Odilia y yo, a casa de unos amigos.

—Pero yo vendré a darle un beso, en cuanto volvamos — dijo Odilia.

XI

[FATALIDAD]

Así que salieron ambos jóvenes, Ginette pensó en voz alta unos minutos y no tardó en dormirse, porque estaba cansada y aturdida.

Cuando abrió los ojos, era de noche.

Dió vuelta al conmutador, vió que eran las nueve y media en el reloj de la chimenea, y se acordó de que no había escrito la carta explicativa prometida a Chamberlin.

Se apoderó de ella un deseo pueril de levantarse, de andar un poco, de visitar la morada que no conocía, y se levantó contenta como una chiquilla. Estaminóse al punto al espejo, que reflejó su figura de jovencita, algo menuda aún, pero ya esbelta y elegante, y su rostro enflaquecido, adornado por sus cabellos rubios y sus ojos claros de niña.

Aquella ojeada al espejo la tranquilizó. Estaba satisfecha de su gracia y de su robustez. Echóse luego en una comodona, delante de la ventana, y escribió la carta a su padrino, así concebida:

Querido padrino: Ha debido de recibir el telegrama que le anunciaba que me he librado milagrosamente de la muerte y que me han recogido los señores de Bersange.

Voy a contarle detalladamente todo lo ocurrido; pero primero quiero que sepan, por el estado en correspondencia con el abuelo, que el señor de Saint-Fons fue para ir a reunirse contigo. Cuando nos dejaste allí, sentiste una persona impresionada. ¿Qué dirías si hubieses conocido a la señorita Benazet?

En una palabra, allí se me hacía imposible vivir. No acuso al abuelo, que me hubiera querido mucho y que habrá pasado muy malos ratos después de mi fuga, ya que me cree muerta. Pero presentía yo que nos harían daño a mí y a Gaby y quería pedirte tu protección. En fin, ya te lo explicaré todo.

Aquí me tratan muy bien. Es un verdadero milagro haber tropezado con gente tan buena. El señor es muy amable; la señorita es guapísima. Es muy triste que no pueda estar conmigo.

Porque a pesar de todo estoy muy apenada. La idea de mi pobre mamá no se aparta de mí. ¿Tienes más noticias del naufragio? No sé nada, y me gustaría conocer más detalles de la horrible catástrofe que nos lo quitó todo.

Si pudiera venir a buscarme me harías un gran favor, porque no tengo dinero y tampoco quisiera abusar de la hospitalidad del señor de Bernengo.

Además, me gustaría tanto tener noticias de Gaby y de mi abuelo, que desearía traerme la misma noticia.

Hago punto, padrino querido, porque no estoy todavía muy fuerte, y desahogado verte cuanto antes, le diré la verdad, que te quiere.

GINETTE MANIN.

Puso la dirección en el sobre:

Señor CHAMBERTIN

Teatro Fanny

BURGEN

Y pensó que hubiera convenido que esa misma calle lo antes posible. El artista se marchaba de Burdeos cuatro o cinco días después. ¿Qué haría ella en aquella casa si no llegaba a tiempo la carta?

Así las cosas, entró la enfermera en el cuarto.

—¿Podría usted hacernos un favor? — le preguntó Ginette.

—Con mucho gusto, señorita.

—¿Quiere llevar esta carta a la estación?

—¿Ahora?

—Sí y con toda urgencia.

—Bien lo quisiera, señorita; pero no es posible...

—¿Por qué?

—Porque estoy sola.

—Es para mi padrino... quisiera que estas líneas saliesen en el tren de las diez.

—Quizá podamos echarla mañana en el rápido...

—Pero tenga usted presente que mi padrino no ha sabido que yo vivía hasta que ha recibido mi telegrama; comprenda que estará impaciente por saber lo que me ha sucedido.

—No puedo, señorita Ginette.

—Se lo ruego...

—No hay nadie en casa.

—¿Y los criados?

—Han pedido permiso para ir al cine y ya se han marchado.

—¿No está el jardinero?

—Sí... pero su habitación se halla al otro extremo del parque, y podría hundirse la casa sin que él se enterase... Y tan convencido de ello está el ayuda de cámara, que me ha dejado un revólver por si pasaba algo... Mírelo... lo ha puesto ahí, encima de la mesa...

—Bueno; pues siendo así... déjeme el revólver, que ya sabré manejarlo en caso necesario...

—Es que uno está usted muy débil... y no debería haberse levantado...

—¿Yo, débil?

Y para probar que estaba restablecida, corrió Ginette hasta la ventana.

—Ya ve que estoy muy bien — dijo —. Vámonos, hágame usted ese favor.

—¿Y si viene alguien?

—¿Quién? ¿Quién quiere que venga? ¿Espera usted a alguno?

—No...

—¡Pues entonces!

La enfermera titubeaba. Le habían confiado la enferma, y no tenía derecho a

separarse de ella. Pero eran tan suplicantes los ojos de Ginette y parecía tener tanto interés en que saliera la carta, que acabó por ceder.

—Lo haré por complacerla, se lo aseguro... pero no me voy tranquila... Prométame no moverse...

—Se lo aseguro... Tengo usted la carta...

Tendió el sobre a la enfermera, que se marchó, examinando antes si estaban bien cerradas todas las salidas y si en la puerta principal estaba echado el cerrojo.

Ginette, que no era miedosa, se dejó llevar por un dulce ensueño. Aparecíale cosas familiares: la de su madre, tal como la viera por última vez en el puerto del *Himalaya* en el puerto de Marsella; la de Gaby, la de su abuelo y la del señor de Bersange, que tanta dulzura tenía en sus miradas y en sus miradas. Luego acudió a su infancia a la memoria.

La atmósfera del cuarto era tan apacible, que podía seguir creyéndose en París, y forjarse la ilusión de que pronto entraría su madre para estar al lado de ella.

Una sombra cortó súbitamente la luz lunar. Ginette se acercó a la ventana, abrió las cortinas y miró al jardín.

No vio nada sospechoso. No se movió; continuó el silencio... Sin embargo, segundos después percibió un ruido extraño. Estaban forzando la puerta de la planta baja.

La niña tembló. Quiso coger el revólver que la enfermera le había confiado; pero se le deslizaron las piernas.

Aun estaba débil y respiraba trabajosamente; era incapaz del menor movimiento.

Al fin, por un esfuerzo de su voluntad en tensión, asió el arma y llegó hasta la puerta del cuarto. Aplicó el oído. Ya no podía dudar; alguien andaba abajo.

Recobró cierto aplomo. Después de todo, tenía con qué defenderse. Además, no tenía derecho a quedarse allí como espectadora invisible, ya que por culpa suya había abandonado su puesto la enfermera.

A ella, pues, le correspondía defender la casa que la cobijaba; no tenía otro

medio de demostrar a los Bersange que no era desagradecida.

Ginette no conocía la distribución de la casa. Pero dio luz y se halló en un rellano, ante una escalera, por la que bajó sin saber lo que hacía.

Paróse a escuchar. Ya no oía nada. Siguió bajando y, conteniendo el aliento, se detuvo otra vez ante una puerta que vio a la derecha, tras la cual alguien iba y venía amortiguando los pasos. La niña adivinaba que andaban por la alfombra.

Despacio, con infinitas precauciones, dio la vuelta a la llave, y vio un círculo luminoso que blanqueaba los objetos de una vitrina. Alguien estaba con una linterna, junto al mueble, robando.

Buscó el conmutador a lo largo de la pared. No lo encontraba. Parecía que hacía ya mucho que había abierto la puerta y que el ladrón la vería y se abalanzaría contra ella.

Al fin tocó la llave de porcelana. Una claridad que le hizo estremecer iluminó la habitación. Ginette apretó el revólver con sus dedos crispados y se ocultó al hombre, que le daba la espalda.

—¡Arríala las manos! — exclamó ella con voz surda.

El ladrón se volvió. Ginette retrocedió un paso, y el arma se le cayó a la alfombra. La niña vaciló espantada.

—¡Tú! — exclamó.

El individuo tendió los brazos hacia ella e instintivamente respondió:

—¡Ginette!

Pero la joven no parecía oírle. Le miraba fijamente, como si aun no se decidiera a creer que tenía ante sí y con aquel aspecto miserable a Pedro Manin, su padre...

Habló éste:

—¿Estás sola aquí?

—Sí...

El la miraba con recelo.

—¿De veras?

—Te lo juro.

Manin respiró ruidosamente.

—¿Me conociste en Marsella?

—Sí...

—¿No me denunciarás?

Ginette no contestó.

— ¡Me oyas?... Te pregunto si me denunciarás.

Su hija seguía mirándole sin decir una palabra.

— ¡Qué haces aquí? — preguntóle el padre.

— ¡Vete! — gritó Ginette —. Vete... ¡pronto!

Manin parecía indeciso. Giró sobre sí mismo, buscando con la mirada no se sabe qué, y maquinalmente recogió algunas herramientas que yacían al pie de la vitrina y se encaminó a la puerta.

Ginette le detuvo con unas palabras.

— ¿No te lleva nada?

— ¿Te importa mucho saberlo?

— Sí...

— Nada tengo.

— Enséñame los bolsillos.

El retrocedió. Aquel interrogatorio le exasperaba. Tenía prisa por huir.

— Te digo que no tengo nada.

Pero Ginette insistía:

— No quiero que te llevas cosa alguna de aquí... o no saldrás de esta casa si no dejas lo que has cogido.

Aquella resistencia, la presencia de su hija, todo le desconcertaba, le asustaba. ¿Y si alguien surgía de pronto? ¿Y si su hija obraba así para ganar tiempo? Corrió. Ginette se precipitó contra él para retenerle.

El la empujó.

En aquel momento oyóse una voz lejana que decía:

— ¡Señorita! ¡Señorita Ginette! ¿Dónde está usted?

Manin se detuvo.

— Me has engañado... Me tendías un lazo...

— No: es la enfermera, que acaba de llegar... Calla... calla. Vacía los bolsillos...

— Déjame pasar — ordenó con voz ronca Manin.

— Dale prisa... No diré nada... Dame lo que has robado... Te lo suplico... Hazlo por mí... ¡papá!

— ¡Señorita Ginette! ¡Señorita Ginette!

— ¡Llamaba la voz, que iba acentuándose.

— Déjame... si no...

Levantaba la mano para pegar, cuando el ruido de los pasos de la enfermera

les obligó a apagar la luz y a esconderse detrás de las cortinas.

Se abrió la puerta. Brotó de nuevo la claridad. La enfermera estaba allí.

— ¡Vaya, señorita! ¡Cese esta bromas! ¡No se esconda, que ya la veo!... Aquí está...

La enfermera levantó una cortina. No tuvo tiempo para pedir socorro. Un hombre la cogió en brazos, le puso una mano en la boca y le aprieta el cuello hasta dejarla sin poder moverse.

Corre Ginette, se agita al braso de su padre. Pero ya no existe el padre; sólo está allí Pedro Manin, ladrón que no quiere ser cogido, ni lo será.

La enfermera cae pesadamente, como muerta.

— ¡Déjame pasar, ahora!

Ginette no le suelta.

— ¿Qué has hecho?... ¡Socorro!... ¡Asesinos!...

No quiere que pueda huir su padre. Este se suelta, de un movimiento de hombros. Ella corre delante de él gritando:

— ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Recorren pasillos y cuartos. Ginette sale al jardín y sigue gritando, llamando con voz desgarradora.

No es ocasión para mostrarse sentimental. Manin piensa que es menester que calle la niña.

La alcanza, la mantiene inmóvil contra él. Saca del bolsillo un pañuelo, la amordaza y se la lleva. Llegan a la carretera. Ginette no aliente nada. ¿Vivirá aún?

Se ve una cortina de árboles. Un automóvil espera con los faros apagados al borde de la cuneta. Se divisa una sombra.

— ¿Eres tú, Manin?

— Sí.

— ¿Te ha ido bien?

— No... Ayúdame, Latriangle.

— ¿Traves un bullo?

— Sí.

— ¿Qué es?

— Una mujer.

— ¡Hombre! ¡Vaya una ocurrencia! ¿La llevamos con nosotros?

— Es necesario. Si no, nos delatará...

— ¡Qué fastidio! No me gustan esos bullos.

—No te preocupes. ¡Ea! ¡Ayúdame!

Envuelven a Ginette en una manta. El aire no la ha hecho volver en sí. La ponen en el fondo del carruaje y no se mueve.

—¿Qué esperas, Latringle?

—Nada... nada.

—Tenemos que estar en Marsella antes de amanecer.

—Haremos lo posible.

—Y, sobre todo, nada de ruido.

El automóvil arranca y corre sin que ningún obstáculo le detenga en su marcha. Latringle es un conductor seguro. Tiene sangre fría, está acostumbrada a las carreteras y conoce el camino.

Manin, sentado detrás de él, permanece en silencio, escuchando los ruidos que podrían ser sospechosos, vigila a su hija, que continúa inmóvil, y el estrecho horizonte que los faros descubren y que podría estar lleno de peligros.

—¿Es decir que ha sido un mal negocio? — pregunta Latringle, a quien preocupa el silencio de su compañero.

Manin no responde.

El otro insiste.

—Lo que no comprendo es cómo has podido cargarte con un bulto como el que has traído... Hay casos en que no hace falta equipaje... Sobre todo, cuando se ha hecho poca cosa... Pero no sé... hace algún tiempo que estás torpe.

Manin continúa sin pronunciar palabra.

El aire glacial azota los rostros. El carruaje da botes inquietantes a veces, pero no es cosa grave, van a toda velocidad...

Latringle se obstina en su charla solitaria:

—Es verdad... antes sabías trabajar... Tenías sangre fría... Ahora, creo que tienes jodama...

Hay cosas que pueden oírse sin decir nada; pero para un hombre «de corazón» hay amonestaciones que no pueden quedar sin réplica. Manin se inclina hacia su cómplice y protesta.

—¡A ver si callas... majadero!

—Te lo digo — repuso Latringle —, porque me pareces muy especial... Confórmate que si no tuvieras canguelo no hubieras cargado con ese fardo... En pri-

mer lugar, no es prudente. Sapiente que nos ocurre una avería...

—Calla... — interrumpió Manin —, que con tu charla traerías la negra al más potroso.

—Eso dices... Pero es la verdad... ¡Si quisieras llenarte de testigos molestos, no tenías más que suprimir a esa mazuela!

Cruzaban un pueblo. La livida luz de los faros iluminaba unas casas blanquecinas y unos árboles achaparrados.

—Habla de lo que entiendas... Yo no podía...

—Si te da por ser sentimental...

—Te digo que no podía.

—¡Bueno, bueno! No insistas. Además, no me importa decirte, a estas horas tal vez esté muerta... ¿La oyes moverse?

Manin se estremeció:

—No...

—¡Pues si crees que ésa es una posición cómoda para una mujer! Ha debido de cerrar el ojo. ¡Vaya una juerga, entrar en Marsella con...!

—¡Para, Latringle, para!

—¡Qué ocurrencia! Me has dicho que vaya a toda marcha. Estamos retrasados. Dentro de una hora será de día...

Manin se levanta. Vacila por el ajetreo del coche; pero logra poner las manos en los hombros de Latringle.

—¡No has oído que pares!...

—¡Qué lata! — dijo el otro, amansado de pronto —. Te vuelves pesado...

Refrena la marcha. El auto se para.

Manin saca del bolsillo la linterna sorda.

—Tengo que ver como está...

—Tienes razón, porque, si está fría, más vale dejarla en la cueva.

El padre de Ginette tiembla. La obscuridad, las palabras cínicas de Latringle, los remordimientos, todo le oprime y le ahoga.

La débil luz de la linterna ilumina el livido rostro de Ginette, que tiene los ojos cerrados y no realiza el menor movimiento.

—¡Es una chavala! — exclama Latringle.

—Sí... una niña.

—¡Y es guapa, la rubita!

Manin se acerca al cuerpo muerto y escucha al aun late el corazón.

—Sí, vive! — exclamó con alegría.
—Tiene suerte... ¿Qué hacía en la manida?...

—No sé.

—Sería tal vez una criada...

—¡Eh! En marcha otra vez.

—Ahora te vienen las prisas... No... la verdad... ¡ya no eres el mismo, te lo aseguro!... Tan pronto dices blanco como negro... No sabes lo que quieres... Quizás estés enamorado...

—Date prisa, Latringle...

—Voy, compadre.

Y de nuevo arranca el auto: al este, el cielo comienza a palidecer.

—¿Estamos aun lejos de Marsella? — pregunta inquieto Manin.

—No, creo que faltan cuarenta minutos... Dime... ¿Te acuerdas del golpe que dimos en Troyes?... Entonces eras mucho más terne... Tú escalaste la verja del jardín y yo te esperaba... ¡Cómo te deshiciste de los perros! ¡Ah!... ¡Aquello, aquello!... Cuando quieres, no eres manco... Pero hace falta que no estés enamorado. ¿Conque... nada en la bolsa?

—Sí... figurillas de vitrina... pero no valen gran cosa.

—¿Había gente?

—Una enfermera y esa moza.

—¿Qué has hecho de la enfermera?

—La he dejado demmayada... No es grave...

—¿Por qué has traido la chavala?

—Porque...

—Ha sido una necesidad, te lo repito... ¿Qué vamos a hacer con ella?

—La guardaremos con nosotros...

—¡Porrut!... ¿La conoces?

—Un poco...

—Bien, bien... ya veo la cosa... Ella es quien te dio el golpe... ¡Eh! ¡Cuidado con la macedora!... ¡Upa!... ¡Ya pasó!

El coche había saltado por un badén, produciendo un ruido de hierro viejo. Latringle, infatigable, como si estuviera sentado cómodamente en un sofá, prosiguió:

—Esas martingalas no valen nada... Las mujeres no entienden una palabra... y además, le dejan a uno caer a última hora... sobre todo las chavalas... pero...

En aquel momento llegaron a las primeras casas de los arrabales de Marsella. Manin estrechó instintivamente contra sí a Ginette, como para protegerla contra los peligros que le amenazaban a cada instante en la ciudad, donde la policía podía surgir de un momento a otro. Luego dijo a su cómplice:

—¡Y ahora, calla... y mira por nuestro pellejo!

CUARTO EPISODIO

El muerto resucitado

XII

EL DETECTIVE TRIOL ENTRA EN ESCENA

Serían algo más de las doce de la noche cuando el señor de Bersange y su hermana llegaron a casa.

No bien se hubo parado el automóvil ante la escalinata, acudió un ayuda de cámara exclamando:

—Señor... señorita... ¡Ay! ¡Esto es horroroso!

—¿Qué sucede? — preguntó Bersange.

Con la oscuridad, no veía el rostro al criado, pero eran tan extraño el sonido de su voz, que el joven presumió que efectivamente había ocurrido algo grave.

—¡Hable pronto! — dijo.

—Durante su ausencia, han robado la casa.

—¿Y la señorita Ginette?

—Ya no está aquí.

—¿Y la enfermera?

—Las hemos encontrado en la sala, tendida, sin conocimiento.

—¿Herida?

—Casi nada... pero con una fuerte conmoción, ligeras contusiones y la oreja derecha descarnada.

Hermano y hermana, al tiempo que subían la escalera y recorrían los pasillos, dirigían impacientes preguntas a los criados.

—¿A qué hora han vuelto ustedes?

—Hace una hora, poco más o menos.

—¿Y cuándo ha sido el robo?

—La enfermera cree que a las diez.

—¿Da algunos detalles ella?

—Sí, señor; ahora la verá usted.

—Primero vamos al salón.

Bersange entró en el salón y observó que habían desaparecido algunos objetos de la vitrina. Para él era cosa de poca monta. Mucho más le preocupaba la desaparición de Ginette.

Recorrió todos los cuartos: todo estaba intacto. El ayuda de cámara que le acompañaba, dábale algunas explicaciones.

—¿Ha explorado usted el jardín inmediatamente?

—Sí... señor... no he visto a nadie. El jardinero, por su parte, ha hecho rondas y no ha encontrado nada sospechoso.

—Ahora vamos a ver todo eso... Por de pronto, veamos si la enfermera puede darnos alguna indicación.

La pobre mujer estaba tendida en su lecho, y casi no podía contar lo acaecido. Sólo pudo decir que Ginette parecía conocer al ladrón.

Este detalle llenó al señor de Bersange de doloroso estupor. Pero no quiso epinar de igual modo y pensó que, después de tanta emoción, la herida no tendría toda la lucidez necesaria para un interrogatorio concreto.

Preferió seguir solo sus pesquisas, según sus propias ideas. Comprobó que el ladrón debió de escalar la tapia de la finca. Vió huellas de pasos en la hierba. Vió también que en algunos puntos habían pisoteado en el mismo sitio y que allí habría habido lucha.

Recorrió con el ayuda de cámara y el jardinero la huerta, el jardín, el parque, los cobertizos, y hasta los rincones más secretos. No vió a nadie. Ni un solo indicio que le permitiera descubrir cosa alguna.

Cuando volvió a sus habitaciones para



EPISODIO TERCERO. — *Manit sale un parafuto, amorizara a su hija...* (Cap. XI).

Figure 1. A photograph of a person in a boat, taken from the front of the boat.



tomar algún descanso, vió a su hermana que no se había acostado y que estaba cuidando a la enfermera.

—¿Qué?... — le preguntó Odilia.

—Nada... no lo entiendo... Un hombre ha entrado en el jardín... Evidentemente ha podido penetrar en la casa, puesto que ha forzado una puerta vidriera de la galería... ¡Pero que haya raptado a Ginette!... ¿Con qué objeto?

—No me lo explica.

—Caben dos hipótesis: o tiene aquí un cómplice, que yo no sospecho, porque ni el jardinero ni el ayuda de cámara son handidos, y ha querido robar objetos de valor, o le ha mandado alguien para raptar la muchacha.

—Pero ¿y la suposición de la enfermera?

Bersange respondió claramente:

—En esa no paro atención. La niña era sumamente simpática. Además, es de excelente familia, y nada nos induce a sospechar de ella.

—Sea lo que fuere, no estaría de más que dieras parte.

—¡Dios nos libre, querida! Conozco la destreza de los gendarmes y de la policía, y sé que daríamos una campanada, no sabríamos nada hasta dentro de seis meses, no encontraríamos nunca la niña y siempre ignoraríamos lo que ha sucedido... No... Creo que tras ese robo vulgar hay algo extraordinario, una aventura que no podemos saber, por cuanto nos faltan elementos de apreciación... Por consiguiente, antes de dar parte, quisiera cuando menos tener una convicción. Conozco en Niza un detective que es muchacho listo, Triol, y que indagará tranquilamente, tomándose todo el tiempo que necesite y que llegará más pronto que la policía oficial, estoy seguro, a conclusiones interesantes... Entretanto... nosotros no tenemos nada que hacer y podríamos descansar en espera de que llegue el detective.

A la mañana siguiente, el automóvil del señor de Bersange iba a Niza en busca de Armando Triol, cuyo primer cuidado, al llegar a «villa Primavera», fué inquirir si la enfermera se hallaba en estado de sufrir un interrogatorio.

La joven seguía mejor.

Triol hizo que le contase, en el mismo lugar del drama, cómo la envió Ginette a llevar una carta a la estación, cómo halló a la niña escondida detrás de una cortina de la sala, y lo que le parecía sospechoso en Ginette, que, según ella, debió de irse con el ladrón, una vez dado el golpe.

Como Armando Triol no era detective de la escuela inglesa, carecía de imaginación. Concedía más importancia a los hechos brutales que a las deducciones sutiles, y el relato de la enfermera, que parecía de absoluta buena fe, le dejaba convencido de que, en efecto, había evidente complicidad entre Ginette y el ladrón.

—¿Dice usted, señora, que la niña insistió en alejarla de casa?

—En efecto—respondió la enfermera—, creo que no había ninguna necesidad de echar la carta la misma noche, y certifico que varias veces, a pesar de mis observaciones, insistió para que yo saliera, y añadiré que, a mi regreso, le habría sido muy fácil contestar a mis llamadas y pedir socorro. Por último, la joven tenía en la mano un revólver que me habían confiado a mí, y ya que tuvo valor para ponerse frente a frente con el ladrón, es evidente que hubiese debido tenerlo también para servirse de su arma... Ahora bien, su silencio, ese revólver que no ha usado siquiera para dar la alarma, todo me parece demostrar que ha premeditado detenidamente mi salida y que hizo cuanto pudo para huir de mí cuando volví...

—Ha dicho usted — precisó el detective — que la muchacha estaba detrás de esa cortina — señaló a una de las ventanas — y el ladrón estaba detrás de la cortina inmediata, al entrar usted en la sala...

—Sí, señor, la vi con mis propios ojos salir de detrás de la cortina en el momento en que el individuo intentaba estrangularme... En fin, se fué con el bandido.

—¿No tiene usted nada que añadir? — preguntó Triol.

—Eso es cuanto puedo decirle, y le confieso que lo lamento infinito, porque la señorita Ginette, aunque no la conozco mucho, me parecía absolutamente incapaz de semejante crimen.

—Gracias, señora... Ya no la necesitamos... Si me hicieran falta algunos datos complementarios se lo mandaría decir.

Retiróse la enfermera, y Bersange se quedó a solas con el policía que, tras larga pausa, preguntó:

—¿Está usted decidido a dar parte?

Al principio no contestó Bersange: volvía a ver la rubia cabecita de Ginette, su franca sonrisa, sus ojos incapaces de mentir, y a pesar de todo lo que acababa de oír, no podía llegar a convenirse de que aquella a quien él había salvado fuese una ladrona.

Había experimentado por ella un sentimiento afectuosamente protector, y antes de condenarla quería tener una prueba terminante de su culpabilidad.

Y hasta aquel momento no había más que presunciones; aparte de esto, algo parecía decirle que ninguna de las hipótesis que pudiera hacer correspondía a la verdad.

—No — dijo —, decididamente no, no presentaré ninguna denuncia... A pesar de todo cuanto pueda acumularse y agobiarme, no puedo llegar a suponer un solo instante que la pobre Ginette sea cómplice del bandido que ha querido robarnos... Reflexione usted un poco, señor Triot: a menos que mintiera la noche que la encontramos con su hermana y sus primos en el camino del mar, todo lo que luego me ha contado es perfectamente lógico; en cambio, lo que ha ocurrido esta noche no lo es... Pongo a disposición de usted todo el dinero que necesite para encontrar a Ginette. En este momento, me interesa muchísimo más eso que averiguar el nombre del ladrón. Y bien sabe usted que confío más en usted que en la policía oficial.

Mucho halagó al detective esa opinión de su cliente. Cogió el cheque que éste le daba, y al tiempo que hablaba de todo un poco, procuraba afirmarse más en la convicción de que Ginette y el ladrón

eran dos cómplices astutos y comparsas de una cuadrilla probablemente muy bien organizada.

XIII

EN EL TEATRO FEMINA DE BURDEOS

—¿Dónde va usted esta noche?

—Al teatro Femina, a ver a Chamberlin.

Hacía varios días que no se oía otra cosa en todos los cafés y en el Paseo de la Intendencia, en Burdeos. Chamberlin gozaba de extraordinaria fama en esa ciudad.

Grandes carteles en las paredes anunciaban sus representaciones y ofrecían a las miradas su jovial perfil. Interpretaba un sketch cuya letra no tenía gran interés, pero que él animaba con su inagotable gracia y su mimica asombrosa.

Aquella noche llegó Chamberlin con media hora de anticipación, como de costumbre, y se encontró en el escenario con Pegoulade, que acababa de obtener un gran éxito cantando la romanza de tenor de *Los Payanos*, por lo cual le dió la enhorabuena Chamberlin.

—Tengo una mina de oro en la garganta — dijo sonriente el cantante.

—Anda con ojo — le respondió de muy buen humor el cómico —, que está prohibido llevar oro encima.

Dicho esto, empezó Chamberlin a caracterizarse, pues acababa de anunciar que el sketch empezaría dentro de diez minutos. En tanto que se plateaba de arrebol las mejillas, recorrió con la mirada la letra de algunas cartas que tenía sobre la mesa. Una de ellas le llamó la atención.

—¡Es de Gaby!

La abrió al momento con una sonrisa de satisfacción.

—Voy a saber qué vida lleva el lado de su abuelo.

Pero no bien hubo leído la primera línea, tuvo que sentarse y apoyarse en la mesa para no caer.

Querido padrino: Tengo que anunciarle una gran desgracia que te dará mucha

pena: mi pobre hermana Ginette se acojonó en la noche en un torrente y no la he encontrado.

Puedes figurarte nuestra pena; todos ellos venido a París, todos, el abuelo, Bianca y Renato mi primo. Estamos en el *quai Voltaire*, calle de Lyon, 19 bis, hasta que encontremos casa en las afueras.

Chambertin se detuvo, temblando. Precisamente entraron en aquel momento en su cuarto sus compañeros de escena.

—¡A usted le toca salir a escena, amigo!

Dijeron eso sin mirarle; pero, cuando le vieron el rostro lívido y los ojos preñados de lágrimas, todos callaron, en tanto que Chambertin continuaba la lectura.

Te acordaré más tarde cuando sepas donde vamos a vivir.

Tu hijada que te quiere mucho y te abraza

«GARY».

—¡Es horroroso! — balbució el actor. Sus compañeros intentaron consolarle. Abajo se oía la voz del avisador:

—¡Chambertin, a escena!

El artista no oía nada, no sabía nada, lloraba.

El director de escena, Claudio Mir, entró rápido e imperativo.

—¡Anda pronto, Chambertin, que a ti le toca!... ¿Qué es eso?... ¿Aun no estás caracterizado?... Date prisa, que ya está pateando el público...

Chambertin empezaba a comprender la situación.

—No trabajo esta noche — dijo.

—¿Eh?

—No — añadió el cómico —, no representaré... Acabo de enterarme de la trágica muerte de mi hijada... Ya comprenderá usted... No estoy en condiciones. Anuncio, devuelva el dinero... Haga lo que le parezca... pero yo no puedo salir a escena.

—Un pequeño esfuerzo, amigo... — suplicó el director. — Yo... el día que perdí mi madre... representaba en el *Comte de Lyón*... es cosa terrible... pero ¿qué le vamos a hacer? Gajes del oficio.

—No... repito que no trabajaré... dígaselo al público...

El director insistió; pero no consiguió nada, y como Chambertin rogara a sus compañeros que le dejaran solo, salieron éstos con Claudio Mir, a quien halagaba muy poco el peligroso honor de anunciar a los espectadores que Chambertin no trabajaría por hallarse indispuerto.

Sin embargo, se decidió a afrontar a la multitud, que era tumultuosa por demás y ya pateaba y gritaba: «¡Chambertin!... ¡Chambertin!».

Al fin se presentó el director y dijo:

—Respetable público, una indisposición repentina impide a Chambertin trabajar esta noche. La dirección lo lamenta y se ofrece a devolver el importe de los billetes.

No tuvo apenas tiempo de acabar la frase, pues el público empezó a gritar:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la calle!

Y se produjo gran confusión. Algunos espectadores se levantaron; otros blandían sus bastones... Todos gritaban. El director intentó dar explicaciones; pero todo fué en vano; y al ver que no se retiraba Claudio Mir, el público bombardeó el escenario con toda clase de proyectiles, almohadones, banquetas, naranjas y frutas variadas.

Mir batió en retirada.

—Con esa gente no se puede hacer nada — dijo a los tramoyistas, al pasar —. Son capaces de todo.

Subió de nuevo al cuarto del cómico; pero al ir a entrar, vió a la portera que se adelantaba con un telegrama en la mano.

—¿Va usted al cuarto del señor Chambertin, don Claudio?

—Sí.

—Pues tenga usted la amabilidad de entregarle este telegrama... Yo tengo prisa, porque no hay nadie abajo.

—Démelo.

Y entró Claudio y vió a Chambertin inmóvil, con la frente entre las manos.

—Un telegrama, querido.

—¡Ah! — repuso con indiferencia el cómico. Cogió maquinalmente el papel que le tendía Claudio Mir. Este continuaba animándole a representar.

—Deberías estar ya en escena... No sabes el disgusto que me llevo... Además, al público no le falta razón... Mira, yo, en Moncey...

Varios compañeros habían entrado a curiosear.

De pronto, Chambertin dió un brinco.

—¡Callad... Ya represento... ya salgo... Este telegrama dice que vive mi ahijada... ¡vive!... ¡Venid que os abraza!

No cabía en sí de gozo y enseñaba el telegrama a todos sus compañeros.

—No ha muerto Ginette... Así que... corro al escenario... ¡Leed... leed...

Querido padrino: Telegrafía a Gaby, cuyas señas ignoro, y dile que me ha reconocido el señor de Boursange, «villa Primavera», en Saint-Jean, cerca de Beaulieu, en donde terminé mi convalecencia. Muchos besos. Escribo correo.

GINETTE MAMM.

—No sé qué aventura hay en todo esto; pero no importa: lo esencial es que la niña esté viva... ¿verdad?

Todos sus compañeros se alegraban de la buena noticia.

Claudio Mir interrumpió las elusiones.

—Entonces... ¿puedo anunciar que sales?...

—Sí... dentro de cinco minutos.

El director no se lo hizo repetir. Corrió al escenario y pidió silencio a una muchedumbre que no quería irse y que continuaba protestando:

—Respetable público... Dentro de cinco minutos se presentará el señor Chambertin.

—¡Bravo! ¡Bravo!

Y aquel mismo público que momentos antes estaba furioso se desató en aplausos ante el feliz anuncio.

Poco después salió a escena Chambertin en medio del entusiasmo de los espectadores, y causó como siempre la hilaridad general.

Estaba tan contento el artista, que representó su papel como si quisiera que su alegría íntima se comunicase a los que le escuchaban, y que aquel público, injusto a veces, pero que lo apreciaba,

participase de su dicha y olvidase los disgustos y miserias de la vida...

Y al salir del teatro apresuróse Chambertin a poner un telegrama a Bertal, para darle la buena nueva.

XIV

PROLOGO

Como terminaban sus representaciones y durante ocho días no le sujetaba ninguna contrata, Chambertin sólo tenía una idea: ir a pasar varios días con Ginette, a la nueva dirección que ésta le había dado en el telegrama.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué no estaba ya en casa de su abuelo? ¿Se habría escapado? ¿Y qué significaba aquella carta de Gaby anunciándole el trágico fin de su hermana? Esas eran otras tantas preguntas a las cuales necesitaba pronta respuesta. Porque, desde la muerte de Liseta Floury, y aunque el señor Bertal se hubiera encargado de las niñas, él se consideraba como responsable de ellas.

Las amaba como si fueran hijas suyas. Y no quería que pudiera decirse que se desinteresaba de ellas un solo instante. Mandó un telegrama a su ahijada a casa de Boursange, avisándole que llegaría el domingo por la mañana. Y las horas que la separaban del momento de su partida se le antojaban interminables.

Les ocupó lo mejor que pudo, comprando algunas chucherías para las niñas y procurando adivinar lo que había sido de ellas.

Puede suponerse la impaciencia con que soportó el trayecto de Bardeos a Marsella y el de Marsella a Beaulieu. Y cuando, llegado al término de su viaje, vió la «villa Primavera», que más bien se la figuró, entre los árboles del parque, la casita blanca con columnas de mármol, pensó si le habría dado datos inexactos Ginette. Pero ya en la puerta principal le tranquilizó la respuesta del portero, que le dijo:

—Sí, aquí vive el señor de Boursange.

El criado le condujo hasta la escalera, en donde le recibió un ayuda de cámara.

—Anuncie usted al señor Chambertin.

A decir verdad, el que no saliera a recibirle Ginette decepcionó algo al artista. Ella debía suponer que su padrino no podía llegar a otra hora el domingo. La ingratitud de las niñas dio a Chambertin pretexto para algunas reflexiones sin amargura, hasta que el ayuda de cámara, que le había dejado solo en un recibimiento suntuoso, vino a decirle que le siguiera.

Chambertin fué introducido en una sala en donde le esperaba Bersange, en compañía de un amigo. El artista se presentó a sí mismo diciendo:

—Chambertin.

—Bersange — dijo el joven y, señalando luego al que estaba a su lado, añadió —: el señor Triol.

—Dispénsame, caballero, el que me presente con una compostura algo descuidada; pero vengo directamente de Burdeos... Todavía no sé lo que ha hecho usted por mi ahijada; pero no dudo que será una buena acción, que se la agradezco.

No contestó Bersange; y este silencio pareció extraño al artista, que al punto preguntó:

—¿Y Ginette?... Le confieso que me ha sorprendido bastante que no haya salido a mi encuentro... ¿Está enferma?

Bersange parecía titubear para responder. Al fin se decidió:

—¡Ay! señor, la señorita Ginette no está ya aquí, desde hace cinco días.

Sobresaltóse Chambertin.

—¿Dice usted que no está aquí? ¿Puede dónde?

—Nada sabemos... En fin, lo mejor es enterarle a usted en el acto de todo lo que ha sucedido. No le ocultaré por más tiempo que el señor Triol es un policía particular que he mandado venir de Niza para ver de aclarar un poco el misterio que rodea la desaparición de su ahijada de usted.

V, punto por punto, sin omitir ningún detalle, el joven contó a Chambertin todo cuanto había pasado desde el día en que

encontró a Ginette y los niños en el camino del mar, hasta la noche en que, al regresar él a su casa, notó la desaparición de la joven y el robo de su morada.

—No me atrevo a opinar — añadió —. Durante el poco tiempo que mi hermana y yo hemos pasado al lado de Ginette he aprendido a apreciar su carácter y su corazón; aquí me tiene usted profundamente emocionado por lo que sucede, casi tanto como si se tratase de una pariente mía, se lo aseguro.

Chambertin no sabía qué pensar ni qué decir.

—Pero, en fin... si Ginette ha presenciado el robo se habrá defendido contra el ladrón, que no se habrá dejado sorprender sin intentar apartar ese testigo. La habrá herido...

—Nada de eso — dijo Triol —; y he ahí precisamente lo que induce a creerla cómplice.

Al oír estas palabras, no pudo contenerse Chambertin. Se acercó al detective, y en tono que no admitía réplicas, protestó:

—Quienquiera que sea usted, caballero, no le permito que insinúe semejantes acusaciones contra mi ahijada. ¡De la honradez de ésta estoy tan seguro como de la mía!... Además, ¿quién le dice que Ginette no ha sido asesinada y han hecho desaparecer su cadáver?

—¿Quién? — respondió el policía —, la enfermera, señor, que, como le ha dicho el señor de Bersange, ha sido medio estrangulada por el ladrón.

—Mande usted que venga esa mujer, quiero hablarle... ¿Lo permite usted, caballero?

—Con mucho gusto.

Triol fué a llamar a la enfermera y volvió al momento con ella.

Chambertin le preguntó sin preámbulos:

—Señora, en este desgraciado asunto, usted sospecha de la señorita Ginette, ¿verdad?

—Juraría que estaba en connivencia con el ladrón.

—¿En qué funda usted esa opinión?

—En muchas cosas: en el silencio de

la señorita Ginette cuando la llamé, a mi regreso; en el hecho de no haberse servido del revólver que le dejé, y, sobre todo, en su presencia al lado del ladrón, a quien ella parecía conocer perfectamente.

Al oír estas últimas palabras, Chambertin tuvo como una súbita revelación de todo el drama.

—¿Dice usted que la joven parecía conocer perfectamente al malhechor?

—Estoy segura de ello.

—¿Se acuerda usted de las señas del ladrón?

—Perfectamente: más bien alto, fornido, de rostro afeitado, ojos negros, muy grandes y cejas espesas. No tenía ni cara ni manos de bandido de profesión...

Chambertin palideció:

—Está bien, señora... y gracias.

El desgraciado se dejó caer en una butaca. A medida que narraba la enfermedad, aparecíasele claramente a Chambertin todo lo ocurrido en la casa la noche del robo.

Veía a Pedro Manin errando por la Costa Azul en busca de algún golpe que dar y dirigiendo sus miras a la mansión de Bersange. Adivinaba la horrible escena que debió de desarrollarse al reconocer Ginette a su padre.

Y el ruego le parecía lógico y hasta necesario aun en su brutalidad.

Pero, ¿tenía derecho a decir todo eso a Bersange? ¿Qué había de hacer? Aunque dijera que Manin ya no veía a su hija, esto sería quizá afirmar en la imaginación del policía y aun en la del salvador de Ginette la complicidad del padre y de la hija.

Es más, ¿podía revelar él secretos dolorosos que no le pertenecían a él solo, y que más adelante espantarían a Ginette que se supieran?...

Bersange y Triol miraban a Chambertin. También ellos presentían que el artista sabía más de lo que quería decir.

Un criado trajo un telegrama dirigido a Ginette y que Chambertin leyó maquinalmente:

Querida Ginette: Por el padrino he sabido la desagradable noticia, que nos

ha causado gran alegría. El abuelo está transformado, ven pronto con el padrino a reunirse con nosotros en la «villa Paradou» que hemos alquilado en Chénouères. Siempre de todos.

GABY

—Pueden ustedes leerla, señores — dijo Chambertin, alargando el telegrama a Bersange. Nada prueba mejor que esto que no ha habido premeditación y que mi ahijada es inocente. ¡Piensen ustedes en el dolor de esa pobre gente, que tanto se habrá alegrado al saber que Ginette vive y a quien me veré obligado a decir la verdad!

—Pero, veamos, señor Chambertin — dijo el joven —, ¿usted qué opina?

El artista se interrogó a sí mismo para responder, y, de pronto, satisfecho a pesar de todo, de quitarse del corazón un gran peso, repuso:

—Para mí, el ladrón es el propio padre de Ginette: Pedro Manin.

Le costó mucho decirlo. Vió en los ojos de Bersange una desagradable sorpresa; pero ¿qué importaba? Era preferible probarlo todo antes que dejar creer que su ahijada era una ladrona.

Y, como quien sube un calvario, contó Chambertin la lamentable historia del matrimonio de Lisa Fleury y Pedro Manin, el libertinaje de este último, las consecuencias de sus malas pasiones, el abandono de Ginette y Gabby por el jugador a quien ni siquiera puso freno la existencia de las dos niñas; dijo todo cuanto sabía de la triste vida de su pobre compañera, que todos imaginaban que vivía entre la felicidad y la gloria.

¿Convenció al policía ese relato?

Al principio no lo dejó transcurrir.

En cuanto al señor de Bersange, éste advirtió al momento que Chambertin decía la verdad, y cada vez estaba más convencido de que Ginette no tenía nada que ver en el robo, sino que era víctima de la suerte, que se ensañaba en aquel ser encantador y delicado.

—Tenga usted la seguridad de que sus datos me serán utilísimos — dijo al artista, al despedirse éste —. Téngame el corriente de cuanto haga usted. Por mí

parte, le doy palabra de honor de que el señor Triol hará todo cuanto pueda hacerse para encontrar a su ahijada.

Chambertin salió de la casa algo confor-tado por estas últimas palabras. No era el único en querer a Ginette. Tenía un precioso aliado que podía prestarle seña-lados servicios llegado el caso.

Por lo demás, no podía perder un mi-nuto. Era preciso volver a París, avisar al abuelo y dedicarse a la busca de la joven.

Aquella misma noche, el tren rápido llevaba a Chambertin a la capital.

XV

MANIN, LATRINGLE Y C.^a

En las calles del viejo puerto de Mar-sella se ve de todo, hauras, mondadu-ras, trapos, etc. En las ventanas hay flo-res y ropa puesta a secar; en el arroyo, pescado que se pudre en aguas grasien-tas. Los tejados se tocan y casi no se ve el cielo.

Percíbese en ese caos un horrible olor de aceite, de pimientos, de aceitunas, de pescado fresco, de miseria. Así y todo, nadie se va, antes bien, todos miran y se maravillan al ver la animación de se-mejante antro. Corre la gente, los chi-quillos gritan, riñen las mujeres; aquí se oyen sollozos, risas allí, más allá, can-ciones.

Aquella mañana, en medio de enor-meodora barandada, pesa un hombre con la gorra caída hasta los ojos y un paquetito en la mano, se muele entre la multitud, a la que se ve que está acos-tumbrado, pues se halla en aquel calle-jón como en su propia casa.

Al extremo de la calle hay una pren-dería. A ella se llega el hombre. Entra, pasando por entre viejas ropas, discute con el preñero, le entrega el paquete a cambio de unas monedas y sale. Camina de prisa, rehuyendo los grupos, rozando las paredes y se pierde en aquel laberinto.

De cuando en cuando mira hacia atrás, como si temiese que le siguieran; pero,

seguro de su agilidad, continúa confiado su camino.

Sin embargo, en un rincón hay dos hom-bres que le han visto y no apartan de él los ojos hasta que dobla la esquina.

—Tendrás que vigilar al chamarilero — dice uno de ellos.

—Como quieras, Lasseigne; y tú pro-cura coger al conejo en su madriguera.

—Haré lo posible... Si necesito refuer-zos, telefonaré a la comisaría...

—Hasta la vista.

—Adiós.

El policía Lasseigne sigue la pista del hábil malhechor, que poco después se detiene ante una casa estrecha, alta y grisácea, en la cual penetra después de examinar los alrededores.

Lasseigne llega a tiempo para verle su-bir los pisos.

—Aquí habita la cuadrilla de Manin — dijo para su capote —. Deben de ser dos hombres y una mujer... Necesito ir por refuerzos...

En efecto, Pedro Manin vivía en el úl-timo piso de la vieja casucha, en una buhardilla extraordinariamente sucia, em-baldosada con ladrillos desiguales y rotos, y cuya ventana daba al tejado.

Las paredes estaban desnudas. Había una mesa, tres sillas cojas, un jergón en un rincón, y en el suelo, cobijas, botel-las vacías, latas de conservas, todo un conjunto de inmundicias que daba náu-seas.

A ese zaguizami habían llevado a Gi-nette su padre y Latringle; allí había vuelto ella a la vida y yacía en aquel momento en un rincón, sin poder mo-verse ni pensar. En vano intenta recor-darse de lo que ha pasado desde su rap-to y en vano también pretende saber dónde está.

Junto a la joven paséase un hombre por el cuarto. ¿Es posible que sea su pa-dre? ¿Cómo iba ella a reconocer a aquel a quien en otro tiempo vió en París correctamen-te vestido, y después en Marsella, casi elegante, cómo iba a reconocerle, repito, en aquel individuo que recordaba a los andrajosos que se ven en los arrabales de las grandes poblaciones? Llevaba go-

rra plana, camisa sin cuello y un traje deshechurado.

Al ver así a su padre, acudía a la memoria de Ginette todo lo sucedido. Se veía ella en la amplia y clara habitación de «villa Primavera», en el momento en que había divisado una sombra en el jardín. Recordaba las breves horas pasadas junto al señor y a la señorita de Biersange que la habían cuidado como a una hermana.

¿Qué pensarían de ella? ¡Vaya un modo de agradecerles sus bondades! Y todo por culpa del padre. Acaso el príncipe encantado la creería cómplice del ladrón ra siempre. Ginette quería poder echarle que había penetrado en su hogar. Para aquella gente de buen corazón, era ella una miserable que había traicionado su confianza y su amistad. Manin, para no dejar tras sí un testigo que pudiera estorbarle, no vaciló en comprometerla paseselo en una a su padre, pero aun no se sentía con fuerzas ni valor.

Tosió.

Manin se estremeció, cesó sus paseos y se acercó a ella, preguntándole:

—¿Tienes frío?

—Sí...

Ya no quería Ginette llamarle «papá». No merecía tal nombre el var que tenía delante. El se volvía humilde y cariñoso al ver aquella niña que temblaba y que parecía próxima a perder el conocimiento a cada instante.

—¿Quieres beber algo caliente?

—No... déjame...

Manin quiso cogerle la mano, pero ella la retiró, diciendo:

—No... no me toques...

—Oye... Ginette... hijita mía... Háblame... Perdóname...

—No...

—No seas mala, hija mía... No te hago ningún daño...

—¿Qué piensas hacer de mí?

Calló el padre. ¿Qué sabía él? Ante todo era menester escapar de las pesquisas de la policía... Después... ya verían... Pero no se lo dijo, sino que respondió evasivamente:

—No sé... nos iremos más lejos...

—Más lejos...

Y Ginette prorrumpió en sollozos.

—No volveré a ver a Gabby... ni a mi padrino... ni a todos los que quiero... ya no volveré a abrazarlos... Quiero irme.

—¿Y me dejarías solo?

—No quiero vivir contigo...

—No llames... yo te quiero, Ginette, te quiero mucho...

—Si siquiera... mudases de modo de vivir...

La niña hablaba como quien predica la moral que le dicta su corazón inocente... ¡Pobrecilla!... ¡Mudar de vida el padre!... ¡Cuando uno está unido a sus cómplices por crímenes comunes, por miserias comunes, por cruces cadenas que no se pueden romper, no es fácil variar de vida!

—Primero es menester que me perdones, Ginette — replicó el padre —. Yo he obrado mal... pero tú no puedes comprender las disculpas de mi proceder... Eres demasiado joven...

—Eras feliz con mamá y con nosotros — decía la niña —. Te queríamos... ¿Por qué te fuiste?

—Verdad es... Pero hay personas y cosas que le arrastran a uno. Además, cuando ya se ha cometido una tontería, luego se tiene miedo. Yo tomé a tu pobre madre, que era tan indulgente conmigo. ¿Crees que no me he acordado de vosotros con mucha frecuencia?... Mira, el año pasado, en Bélgica, encontré en una estación una niña abandonada... Te aseguro que no tenía yo dinero de sobra... Sin embargo, me la llevé... la besaba... Parecíamos haberla encontrado a ti... Luego la confié a personas que deseaban adoptar una niña... Pero durante unos días fui papá, y buen papá...

Era sincero, hablaba con todo su corazón, con toda franqueza y también con honda pena.

—¿Y crees que no me hace ningún efecto verte aquí?... Tu presencia me trae a la memoria todas las días pasadas... Te aseguro, Ginette, que soy feliz viéndote, aunque sea en este rincón perdido, tan pobre, en medio de toda esta fealdad... ¿No me crees?

—Sí... Creo que no eres tan malo como lo parecías la otra noche.

Y sonreíase un poco, mirando a su padre, que se enternecía ante tantos recuerdos y se acercaba a ella tímidamente, cual si temiera imponerle su contacto.

—Si quisieras — propuso Manin —, podríamos huir los dos... No sé adónde iríamos... Tal vez a París... Intentaríamos una vida nueva... Después de todo, trabajando, acaso pudiera librarme de mis compañeros de boy... Además, en París, Chambertin podría encargarse de ti.

—¡Sí, sí! — exclamó Ginette, vuelta de pronto a la alegría.

Pero su júbilo le hizo toser tan fuerte, que se tornó livida y que Manin la creyó próxima a desmayarse.

En aquel momento llamaron a la puerta, Ginette se estremeció y Manin se volvió de un brinco.

¿Quién sería?

Oyéronse otros tres golpecitos discretos, como una señal convenida. La realidad recordaba súbitamente a Manin su desgracia. Era su cómplice, Latringie, que volvía de casa del encubridor.

Abrió Manin y volvió a ponerse al lado de Ginette, como para ocultarle el individuo que entraba. Latringie era alto y flaco. Miró en torno suyo con sonrisa de satisfacción y preguntó luego a Manin.

—¿Qué? ¿va mejor la cosa?

—Sí... nunca ha ido mal.

—¿Y la chavala, cómo está?

Al dirigir esa pregunta, vió a Ginette que se acurrucaba contra su padre.

—Sigue mejor.

—Pues mira, hemos hecho buen negocio... al viejo le gustan las joyas antiguas... y así eran las que le he llevado... Aquí tienes tu parte... Si tienes que dar otro golpe tan bueno como el de la villa Primavera, acuérdate de mí. Ten tu parte...

El bandido dejó sobre la mesa dos fajos de billetes de banco.

—Escoge...

El padre de Ginette no se movió.

—¡Cómo! ¿No quieres?... Sin embargo, la vida está cara...

Ginette se había levantado y cogió los billetes.

—Menos mal que la chiquilla no es tan tonta como tú.

La «chiquilla» se indignó y dijo:

—Este dinero no les pertenece a ustedes. Voy a enviárselo al señor de Bersange.

Latringie se encasquetó la gorra, se recogió el pantalón, con un movimiento familiar, examinó curiosamente a Ginette y con placidez, alegre de veras, dijo con sorna:

—¡Esa sí que es buena!... Está fuerte en moral la chiquela...

—El señor de Bersange me ha salvado la vida — repuso la joven —. Me ha recogido en su casa... me ha cuidado... Y ya que no puedo devolverle todo lo que le han robado ustedes, le enviaré cuando menos este dinero.

Latringie juzgó la broma demasiado pesada.

—¡Ea! — exclamó —. ¡Basta de bur-las!... Devuélveme ese dinero, al menos mi parte.

Ginette se encaminó a la puerta como para salir.

Latringie se puso por delante, diciendo:

—No pasarás.

—Déjeme.

El bandido le dió un empujón brutal. Manin, que hasta entonces no se había movido, intervino feroz.

—No la toques, Latringie... Luego saldremos esto.

—¿Luego?... No... Ahora mismo.

El miserable saca del bolsillo una navaja, Manin coge una silla para emplearla como arma. Ginette, en un rincón, mira aterrorizada.

Pero los combatientes no se mueven. Acaban de oír una frase que los ha puesto de acuerdo.

—¡En nombre de la ley, abrid!

—¡La policía!... Huyamos...

Ya no se trata de disputa, ni de hija, ni de reparto. Hay que salvar el pellejo.

—¡Vote, padre! — implora Ginette.

Manin escala la ventana. Latringie le sigue.

Corren por los tejados; los policías llaman con golpes redoblados. Empujan la puerta, que cede...

Allí, ante ellos, ven una niña, muy pálida y tamborosa.

—¿Y los demás?

Ginette no responde.

El inspector Lasseigne ordena:

—Procurad coger a esos bribones... Yo me quedo aquí.

Los agentes salen por la ventana en persecución de Manin y de Latringle.

Lasseigne agarra a Ginette por las muñecas, sin consideración alguna, y la mira con curiosidad.

—Me parece haber visto ya esta cara... Sí... Eso es, aquí, en Nuestra Señora de la Guardia... cuando iba yo tras la pista de Manin... Bien me tomó usted el pelo en aquella ocasión... ¿eh?

Ginette se obstina en su silencio.

—¡Hola! No quiere usted decir nada... ¿Qué hace usted aquí?... ¿Es usted muda?... Pero me parece que tiene en la mano billetes de banco... Abra las manos... Así... ¿De dónde sale ese dinero?

La joven no dijo una palabra.

—Acérquese a la ventana... Eso es... mire un poco... Mire, ya han cogido al larguillucho... ¿Quién es?... El otro se escapa. ¡Caramba!... Es muy ágil...

Ginette no pudo disimular su satisfacción. Latringle estaba detenido. Su padre había escapado a los agentes.

Lasseigne insistió:

—¿Quién es?... Y la chica no quiere hablar... Tal vez diga su nombre... ¿Cómo se llama usted?

—Ginette.

—¿Qué más?

La abijada de Chambertin bajó la cabeza.

—¿No quiere usted descubrir a sus cómplices?

—No son mis cómplices. Yo no he hecho nada.

—Ya lo veremos... ¡Pero qué agilidad tiene ese demonio!... Corre por los tejados como un gato... Mírele.

Ginette seguía mirando al suelo.

—¡Ay!... ¡Desgraciado!... Ha dado un traspá... Se va a matar.

—¿Quién? — preguntó instintivamente Ginette.

—¡Manin!

—¡Oh! ¡papá!... — gritó la niña desolada.

El policía no sabe disimular su satisfacción por el resultado de su empresa.

—No, tranquilícese, Ginette... Su padre, Manin, no ha oído... Es más, creo que se ocupará... ¡son tan torpes esos agentes!... Pero ya la tengo a usted... Vámonos, no se resista, ¡en marcha!

—Le juro que soy inocente, señor... Es que...

—No le digo lo contrario... Pero se explicará usted ante el juez... Venga conmigo... a buenas... sí no...

Ginette se dejó llevar sin resistencia por el obscuro pasillo... Después bajó la escalera; el policía iba delante, asiendo la mano...

Bajaban lentamente... un piso... dos... tres...

—Poco nos falta.

Llegaron a la planta baja.

En esto, el policía cae derribado de un formidable puñetazo.

En menos tiempo del que se necesita para decirlo, se encuentra Manin al lado de su hija.

—Huyamos... He conseguido escaparme... He venido a ver lo que pasaba... Afortunadamente os he oído en la escalera... Ahora nos dejará en paz.

Lasseigne yace en el suelo, inmóvil. Manin coge a Ginette y por la calleja tortuosa se va hacia el puerto...

—Tranquilízate, hija mía; iremos a París... a ver a tu padrino... — dijo Manin, estrechando contra su brazo a Ginette, que tiembla de miedo y de frío.

XVI

LA VUELTA DE CHAMBERTIN

Después de errar todo un día por la capital, hostil, arrastrando su dolor y sus remordimientos, el señor Bertal recibió, al día siguiente de su llegada, el telegrama en que Chambertin le comunicaba que su nieta estaba salvada.

Aquello fué un momento de inefable alegría para el anciano y una verdadera fiesta para todos los de casa.

Bertal, que quería descansar en el campo, había alquilado en Chenevrières, una casita, la villa Paradoxi, rodeada de árboles y agua, a orillas del Marne, e instalóse en ella con Blanca, Renato, Gaby y la fiel Josefina.

Todos los días esperaba carta de Chambertin que le confirmase la feliz noticia del salvamento de Ginette y le diera detalles de la salud de la niña; pero, a pesar de que dejó encargo en el hotel de la calle de Lyon, no había recibido aún ninguna carta desde que vivía en el campo.

Aquella mañana, Bertal manifestaba una impaciencia rayana en angustia. Desde su salida de Saint-Pons, asaltábanle negros presentimientos, que el telegrama de Chambertin logró disipar un momento, pero que la falta de noticias posteriores hizo renacer más continuas y tenaces.

Renato le consolaba, diciéndole:

—Paciencia, tío. No tardará en venir el señor Chambertin con nuestra querida prima. ¿No le dijo en el telegrama que iba a buscarla?

—Sí; pero, ¿estás seguro de haber mandado nuestra dirección a casa del señor de Bersange?

—Gaby telegrafió a Ginette a villa Primavera, nosotros hemos escrito a Chambertin a París; así, pues, no puede haber error.

En pensando al rufo de Roma, luego asoma, dice el refrán, que en aquel momento se vió confirmado una vez más.

Oyóse un campanillazo en la verja de la finca, y Gaby, que miraba curiosamente quién podría ir a hora tan temprana, corrió a Bertal exclamando:

—¡Es el padrino! ¡El padrino!

En menos de un segundo, toda la casa supo que Chambertin estaba en la puerta.

Josefina le salió al encuentro, acompañada de los tres niños.

El actor recibió besos y caricias de aquella gente menuda, a la que sonreía muy a gusto. Pero tornóse grave en cuanto Gaby le dirigió la inevitable pregunta:

—¿Y Ginette?

—No la he traído — respondió el cómico.

—No es verdad — replicó la niña —. Ven, Renato, que el padrino habrá querido darnos una broma.

Renato se fué con su prima, mirando detrás de todos los árboles para ver si Ginette se había escondido; pero no la hallaron y volvieron contristados al lado de Chambertin, quien por su cara descompuesta había dado a entender a Bertal que aun no se había concluido su calvario.

—Padrino, padrinito mío — dijo gimiendo Gaby —, ¿dónde está Ginette?

—Aun no está curada del todo — repuso muy impresionado Chambertin —. La están cuidando... como comprenderéis... Dentro de unos días iré a buscarla...

Era una explicación suficiente para los niños; pero no bastaba al abuelo, el cual, para conversar a solas con el padrino de Ginette, dijo a los niños:

—Id a jugar un poco más lejos, hijos míos, que tengo que hablar con este amigo...

Bertal y Chambertin se alejaron por las alamedas del parque, y al fin, detrás de una cortina de follaje, pudo calmar el anciano su ansiedad.

—Dígame, por favor, la verdad. ¿Qué ha sucedido?

—Ginette ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido?

—Sí, hace ocho días, ha sido raptada del palacio de Bersange por un ladrón.

—¿Es posible?

—Lo peor es que, según parece, ese ladrón es su padre...

—¿Usted cree?

—Todo me induce a suponerlo.

Y Chambertin contó detalladamente su llegada a villa Primavera, lo que le dijo el señor Bersange, el interrogatorio de la enfermera y su propia convicción de que Pedro Manin era el ladrón y el que había raptado a Ginette para evitar que ésta hablase.

Todo cuanto Bertal se reprochaba desde la fuga de Ginette acudía de nuevo a la memoria del anciano, que confesó:

—Yo tengo la culpa, y merezco el suplicio que estoy padeciendo... Pero ¿y la niña?... ¿Dónde está?... ¿Qué va a ser

de ella?... ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Con ánimo, y sobre todo con sangre fría — dijo Chamberlin —, podemos intentar lo imposible para encontrar a Ginette.

Bertal lloraba, parecía haber envejecido de pronto diez años y que no tenía fe en los esfuerzos que pudieran realizarse.

—Tiene usted razón — dijo a Chamberlin —; pero, a mi edad, cuando uno está agobiado por la desgracia...

—En cuanto a mí, ya no vivo más que con la idea de encontrar a la niña.

En aquel momento Chamberlin sintió que le rozaban la mano. Bajó la vista y vio a Renato, que acababa de surgir entre él y Bertal y que, intranquilo al ver a los dos hombres alejarse, había escuchado toda su conversación. Ya sabía

que Ginette no estaba enferma, sino que había desaparecido.

—Pueden ustedes contar conmigo — dijo con aplomo el niño —, si puedo ayudarles, estoy dispuesto a todo.

Chamberlin y Bertal se miraron; pero Renato, imperturbable, seguía diciendo, con ese encantador buen sentido cuya lógica da a veces lecciones a los hombres:

—Si Ginette está perdida para nosotros, no lo estamos nosotros para ella, y no les ocultaré que cuento principalmente con ella para encontrarla.

Dijo esto con tanta firmeza, que Chamberlin no pudo menos de sonreírle y de pensar, mirando sucesivamente al abuelo ladeante y al niño de ojos vivos:

—¡Este es el único hombre de la familia!

QUINTO EPISODIO

El lirio bajo la tempestad

XVII

EN LA BOCA DEL LIBRO

Aquella mañana, a las nueve, presentóse un hombre a la portera de la casa número 36 de la Avenida de Carlos Floquet.

—¿El señor Chambertin?

—En el piso bajo, la puerta de enfrente.

El desconocido llamó al timbre eléctrico y aguardó un momento. Salíó a abrirle una criada flaca y carilarga, de ojos grandes y redondas.

—¿Qué desea usted, caballero?

—¿Vive aquí el señor Chambertin?

—Sí, señor.

—¿Está visible?

—Ahora lo verá, si tiene usted la bondad de decirme su nombre y el objeto de su visita.

—No hace falta, mi nombre no diría nada al señor Chambertin. En cuanto al objeto de mi visita, se lo explicaré yo misma. Pero haga usted el favor de decirme que tengo que hablarle necesariamente.

—En ese caso — repuso la criada, apertándose para dejar pasar al desconocido o introduciéndolo en la sala —, sírvase esperar aquí, que voy a avisarle.

Y con gran dignidad, después de mirar furtivamente a la visita, cerró la puerta.

Así que estuvo sola, examinó el hombre el cuarto.

En el centro había una mesa de escritorio, acá y allá retantos de compa-

ra, y, entre ellos, encima de la mesa, una fotografía de Liseta Fleury y sus dos hijas, que le llamó particularmente la atención. Cogió el retrato de la artista y lo examinó detenidamente.

—¡Viva la libertad! — exclamó amargamente Chambertin, que acababa de entrar —; ya que no ha dado usted su nombre y que tanto insiste en hablarme, lo menos que podía usted hacer es presentarse más correctamente en mi casa... No me gusta que nadie entre aquí de esa manera.

Y, sin decir más, arrebató de las manos del desconocido el retrato de sus ahijadas y de su amiga y lo dejó en su sitio.

El intruso no pareció dar importancia a la cólera del dueño de la casa.

—Le ruego que no se enfade — le dijo —, mire con quien está usted hablando.

Y al decir esto, enseñó el hombre una tarjeta de inspector de policía.

—¡Ah!... ¿Ea usted?...

—Sí, señor, y le suplico que tenga a bien contestarme a las preguntas que me voy obligado a dirigirle.

—Siéntese, caballero, que le escucho.

—Se trata de lo siguiente: Hace tiempo que la policía de Marsella busca un tal Pedro Manin, evadido de la cárcel... Ayer mañana, a las once, mis colegas de la Seguridad general se presentaron en el domicilio de ese individuo y estuvieron a punto de detenerlo. Pero no encontraron más que a su hija, Ginette Manin, su cómplice.

—¿Qué dice usted? ¿Ginette cómplice de su padre?

—Así informa el Juzgado de Marsella, y la siento ya que eso parece impresionar tanto a usted... Ginette Manin fué detenida; pero en el momento en que la conducían a la Comisaría para sufrir su primer interrogatorio, su padre halló medio de venir a buscarla, arrebatándola de las manos del policía que la acompañaba y echando a éste por tierra... Anoche nos llegó telegráficamente un exhorto, y mi jefe me ha encargado a mí hacer el sumario... He sabido que Pedro Manin era esposo de Liseta Fleury, la artista que encumbió recientemente en el naufragio del *Himalaya*, y que usted era amigo de esta señora. También he sabido que era usted padrino de sus dos hijas. Por consiguiente, tengo el deber de venir a suplicarle que guíe a la justicia y nos dé, si es posible, datos acerca de su hijada y de su padre, a quienes buscamos, y, si está usted al corriente de sus medios de vida, que nos diga dónde podríamos encontrarlos.

—Esa confianza me honra — interrumpió irónicamente Chamberlin.

El inspector no pareció enterarse.

—Comprendo que le será muy penoso darnos los datos que necesito; pero no ignorará las consecuencias que pudiera tener para usted el negarse a ayudarnos a descubrir un malhechor... ¿Me permite hacerle preguntas concretas?... ¿Sabe usted si sus hijadas están ahora en París?

—No lo sé.

—¿Están en algún pueblo?

—Tiempo ha que no tengo noticias de ellas.

—¿En qué fecha recibió usted la última carta?

—No lo recuerdo... Además, funciona tan mal el correo...

—Vamos, señor, haga usted memoria... Sabemos que antes de marcharse su madre las visitaba usted a menudo... Es más, sabemos que al partir aquella las acompañó usted a Marsella. De eso no hace mucho; por tanto, debe usted de tener recuerdos menos confusos.

—Es que no tengo muy buena memoria.

—Veo que todo lo toma usted a gusa;

acaso sea ésa una buena costumbre en el teatro; pero no se olvide usted de que aquí hablo muy seriamente.

—¡Y eso es lo que me fastidia! — respondió Chamberlin.

—Una vez más le digo que puede usted tener grandes contrariedades si intenta ponernos sobre una pista falsa...

—Le ruego que tenga cuidado con lo que dice. Yo no le pongo tras ninguna pista; no digo nada, porque nada sé, lo cual no es lo mismo... Acabo usted de contarme toda una historia, sin presentarme prueba alguna... Y comprenderá que me extraña mucho de que un hombre que no conozco, que no ha hecho más que presentarme una tarjeta de inspector de policía, venga a interrogarme como si yo fuera un criminal y a decirme que mi abijada, a la que tengo inmenso cariño, y que la considero como la niña más honrada del mundo, es cómplice de un bandido, que su padre ha cometido los peores crímenes y que yo debo darle todos los datos posibles respecto de ese asunto...

—Pero... permítame, señor Chamberlin...

En aquel momento se detuvo el policía. Acababan de llamar a la puerta de la sala.

Chamberlin respondió furioso:

—Déjeme, estoy ocupado.

Detrás de la puerta, decía la criada:

—¡Señor, señor! ¡Venga a escape!

—¡Déjeme en paz!

—Pero, señor, es cosa muy urgente...

—¡Que me deje usted en paz! — exclamó exasperado el artista.

—Es que está aquí la señorita Ginette — replicó la invisible criada.

—¿Eh?

Chamberlin dió un salto; el policía corrió hacia la puerta, en tanto que la sirvienta explicaba, tenaz:

—Sí, señor, su hijada... ¡y en qué estado!

Chamberlin previno la solicitud del inspector y corrió fuera del cuarto en busca de Ginette, a la que estrechó contra su corazón.

—¡Ginette! ¡al fin te encuentro, pobrecita mía!

—¡Padrino! ¡Qué alegría, estar a tu lado! — dijo la niña, que estaba pálida, demacrada, vestida como una pobre, y que parecía próxima a caer extenuada.

Pero como el policía presenciaba desde el umbral de la puerta y con visible satisfacción aquella escena de familia, Chambertin se puso delante de su hija y llevándose un dedo a los labios le dijo:

—¡Silencio!... Calla por ahora.

Gisette comprendió esa orden, aunque sin saber por qué se la daban.

El inspector se había avergado; había separado al artista, que se interponía entre él y su hija, y adelantándose hacia la joven, le preguntó:

—¿Ha usted Gisette Mania?

—Sí — respondió ella.

—¡En nombre de la Ley, la detengo! Y sin miramiento alguno, con pesada mano, asió el policía el brazo de la niña.

Gisette se soltó bruscamente y echóse en brazos de su padrino, exclamando:

—¡Padrino!... ¡No... no... no quiero!

Sollozaba. El artista, sin saber cómo consolarla, dijo al inspector:

—Ya ve usted que es una niña, que está enferma y calenturienta... ya ve usted el estado en que llega aquí... ¿De dónde viene? Lo ignora. Le ruego, pues, que cumpla usted su misión, si quiere; pero tenga algún miramiento...

—No he venido para ser impresionable... ¡En marcha, señorita!

—Está bien, señor — respondió con calma Chambertin —; pero procure usted ser un poco más cortés, porque yo estoy en mi casa, no la olvide.

Y llamó a la criada:

—¡Sofía!

—¡Señor!

—Vaya a buscar un coche cerrado.

Sofía había presenciado de lejos la triste escena. Pasó por delante del policía dando muestras de soberano desprecio, y al llegar a la puerta de entrada, cuando iba a ejecutar la orden de su amo, se detuvo... Nadie podría decir lo que le pasó por la imaginación a la buena mujer, a quien el ver a Gisette emocionó tanto que se le saltaron las lágrimas. El

caso es que cerró con llave la puerta de entrada. Se metió luego la llave en el bolsillo y, encarándose con el policía, cruzada de brazos, le dijo:

—No consentiremos de ningún modo que se detenga a una niña medio muerta: sería un crimen; póngalo por última vez, señor agente.

—¿Quién lo manda a usted meterse en camisa de once varas?

—¡Le digo que no se la llevará!

La respuesta era clara y categórica.

El drama parecía degenerar en comedia.

Daba miedo ver a Sofía con su faz angulosa y sus grandes ojos bajo pobladas cejas. Miraba al policía bien de frente y parecía resuelta a todo antes que desdecirse de lo que acababa de expresar.

—Señor Chambertin — repuso el policía —, ordene a su criada que abra esa puerta.

Tras una pausa, Chambertin se decidió a hablar:

—¡Sofía, abra usted, en nombre de la Ley!

Pero la frase iba acompañada de una mirada significativa que dejaba a la criada completa libertad de obrar como le viniera en gana.

Por toda respuesta, Sofía se encogió de hombros.

—¿Ha oído usted? — le gritó enfurecido el policía.

—Sí.

—¿Pues qué espera?

—Ya le he dicho que no abriré.

—Bien ve usted — repuso Chambertin con suma cortesía —, que es muy difícil entenderse con mujeres. Esta es testaruda, y cuando la contrarían se convierte en verdadera furia.

El policía, que no estaba dispuesto a dejarse potrear, se abalanzó contra Sofía, la cual se refugió prudentemente detrás de una mesa.

—¿Sabe usted a lo que se expone?

—Lo sé.

—¿Pues entonces?...

—Me tiene sin cuidado.

Esta vez comprendió el policía que no conseguiría solo vencer a aquella obstinada, y declaró:

— Está bien; voy a telefonar a la comisaría.

— Bien hecho, muchacho.

— ¿Dice usted?

— Digo que está bien, muchacho, que pida usted refuerzos.

De un brinco se llegó el agente al receptor.

— ¡Central!... 73-82... ¿La comisaría?... Sí... Envíenme dos hombres y un cabo.

— Si es para mí — objetó la sirvienta, que se había puesto de centinela en la puerta de la sala —, pida usted más bien un escuadrón de la Guardia.

Pero Chamberlin comprendía que no era hora de reír y que había que aprovechar la situación para ver de salvar a la desdichada Ginette. Rápidamente cerró con dos vueltas de llave la puerta de la sala y corrió al recibimiento.

— Adiós, Sofía; y ahora, agárrese a la puerta de enfrente, para que no pueda salir ese hombre hasta que estemos lejos... Adiós...

Y en un segundo, Chamberlin, que sostenía a Ginette que vacilaba, salió y se fué.

El consejo que había dado a la criada estaba de más, porque ésta se sentía dispuesta a burlarse del policía hasta el fin.

Este, en cuanto hubo telefonado y notó aunque tarde que lo habían encerrado en aquel cuarto, corrió a la puerta y gritó:

— ¡Abra! ¡Abra!

Sofía sujetaba el picaporte con toda su fuerza; pero al fin, para evitar que se oyeran de toda la casa los gritos del agente, y cuando juzgó que su amo estaba ya lo bastante lejos para que pudieran alcanzarle, se decidió a soltar el picaporte, con lo cual se abrió violentamente la puerta, y poco faltó para que el policía cayera de espaldas.

— ¿Dónde están? — preguntó éste.

— Han desplegado velas; pero, si quiere usted esperarlos en la calle, quizá no tarde en volver...

— ¿Cree usted?

— Sí... un mes más o menos.

El policía, exasperado, la amenazó:

— Le prevengo que esto le va a costar a usted caro.

— ¡Ah!

— Y para empezar, va a venir con amigo a la comisaría.

— Dispénsame, caballero; pero aquí estoy en mi casa, y no saldré de ella sino por la fuerza.

— Bueno; le aseguro que no tardará en citarla el comisario.

— ¡Mejor que mejor! Ya verá si puedo acudir a su invitación. Al fin y al cabo, una invitación no es una orden... Y ahora, como ya no tiene usted nada que hacer aquí, váyase, que yo no estoy para perder el tiempo.

El policía no sabía qué decidir respecto de la indomable Sofía, que triunfaba en toda la línea. Creyó que lo mejor era no insistir y que, por lo demás, la criada no sería quien pudiera darle el medio de encontrar la pista de Ginette, tan rápidamente perdida.

— ¡Hasta pronto! — exclamó disponiéndose a salir —. Ya tendrá usted noticias mías.

Por toda respuesta, Sofía le dió con la puerta en las narices.

XVIII

CAMINO DEL REFUGIO

— ¿Dónde vamos? — preguntó Chamberlin a Ginette, al pasar rápidamente por delante de la portería.

La joven respondió un tanto confusa:

— A buscar a papá...

— ¿Está aquí tu padre?

— Sí, me espera en tu portal; no se ha atrevido a entrar conmigo.

— Ha hecho bien; de lo contrario, con el policía, en buen estado estaríamos... Además, no quiero ver a tu padre... Es un...

Ginette apretó el brazo de su padrino:

— ¡Por favor!

— No tenemos tiempo más que para huir... Sofía no podrá retener arriba de cinco minutos al agente... Al salir es capaz de anochinar todo el barrio.



Episodio quinto. — El torcedorido cayó al suelo con los brazos en cruz... (Cap. XIX).



—Mira, ahí está papá.

Chambertin hizo un movimiento de retroceso.

Vió frente a sí un hombre pobremente vestido, de faz livida, que semejaba el fantasma del individuo a quien vió por última vez en Marsella. Manin estaba turbado también, no se atrevió a dar la mano al artista. Acercóse a Ginette y parecía buscar confortación en sus ojos.

—Vamos a tomar un coche—dijo Chambertin—, que la policía nos sigue.

Manin se estremeció:

—¿La policía?

—Sí.

El padrino de Ginette llamó un automóvil de alquiler que pasaba despacio.

—¿Quiere usted hacer una buena jornada?

—¡Ya lo creo! — contestó el chófer.

—Pues llévenos a Chenevières, villa Paradou. Está a orillas del Marne... Ya preguntaremos allí. Al pasar, pare un instante en las fortificaciones... ¿Ha oído?... Y vaya todo lo de prisa posible.

—Comprendido.

Parecía tan cansado Manin, que el actor le cedió el asiento del fondo, al lado de su hija.

Ninguno de los tres se atrevía a hablar. Ginette, acurrucada en un rincón, cerraba los ojos. Manin miraba fijamente ante sí.

El artista se acomodaba de vez en cuando a la portezuela para cerciorarse de que no los perseguían.

Chambertin fue el primero que rompió el silencio:

—Ya ve lo que pasa por su culpa... ¿En qué estado ha traído a Ginette?... ¿Qué ha hecho usted de ella?... Eso es vergonzoso... Es usted un miserable...

Manin le miraba sin enfadarse, como si esos reproches respondieran a los que él mismo se dirigía interiormente.

El padrino continuó:

—Sí... un miserable... Merecería usted...

Pero Ginette cogió a su padre la mano y se la llevó a los labios con tanto fervor que Manin balbució:

—Hija mía... tú... hija mía...

Y Ginette dijo a Chambertin, suplicante:

—Padrino, papá es muy desgraciado... Ya no quiere obrar mal... Se arrepiente.

Chambertin no dejó traslucir su escepticismo y preguntó a Manin:

—Vamos a ver... cuénteme lo que ha sucedido...

El desdichado contó sin omitir nada, su tentativa de robo en la villa Primavera, el repto de su hija, el contratiempo de Marsella...

—¿Qué iba yo a hacer? Bajaba por una pendiente... Nunca me retuvo nadie... El ver allá, en Nuestra Señora de la Guarda, a Ginette y a Gaby, me desconcertó... No tenía recursos... Hubiera debido matarme, lo comprendo... Pero me ha faltado valor... Mas su presencia en el cuartucho de Marsella ha sido un bien para mí...

—¿De veras? — preguntó tiernamente la joven.

—Sí... No me has reprochado nada... Te has mostrado cariñoso... compasivo... Has sido bueno...

—¿Y cómo han podido ustedes salir de Marsella? — interrumpió Chambertin.

—No fué cosa difícil... Ginette tenía aún más que ahora... Temí que no pudiera soportar un viaje largo... Fuí a una prendería... Le compré esos miserables harapos... Temía que me espíasen y me figuraba que si pedía billetes para París en la estación de San Carlos, me detendrían delante de la taquilla... Para evitarla, los saqué en San Luis... Un tran omnibus nos condujo a Marsella San Carlos, y, sin salir del andén, pudimos saltar a un vagón de tercera del rápido... ¡Qué viaje! ¡Qué atorco horns tan angustiosas!... Me creía perseguido... Ginette dormía, pero tenía pesadillas... Todos nos miraban... Íbamos con tan mala catadura... Por último, en París, nos hemos separado antes de entrar en el Metropolitano... Hemos llegado a la puerta de su casa... Yo he esperado a Ginette... Si no hubiera vuelto...

—¿Qué hubiese usted hecho? — preguntó Chambertin.

—No sé... Habría buscado trabajo...

—¿Dónde estamos, padrino? — preguntó Ginette.

—En la Bastilla.

—¿Estás seguro de que no nos persiguen?

—No te preocupes...

—Ahora, Manin, tenemos que cuidarnos de usted.

—¡Oh! — exclamó el miserable, como si previamente recomendase que no se interesaran por él.

—Sí — repuso el artista —, es preciso... tiene usted una hija que posee el mejor corazón del mundo, una hija que se lo ha perdonado todo, a la que usted quiere mucho. Ahora debe usted procurar reparar sus faltas, mostrarse digno de tanto cariño... Bien sé... que no es fácil empresa... pero nosotros le ayudaremos...

—Se lo prometo... Ya pronto llegamos...

En efecto, empezaban a ver los cerillos del césped de las fortificaciones, y el conductor había refrenado la marcha, para preguntar si había de parar en la barrera misma.

—No — respondió Chambertin —, un poco a la derecha, en el *boulevard*...

Y continuó diciendo a Manin:

—No pueden ustedes permanecer juntos, sin delatarse a las investigaciones de la policía. Así, pues, pienso llevar a Ginette a Chennivière, a casa de su abuelo, y a usted le voy a dejar aquí.

—¿Pero, qué quieres que haga, padrino, si no tiene dinero?...

—Es que yo se lo voy a dar...

—Gracias — dijo Manin —, no hace falta... se lo ruego...

—Pero ¿qué va a ser de usted si no tiene qué comer?... No se avergüence en tanto...

Y Chambertin sacó de la cartera unas billetes y se los dio al desdichado.

—Esta noche, a las diez, le verá aquí... No tenemos tiempo que perder... Voy a ver algunos amigos, tras lo cual creo que podré proporcionarle el medio de empezar una vida nueva en el extranjero.

El automóvil acababa de parar.

Manin dió la mano a Chambertin, que la estrechó en la suya. La joven besó

con cariñosa dulzura a su padre, que le devolvió el beso balbuciendo:

—Te juro, hija mía, que haré todo lo posible para que te olvides de lo que he sido.

La escena era dolorosa. El actor puso fin a ella, empujando amablemente a Ginette al automóvil y diciendo al chófer:

—¡Ahora, derecho a Chennivière!

Arrancó el carruaje, y Ginette, desde la portezuela, dió un último adiós con la mano.

Manin quedó solo en aquel rincón aislado, estupefacto ante la rapidez de los acontecimientos, sin saber adónde encaminar sus pasos y un tanto espantado del triste paisaje que veía.

Contó el dinero que le había dado Chambertin: había cuatro billetes de cien francos. Luego se fué hacia una calleja cercana que le pareció desierta, la calle de las Marquettes. Internóse en ella con paso rápido y cuando llegaba a la esquina de la calle de Solf, vió una ropavejería.

Se acercó:

—Quizá encuentre aquí lo que necesito — pensó Manin.

La casa no tenía mal aspecto. En la puerta había colgadas chalecos, chaquetas, levitas, toda una trapería que ofrecía a las bolsas modestas vestidos aun presentables. En el suelo cristal de la tienda se leía:

EL TIO AMADEO

Entró. Había allí un montón de ropas viejas a cual más extrañas. Desde el traje de lentejuelas de la cupletista barata, hasta el frac manchado de salsas y jarabes de los maestresalas.

En medio de aquella confusión, un anciano de ojos penetrantes y mal afeitado rostro, leía las últimas noticias de un diario de la tarde.

La llegada de Manin pareció sorprenderle: tenía una parroquia que le era muy conocida, y le chocó el recién llegado, al que dijo sin ninguna amabilidad:

—¿Qué desea?

—Quisiera un traje de trabajo.

El tío Amadeo examinó con recelo a Manin.

—Pero ¿cuánto dinero.

—Ya lo sé.

La respuesta pareció suavizar al tendero, que se volvió más amable.

—Si acaso quiere usted mudarse de ropa aquí mismo, tengo un cuarto a su disposición... Ya sé lo que es eso... a veces... conviene no presentarse en este barrio con el mismo vestido... Estoy a sus órdenes...

Manin no pareció prestar atención a aquellas palabras de doble sentido y respondió:

—Precisamente iba a preguntárselo.

—Elija usted — dijo el ropavejero, después de coger una brazada de vestidos y extenderlos ante el cliente.

Y al tiempo que le encomiaba la mercancía, el tío Amedeo miraba atentamente a Manin y pensaba:

—Me parece haber visto esta cara en alguna parte.

Manin escogió una camisa de lana de cuello vuelto, un traje negro, una corbata y una gorra negra, en una palabra, un traje de obrero parisense, que le haría pasar inadvertido.

—¿Cuánto? — preguntó.

—¿No necesita usted la ropa que se ha quitado?... ¿No? Pues bien, déjemela; no vale gran cosa... no, no vale nada; pero, en fin, más bien por hacerle un favor, me la quedaré, para que le saiga más barata la compra... Así, pues... déme cinco luses... ¿Le parece bien?

Manin, que no pensaba regatear, le dio un billete de cien francos; pasó a la trastienda y fácilmente se transformó como había pensado.

Saló de allí vestido de obrero, entró en una peluquería, se afeitó y se cortó el pelo, y así rejuvenecido, según él creía, después de dejar cuanto le recordaba las alcastrás hornas que acababa de vivir, bajó por la calle de Sahel como un buen trabajador que aprovecha un día de sueldo para discurrir un poco por su barrio.

Llegó al boulevard Sault, y se paró ante un cafetín. La dueña estaba limpiando el mostrador.

—Quisiera comer, buena mujer — dijo al entrar en el cafetín.

—Sírvasse pasar al cuarto de al lado

— dijo la mujer, empujando una puerta que separaba el cafetín de la fonda.

Tomó asiento Manin, y después de limpiar la mesa, le dijo el ama:

—Dispénsame... ¿Tiene usted mucha prisa?... Porque tardaré un poco... No tengo camarero, y esto me contraría mucho.

Manin estuvo a punto de ofrecerse para camarero. Después de todo no tenía nada que hacer ni sabía qué oficio elegir; para él aquella era una ocasión de vivir en un rincón retirado, en donde no vería a ninguno de sus antiguos compañeros... Pero no se atrevió... Quedábale todavía algo del orgullo que le hizo cometer tantas tonterías en otro tiempo y que también le detenía en el instante en que debía decidirse.

La mujer tomó su silencio por descontento.

—Veo que le disgusta esperar — le dijo.

A lo que Manin contestó:

—Nada de eso, señora, tengo tiempo de sobra.

XIX

EN CASA DE LA TIA MICHAUD

En cuanto se fué Manin, el tío Amedeo pasó minuciosa revista a sus ropas. No había mentido al decir a su parroquiano que no valían gran cosa; la camisa no servía para nada, el impermeable había terminado su carrera; sólo el pantalón de paño negro tenía alguna probabilidad de tentar a un aficionado.

Al mirar más de cerca el pantalón, vió un nombre escrito sobre la hebilla:

Pedro Manin

Esto fué una revelación para el prendero.

—¡Hombre, es el marido de Liseta Fleury! Ahora me acuerdo muy bien de haberle visto tiempo atrás, cuando representaba con su mujer, y no aseguraría yo que no hubiese venido en aquella época, cuando tenía yo la tienda en el boulevard Berthier, a venderme algunos trajes. Debo de ser un moachacho que siem-

pre necesita dinero... Me acuerdo también de su proceso por robo... de su condena... Por lo visto, sala de la cárcel... ¡Bah! Eso no es cosa mía, y el negocio es el negocio...

El chamarrero pensó sacar el mejor partido posible de aquellos despojos.

Colgó el pantalón de pelo negro en sitio muy visible en la fachada de la tienda, junto a un abrigo y una levita.

—Siempre me darán diez francos por él — pensaba al entrar en la tienda.

Y prosiguió la lectura del periódico, sin hacer caso de lo que pasaba en la calle.

Haría mal en no vigilar su escaparate, en un barrio tan mal frecuentado.

A los pocos momentos, pasó un vagabundo y vió allí colgado aquel pantalón de tan buen aspecto. No hizo falta más para que se apoderase de él y se fuera a todo correr hacia las fortificaciones, muy próximas.

El vagabundo era un individuo delgado, seco; el pantalón le venía un poco grande; pero, encantado de la ganga, se puso las manos en los bolsillos, satisfecho de haber renovado su guardarropa a tan poco costo.

Registrándose, sacó una hoja de un periódico doblada cuidadosamente; era un recorte ilustrado con un retrato de una mujer y dos niñas, que anunciaba la marcha al extranjero de Liseta Fleury. Indiferente, el hombre metió de nuevo el periódico en el bolsillo y prosiguió su camino hacia el boulevard Soult.

Al pronto se ofreció a su interesada curiosidad el cafetín taberna en donde había entrado Pedro Mania.

El vagabundo no tenía dinero, y en esos barrios desiertos suele ser fácil «hacerse» con los ahorros de algún tendero, sin que nadie se entere.

Miró al cafetín, no vió a nadie, se acercó al mostrador, de un salto pasó al otro lado, cerca del cajón, y, navaja en mano, se dispuso a saltar la cerradura.

Cuando ya creía conseguirlo, la dueña, que salía de la cocina, se acercó para coger de un estante una botella de licor.

Bajó la vista y vió al malhechor; pe-

ro antes de que pudiera pedir socorro se abalanzó contra ella el individuo, blandiendo la navaja.

Hubo corta lucha. La mujer, acostumbrada a rudas tareas, era fuerte y resistió. El agresor le puso la mano en la boca, pero ella se desprendió con súbito movimiento y gritó:

—¡Ladrones!

Al oír esa voz, estremeciéndose Pedro Mania, que estaba comiendo muy a gusto, de un salto pasó al cafetín y se abalanzó contra el bandido, que saltó presa en el auto. Pero no terminó ahí la lucha. El ladrón, furioso, pretendía castigar al que acababa de interrumpirle en su tarea. Se replegó sobre sí mismo y con la navaja levantada, saltó contra Mania, que contestó dándole un calcazo en pleno pecho.

El vagabundo cayó al suelo con los brazos en cruz. Al caer, se dió un golpe en la cabeza contra la esquina de una mesa de mármol. Brotó sangre; poco después manaba de su boca un leve chorrito rojo. Los ojos se le ponían vidriosos y conservaban una fijez trágica.

Mania, horrorizado, se inclinó contra el cuerpo inerte, aplastó el oído al corazón, le tocó las manos, luego se incorporó y dijo en voz queda a la dueña:

—Creo que está muerto.

Hubo una larga pausa, como si el ama, estupefacta, no osara creer lo que acababa de ocurrir.

Al fin corrió a la puerta para pedir auxilio. Mania la detuvo con un ademán.

—Señora, por favor, no llame a nadie.

—Sin embargo, no puedo quedarme aquí con ese cadáver. Debo avisar a la policía.

—Desde luego... pero antes deje que me vaya, de lo contrario me perderá usted... No quiero tener nada con la policía...

La pobre mujer no insistió. Estaba acostumbrada a ver entre sus parroquianos gente que no sostenía precisamente relaciones muy cordiales con los agentes de seguridad.

—Váyase, muchacho... Le debo a usted la vida... El día que necesite algo, venga aquí, a casa de la Michaud, que siempre tendré mucho gusto en recibirle.

Manin salió corriendo del cafetín, casi sin dar las gracias a su ama. Como procuraba poner la mayor distancia posible entre él y la gente que pasaba y que, de un momento a otro, podía enterarse del drama, tropezó con un anciano en el boulevard Soult.

Era el tío Amadeo, el prendero de la calle del Sabel. Iba a presentar una denuncia contra el individuo que le había robado las prendas de la fachada. Reconoció a Manin en el hombre que acababa de tropezar con él bruscamente.

—¿Qué habrá hecho ahora?—pensó—. Decididamente por aquí no se van más que granujas.

La Michaud estaba ya en el umbral de su puerta gritando desesperadamente:

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Asesinos!...

XX

LA TÍA MICHAUD DEMUESTRA SU AGRADECIMIENTO

El rumor de que en el boulevard Soult se había cometido un crimen esparcióse rápidamente por todo el barrio de Bel-Air. Las comadres inventaron las peripecias más inverosímiles de una banda misteriosa de asesinos. Gente más sensata no pudo menos fantasear en sus relatos.

Y todos los que tienen la costumbre de no dejar pasar un incendio sin acudir a ver a los bomberos, ni un accidente sin molestar la guardia en la farmacia donde curan a la víctima, ni un crimen sin contemplar el lugar del suceso, fueron ante el cafetín isberna de la Michaud, adonde la policía, menos curiosa por naturaleza y menos diligente por costumbre, no llegó hasta media tarde.

El comisario procedió a las primeras diligencias. Dentro de la tienda estaba aún el cadáver, tendido contra el mostrador, con la cabeza junto a la puerta y el rostro tapado por un pañuelo de color manchado de sangre.

El comisario y su secretario examinaron con recelosa mirada el interior del establecimiento. Tenían buenos informes

del ama; pero bastaba que hubiera ocurrido allí «algo» para que al momento se imaginasen ambos funcionarios que estaban en una temible guarida de malhechores.

No obstante, la casa era cómoda y hasta bonita; se veía que la Michaud cifraba todo su orgullo en que las salas y el mostrador tuvieran una limpieza ejemplar. Allí se respiraba honradez.

—No se asere — dijo el comisario a la buena mujer —. Cuéntenos cómo ha sido esto y procure no olvidarse de nada. Un detalle que a usted pueda parecerle insignificante es a veces para nosotros, gente del oficio, de extrema importancia...

Eso de «gente del oficio» lo dijo con un orgullo que dejaba suponer cierta petulancia.

Ocurrió con algunos profesionales de la investigación judicial lo que con ciertos especialistas del diagnóstico médico: no admiten que sus juicios sean susceptibles de apelación.

El comisario que interrogaba a la Michaud era uno de ellos y bien se lo demostró.

—Vamos, señora, empiece usted por el principio...

—Pues bien... yo... nosotros... en fin...

—Vamos... hable sin miedo... Estoy seguro de que ha sido una lucha de bandidos...

—No, señor comisario... aquí no viene más que gente muy buena... Sí... Tenga en cuenta que estoy yo sola... que en este momento carezco de camarero... ¡Es tan difícil dar con uno honrado!... El que habla...

—No se trata de sus camareros, señora; cuéntenos la historia del crimen...

—En primer lugar, no hay tal crimen — dijo la tendera.

—Como usted quiera; pero no sé cómo llamarlo...

—Es una desgracia... Yo estaba en mi tienda... mejor dicho, no estaba...

—¿Estaba usted o no?

—Quiero decir, señor comisario, que me hallaba en la cocina, adonde fui a buscar una botella...

—¿Había gente en el comedor?

La interrogada titubeó. Era el trago difícil. Se acordaba de la frase de su salvador:

—No quiero tener nada con la policía.

Había que inventar algo; afortunadamente, el comisario echó a la emoción aquella vacilación que ocultaba una mentira...

—Yo no... le diré a usted...

—Hable claramente... que no le haremos ningún mal...

—Había dos parroquianos... Sella yo de la cocina, cuando vi un individuo que intentaba violentar el cajón... Me asusté... Quise gritar... pero el ladrón me tapó con la mano la boca... Me solté de él... No sé a punto fijo lo que sucedió entonces... Pero uno de mis parroquianos saltó contra el malhechor, y de una cabezada en pleno pecho le echó por tierra... Y ya ve...

—Falta algo... No ha muerto de un cabezazo...

—Es que al caer chocó con una esquina de esa mesa de mármol que ve usted... Y no se movió... estaba muerto... Eso es todo cuanto sé... Ya no me necesita usted, ¿verdad?

E hizo ademán de retirarse; pero el comisario moderó su prisa:

—Aguarde, aguarde... No se apresure...

—Es que no es muy agradable ver tanta gente delante de mi establecimiento, que tenía muy buena fama... Verá usted como esto me perjudica...

—No... Usted no tiene nada que ver... Hay crímenes que...

—No ha sido crimen — repitió la pobre mujer.

—Bueno, hay accidentes, si lo prefiere usted así, de que no pueden hacerle a usted responsable... Pero necesitamos aún algunos datos... ¿Qué señas tienen los dos hombres que estaban en el comedor?

Esta vez la Michaud respondió sin titubear:

—Uno de ellos tenía cabellos rubios y mosca... Ese es el que ha dado la cabezada... El otro era muy hajito y regordete, con bigote a lo Charlot.

—¿A lo Charlot?

—Sí... ya sabe usted... como el Charlot del cinematógrafo...

—¡Ah! ¡ya!... Escriba usted, Mirando.

El secretario escribió fielmente las palabras de la testigo.

—¿Y cómo iban vestidas? — añadió el comisario.

—Con blusas de pintor.

—Muy bien... Veamos ahora la víctima.

El secretario se acercó al desconocido, le quitó el pañuelo que le tapaba el rostro crispado por el dolor, y con la mayor naturalidad del mundo le levantó la cabeza.

El comisario se inclinó para ver mejor.

—He aquí una fisonomía que me dice algo, Mirando.

Mirando, que no quería parecer más ignorante que su jefe, repuso:

—Sí, señor comisario, a mí también...

Me parece haber visto a este individuo en algún sitio.

—Vamos a comprobarlo... Pero procedamos con orden... Regístrele las bolsillos.

El secretario metió las manos en los bolsillos del muerto y a medida de sus descubrimientos iba diciendo:

—Un tarjetero... vacho... llaves... un pañuelo sucio... ¡Hombre! ¡hombre! Un recorte de periódico.

Era el número de *Comardis* que, como se recordará, se guardó Manin en Niza.

—Venga — dijo el comisario.

Leyó el papel, vió el retrato de Liseta Fleury y sus hijas y dijo:

—Esto no tiene interés... ¿Qué más?

—Nada más.

—¿Está usted seguro?

—Lo he registrado todo.

—¿No tiene documentos ni algún sobre?

—Nada, señor comisario.

—¿Ha mirado usted en el bolsillo del revólver?

—¡Es verdad!... Creo que no...

—Tenga cuidado, Mirando, que en la omisión de esos pequeños detalles es en lo que se conoce a los malos auxiliares.

El secretario no protestó.

Examinó el bolsillo. No encontró ningún papel; pero al rozar el clavillo de la hebilla del pantalón, apareció el nombre

del sastre, y debajo una inscripción con tinta, que decía: *Pedro Manin*.

—Señor comisario, este individuo es Pedro Manin.

El comisario no pareció sorprendido. Abrió el número de *Comadía* que tan rápidamente había despreciado momentos antes y dijo:

—Ya lo decía yo...

Y como Miranda, con un movimiento parecía elevar una tímida protesta contra esas palabras, rectificó:

—Ya decía yo... que no me era desconocida esa cara... Pedro Manin... eso es... el marido de la artista cuyo retrato está en ese periódico... Sí... todo se explica... Había conservado ese número... restos de antiguo cariño... Ya ve qué claro está todo, señora Michaud.

La interpelada consideró inútil contradecir al comisario, que añadió:

—Creo que días atrás le buscaba la policía de Marsella... Yo tuve que haberme las con él hace dos o tres años... Y se me quedaron bien grabadas en la memoria sus facciones... Sí, es Pedro Manin, en efecto... No cabe error... No es digno de lástima... Si no hubiera muerto aquí, hubiese acabado en un presidio...

—Yo hubiera preferido eso último para la reputación de mi casa — dijo compungida la Michaud.

—Ahora le libramos de él.

Y dió órdenes a los agentes para que trasladasen el cadáver al depósito. Tras lo cual, acompañado del fiel Miranda, salió del cafetín, arrastrando tras sí parte de los curiosos y acosado por los periodistas, a quienes dijo:

—La víctima es un personaje muy poco simpático, un antiguo cómico, Pedro Manin, marido de la famosa cantante de operetas que pereció en el naufragio del *Himalaya*, Liseta Fleury... Era un extraviado que vivía del robo... Sí, la instrucción era muy delicada; pero, señores, la hemos llevado a cabo rápidamente y con buen acierto.

Y continuó su camino con Miranda, a quien quería hacer aprovechar las lecciones de su experiencia.

—Ya ve usted, amigo, en las diligencias hay un factor principal, la memoria. Memoria visual, memoria auditiva... En el problema que acabamos de resolver, la memoria visual ha representado el principal papel... Veo el rostro de la víctima y al punto me digo: le conozco... Usted descubre el nombre, y la memoria de los hechos viene a ayudar a la memoria visual. Pedro Manin, cómico, estafador... cosas feas... Es un muelle que se suelta... es matemático...

Así Sherlock Holmes, en sus noches de confidencias, demostraba al fiel Watson el mecanismo de su perspicacia...

SÉXTO EPISODIO

Regeneración

XXI

EN DONDE TRIUNFA DEMUESTRA SEN UN
FINO SARDIO

Al tiempo que se sucedían tantos acontecimientos y que Ginette, libre al fin, se hallaba camino de Varennes en compañía de Chamberlin, el señor Bertal pasaba horas de melancolía en el Parado. Tenía la esperanza de ver a su nieta, pero no creía verla pronto. Aquella tarde, sentado en un sillón de junco, hablaba con Blanca y Renato.

Gaby, en un rincón de un corral muy limpio, repartía hojas de lechuga a sus conejos, que era lo único que parecía interesarle; pero, si se la examinaba atentamente, notábase que a ratos interrumpía su entretenida tarea y se quedaba pensativa.

—Se acuerda de Ginette — balbució Blanca.

Para no aumentar la tristeza del señor Bertal, Renato se llevó a su hermana a un bosquecillo de copulientos árboles, donde estaba Josefina teñiendo ropa.

La criada conservaba algo de su buen humor; con frecuencia, y tal vez por compasión, bromesaba con aquellos niños taciturnos. Al verlos les dijo:

—¡Siempre con las mismas caras!... ¡Pero si deberíais estar contentos, ahora que va a volver la señorita Ginette!

—¡Es verdad! — afirmó Renato.

—Y en vez de alegrarse... el señor Bertal siempre está con cara fúnebre... y vosotros... ya no sabéis ni jugar... Al menos, en Saint-Pons, a pesar de la Benazer, nos divertíamos a voces... Aquí...

En esto sonó el timbre de la verja.

Fué como una alegre llamada para todos. ¿Por qué? ¿Qué misteriosa intuición les advertía que aquella era la señal de la dicha?

Josefina corrió a la puerta. Bertal se levantó de su asiento; los niños corrían detrás de la criada, y en el umbral de la verja abierta apareció la alegre luz de Chamberlin al lado de la de su ahijada.

Todos gritaron a una: «¡Ginette!»

Los tres niños se acercaron a la aparecida, le saltaron al cuello, besándole las mejillas, los cabellos y aturdiéndola con su ruidosa ternura, especialmente Gaby, que no sabía cómo mostrarse más cariñosa.

Chamberlin quería libertar a la joven, que desfallecía. Pero, ¿cómo moderar tales arrebatos?

Cerró la puerta y se encaminó a Bertal, a quien había visto junto a la escalera de la casa.

El abuelo no se atrevió a dar un paso. Estaba pálido, la emoción le ahogaba y tuvo que apoyarse en el sillón para no caerse. Hubiera querido tender los brazos a Ginette; mas no tuvo fuerzas para hacerla. La alegría y los remordimientos le paralizaban y le dejaban balbuciente, con los ojos llenos de lágrimas, como un niño.

Ginette se llegó espontáneamente a él. Había podido huir de los abrazos de los niños y estaba ya contra el pecho del anciano, balbuciendo con voz apagada por el cansancio y la emoción:

—Abuelito...

Y el anciano no sabía más que llorar y decir:

— ¡Perdón! ¡Perdón!

— ¡Vaya un modo de celebrar la llegada de esta niña! — exclamó Chambertin, cruzándose de brazos —. ¿Van ustedes a empezar a sollozar?... No estemos aquí... Vámonos adentro... Ginette no está aún del todo tranquila para poder exponerse así a las miradas de fuera...

Blanca y Gaby corrían alrededor de Ginette como perros que se encuentran a su amo. No veían su fatiga, sus vestidos de pobre, su cara descompuesta. Le hicieron sentar en un sofá de la sala para poder ponerse a su lado, y una vez instaladas la marearon a preguntas.

Entretanto, Chambertin y Bernal conversaban, y el artista dijo al abuelo que deseaba hablarle a solas.

Ambos hombres se fueron al despacho; pero Renato surgió entre ellos y con su protervia demostró su deseo de tomar parte en la conversación.

— Después de todo, éste es un hombre — dijo Chambertin, empujando la puerta del despacho.

Antes de encerrarse allí con Bertal y Renato, creyó prudente dar un consejo a las niñas:

— Procurad no fatigar a Ginette. Dejádla que descanse un rato.

Estas palabras produjeron un silencio momentáneo; pero, en cuanto desapareció Chambertin, preguntó Gaby:

— ¿Cómo te estás al agua, Ginette?

Y Blanca añadió:

— ¿Por qué hemos tardado tanto en tener noticias tuyas?... ¿Y cómo vienes tan mal vestida?...

La joven no tenía fuerzas para responder. Escuchaba las preguntas y toda aquella charla como un rumor lejano cuya causa no quería saber. Una irresistible necesidad de dormir le cerraba los párpados. Sentía una debilidad exagerada y se limitó a decir:

— Tengo apetito.

Ni Gaby ni Blanca esperaban semejante respuesta. Permanecieron un rato inmóviles, mirando a Ginette, tan delgada, tan pálida, cuyo miserable aspecto lastimaba en aquel momento como un reproche a su inconsciente egoísmo. Com-

prendieron de pronto que la joven padecía, que llegaba a aquella casa como a un refugio, para ser cuidada y mimada. Corrieron a la cocina y Josefina calentó una taza de caldo, que la niña tomó lentamente.

En el despacho, Chambertin contaba a Bertal toda la extraña aventura de su nieta, desde el rapto de villa Primavera, hasta la inesperada llegada de Ginette al domicilio del actor.

— Es evidente — añadió — que la policía la persigue... Buscar a Manin es difícil... pues ya se ha escapado varias veces de los mejores policías... Esto aparte, puesto que Manin quiere rescatar sus culpas, pienso proporcionarle una colocación en el extranjero... Si puede marcharse mañana, hará todo lo posible por ayudarla.

— Sí, sí — respondió Bertal, con la angustia del hombre a quien asustan todas esas cosas en que interviene la policía.

— Sólo quedará Ginette. Bersange y yo vamos a cuidarnos de demostrar que esa niña no tiene nada que ver en los crímenes de su padre; pero, por de pronto, es absolutamente necesario substraerla a todas las investigaciones. Y no creo que pueda quedarse aquí.

Renato interrumpió a Chambertin, diciendo, muy convencido:

— Es monester que se vaya.

— Si la detuvieran ahora — dijo el padrino — es muy probable que esa emoción fuera fatal para ella; está muy débil y se asusta mucho. Necesita muchos cuidados...

— ¡Ay! — dijo gimiendo Bertal —, ¡y yo soy quien tengo la responsabilidad de toda esta desgracia!

— No se deje usted vencer por el desaliento — dijo Chambertin —. No es hora de lamentarse... Hay una cosa muy satisfactoria: el haber encontrado a Ginette. Regocijémonos, pues; tengamos sangre fría y procuremos evitar nuevas desdichas.

En aquel momento intervino Renato.

— Tengo que decirles una cosa.

— Habla, Renato...

— Que la casa está vigilada...

Los dos hombres se sobresaltaron.

—¿Eh?

—¿Qué dices? — preguntó Bertal.

—Digo que la casa está ya vigilada... Ayer vi un individuo que rodaba por aquí.

—¿Estás seguro?

—Le vi como les estoy viendo a ustedes.

—¿Cómo era?

—No tuve tiempo de examinarlo despacio.

—Sería tal vez un transeunte...

—No, no... Ya sé lo que me digo.

—¡Pues explícate! — repuso Bertal impaciente.

—Era un señor bastante bien vestido que pasaba a lo largo del río. Miró esta casa y luego prosiguió su camino... Desanduvo lo andado... Se paseó un rato por delante de la verja... Parecía que sacaba fotografías. Después, de pronto, llamó a casa de un vecino.

—¿A casa de un vecino?

—Sí, en la villa de las Capuchinas...

—¿Y qué más?

—Preguntó si ésta era la casa del señor Bertal.

—¿Lo oíste tú?

—No, pero vi sus ademanes.

—¿Y qué le respondieron?

—Que sí, seguramente, porque, después de dar las gracias, volvió delante de casa, se puso de puntillas... Hasta creí que iba a llamar a la puerta... Titubeó... y se fué.

—Pero ¿cómo viste todo eso? — preguntó el abuelo.

—Me había subido a un árbol... y desde allí lo vi todo.

—¿Y por qué no me lo dijiste ayer?

—Porque usted me tiene prohibido encaramarme a los árboles.

Chambertin no pudo menos de reírse, y dijo:

—Muy bien, Renato... Nos has prestado un verdadero servicio. Voy a...

No acabó la frase. Un campanillero le interrumpió.

—¡La policía! — exclamó Bertal.

Renato se acercó a la ventana y levantó cautelosamente los visillos.

—Son dos hombres — dijo —; no se les ve más que el sombrero... Sin duda serán policías...

El abuelo temblaba. Era incapaz de decidirse a nada.

Chambertin tomó precauciones para evitar toda desgracia. Dijo a Renato:

—No dejes que abra la puerta Josefina... que nos vendería inconscientemente... Va tú mismo a la verja y di que no sabes nada... Anda...

El niño fué al jardín.

Chambertin corrió a la sala y cogió de la mano a Gilette.

—Ven conmigo — le dijo —, y no temas.

Y añadió, hablando a Blanca y a Gaby:

—Si alguien os pregunta por Gilette, diréis que no la habéis visto... ¿Entendido?

—¿Qué más ocurre, padrino? — preguntó Gilette.

—Luego te lo diré, hija mía... Por ahora, no me sueltes.

En el fondo, no estaba muy tranquilo; pero tenía que animar a todos. Se fué por detrás de la casa, al fondo del parque.

Renato alcanzó a Josefina camino de la puerta y no le dio tiempo de preguntar nada.

—Déjame abrir — dijo en tono imperativo a la criada.

—¿Por qué?

—Por lo que a ti no te importa.

Bastaba esta frase para picar inmediatamente la curiosidad de la maritornes y para que ella no tuviera más idea que saber lo que no querían que supiera. Así, pues, cuando Renato abrió el tablero que servía de postigo a la puerta de entrada, se quedó Josefina escuchando lo que el niño preguntaba poco cortésmente a los importunos, en uno de los cuales reconoció al individuo que había visto espiar la casa el día antes.

—¿Qué desea usted? — preguntó al recién llegado.

—¿Vive aquí el señor Bertal?

—No... no le conozco.

Dijo esto secamente y empujó la puerta para cerrarla. Pero el otro insistía.

—Vamos, joven, bien sabemos que vive aquí.

—Le digo que yo no le conozco...

—Sin embargo...

De pronto se oyó decir:

—Sí, señor, sí... aquí es...

Era Josefina que, espontánea como siempre, intervenía inopinadamente.

Renato, queriendo cuando menos salvar el honor, replicó:

—No le hagan ustedes caso, señores... Esa mujer está loca...

—Vamos, vamos, Renato. — Interrumpió el otro visitante —, ¿no me conoces?

El niño abrió del todo el postigo y examinó al que le dirigía tan familiarmente la palabra. Buscaba en su memoria... De pronto recordó... y abrió de par en par la verja exclamando:

—¡El príncipe encantado!

Y el señor de Bersange, acompañado de Triol, cuya perspicacia supo descubrir tras muchas indagaciones la morada de Bertal, entró en el jardín, en tanto que Renato, muy confuso por su error, le saludaba amablemente...

—Pase usted, señor... Hoy viene usted de paisano... ¿Por qué no ha traído al huda?

Y, sin aguardar a que Bersange le respondiera, corrió el niño a llevar la buena noticia a Blanca, a Gaby y a su tío, que esperaban con ansiedad en la escalera.

—¿Qué? — preguntó Bertal.

—¿Quién es? — dijo Gaby.

—Vengan, pronto, es el príncipe encantado, el que nos llevó al mar...

Bersange, que había seguido al niño, detúvose risueño ante las chicas.

Estas recordaron al momento aquella noche mágica de su peregrinación al mar. Bertal se divertía al ver la alegría de las niñas y Renato; pero no se atrevía a hablar el primero a Bersange, sino que esperaba que llegase Chambertin. Este acudió rápidamente desde el fondo del parque. Saludó al joven y a Triol e hizo las presentaciones.

—¿Y GINETTE? — preguntó Bersange.

—¡Ah! — exclamó Chambertin —. Usted no conoce a las mujeres... Cuando le he visto de lejos y le he reconocido, he dicho a GINETTE: «Ven, que es el señor de Bersange». Pero no ha querido venir, so pretexto de que no está bien arreglada.

—¿De veras?

—Se lo aseguro... Pero, dicho entre nosotros, debe de haber otra razón... Creo que no se atreve a presentarse a usted desde la aventura de villa Primavera.

—¡Pobrecita! Hace mal. Ya sabe usted, señor Chambertin, que ni un solo momento creí que ella tuviera nada que ver en aquel asunto...

—Es verdad — añadió Triol —, y yo puedo dar testimonio de ello... aunque no me explico...

—Ahora le contaremos a usted todo, señor — dijo Chambertin —. Pasemos a la sala...

Pero Bersange tenía una idea fija.

—Quisiera ver a GINETTE.

—Espere... — dijeron a coro las niñas —, ahora mismo se la traeremos. Y fueron en busca de su hermana.

Estaba escondida entre unos arbustos en el parque.

Gaby fué la primera en descubrirla.

—Anda... ven.

—¿Por qué?

—Está aquí el príncipe encantado.

—Ya lo sé...

—Pregunta por ti.

—No es verdad.

—Sí, te lo aseguro.

—Sí, sí — añadió Renato, que se había reunido a Gaby.

—No puedo ir.

—¿Por qué?

—No me atrevo.

—¿Qué tonta! ¡Tan bueno como es!

—Ya lo sé... pero estoy muy mal vestida...

—¡Y qué importa! — dijo Bersange, que había seguido a los niños y que estaba ya delante de GINETTE con las manos tendidas.

La joven palideció y temblaba un poco. Una emoción que nunca había sentido turbaba sus miradas... Instintivamente se acercó a Bersange y le cogió las manos para llevárselas a los labios; arrodillóse humildemente, como una chiquilla que quiere que lo perdonen una falta cometida:

—Perdón, señor... perdón...

Pero el joven no le dejó continuar y le dijo con ternura:

—No llore usted, hije mía... no llore... ¿Cómo ha podido creer que yo sospechase de usted? No, ya tuve tiempo de conocerla y tenía en usted plena confianza. Mi hermana y yo la queríamos mucho; y me alegra verla así, dispuesta a olvidar un pasado que tantas penas ha traído.

Gaby y Renzo habían dejado solos a los dos jóvenes.

Bersange condujo a Ginette a la casa, lentamente, diciéndole esas frases vulgares que son la más sincera expresión de un amor naciente y que aun no tiene valor para declararse...

El resto del día transcurrió rápidamente y aun demasiado rápidamente. Bersange supo por Bertal y Chambertin toda la verdad respecto de las desdichas de Ginette, y tuvieron que deliberar para saber cómo habían de conducirse en lo sucesivo.

—No se la puede dejar aquí — dijo el padrino —. No hay duda de que la policía no tardará mucho en venir... Haremos diligencias... pero ha de ser cosa larga...

—Llévesela a su casa — propuso el abuelo, a quien desconocía ya la idea de la separación.

—No puedo... Mi casa debe de estar sellada desde el altercado de esta mañana... Y no sé lo que habrá podido hacer mi criada... Es más, la garantizo que no volveré a mi domicilio antes de explicar mi situación a la justicia. Así que...

Bersange no titubeó:

—Venga usted con Ginette a mi casa caballero. Al menos allí estará usted tranquilo algún tiempo. ¿Verdad que eso es lo mejor, Triol?

—Sí, por cierto — respondió el policía.

Su competencia bastó para convencer a Bertal de que la solución era excelente.

Josefina se cuidó de dar a Ginette ropas de su prima Blanca, algo estrechas tal vez, pero cuando menos, limpias; y a las cinco, después de despedirse de toda la casa, Ginette, acompañada de su padrino, de Bersange y de Triol, montaba en el automóvil de su protector, que los conducía a París.

XXII

LA CITA NOCTURNA

Cuando el automóvil llegó al fielato de París, el chauffeur hizo la declaración de bencina, en tanto que Chambertin compraba un diario de la noche.

No lo desplegó, sino que se lo guardó en el bolsillo; y hasta el momento en que el carruaje paró ante el palacio de Bersange, sólo trataron de Pedro Menin, de los puros que tenían que dar para servirle de algo y de las diligencias que habían de emprender para que fuera reconocida oficialmente la inocencia de Ginette.

Cuando se hallaron en el salón de la elegante morada de su huésped, Chambertin abrió el periódico, recorrió distraidamente sus columnas y se detuvo en esta noticia de última hora:

Un individuo ha entrado con intención de robar en un café taberna de la Puerta de Vincennes, y ha sido muerto por un consumidor que ha desaparecido. El muerto parece ser un tal Pedro Menin, a quien buscaba la policía.

Chambertin vaciló sobre sus piernas.

Replió dos veces la lectura, para convencerse de que la había entendido bien, y no pudo contener una exclamación que hizo que se volvieran a él Bersange y Ginette, que hablaban junto a la ventana.

—¿Qué tienes, padrino? — preguntó la joven, inquieta al momento —. ¿Alguna otra mala noticia?

Chambertin recobró su sangre fría al oír aquella voz ansiosa.

—No, no... ¡Nada de eso! Es decir que para mí no es buena noticia...

—¿Para ti? Entonces... tampoco lo será para mí...

—Tú no estás interesada en mis apuestas en las carreras de caballos, supongo...

—No, por cierto.

—Había jugado por *Barrabás*, en la cuarta prueba, y ha perdido...

La mentira salió admirablemente. Ginette no contuvo su risa y saltó al cuello al padrino, aplaudiendo y gritando:

—Bien hecho... Así escarmentarás...

La llegada de Triol y de la señorita de

Bersange interrumpió aquella ingenua alegría.

— Buenos días, señorita hada — dijo Ginette.

Las dos jóvenes se besaron cariñosamente y cuando la hermana del príncipe encantado hubo cambiado unas palabras con Chambertin y Bersange, se llevó consigo a su amiga y sentóse en un rincón del salón, en un diván, para charlar un rato.

En cuanto se separaron, el padrino de Ginette enseñó a Bersange y a Triol la noticia del periódico y explicó la mentira que acababa de inventar.

— No me atrevo a decir nada a la pobre niña, que hace dos días que lleva bastantes emociones... En realidad, esa muerte lo arregla todo... Ahora la policía sobreescribirá la causa...

— No crea usted que dejarán en paz así como así a la señorita Ginette — objetó Triol.

— Desde luego — repuso Chambertin —; pero así y todo será más fácil cuidarse de su caso particular, y además... lo pasado se olvidará definitivamente... Pero la noticia agensará mucho a Ginette, que tiene un corazón muy sensible...

— Ya se la daremos más adelante — dijo Bersange.

Era la hora de cenar. Un criado anunció que estaba servida la cena, y todos pasaron al comedor. Chambertin hizo cuanto pudo para distraer a los convidados. Hacía muchas semanas que Ginette no había tenido tan buen humor. Se reía con las bromas de su padrino, y daba gusto verla tan contenta.

— ¡Pobrecita! — pensaban Bersange y Chambertin al verla así.

Sin embargo, a medida que avanzaba la hora, se iba preocupando el artista. Había prometido a Ginette llevarla consigo a la cita dada a Manin para las diez de la noche, en las fortificaciones. Ya era inútil ir allí.

Al regresar al salón para tomar el café, se arriesgó a decir:

— Ahora deberías irte a descansar, Ginette.

— ¿En qué estás pensando, padrino?... Si he prometido a papá ir a verte.

— Sí... pero estás muy fatigada, y no sé si será prudente...

— Ya las he visto mayores... Lo he prometido...

Bersange creyó deber apoyar a Chambertin.

— Me parece que le convendría a usted más quedarse aquí con mi hermana...

— Pero Ginette no quisiera oír nada.

— No, no — replicó —; quiero acompañar a ustedes.

— ¿Y si te prometamos decir a tu padre que irás a darle un beso mañana? — repuso Chambertin.

— Sí, ahora me dices eso; pero estoy segura de que papá querrá marcharse cuanto antes... Y te juro que me causaría honda pena el no haberle visto... Además, ya es hora de irnos, pues son cerca de las diez...

Hubiera sido inútil insistir.

En tanto que Ginette se ponía el abrigo, Chambertin y Bersange deliberaron.

— ¿Y a qué vamos a ir allí? — preguntó el artista.

— Yo creo que es necesario, a menos que quiera usted decir hoy la verdad a su ahijada...

— Tiene usted razón...

— Vamos, pues, a la cita. Diremos a Ginette que su padre ha debido de marcharse por la tarde al extranjero, y dentro de un mes le explicaremos la verdad... Entonces la soportará mejor... y luego olvidará.

Momentos después, Ginette, su padrino y Bersange iban en automóvil hacia la puerta de Vincennes.

No hablaban los hombres; cada uno por su parte iba pensando de qué modo explicarían a la joven la ausencia de su padre. Ginette, agobiada de cansancio, estaba adormecida.

Pronto llegaron al boulevard Souff. Los faros del automóvil perforaban las densas tinieblas; de pronto se vió una sombra fugitiva que penetraba en la obscuridad como en un bosque.

Paró el coche cerca de la puerta. Chambertin y Bersange se apearon seguidos de Ginette. Afortunadamente, los faros del carruaje proyectaban bastante luz.

La joven fué la primera que vió a Pedro Manin escondido detrás de un árbol. Le llamó a media voz:

— ¡Papá! ¡Papá!

Manin se volvió, acercóse a ella y la besó, sin ver a Bersange y a Chambertin que se acercaban.

¡Cómo! ¡El padre de Ginette acudía a la cita!... Entonces, lo que decían los periódicos... el cadáver del cafetín...

Ginette rompió el silencio e hizo la presentación:

— El señor de Bersange... Mi padre...

Manin bajó la cabeza.

Chambertin exclamó:

— ¿Cómo es eso?... Veamos... ¿Está usted vivo?

— ¿Por qué preguntas eso a papá?...

— dijo Ginette.

— Porque... En fin, no lo comprendo.

— Pero explícase... ¿Qué misterio es ese?...

— Pues bien — dijo Manin —; yo paso por muerto. La prensa de la noche, según los datos suministrados por la policía, anuncia que Pedro Manin ha sido muerto en una taberna de este barrio.

— ¿Es eso lo que ocultaban ustedes?

— preguntó la joven a su padrino y a Bersange.

— ¡Naturalmente! — repuso Chambertin —. Y, sobre todo, que no era verdad... ¿Pero, qué le ha sucedido, Manin?

Manin contó el suceso de la taberna de la Michaud con todos sus detalles. Su franqueza y su acento de sinceridad impresionaron favorablemente al señor de Bersange, que dijo:

— Ahora, es menester que nos cuidemos de encontrar algo para usted...

Manin alargó tímidamente la mano al joven, diciéndole:

— Señor, tengo que disculparme por mi conducta; quisiera que usted me perdonara y aceptase mi agradecimiento por todo lo que ha hecho por Ginette...

— No hablemos de eso — interrumpió Bersange, que no quería reavivar las penas de la joven —. Démanos la mano y veamos lo que tenemos que hacer para ayudarle.

— Mi muerte — explicó Manin — es una

cosa excelente... Ahora me dejarán en paz y no molestarán a mis hijas... No necesito desterrarlas. Ya no existo. Por consiguiente, puedo pretender empezar una vida nueva. Mañana mismo comenzaré a trabajar.

— ¡Papá! — balbució cariñosamente Ginette.

— Pierde cuidado... Ya se lo decía esta mañana, señor Chambertin, es cosa decidida. Vea usted, he comprado estos vestidos que serán doble motivo para mi liberación... Por tanto, no me falta más que buscar trabajo, y creo que lo encontrará fácilmente.

— Dios lo quiera — dijo Chambertin —. Ahora vamos a dejarle, porque su hija no pueda más.

— No, no — protestó Ginette.

— Tiene razón su padrino, hija mía.

— Si quiere usted darnos noticias — dijo Bersange —, Ginette estará todavía dos o tres días en mi casa; después, creo que podrá volver sin inconveniente a la de su abuelo. En fin, aquí tiene usted mi tarjeta, por lo que pudiera ocurrir.

Esta prueba de confianza conmovió a Manin, que respondió con voz temblorosa:

— Mañana mismo escribiré a usted...

Adiós, señor...

Abrazó a Ginette, dió un apretón de manos al padrino y a Bersange y éstos subieron al automóvil.

Y Manin se fué, contento y confortado, a una de esas fondas que orillan los boulevares exteriores, donde a veces se halla mejor hospitalidad de la que se puede suponer al ver sus paredes leprosas, sus postigos desarticulados y hasta el mismo mozo obeso y trágico...

XXIII

TRABAJANDO

A las siete de la mañana siguiente, presentóse Pedro Manin ante la taberna del boulevard Sout.

Cuando se aseguraba de que aun no había parroquianos dentro, vió a la Michaud que burlaba vigorosamente el zúo de su mostrador.

Entró allí. La tabernera levantó la cabeza y le recibió con amable sonrisa.

— ¡Hola! ¿Usted aquí, mi salvador?

Le miraba con benevolencia y cariño, y le tendió las manos, después de sacárselas en el delantal.

— Le estoy a usted muy agradecida.

Manin se encogió de hombros, como si todo aquello no tuviera importancia.

— Vengo a pedirle un favor.

— Y dos, si usted quiere... Pero, ante todo, ¿qué desea usted tomar, que yo le invite?

— Muchas gracias... No tomo nada... Es usted muy amable... He aquí lo que deseaba proponerle... Yo busco trabajo... Ayer me dijo usted que no tenía mozo... ¿Quiero tomarme a mí?

— ¿Qué si quiero?... Nunca me hubieran atrevido a proponérselo... pero estoy contentísima de que usted me lo diga... Tanto más, cuanto que no estoy nada tranquila, y que desde ayer me muero de miedo...

— Pero...

— ¿Pero qué?

— Debo confesarle que no tengo ningún certificado de trabajo.

— Ni tampoco se lo pido... Para mí tiene usted el mejor de todos... Me ha salvado la vida...

— Sí, pero no tengo documentos... Débase esto a que en mi vida hay un secreto que no puedo decirle...

— Bueno, supongamos que es cuestión de falsas y no hablemos más de ello.

— replicó sonriendo la Michaud —, porque usted tiene cara de haber sido burgués...

— No puedo negárselo; pero lo que sí puedo asegurarle es mi buena voluntad.

— Que es lo esencial... Es usted un excelente muchacho... Y mire, precisamente tengo ahí unos documentos a nombre de Luis Michaud... Era un sobrino mío, que murió en las colonias durante el servicio militar... Si usted quiere... Así tendrá documentos y podrá estar tranquilo...

Sacó del cajón un paquetito atado con un cordel y entregó a Manin unos papeles extendidos a nombre de Luis Michaud.

— Muchas gracias, señora...

— De nada. Usted me ha prestado un

servicio, yo le presto otro, estamos en paz... Pero, a todo esto, el tiempo pasa... y no tardarán en venir mis parroquianos... Aquí tiene usted un delantal... en la cocina, detrás de la puerta del armario, hay colgada una chaqueta... Póngase cómodo...

Manin no se hizo rogar. En pocos minutos se transformó en mozo de taberna y se puso en el puesto de la Michaud, en tanto que ésta vacaba a otras ocupaciones.

Luego empezaron a llegar parroquianos. No faltaba alegría en el cafetín. Su clientela era muy variada; pero casi todos los que lo frecuentaban eran obreros de las fábricas de las inmediaciones, que acudían regularmente a la misma hora.

La presencia de Pedro Manin turbó durante una hora la tranquilidad habitual. Después, poco a poco, se fueron acostumbrando todos al nuevo mozo, y el padre de Ginette se hizo amigo de ellos.

Sirvió el almuerzo muy correctamente, y cuando quedaron vacíos el cafetín y la taberna y que él contó con la Michaud, instalóse ante una mesa y se dispuso a escribir a Ginette. Dudó un poco, y al fin se decidió a trazar algunas frases un tanto solemnes, pero en las que se expresaba toda su alegría por haberse convertido en otro hombre:

A partir de hoy, está muerto el misérable que habéis conocido. Ya no existe Pedro Manin, ni civil ni moralmente.

Me llamo Luis Michaud, soy camarero en un cafetín taberna del boulevard Sauff, número 86, y quiero expiar con mi trabajo las faltas de mi pasado.

PEDRO MANIN

Escribió también unas líneas a Chamberlin, y él mismo echó las cartas al correo antes de cenar.

Al terminar el día se sintió tan satisfecho de su esfuerzo, que, por primera vez desde hacía años, pensó en su mujer, en Gaby y en Ginette, sin recordamiento de ninguna clase, con la ternura de los demás hombres cuando evocan su juventud.

Al día siguiente, a modo de recompensa, le esperaba una grata sorpresa.

Eran las dos de la tarde. El estable-

cimiento estaba desierto. La Michaud se hallaba ocupada en la cocina. Manin limpiaba las mesas del café, cuando oyó que paraba un automóvil a la puerta. Alzó maquinalmente la vista...

Su hija, su Ginette, le contemplaba desde el umbral de la puerta, y tenía en los ojos tanto orgullo y tanta ternura, que ganas le entraron al padre de correr a ella y postrarse a sus pies. Pero Ginette le detuvo por señas, le envió un beso con la mano y entró de puntillas en la tienda. El señor de Bersange se quedó un ratillo fuera discretamente, para no turbar sus efusiones...

En aquel momento salió de la cocina la Michaud. Vió al mozo inmóvil, a aquella hermosa joven que se adelantaba despacio, a aquel elegante caballero que parecía examinar con curiosidad y asombro el establecimiento, y, como buena comerciante, gritó al mozo:

—¿Qué está haciendo, Luis?... Vamos... sirva usted...

Ginette se volvió pálida. Manin se estremeció. A pesar de todo, hubiera deseado no presentarse así a su hija. Al fin se decidió y dijo:

—Sirvamos pasar a la sala contigua...

Ginette y Bersange entraron en el comedor. La dueña ocupó de nuevo su puesto en el mostrador. Manin preguntó en voz alta:

—¿Qué desean ustedes?

Y se inclinó contra la mesa para pasar el consabido trapo.

Ginette no perdió esa ocasión de besar a su padre, que, temeroso, balbució:

—Ten cuidado...

El señor de Bersange, pidió:

—¡Dos granadinas!

El «mozo» se apresuró a servirlos. Al tiempo que ponía las copas en la mesa, dijo:

—Has hecho muy bien en venirme a ver, Ginette querida...

—Y la próxima vez te traeré a Gaby — dijo la joven.

—Sí, trácela, pobrecita.

En este llamó el ama:

—¡Luis!

—¡Voy!

—No se quede así con los parroquianos... Tal vez les moleste usted...

En aquel momento, una voz de la sala contigua preguntó:

—¿Tiene usted algún periódico?

Ginette halló ese modo de hacer volver a su padre a su lado.

Manin acudió diligente.

—Pensamos mucho en ti — le dijo su hija.

No tuvo tiempo de escuchar esas palabras, pues acababa de entrar otro cliente en el cafetín. Al principio no le vió sino de espaldas, con el sombrero algo ladeado y un bastón en la mano; pero al punto se volvió y Manin reconoció en él a Chamberlin, que venía muy contento, por haber hecho una entrada teatral. Acordóse Pedro al mostrador y el cómico le pidió:

—Una copa de burdeos.

La tabernera había vuelto a la cocina. Disponíase Chamberlin a hacer un esfuerzo para acabar el vaso, cuyo contenido le parecía malísimo, cuando le cayó dentro una bolita de papel, lanzada con mano hábil, y le salpicó unas gotitas en el traje claro.

Purioso, miró atrás Chamberlin, y por encima del cristal esmerilado que separaba las dos piezas del establecimiento, vió a Ginette, que se reía muy a gusto de su broma. Chamberlin empujó la puerta y tomó asiento en la mesa del señor de Bersange, en tanto que Manin, estoico, permanecía en su puesto.

—¿Cómo ha venido usted aquí? — preguntó el artista.

—¿Y usted? — dijo Bersange.

—Porque esta mañana he recibido unas líneas de Manin.

—También nosotros — dijo Ginette.

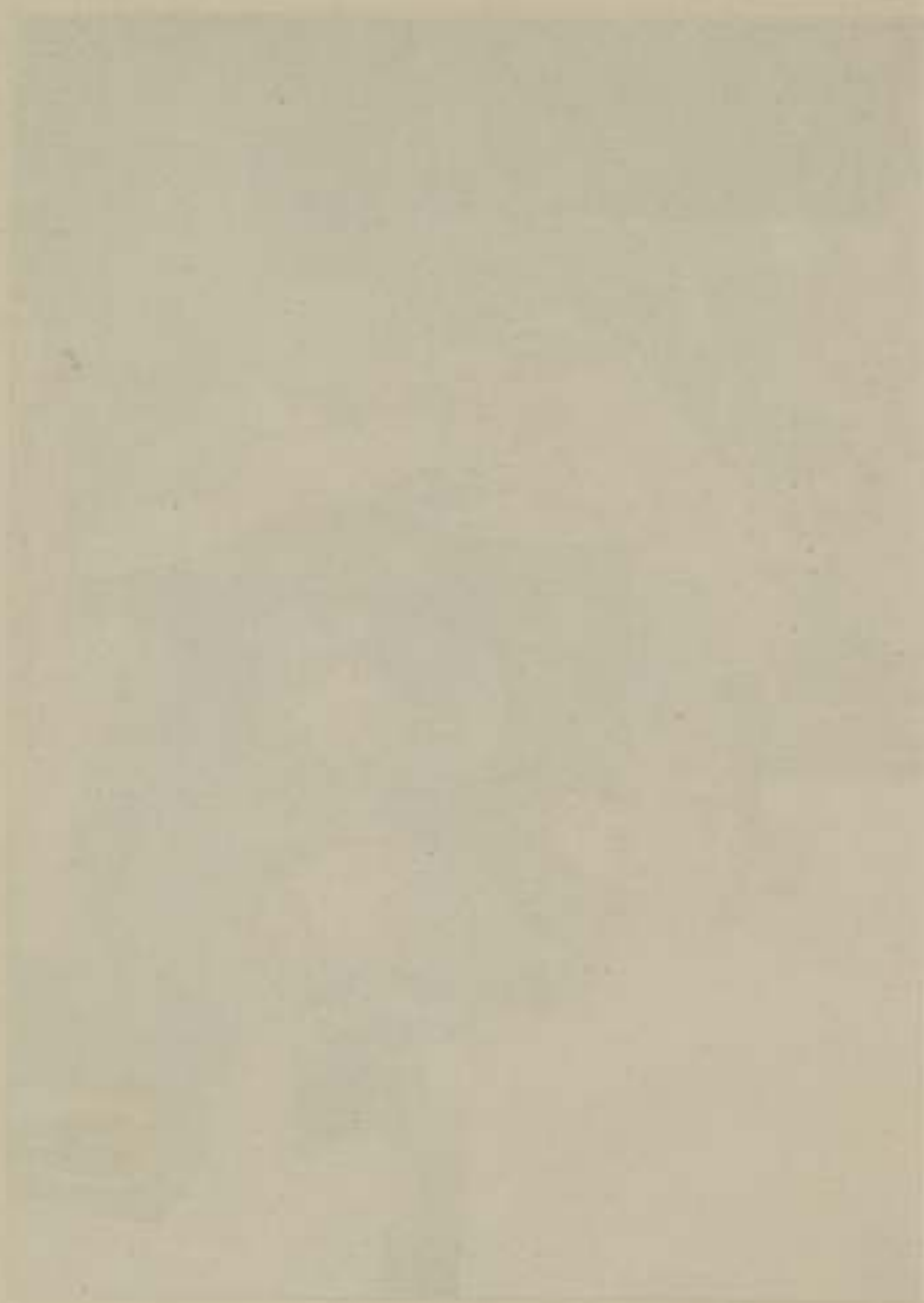
—¿Y qué hay de nuevo, señor Bersange?

—Esta mañana he visitado a la policía...

Dados los pocos años de Ginette, y porque ya no tiene que temer nada de los policías... Más aún, los sellos puestos por el juzgado en el piso de la señora Liseta Fleury los quitarán pronto, y el señor Bortal podrá entrar cuando guste en casa de su hija.



Episodio nupcial. — He aquí el papel — dijo la Benaser, imponente —: escriba usted. (Cap. XXVII).



—Perfectamente... Nunca podremos agradecerle a usted cuanto hace, querido amigo... Es usted...

—Sí — interrumpió Ginette cogiendo la mano a Bersange —, es tan amable, que ya no sabe uno qué decirle...

—No hablemos de eso... Ahora debemos volver a Chennevières... ¿Viene usted con nosotros, señor Chamberlin?

—No puedo; tengo que ver al director de *Folia-Comique*, pues tengo una contrata a la vista...

En tanto que hablaban así, Ginette arrancó un trozo del periódico que la había dado Manin, trazó unas palabras en él, y luego llamó:

—¡Mozo!

Inmediatamente se presentó Manin.

—¿Qué se debe?

Y al tiempo que Manin recogía el di-

nero que generosamente le daba Bersange, Ginette besó a su padre y le puso en la mano el papelito que acababa de escribir.

—¡Vámonos! — dijo Chamberlin.

Los tres consumidores dieron la mano al camarero, sin que nadie los viera y desaparecieron.

Manin los siguió un buen rato con la mirada, y así que estuvieron lejos, desdobló el papel de Ginette y leyó:

Papá, todos te queremos: ten daima.

Llevóse el papel a los labios y luego lo guardó en la cartera.

Entraron dos hombres charlando.

—¡Mozo! ¡Dos copitas de aguardiente!

Volvió Luis Michaud al mostrador, y con la mayor naturalidad del mundo continuó su trabajo...

SEPTIMO EPISODIO

Lo inesperado

XXIV

LA VUELTA A LA VIDA

Aun se preparaba para las dos niñas una felicidad mayor de la que podían esperar.

Allá, al otro lado del Mediterráneo, en una vasta sala blanca del hospital Abbas, de Port-Saïd, una mujer joven, después de largos días de debilidad y soñolencia, abría los ojos a la esplendorosa luz de un sol primaveral y preguntaba con voz apagada al enfermero:

—¿Dónde estoy?

Llevaba veinte días entre la vida y la muerte, veinte días sin poder pronunciar una palabra, y aquella era la primera vez que expresaba una idea y que se le oía el metal de voz.

El enfermero no comprendía la lengua en que hablaba la mujer y llamó al médico de guardia, que acudió contento al ver que la enferma daba señales de vida.

Antes de contestar, la examinó con una sonrisa de satisfacción y mandó al enfermero retirarse.

—Al fin, está usted salvada.

—¡Salvada!... — repitió la enferma, como si saliera de un sueño.

—Sí... Por lo visto, no sospecha usted en dónde está, señora. La encontraron a usted en alta mar, desmayada en unas tablas. Es usted una de las dos personas que se salvaron del naufragio del *Himalaya*. ¿Se acuerda usted de su nombre?

—Soy Liseta Fleury — respondió la joven sin vacilar —, y, en efecto, a medida que usted habla, voy acordándome de lo

que pasó; pero me parece que está lejos... muy lejos... no sé cuando... y...

Se detuvo, le dolía la cabeza y se llevó una mano a la frente.

—No se fatigue usted — dijo el médico —, luego continuaremos la conversación, si usted quiere.

Pero a medida que volvía a la vida, Liseta Fleury sentía instintivo deseo de salir de aquella prisión en que la encerraba su salud física.

—Le ruego que no se vaya, doctor: tengo que preguntarle muchas cosas... Quéde-se a mi lado y escúcheme... ¿Qué día es hoy?

—25 de mayo.

—25 de mayo... eso no me dice nada. ¿Hace mucho que naufragó el *Himalaya*?

—Tres semanas.

—¿Y dice usted que nos salvamos dos?

—Sí, un cocinero de a bordo, un tal Mangars, francés... Ahora le verá... Se ha restablecido mucho antes que usted; ahí está, y si no temiera yo que al verle se sobrexcitase usted, diría que le trajeran.

—Sí, sí, que lo traigan, por favor.

El médico hizo una seña al enfermero, que estaba junto a una cama próxima, y a los pocos minutos volvía éste con un hombre grueso, de ojos chiquitos y vivos, y que tenía a la vez aspecto vulgar y astuto.

Liseta Fleury no reparó en esos detalles pues no pensaba más que en estrechar la mano a un compatriota que hablaba su lengua materna y en poder reunir sus recuerdos, gracias al individuo que, como ella, había vivido las atroces horas del naufragio. No pensaba sino en evocar un

pasado que no recordaba, y saludó a Maugars, con una sonrisa de alegría. El le dió la mano muy cordialmente.

—Mucho me alegro de ver un francés — dijo Liseta —, de encontrar alguien que se ha beneficiado del milagro que nos ha salvado.

—Señora, el gusto es mío.

—Quizá pueda usted darme datos que necesito absolutamente.

—La escucho, señora.

—¿Sabe si han avisado mi salvamento a mis hijas?

Esta pregunta, que a Liseta Fleury le parecía muy natural, sorprendió mucho a Maugars, que ni siquiera sabía quién era aquella mujer.

—Señora, para que yo pudiera hablarle de sus hijas, lo primero que necesitaba es saber qué las tenía usted y, además, saber quién es usted. A bordo del buque había más de cien pasajeros, cuyos nombres me eran desconocidos; y, por lo que he oído decir aquí, parece ser que cuando trajeron a usted al hospital no traía consigo ningún papel.

—Ya he dicho al enfermero que soy Liseta Fleury, cuyo nombre conocerá usted tal vez, artista lírica.

—¿Liseta Fleury?... — interrumpió Maugars —. Sí, la conozco... ¿No ha cantado usted opereta?

—Eso es.

—¡Hombre! ¡Hombre!

—Es decir — dijo el médico —, que tiene usted hijas y quisiera que se les avisase...

—Sí, se lo ruego, doctor — insistió Liseta —, hay que telegrafiar inmediatamente a esas dos niñas, que me deben de creer muerta.

—En efecto — afirmó Maugars —, los periódicos dijeron que habían perecido todos los pasajeros; pero nunca hablaron de que se hubiesen salvado dos. Así que si sus hijas o sus amigos de usted han leído la prensa, no deben de saber que aun vive usted.

—¿Quiere usted hacerme el favor de coger una pluma y una hoja de papel y escribir un telegrama que tendrá la amabilidad de llevar al telégrafo lo antes posible?...

—Con mucho gusto.

Maugars se instaló a la cabecera del lecho de la enferma, en tanto que el doctor continuaba mirándola con toda la atención del médico que quiere percatarse bien del estado de la persona a quien cuida.

Con voz temblorosa y vacilante, dictó Liseta:

CHAMBERTON

Avenida de Carlos Floquet, 39
París

—Me parece que es 36 — dijo la artista —; pero todo eso acude muy confusamente a mi memoria. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Con tal que no me equivoque y llegue el telegrama!...

Y prosiguió:

Estoy salvada. Me encuentro en Port-Said, hospital Abbas. Avise a las niñas. Podré estar en Marsella...

Interrumpióse para preguntar al médico:

—¿En qué fecha cree usted que puedo volver a Francia?

—Si no sobrevienen complicaciones, y creo que no las habrá, necesita usted lo menos tres semanas para poder embarcarse.

—Bien... Escriba usted, señor Maugars: *...en Marsella dentro de tres semanas; avise al Crédit Lyonnais que ponga aquí fondos a mi disposición. Besos a todos. Escribo por correo.*

LISETA FLEURY.

El médico creyó prudente intervenir.

—Ahora, señora, ya que ha hecho usted lo más urgente, descanse... Si quiere estar con sus hijas dentro de tres semanas, no ha de cometer ninguna imprudencia; y otra hora como la que acaba usted de pasar podría serle fatal.

El consejo produjo impresión a Liseta, que cerró los ojos. El enfermero echó las cortinillas de la cama y salió de puntillas del cuarto, acompañado por el ex cocinero del Himalaya que, fiel a su promesa, cogió el telegrama que tanta alegría había de llevar a corazones tiernos al otro lado del mar.

XXV

LA BUENA NOTICIA.

Aquel mismo día, por la noche, al volver Chambertin a su casa interrogó a la criada:

—¿No ha habido novedad durante mi ausencia?

—No, señor.

—¿No ha habido cartas?

—No, señor.

—¿Ni telegramas?

—Sí, señor.

—¿Pues por qué no me lo dices de una vez?

—Porque me gusta que el señor me haga preguntas concretas.

Chambertin no creyó oportuno ponerse a discutir con tan escrupulosa criada; y acostumbrado a recibir telegramas de los empresarios que solicitaban se presentase en sus teatros, no se apresuró mucho a coger el telegrama que tenía sobre la mesa. Al fin, después de mudarse de ropa y de dar unas vueltas por el piso, se decidió a leerlo.

Port-Saint...

A medida que leía se tornaba pálido, parpadaba, y no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío!

Permaneció un rato sin poder repetir más que esa exclamación y, súbitamente, cayó de espaldas. La caída produjo ruido y acudió la sirvienta:

—¿Qué pasa?

Su amo, tumbado en la alfombra cuan largo era, abrió los ojos al oírlo.

—¡Calla! No puedes imaginarte lo que me sucede... ¡Esa cosa inverosímil!... Pero no hay duda... está escrito... escucha, y luego me dirás si no me he vuelto loco:

Estoy salvada. Me encuentro en Port-Saint, hospital Abbay. Aviso a las niñas. Podré estar en Marsella dentro de tres semanas. Aviso al Crédit Lyonnais que ponga aquí fondos a mi disposición. Buenos a todos. Escribo por correo.

LISETA FLEURY

—¿Comprendes lo que quiere decir esto, Sofía? La madre de Ginette... Liseta

Fleury... está viva... no ha muerto... ¿Crees tú tal cosa?... Para mí... es toda una novela.

Sofía se apoderó del telegrama y lo leyó rápidamente, y su cuerpo tuvo un balanceo inquietante, como si también fuera ella a caer en un desmayo teatral.

—No, hija — interrumpió Chambertin —, no te desmayes, que ya lo he hecho yo... Pero ¿qué hago, que estoy aquí como un bobo, en vez de telefonar inmediatamente a Chennévières?

Corrió al teléfono, y así que le pusieron en comunicación con Chennévières, preguntó:

—¿Quién está en el aparato?

—Josefina.

—Diga a la señorita Ginette que se ponga al aparato.

Josefina fué a la sala y dijo:

—Señorita, el señor Chambertin la llama al teléfono.

Acudió Ginette.

—¡Padrino!... Soy yo, Ginette.

Al otro extremo del alambre reflexionaba Chambertin. En realidad no podía anunciar de buenas a primeras que vivía la madre de las niñas.

—Oye, Ginette, llama a tu alrededor a toda la familia.

—¿A mi alrededor?

—Sí, no sueltes el receptor, porque si nos cortasen la comunicación...

Ginette, algo sorprendida, llamó:

—¡Abuelo! ¡Gaby! ¡Renato! ¡Blanca! ¡Aquí todos! ¡Usted también, señor de Bersange!... ¡Padrino!... ¡Ya está aquí todo el mundo!

—Bueno, siéntate.

—¿Para qué?

—Haz lo que te digo.

—Ya está.

—¿Estás sentada?

—Sí, padrino.

—Di a los demás que hagan lo mismo.

—¡Cómo!

—Que digas a todos que se sostengan bien para no caerse.

—¡Anda, padrino! Estás perdiendo mucho tiempo y nos van a cortar la comunicación. ¿No puedes decir las cosas seriamente?

— Calla.

— Bien, padrino.

— ¡Cuidado! ¿Están todas? ¿Están bien a plomo?

— Sí, hombre, sí — respondió Ginette que empezaba a impacientarse.

— Pues bien, prepárense a recibir una buena noticia.

— No nos haga padecer, padrino, si es buena la noticia.

— Pues bien, ahí va... Tu mamá... tu mamá... tu mamá... no está muerta... vive... La salvaron.

Chambertin no oyó en el aparato más que este grito: «¡Mamá!»

Ginette se levantó al momento, y presa de una emoción que la ahogaba, repitió:

— Mamá vive, abuelo.

Había saltado el teléfono y ya no oía ni veía nada.

Gaby corrió a su lado.

— ¿De veras? ¿De veras? ¡Mamá!

Ginette recobró su sangre fría y volvió al receptor, preguntando:

— ¿Estás seguro de lo que dices, padrino?

— Claro que sí... Acabo de recibir un telegrama de tu madre.

— ¿Pero dónde está?

— En el hospital Abbas, en Port-Said.

— ¿Dico cuándo vendrá?

— Dentro de tres semanas. Escucha.

Y Chambertin leyó el cablegrama que había recibido. Acabada la lectura dijo que pronto iría él a verlas; y en el tono de la voz, averiguó Ginette que el padrino lloraba de alegría, como ella.

En aquella finca del Paradou, donde reinaba hacia tiempo la tristeza, renació en aquel momento la alegría. Los niños se miraban unos a otros sin atreverse a creer en tanta maravilla, y el anciano Bertal, en un rincón de la sala, balbucía con fervor, como rezando:

— Dios mío, perdónadme el haber osado dudar de vos.

XXVI

EL REGRESO DE MAUGARS

Liseta Fleury esperaba impacientemente en Port-Said el fin de su convalecencia.

Desde que supo que a la menor recueta tardaría más de un mes en volver a Francia, dejábase cuidar dócilmente y pasaba el día pensando en la alegría de su regreso y de volver a vivir con las personas queridas.

Aquella mañana acababa de recibir dos telegramas. El primero, de Chambertin, decía:

¡Qué alegría! Vuelva pronto. Encontraré aquí a mi padre, que vive con las dos niñas y las quiere mucho.

CHAMBERTIN

El segundo:

¡Qué felicidad, mamá querida! Ahora somos tres los que esperamos tu vuelta. El abuelito vive con nosotros en Chamaufères. Cariños y besos de los tres. Escribimos correo.

Al leer ese telegrama, en que le parecía oír como el eco de la dicha de sus hijas, lloró Liseta Fleury. Y su imaginación empezó a trabajar y a forjar novelas cuyas risantes heroínas eran Gaby y Ginette. Cuando pensaba así en la nueva vida que le esperaba a su vuelta, entró el médico:

— Tiene usted algo de fiebre — le dijo al verla —, estoy seguro de que los telegramas que acabo de recibir le han producido honda emoción.

— En efecto, doctor, son de mis hijas y de mi amigo Chambertin; puede usted suponer lo que representan para mí.

— Pues ahora va usted a tener una ocasión única de acercarse a sus hijas y a su amigo antes de que pueda usted ir a verlos. Mañana, el cocinero náufrago, sale esta noche para Francia, y he pensado que le será a usted muy grato darle algunos encargos para las personas que allí aguardarán a usted con impaciencia. Está en la sala contigua, y, si usted quiere, le diré que venga.

— ¡Ya lo creo! — exclamó la artista.

Y Maugars, introducido por el médico, tomó asiento junto al lecho de la enferma.

— Me haría usted un gran favor — le dijo Liseta Fleury — yendo a ver a mi familia en cuanto llegue a París, para

tranquilizaría respecto de mi suerte. Sabe que estoy viva, pero ignora las circunstancias de mi salvamento. Déles noticias de mi salud y dígales que dentro de tres semanas, a lo más, estaré con ellos... En cuanto sepan que se ha salvado usted conmigo del naufragio, será muy bien recibido... Aquí tiene las señas de mi padre y de mis hijas... Además, les anunciaré su llegada por un telegrama.

Maugars tranquilizó francamente a Liseta.

—Le prometo que mi primer cuidado será cumplir la misión que me confía usted, señora... Y mucho le agradezco esa prueba de confianza.

—Yo soy quien le debo agradecimiento, y créame que nunca olvidaré este servicio y que siempre que me necesite estaré a su disposición.

Maugars estrechó la mano afectuosa que le tendía Liseta y sin entretenerse más en el hospital en que había pasado días dolorosos se fué al paquebote que, con una mar soberbia, le condujo a Marsella. No pensaba quedarse en esta ciudad. Tenía gran impaciencia por ver a su tío Amadeo, el prebitero de la calle del Sahel, a quien ya conocemos, y al que tenía acostumbrado a dejar sin noticias largos meses.

Al principio, el egoísta anciano no se resentía de ese silencio.

Maugars tomó a las diez de la noche el rápido de París, y a las nueve de la mañana siguiente llegaba a la estación de Lyon, encantado de entrar en aquel París de donde llevaba largos meses ausente.

Frente a la estación, penetró en una estafeta y puso un telegrama a Bertal, anunciándole que al día siguiente iría a darle noticias de su hija, tras lo cual bajó al metropolitano.

Después de un trayecto de tres cuartos de hora, el ex cocinero entró en la prebitería de su tío, exclamando:

—¡Hola, tío!

Amadeo permaneció un momento sin pronunciar una palabra, examinando de pies a cabeza a su sobrino, como para

convencerse bien de que no era víctima de un parecido; por último, sin entusiasmo alguno, pues nunca conviene fiarse de un sobrino que no se sabe de dónde viene, le preguntó:

—¿Pero no has muerto?

—Aquí tiene la prueba, tío.

—¿No se fué a pique el *Himalaya*?

—Sí.

—Pues siendo así, deberías estar en el fondo del mar.

—No ha tenido usted esa suerte, tío; nos hemos salvado dos: yo y la cantante Liseta Fleury, a quien tal vez conozca usted...

—¿Cómo dice?

—Digo que nos hemos salvado yo y la cantante Liseta Fleury, a quien debe usted de conocer.

Al anciano le parecía interesantísima la conversación del sobrino. Al oír el nombre de la tiple, ofreció asiento a Maugars y le suplicó que le contase cómo se libraron de la catástrofe. Maugars no se hizo rogar, y describió con muchos detalles la tempestad que había arrojado al *Himalaya* contra los arrecifes próximos a las costas de Córcega, la desesperación a media noche, la lucha por ganar los botes, y el milagro que le había reunido con Liseta Fleury en un pecio que un barco salvó dos días después.

Habló luego de su estancia en el hospital de Port-Saïd, de la vuelta de la cantante a la vida, de la amistad que ésta le había demostrado y hasta de los servicios que él iba a prestarle.

El tío Amadeo, a quien apenas interesó el relato del naufragio, prestó suma atención a todo lo que su interlocutor le decía de Liseta Fleury, y en el momento en que Maugars ponderaba los méritos y el agradecimiento de la artista, interrumpióle el viejo para preguntarle:

—¿Es rica?

—Creo que está bien, al menos según he podido juzgar en los breves instantes que he estado a su lado.

—Pero, ¿no sabes si tiene amigos ricos?

—Supongo que sí... Una actriz...

—Pues bien, muchacho; no sé si eres muy listo; pero vas a venir conmigo

inmediatamente y vamos a intentar un pequeño negocio que puede producirnos mucho dinero.

—¿Cree usted, tío?

—No puedo decirte que estoy seguro de ello, porque ya sabes que nunca me precipito, pero podemos probarlo.

El anciano se puso un pañuelo en la cara, como si padeciera dolor de muelas, se calzó unas gafas negras y preguntó a Mangars:

—¿Me conoces ahora?

—Se caracteriza usted como un artista, tío; si le hubiera visto así al entrar en la tienda, creería que ésta habría cambiado de dueño.

—Vámonos — dijo el tío Amadeo, sonriendo ante las alabanzas de su sobrino.

—Pero, al menos, me gustaría saber...

—No te preocupes de eso, ya te lo diré cuando llegue el momento.

Salleros ambos y encamináronse a la taberna del boulevard Soult, donde Manin seguía infatigablemente sirviendo bebidas a la clientela obrera que concurría al establecimiento de la Michaud, quien estaba muy satisfecha de haber dado con tan buen sirviente.

Sin parecer prestar la menor atención al mozo que trabajaba detrás del mostrador, Amadeo pidió dos vasos de vino tinto y, al tiempo que bebía, dijo a Mangars, mostrando a Manin:

—¿Ves ese mozo?

—Sí... ¿qué le pasa?

—Míralo bien. ¿Sabes quién es?

—No.

—Es Pedro Manin.

—No le conozco.

—Pues Pedro Manin es el marido de Liseta Fleury.

Mangars se encogió de hombros, miró con cierta malicia a su tío y le dijo:

—Siempre se le ocurren a usted cosas raras; pero trabajo le doy para hacerme creer que el marido de una artista tan conocida como Liseta Fleury está de mozo en una taberna.

—¿Crees que me he disfrazado de este modo para venir a contarte patrañas en una taberna?... Te repito que ese mozo es el marido de Liseta Fleury, un perdi-

do que dejó a su mujer y a sus hijas hace más de cinco años. Todos le creen muerto; pero yo estoy seguro de que él ha matado a un hombre a quien le tomaron luego por él y enterraron con su nombre.

Mangars dejó escapar una exclamación de asombro que hizo estremecer al prudente Amadeo.

—Sobrino querido, hay que reprimir la lengua. No podemos quedarnos mucho aquí, porque estoy viendo que vas a cometer alguna tontería.

Pagó las consumaciones a Pedro Manin, que no paró mientes en él, y una vez fuera con Mangars, expuso a su sobrino su plan de campaña.

—¡Empezas a hacerle cargo?... Si Liseta Fleury no quiero ver rodar su nombre en un proceso que será muy escandaloso, tendrá que pedirme a mi permiso para vivir tranquila, porque bastaría una palabra mía para que Manin compareciera ante el jurado. No tengo yo gran interés en que comparezca; pero, si no comparece, quiero que eso me produzca algún dinero, unos cien mil francos, por ejemplo, pues no soy exigente. Si no, enviaré una carta a la Prefectura de policía... ¿Comprendes?... Si no te interesa el asunto no quiero forzarle a ocuparte en él... Puedes irte a viajar libremente por América o por las Indias, ya que te gustan los viajes y que con tanta facilidad te libras de los naufragios... Yo no te obligo a ser mi socio... Si crees que puedes servirme de algo, tendrás tu parte en los beneficios de la operación, pero no te olvides de que no es muy fácil realizarla.

—Puede usted contar conmigo — repuso Mangars, cuyos escrúpulos no llegaban al extremo de hacerle rehusar una operación que no parecía muy peligrosa.

—Muy bien... Mañana, vas a Chennevières, a ver al padre de Liseta Fleury... Observa bien a tu alrededor y tráeme cuantos datos puedas, que así que los tengamos podremos ponernos en campaña.

Mangars afirmó que haría lo necesario para complacer a su buen tío; éste le

cogió del brazo, y al tiempo que caminaban por el boulevard Soult, le aseguró que podría alcanzar un buen porvenir, que tenía la intención de casarle con su sobrina Flora, la cual vivía desde hacía poco en una casita de campo en Sena y Marne, en Chaligny. Dijo que dotaría a su sobrina y, si fuera necesario, hasta le daría a regentar la prendería. En una palabra, le hizo vislumbrar días tan gratos y risueños, que si Mangars hubiera tenido aun dudas, éstas hubiesen desaparecido ante tan persuasiva elocuencia.

A la mañana siguiente, al ir a Chennovières, Mangars pensaba no hacer en balde el viaje.

Puede suponerse la impaciencia con que le esperaban allí. Al recibir el telegrama, habían avisado por teléfono a Chambertin y a Bersange. Los niños no se atrevían ni siquiera a jugar. El señor Bertal estaba más nervioso que de costumbre. Cuando llegaron Chambertin y Bersange halláronle preocupado.

Antes de almorzar, llegó Mangars, y fué recibido como un verdadero embajador. Al principio creyó desfallecer ante el asalto de preguntas que le dirigían. Ginette y Gaby estaban pegadas a él... Mangars hablaba... hablaba... repelía la historia del naufragio tal como se la había contado a su tío, añadiendo algunos detalles para darse importancia y para dar a entender que él había contribuido mucho al salvamento de Liseta Fleury. Sus elusiones bastaron para que todos le mirasen con lágrimas en los ojos; y a nada que hubiera pedido en aquel momento, le hubiesen dado una fortuna. Pero era hombre demasiado circunspecto para incurrir en semejante error. Se dejaba querer. Las niñas le besaron cuando dijo que Liseta Fleury no cesaba de hablar de Gaby y Ginette.

—¿Y de su padre? — preguntó Bertal.

—También habla de usted, y en términos muy cariñosos.

Le invitaron a comer; y la excelente comida puso de buen humor al ex cocinero. Al llegar al champaña, Bertal levantó la copa y dijo:

—Bebo a la salud del viajero que,

cual la paloma del arca, viene portador de la rama de olivo.

En aquel momento entró Josefina con un telegrama en la mano.

—Con permiso de ustedes — dijo Bertal, y después de leerlo, pidió con voz alegre autorización para repetirlo en voz alta. Estaba así concebido:

El doctor ha autorizado mi salida. Desembarcaré en Marsella el 14 de junio. Besos a todos.

LISETA FLEURY.

—¿El 14 de junio?... ¡Entonces, dentro de diez días! — exclamó Ginette —. Iremos todos a recibir a mamá a Marsella, tú también, ¿verdad?

Bertal aseguró que saldría a esperar a su hija.

Pasaron luego al jardín a tomar el café. Después Bersange y los niños fueron a dar un paseo en lancha por el Marne, en tanto que Bertal echaba una siestecita en un rincón del parque. Mangars hablaba con Chambertin de un asunto que pareció muy delicado al cómico.

—¿Sabe el padre de estas niñas el próximo regreso de la madre? — preguntó el ex cocinero —. Porque, si fuera necesario, yo me encargaría gustoso de avisarlo.

—¡Ay! señor — dijo Chambertin —, el padre de Ginette y Gaby ha muerto... Voy a contar a usted un secreto de familia, ya que es usted de los nuestros, y cuento con su discreción para que no diga nada a nadie.

—Pierda usted cuidado.

—Vale más no hablar nunca de su padre a las niñas. Se llamaba Pedro Manin, era un desdichado degenerado, a quien poco ha mató un vagabundo en una taberna.

Mangars se limitó a decir:

—Nunca lo hubiera creído, se lo confieso, al ver la alegría que reinaba hace un momento en toda la familia.

Mucho se extrañó Chambertin de esta observación. Miró a Mangars bien de frente; pero su interlocutor parecía haberlo dicho con gran naturalidad y como una reflexión que, después de todo, era muy lógica.

— Pero, ¿es segura la muerte del padre?
— preguntó el ex cocinero.

— Segurísima... La misma policía la ha reconocido.

— Pues bien, señor Chamberlin, aunque sólo estoy en París desde ayer, creo poderle asegurar que Pedro Manin está vivo.

— Ni una palabra más, se lo ruego — interrumpió el artista. — Cálle usted.

Pero Mangara, sin parecer hacer caso de tal súplica, le preguntó:

— ¿Luego sabía usted que Manin vivo aún?

Chamberlin dijo que sí con la cabeza y añadió:

— Comprenderá usted que no queremos que ese nombre ande en lenguas, ya que oficialmente no existe Manin. Harto ha hecho padecer a su mujer y a sus hijas, para que desperdiciásemos ahora la ocasión de no volver a hablar de él... ¿Le conocía usted, por lo visto?

— Sí, le conocí en otro tiempo. Nos habíamos visto en algunos garitos... Por eso me sorprendí bastante al verle con aspecto de tabernero en una casita del boulevard Soult. No quise hablarle, porque había gente; pero estoy seguro de no haberme engañado.

— Pues bien, señor — imploró Chamberlin —, le repito que es un secreto de familia, y le ruego que no lo revele.

— Seré mudo como una tumba.

Antes de anochecer, despidióse Mangara de toda aquella familia, que pudo manifestar claramente su alegría, pues se les antojaba que ya nada podría turbar la tranquilidad de su vida.

La misma noche, Mangara enteraba al tío Amadeo del resultado de su visita a Chennévières. El chamartilero escuchó con suma atención el relato de su sobrino, el cual le confirmaba que las personas que rodeaban a Ginette y a Gaby temían que se supiese la existencia de Manin.

— Si queremos llevar la cosa a buen fin, hemos de darnos prisa, porque Liseta Fleury estará aquí dentro de diez días.

— Has trabajado bien, muchacho. Durante tu ausencia he combinado todo lo

necesario para que salga bien nuestro plan... He aquí mi proyecto...

Habló al sobrino por espacio de media hora; y así que hubo concluido de exponer su plan de campaña, Mangara, que rara vez se asombraba de nada, no pudo menos de exclamar:

— ¡Caramba, tío! ¡Qué destreza! No se puede negar que es usted un hombre muy listo.

XXVII

EL RAPTO

Tres días después, ejecutaba Mangara las órdenes que le había dado misteriosamente el tío Amadeo. Volvió a Chennévières, y a eso de las cuatro de la tarde llamó a la puerta de la casa de Bertal. Salíó a abrir Josefina, a la que preguntó:

— ¿Están los niños?

— No, señor, no; han ido a pasear en lancha. Si quiere usted acompañarme...

Mangara vió con satisfacción que le trataban como amigo de la casa en quien tenían absoluta confianza. Siguió a Josefina y ésta le mostró desde la orilla una lancha que evolucionaba graciosamente en el río.

— ¡Ellos son!

Mangara los llamó por señas.

Momentos después, Ginette, Gaby, Renato y Blanca desembarcaron en la orilla y estrechaban cariñosamente la mano del antiguo cocinero del *Himalaya*, que en seguida preguntó a Ginette si podía hablar con ella sola.

— Ya le escucho, señor Mangara — dijo la joven, y alejó a sus primos, a su hermana y a la criada, que volvieron a su casa.

— Quisiera decirle unas palabras — prosiguió Mangara — de parte de su padre.

— ¿De mi padre? — dijo Ginette asombrada —; pero ¿no le han dicho a usted que ha muerto?

— Hace usted muy bien en guardar los secretos que le confían, señorita; pero el señor Chamberlin me ha contado to-

da la verdad, y eso va a permitirme hacer a usted un gran favor.

—Muchas gracias, señor.

—Sí... su padre, que ha estado a punto de caer en manos de la policía, ha dejado esta mañana su refugio del boulevard Soult, y yo le he proporcionado un pasaporte para Inglaterra...

—¡Dios mío!...

—No hay nada que temer. Se va esta misma noche. Pero antes de desterrarse, quisiera abrazar por última vez a usted y a Gaby... Yo le he dicho que comunicaría a ustedes su deseo.

Ginette estaba muy emocionada. No podía dudar de las palabras de Mangars, que era para ella el representante de su madre. Ni un solo instante llegó a pensar que aquello era un medio de arrebatársela a ella y su hermana del hogar de su abuelo.

—¿Y cuándo podemos?...

—Esta noche, a las doce... He aquí lo que su papá y yo hemos combinado: ustedes salen de casa a las doce en punto, yo las esperaré en automóvil y las llevaré a su padre.

—Se lo diré al abuelo y a Chamberlin, para que venga éste con nosotros.

—Guárdense mucho de hacerlo — dijo Mangars, que quería apartar ese doble peligro —; guárdense de semejante cosa. Hemos hablado mucho de todo esto, y aunque sé que su padrino es el hombre mejor del mundo, se le ha ido la lengua... y sus indiscreciones son las que le han echado todo a perder.

—Sin embargo...

—Atienda, su padre ha insistido en que venga usted con Gaby, pero ustedes solos, nadie más.

Ginette vaciló un instante, no porque hallara nada sospechoso en aquel lenguaje, sino porque le turbaba la idea de salir de casa sin decirlo a nadie. Pero, ya que tal era el deseo de su padre a quien ella quería abrazar, no había otro medio.

—Gracias, señor Mangars, queda entendido... a las doce, Gaby y yo estaremos al pie de la terraza. Diga usted a papá que le queremos mucho y que ha-

remos lo imposible para despedirnos de él.

Mangars se marchó satisfecho y regresó a París. La primera parte del complot tramado por el viejo prendero había sido perfectamente dirigida. Ginette no sospechó nada y puso a Gaby al tanto de la proyectada escapatoria. ¿Quién podría censurarles aquella prueba de amor filial? Claro está que sería muy sencillo decirse todo al señor Bertal; pero cuando su padre no quería, sus razones tendrían para ello.

Según lo prometido, a las doce de la noche abrieron Ginette y Gaby la ventana de su cuarto, que daba a la avenida, se encaramaron a la barandilla y deslizaronse hasta el suelo, a lo largo de un poste telegráfico.

Ninguno de la casa se enteró de nada.

Ginette divisó la figura del ex cocinero, que se ocultaba detrás de un árbol, y condujo a Gaby hacia él.

Mangars las acogió con acentos de cariño:

—Vengan pronto, hijas mías... ¡qué contento se va a poner su padre! Ahí tengo el automóvil, en la calle que está detrás... ¡Qué suerte que hayan podido escaparse ustedes!

Llegaron junto a un automóvil de puante que estaba vigilado por el chófer y el viejo Amadeo. La presencia de este desconocido sorprendió a Ginette, que instintivamente se echó atrás.

—No tenga usted miedo — dijo con su voz persuasiva Mangars —, es un amigo... Ahora vamos a llevarlas al lado de su papá.

Ginette y Gaby subieron al coche con los dos hombres, y el automóvil echó a andar. Dentro del carruaje no se veía nada; de pronto Gaby se asustó y se estrechó contra su hermana, que comenzaba a presumir alguna desgracia. No tuvieron tiempo de explicarse sus temores. En pocos segundos, sin saber ellas cómo, se encontraron amordazadas, atadas, incapaces de todo movimiento. Ginette intentó golpear los cristales para pedir socorro al chófer; pero Amadeo le quitó toda esperanza.

— No te molestes, chiquilla, es un compañero, y nada conseguirás por ahí.

El automóvil corría en la obscuridad. Al cabo de dos horas paró ante una casa aislada, en el límite del pueblo de Chaligny, en Sena y Marne.

Maugars y su tío bajaron a Ginette y a Gaby, que opusieron una resistencia tan enérgica como inútil a sus raptos, y las llevaron a la casita, subiéndolas a un cuartito que era una verdadera cárcel, pues Amadeo, como hombre prevenido, había condenado con tablas las ventanas y era imposible toda tentativa de evasión.

Desataron a las niñas y les quitaron la mordaza. Ellas respiraron ruidosamente y miraron en torno suyo.

— ¿Qué tal? — les preguntó el ropavejero —. No os quejaréis de nosotros, porque no os hemos hecho ningún daño... Así, pues, procurad ser buenas... Además, os advierto que es inútil esperar socorro aquí. Estáis aisladas. Por consiguiente, os conviene estar muy quietecitas... ¿Oís?

Ginette, sin responder a la pregunta, dijo:

— ¿Por qué nos han traído aquí?

— ¿Por qué?... Oye, Maugars, esta inocente pregunta por qué... Hija mía, es cuestión de dinero, nada más.

— ¿Cómo?

— Usted, que es ya una mujercita, va a hacerse cargo... Escúcheme bien... Su mamá va a volver... Es rica... Nosotros somos unos pobres diablos. Los negocios están mal, y los que queremos seguir siendo honrados no podemos aspirar a hacer fortuna. Pero, cuando su mamá llegue, creo que nos hará el favor de darnos un poco de dinero si le permitimos que las vea a ustedes... ¿Está usted, hija mía? ¿Comprende?

— Comprendo... comprendo que eso es indigno. No tiene usted derecho...

— Es usted muy dura en sus expresiones... hija mía... ¿Verdad, Maugars?

— Sí — dijo el ex cocinero, que no parecía muy tranquilo ante las miradas de Ginette.

— Estoy convencido — añadió Ama-

deo — de que su padrino no vacilará en dar un buen pico para devolverlas a su madre. Las quiere a ustedes demasiado. Y tiene razón, porque se lo merecen.

— ¿Y no tienen ustedes a la policía? — exclamó Ginette.

— ¿La policía?... ¡Qué cosas tiene esta chiquilla!... ¿Quiere usted callar?...

Y, de pronto, añadió amenazador:

— Sabemos que su padre está vivo, no lo olvide usted, que tiene mucho peso sobre su conciencia y que se hace pasar por muerto. Ya sabe usted por qué. Así, pues, sabemos que cuando les devolvamos la libertad, ni ustedes ni los suyos nos han de denunciar. De lo contrario...

— ¡Miserable!

— ¡Basta de palabrotas! — dijo Maugars.

— Calma... — prosiguió el prendero —. Tome usted este papelito y firmelo. Luego se lo llevaremos a su distinguido padrino, que es un gran artista, y que todo el mundo nos envidia...

Maugars puso en la mesa un tintero, una carpeta, papel y pluma e invitó a Ginette a firmar al pie de un pliego que le presentó.

La joven leyó:

Padrino, no estamos muertas. Da lo que tu pidan, para tenernos antes de que vuelva mamá.

Ginette se rebeló:

— ¡Nunca firmaré eso... Hagan lo que quieran de nosotras!

Los dos bandidos se miraron, algo sorprendidos por aquella respuesta decidida; pero Amadeo dijo, sonriendo:

— Bien... bien... gacela mía... La noche es buena consejera... Mañana escribirá usted todo lo que se nos antoje, pues le correrá prisa que la liberten...

— ¡Nunca... ¿entiende usted?... nunca! — replicó Ginette.

— Bueno... bueno... no quiero insistir. Vamos a dejarle bajo la vigilancia de mi amable sobrina Flora, que se cuidará de ustedes... Ya pueden ver hasta dónde extremamos la bondad y la paciencia... ¡Flora! ¡Flora!

Apenas había pronunciado ese nombre

por segunda vez, se abrió la puerta; y Ginette y Gaby vieron con estupor la sinistra faz de la señorita Benazer.

No pudieron menos de proferir un grito.

—Admirablemente — dijo Amadeo —, veo que vuelven ustedes a ver con gusto a una antigua conocida que les quería mucho. Flora no sabía qué hacer en Saint-Fons, y vino a ver a su buen tío. Hace tiempo que en mi imaginación la tengo prometida a mi querido Mangars... Ella las atenderá, las mimará... Miren que amable es.

La Benazer pasó por delante de ellas con una dignidad grotesca; y al momento sonó su seca voz en el silencio.

—Ginette, he oído que se negaba usted a firmar ese papel.

La joven atrajo a sí a su hermanita. —Debe de ser un error... Lo habrá entendido usted mal... Ahora lo firmará... ¿verdad?... sí no, la separaré de Gaby.

Antes de que Ginette tuviera tiempo de proteger a la niña, Mangars la había separado de ella.

—No le hagan daño... — dijo la joven, vencida.

Gaby gritó.

—Llévala a la bodega — ordenó Amadeo.

—No, no, eso no... voy a firmar... voy a firmar.

—He aquí el papel — dijo la Benazer, implacable. Escriba.

Ginette escribió:

Padrino, no estamos muertas. Da lo que te pidan, para tenernos antes de que muera mamá.

—Muy bien. Ahora firme usted — dijo Flora.

La joven trazó los dos nombres Ginette y Gaby.

El viejo prendero se apoderó de la minuta y, volviéndose a su sobrina, le dijo:

—¡Indudablemente, tienes talento, Flora!

Mangars asintió y sonrió a la que iba a ser su mujer.

—Ahora — añadió Amadeo —, nos retiramos, hijas mías. Las dejaremos a los diligentes cuidados de su protector.

ra, que estoy seguro de que tendrá los mayores miramientos con ustedes... Hasta luego, angelitos.

Marcháronse los dos hombres, y se quedaron en el cuarto Ginette, Gaby y la Benazer.

La solterona examinaba con mala curiosidad a las dos niñas, que no se atrevían a levantar la vista del suelo. ¡Recordaban tantos dramas, con sólo oír aquella voz!

—¡Ea! — dijo Flora —. Vais a acostaros; yo apagaré la luz desde fuera. Es tarde...

—Sin dade os libentarán mañana por la mañana... ¿Os alegraría, eh?

—Sólo os tendremos el tiempo necesario para ver a vuestro padrino. El dará los cuartos, y se acabó.

—¿No contestáis?... Seguíis testarudas, como en Saint-Fons... ¿No esperabais volver a verme?

—¡Ha sido una buena sorpresa!... ¡Nos separamos en circunstancias tan extrañas! ¿Y esa vibora de Renato? ¿Cómo está? El día que le coja... Por él por poco me matan en aquel pueblo... ¡Oh!... No se me ha olvidado nada... nada... ¿lo oís?

—Y si ahora quisiera yo haceros pagar todo el mal que me hicisteis vosotros y vuestro abuelo, sería una buena ocasión...

Ginette y Gaby no habían pronunciado una palabra. Se habían acercado a la mesa y escuchaban inmóviles las frases de la solterona.

—No hay motivo para ser tan orgullosas cuando se tiene un padre como el vuestro... y si siquiera...

No pudo acabar.

En menos de un segundo, cogió Ginette el tintero y con un movimiento rápido lo arrojó a la cara de su arreclera.

Flora, cegada, gritó. La tinta le corría por el rostro en lágrimas negras. Gi-

ette se llevó a Gaby, abrió la puerta, la cerró ante la Benazer, que, atocada, no sabía dónde encaminar sus pasos. El llavero estaba en la cerradura; apoderóse de él Ginette y dió dos vueltas de llave.

Flora estaba presa; la luz se apagó como por encanto. No le quedaba más recurso que proferir gritos desesperados. Pero con razón había dicho el tío

Amadeo que en aquella mansión aislada era inútil todo llamamiento.

Salieron las niñas. Era de noche. No podían pensar más que en huir. ¿Adónde? A cualquier parte, con tal de correr lo suficiente para que no las alcanzasen. Un bosquecillo que había a la derecha de la carretera les ofreció abrigo propicio. Internáronse en él y pronto desaparecieron entre el follaje.

OCTAVO EPISODIO

Entre lobos

XXVIII

PERDIDAS EN LAS TINIELAS

Ginette y Gaby se hallaban en pleno bosque.

En torno de ellas todo era silencio. Las dos niñas intentaron correr, pero a cada paso se les enganchaba la ropa en las ramas y sus pies tropezaban en raíces o resbalaban en la hierba húmeda. Gaby se detuvo, se apoyó en un tronco rugoso y suplicó:

—Detengámonos, Ginette... no puedo pasar de aquí.

—Creo que deberíamos procurar ganar terreno — decía la mayor, intentando razonar —. Si la Benazer sale en persecución nuestra, pronto nos alcanzará.

—Lo siento; pero no puedo más... de veras...

No quedaba más remedio que instalarse lo más cómodamente posible para pasar la noche. Las dos iban vestidas con trajes ligeros y tiritaban.

—Tengo frío, Ginette...

—Espera... Siéntate al pie de este árbol, yo me pondré a tu lado y nos calentaremos las dos.

—¿Crees que nos encontrará la Benazer?

—Supongo que nos despertaremos al amanecer y toparemos con alguien que nos indique el camino de algún pueblo...

—¿Y qué haremos?

—Telefonaré al abuelo, para que venga a buscarnos.

—No es mala idea.

—Ahora, procura dormir, queridita.

No era fácil dormir con aquel frío glacial.

Gaby no podía cerrar los ojos sin ver agitarse formas extrañas o sin sentir que la agarraban... Cuando menos, con los ojos abiertos, veía a su hermana, y esto la tranquilizaba.

—Dime, Ginette, ¿por qué esa mala gente nos hablaba de papá hace un rato?

—¿Por qué?

—Sí... ¿has visto tú a papá? ¿Sabes dónde está?

—Sí — respondió Ginette apurada — sí... Es muy desgraciado.

—¿Desgraciado?... Entonces, ¿por qué no viene con nosotros?

—Porque... porque los bandidos que nos han cogido la persiguen también a él... Está escondido.

—¿Por qué se esconde? ¿Y por qué le persigue esa gente?

—Porque... ha perdido dinero que no era suyo...

—¡Ah!

—¿Comprendes?

—Sí... es decir, no sé...

Ginette aprovechó para variar de conversación.

—Vas a hacer todo lo que yo te diga, Gaby. Por ahora, lo principal es no dejarnos coger... Si alguien nos interroga, no diremos nuestro verdadero nombre.

—Claro que no... Nos conocerían en seguida.

—Eso es... Tú dirás: «Me llamo Gaby Bertal, y mi hermana, Ginette Bertal».

—¿Cómo el abuelo?

—Sí, ¿has entendido?

—Sí, Ginette; pero tengo mucho frío; estrechame en tus brazos...

Ginette apretó maternalmente contra sí a la pobre niña que gritaba de frío, y poco a poco vió que Gaby se dormía. Poco después, durmióse ella también.

¿Cuánto tiempo permanecieron así?

No vieron el alba. Cuando Ginette abrió los ojos, el sol teñía sus redes de oro entre las hojas de los árboles, donde ya gorjeaban los pájaros. No se atrevía a moverse. Al fin, violentándose, retiró el brazo, contra el cual apoyaba Gaby la cabeza, movió las piernas y se levantó. Instintivamente miró a su alrededor para ver si alguien las estaba y despertó a su hermanita.

La pequeña parecía salir de un hermoso sueño; pero pronto volvió a la realidad.

—¡Vámonos! — dijo resueltamente Ginette.

Y ambas niñas caminaron por el bosque, pero un bosque alegre, lleno de luz. La mayor no estaba muy tranquila, pues no sabía dónde dirigir sus pasos para no volver a caer en manos de la Benazer. Ignoraba absolutamente en dónde estaban, y al París se hallaba lejos y al tenía alguna probabilidad de llegar a un pueblo desde donde pudiera avisar a Bertal.

Poco después vieron una carretera. Ginette consideró una imprudencia seguir por ella; pero al fin se decidió, pensando encontrar alguien que les dijera en qué región se encontraban. Llegaron a una encrucijada en la cual había un mojon en el que leyó Ginette:

CHALIGNY: 0 km. 180.

PARIS: 27 km.

—No tenemos más que ir a Chaligny — dijo la hermana mayor, sin sospechar que todas sus caminatas de la noche se habían reducido a estar dando vueltas alrededor del pueblo en que Amadeo Benazer y Maugars quisieron secuestrarlas.

Gaby había recuperado fuerzas durante el sueño y no cesaba de repetir que tenía apetito.

—Dentro de cinco minutos comeremos.

—Pero ¿tienes dinero, Ginette?

Al principio no había pensado la mayor en esa cuestión, que podía complicar singularmente la situación.

—No... Es verdad... Pero no temas. Diremos quénes somos, y ya nos fiarán hasta que venga el abuelo.

Así confortadas por la risueña confianza de su edad, Ginette y Gaby llegaron a la entrada de la calle principal de Chaligny, sin tener ningún mal encuentro, y se encaminaron al *Hotel de los Viajantes*, cuyo nombre se veía pintado con enormes letras negras en una pared blanca.

El hotel más merecía el nombre de posada, y su dueña, que estaba en la puerta, parecía, como en los eramos sentimentales, aguardar la llegada del postillón para darle de beber. Parecía salir de un sueño cuando oyó a la mayor de las niñas preguntarle:

—Señora, ¿tiene usted teléfono?

—A estas horas — pensaba la hostelera —, los niños duermen en su cama. ¿Qué vendrán a hacer estas vagabundas?

Pero las miró, y al ver lo bien puestas que iban no se enfadó.

—Sí, tenemos teléfono; pero no funciona hasta las ocho.

—Lo siento — respondió Ginette —, porque hubiera telefonado inmediatamente a mi abuelo, diciéndole que estamos aquí...

—¿A su abuelo?

—Sí... Anoche salimos solas a dar un paseo y nos hemos perdido en el bosque.

Gaby interrumpió aquellas explicaciones diciendo lastimeramente: «Tengo hambre», palabras que llegaron al corazón de la hostelera.

Ginette continuó:

—¿Y no podría usted darnos un cuarto en que poder descansar hasta que podamos avisar a nuestro abuelo?

—¿Un cuarto?... Sí... precisamente me queda uno en la planta baja. Ahí...

Y con el dedo mostró un postigo verde, cerrado.

—¿Podría usted darnos también de comer? ¡Mi hermanita está muy débil... y ha pasado tanto frío!

—Pasen ustedes y les serviré lo que quieran en el comedor...

Al oír la invitación, Gaby franqueó el

umbral de la puerta; pero Ginette la retuvo.

—Espera, querida... Espera un segundo...

La hostelera no comprendía que se bichieran tantos repulgos para entrar en su casa, y rehusó.

—¿Quieren ustedes pasar sí o no?

—Es que... tengo que decirle una cosa — respondió Ginette.

—¿Qué?

—Pues que... no tenemos dinero.

—¡Ah!

La exclamación de la mujer, sus miradas, su movimiento de asombro, todo eso no era muy tranquilizador para las niñas.

Pero la pobre mujer no era mala.

—¿Quién me pagará, pues? — preguntó, ahuecando adrede la voz.

—Mire usted... tenga nuestras medallas... son de oro...

Y Ginette tendía en sus manos, como frágil presente, todas las pequeñas alhajas de Gaby y lo que ella poseía por toda fortuna.

—Además, vendrá el abuelo, y le pagará a usted generosamente.

La hostelera no hubo más.

—Bueno, pasen; ahí tienen su cuarto...

Condujo a las dos niñas al extremo del comedor, abrió una puerta y las introdujo en un cuarto estrecho, que no tenía más muebles que dos sillas, una mesa, un armario y una cama.

Estaba oscuro.

—Les dejo a ustedes... Dentro de un rato, cuando venga el lechero, les traeré leche...

—Y ya me avisará cuando se pueda telefonar.

—Aun falta mucho... Ya lo avisaré...

Salió. Ginette abrió los postigos, y el sol entró con su alegría en el cuarto. Gaby no podía tenerse en pie. Ginette la tendió en la cama.

—Duerme, querida; te despertaré cuando traigan la leche. Por ahora, cállentate y descansa.

—¿Y tú, Ginette?

—Yo me acostaré luego, en cuanto telefonase... No conviene que me duerma. Piensa en que el abuelo estará muy intranquilo. Habrá avisado a Chamberlin y a Ber-

sange y todos deben de estar buscándonos...

Calló, porque Gaby dormía ya como si no hubiera pasado nada y estuviese en el Paradou, en su cama de niña mimada y feliz.

XXIX

LA AMIGAZA

En tanto que las dos niñas se esforzaban por escapar de sus temibles manos, Amadeo Benazer y Margars desarrollaban, según su prudente método, el plan que habían concebido. El viejo trapero tenía en el bolsillo el papel escrito por Ginette y que recomendaba a Chamberlin que diera cuanto le reclamasen por rescatarlos.

No quedaba más que ir a ver al artista y plantearle el mercado, volviendo a hacer una delicada alusión a la existencia de Mania.

—Después de todo, es cosa sencillísima — decía Amadeo a Margars en el automóvil que los llevaba de Chaligny a París.

—Es usted muy astuto, tío — replicaba Margars extasiado.

—No; pero voy siempre al grano y no conozco más que la línea recta... Nunca hay que apartarse de la línea recta, Margars.

—Seguiré su ejemplo.

—Y te será provechoso. Si cobramos cincuenta billetes de mil francos, reservaré algunos para dote de Flora... y eso debes tenerlo en cuenta, muchacho.

Después de franquear las rejas del fiato, entró el automóvil en el boulevard Saad. Pasaron por delante del establecimiento de la Michaud.

—Mira — dijo Amadeo —, ya está trabajando Mania...

En efecto, el marido de Lisets Fleury barria la acera.

—Pero ahora pienso, querido sobrino, que si desapareciera ese mozo, perderíamos nuestro mejor triunfo para este juego. Debes vigilarlo.

—Tiene usted razón.



Episodio noveno. — Perfectamente — dijo Amateo, cogiendo el papel. (Cap. XXXII).



—Por consiguiente, quédate aquí, frente a la taberna, en tanto que yo voy a arreglarme un poco. Abre el ojo y procura no dormirte...

—Entendido, tío... puede usted contar conmigo.

Paró el coche delante de la prendería de Amadeo Benazer. Maugars se fué a montar la guardia, en tanto que el ropavejero, ante el empañado espejo de la trastienda, se vestía para ir a visitar a Chambertin.

No eran aun las ocho, cuando llamó en la portería de la Avenida de Carlos Floquet, número 38.

—¿El señor Chambertin?

—En los bajos, la puerta de enfrente.

Precisamente aquella mañana, Sofia — la famosa Sofia —, invitada a ir a la comisaría por su altercado con el agente que había ido a aprehender a Ginette, y sin grandes deseos de tener cuestiones con la policía, se iba de vacaciones.

Su recomplazante, Magdalena, mujer gruesa de negro cara, recibía las últimas instrucciones respecto de las costumbres y maneras de su nuevo amo.

—No le gusta que le molesten cuando duerme — explicaba la criada a su sucesora —. No hay que contrariarle cuando está de mal humor, ni discutir con él. Haga usted lo que le venga en gana, pero sin discutir.

—¿Se enfada a menudo?

—Sí, con bastante frecuencia; pero no importa, es un corderillo; y se le pasa el enfado a los cinco minutos. Además, la colocación es buena. El suele salir a provincias... ¡Ah! Se me olvidaba... No abra usted la puerta a cualquiera. En estos momentos, sé que le molestan unos cuantos individuos sospechosos... Sea usted prudente y dé con la puerta en las narices a los que vengan a fastidiar.

En el mismo instante llamaron.

—¿Quién vendrá a estas horas? — dijo Sofia.

Las recomendaciones que acababa de hacer llenaron de desconfianza a Magdalena. Esta entreabrió la puerta y preguntó:

—¿Qué quiere usted?

—¿El señor Chambertin?

—Está durmiendo.

—¿Le puedo ver?

—No.

—Es cosa urgente.

—No importa. Vuelva usted más tarde.

—No puedo.

—Lo siento...

—Es que... le aseguro que es cosa urgentísima.

Amadeo pronunció esta frase con voz tan suplicante, que Magdalena miró a Sofia, como para preguntarle qué debía hacer.

Sofia balbució:

—¿Tiene cara de policía?

Magdalena, que no estaba acostumbrada a reconocer a la policía secreta, creyó más sencillo preguntárselo al mismo Benazer.

—¿Es usted de la policía, por ventura?

El prendero soltó una carcajada.

—¿De la policía, yo?... Pero, mireme bien... ¿Tengo acaso cara de policía?... Tranquilícese, ni lo soy ni pienso serlo.

Magdalena miró de nuevo a Sofia, que, satisfecha, le hizo seña de que dejase entrar al visitante.

—En ese caso — dijo al anciano —, voy a avisar al señor Chambertin. ¿De qué se trata?

—Tengo que entregarle una carta importante.

—¿Necesita contestación?

—Sí, y por cierto corre mucha prisa... La carta la envían las señoritas Ginette y Gaby a su padrino.

—Démela, que se la entregaré al señor.

—No; es usted muy amable; pero debo entregarla yo mismo en propias manos.

—Entonces, voy a avisar al señor Chambertin... Haga usted el favor de pasar al despacho.

Introdujo a Benazer en la habitación que ya conocemos, y donde el prendero apreció rápidamente el valor de los objetos.

—¡No está mal ésto! — pensaba, paseándose por el despacho —. Creo que no me he engañado... El padrino debe de tener dinero... Estos artistas siempre se están quejando, pero pronto se enriquecen cuando tienen éxito... Es un buen oficio... El mío es mucho más penoso...

Así filosofaba cuando entró Chambertin, con los ojos hinchados de sueño.

Benazer se inclinó ante el artista.

— Señor.

— ¿A quién tengo el honor de hablar?

El prendero no respondió; se limitó a entregar su tarjeta.

AMADEO BENAZER

Negociante

78, calle del Sahel, 78

Con una mano en la barba y los ojos mirando al cielo, balbució Chambertin.

— Benazer... Benazer... Yo conozco este nombre... ¡Ah! Sí... En Saint-Pons había una vieja moigata que se llamaba así... No sé si será pariente de usted; pero, dicho sea de paso, era un bicho muy raro...

— Es Flora Benazer, mi sobrina...

— Lo siento... No puedo darle mi enhorabuena...

Y presuroso de acabar con quien lo recordaba los momentos más amargos de la vida de sus hijadas, prosiguió:

— Por lo demás, eso no tiene importancia... ¿Dice usted que trae una carta para mí?

— Sí, señor... Esta...

El tío Amadeo consideró que había llegado lo peor. Tosió y adoptó una actitud grave e irónica a la vez.

Chambertin leyó:

Padrino, no odies a tu nieto. Da cuanto te pidan para tenernos antes de que tuelta mand.

GINETTE Y GABY

Leyó por segunda vez y preguntó:

— ¿Qué es esto, señor Benazer?

— Ya lo ve usted, señor Chambertin...

— Lo veo... lo veo... Un pedazo de papel en que está la letra de mi hijada... Pero le pregunto a usted, ¿qué es?

— Una carta que le entrega de parte de ellas.

— Pero, vamos a ver... Ginette y Gaby están en casa de su abuelo. Por consiguiente, le repito que no sé lo que significa esto.

— Eso quiere decir que sus hijadas, señor Chambertin, no están ya en casa de su abuelo.

Sobresalió el artista y preguntó:

— ¿Qué dice usted?

— Calma, señor, calma...

— Oigamo... No me gusta que nadie se burle de mí... ¿Quiere usted hablar claro, o no?

— No me da usted tiempo, señor Chambertin... Présteme unos minutos de atención: sus dos hijadas no están ya en Chennavières, desde anoche... Se hallan en una mala de mi propiedad, con la señorita Flora Benazer, a quien aluda usted antes... Mi sobrina se ha alegrado mucho de volver a ver a dos niñas a quienes tenía particular cariño, y está dispuesta a tenerlas consigo todo el tiempo necesario, a menos que...

— ¿Qué? — dijo Chambertin, que comprendía ya el odioso *chantage* de que se trataba; pero que se dominaba lo mejor posible para no hallarse en estado de inferioridad frente a su adversario, tan temiblemente tranquilo.

— A menos que quiera usted verlas pronto — añadió el prendero.

— ¿Y en ese caso?

— En ese caso, Flora y yo consentiríamos en separarnos de ellas; mediante una retribución honrosa, claro está, que nos pague los gastos que hemos hecho para asegurarles cómoda estancia en nuestra modesta morada.

— ¿Cuánta?

— Nos bastarían unos cincuenta mil francos. Ya sé que no es usted millonario.

No pudo oír más Chambertin, y perdiendo su sangre fría, exclamó:

— ¡Canalla! ¡Canalla!... ¿Y cree usted que voy a ser tan necio como para caer en el lazo?...

— No sea usted tan vehemente en sus apreciaciones, señor Chambertin. ¿Quién puede decir cuándo un hombre honrado merece el nombre de canalla y cuándo un canalla merece el epíteto de hombre honrado!... A veces es cuestión de matiz... Y muy delicada...

— ¿Y usted cree que voy a darle ahora cincuenta mil francos?...

— ¡Toma!

— Dentro de cinco minutos le perseguirá la policía.

Y dicho esto se acercó al teléfono. Amo-

deo no se movió, siguió con la mirada al artista, y cuando éste estuvo al lado del receptor, respondió:

—Me alegraré mucho, señor Chambertin; no deseo otra cosa. Y hasta estoy seguro de que también quedarán satisfechos los policías, que creen muerto a Manin, y que se enterarán de que está vivo y es mozo del cafetín de la Michaud, en el boulevard Soult... ¿Cómo? ¿No se decide usted?... ¿No descolga el receptor?... ¿Me permite que telefonee yo mismo?...

Benazer se adelantó un paso; Chambertin, que estaba fuera de sí, tal vez le hubiera aconsejado algo bruscamente que mudase de tono, si no se hubiese oído de pronto el timbre del teléfono.

Al otro lado del alambre, llamaba aconsejado Bertal.

—¿Chambertin?

—¿Qué?

—¡Nos sucede una cosa increíble! GINETTE y Gaby han desaparecido anoche. Esta mañana hemos encontrado su cuarto vacío. La cama estaba sin deshacer, y no sabemos qué pensar. Vamos a avisar a la policía...

—No... no... Tengo noticias...

—¿Dónde están?

Chambertin preguntó al trapero:

—¿Dónde están?

Benazer respondió tranquilamente:

—Diga que están en el campo.

Y el cómico repitió en el aparato:

—Están en el campo, señor Bertal; no puedo decirle el sitio, pero tranquilícese... Confíe en mí, que se las llevaré antes de la noche. No insista, no... Ya se lo explicaré todo... Por ahora no puedo decirle más... Hasta luego...

Benazer quiso hablar.

—¡Bandido! — gruñó Chambertin.

—Cuidado con lo que dice... Venga ahora conmigo a su banco por los fondos necesarios y luego iremos por las dos niñas, a quienes, a pesar de los cuidados de mi sobrina, debe de hacerseles muy largo el tiempo.

Chambertin no sabía lo que hacer.

—Es que... no tengo la cantidad que usted pide...

—Verdad que es usted un artista... Pe-

ro siempre tendrá usted un amigo que en tan delicada ocasión pueda ayudarle...

Chambertin pensó al momento en Bersange, y conocía su generoso corazón y su cariño a GINETTE. No obstante, antes de recurrir a él meditaba sobre los medios de que podría valerse para librarse del prendero y encontrar las dos niñas sin sufrir aquellas condiciones.

Desgraciadamente, el nombre de Manin a que había aludido el miserable, no le dejaba denunciarlo a la policía; pues, ya que estaba para llegar Liseta Fleury, no convenía resucitar tan tristes asuntos. No había, pues, otro remedio que pasar por todo lo que quería el bandido o, cuando menos, aparentar someterse a su voluntad.

El prendero interrumpió esas reflexiones:

—Señor Chambertin, no puedo perder un minuto; sírvase decirme cuál es su decisión.

Benazer hablaba con un aplomo que hizo temblar al artista.

—Voy a telefonear a un amigo, y en seguida le contestaré a usted.

En cuanto se puso en comunicación con Bersange, Chambertin fué derecho al grano:

—Estoy desesperado... No sé qué hacer... Se trata de GINETTE y Gaby... Han sido raptadas anoche... Si... Es para sacar dinero... Me piden cincuenta mil francos... Si... cincuenta mil... En este momento no dispongo de esa cantidad... Gracias... Le espero...

Bersange se arrebaba de ofrecer a dar el dinero. Razón tenía Chambertin en no dudar del corazón del joven.

—Tendrá usted el dinero — dijo a Amadeo —. Voy a vestirme.

El artista salió del despacho, y antes de entrar en su dormitorio llamó a la nueva criada y le dijo:

—Vigile de cerca al individuo a quien ha ahorrado usted hace un rato. No le pierda de vista en tanto que yo me preparo.

Margdalena no se lo hizo repetir, y con la excusa de limpiar el despacho estuvo acompañando a Benazer, que no ocultaba su alegría.

Apenas acababa de vestirse Chambertin,

cuando llegó el señor de Bersange. El artista le puso en pocas palabras al corriente de la situación.

—¿Qué iba yo a hacer? — dijo al final —. Dispénsame que haya recurrido a usted; pero no sabía...

—Es natural, amigo mío... Y me alegro de poder servirle... Ha obrado usted muy acertadamente. Negociemos la cosa... Acompañemos al individuo... Tomemos precauciones, y los acontecimientos nos guiarán.

Entraron ambos en el despacho donde los esperaba Benazer vigilado por la incorruptible Magdalena.

—Le acompañamos — dijo Chambertin. El prendero calmó su impaciencia.

—Es que...

—¿Qué?

—No quisiera embarcarme para ese viaje sin la seguridad de que este señor tiene la pequeña cantidad que reclamamos.

Bersange sacó del bolsillo interior de la americana un fajo de billetes de banco y se lo enseñó a Amadeo, que se limitó a decir:

—En ese caso, estamos completamente de acuerdo.

Salieron los tres. Delante de la casa esperaba el automóvil del señor Bersange, en el cual entraron Chambertin y su amigo; y Amadeo tomó asiento al lado del chófer.

—¿A dónde vamos? — preguntó éste.

—Ya te lo diré luego — repuso el tercero —. Por ahora, contentate con ir a la avenida Daumesnil. Por ahí saldremos de París. Y para lo demás, cuenta conmigo, que soy un guía de primera.

XXX

DESAPARECIDAS

Dos horas después, Chambertin y Bersange llegaban a la casa de Chaligny, donde la noche anterior había preparado la celada Benazer.

Muy diligente, queriendo conservar hasta el fin de la odiosa comedia su papel de irónica perfidia, Amadeo fué el pri-

mero en apearse, abrió la portezuela del automóvil, invitó a las dos viajeras a que bajasen, empujó la puerta del jardín y pasó delante, para enseñarles el camino, según dijo.

No las tenían todas consigo Bersange y Chambertin. ¿En qué aventura los metía aquel individuo? No lo sabían. En el carruaje quisieron enterarse del lugar adonde los conducía el prendero. Pero el coche corría a gran velocidad. El mecánico obedecía las indicaciones de Amadeo e iba por carreteras que parecían dar la vuelta en redondo. Llegaron a la casa. Benazer los introdujo en la antesala, y desde la escalera llamó:

—¡Flora! ¡Flora!

Nadie respondió.

—Y eso que le dije que no se apartase de las chicas! — refunfuñó el viejo —. Sin duda habrá ido a la compra...

—¿Dónde están las niñas? — preguntó con impaciencia Bersange —. Llévenos pronto adonde están.

—Poco a poco, señores, poco a poco — dijo Amadeo —. No se olviden ustedes de que estoy en mi casa y, por tanto, tengo derecho a proceder como me venga en gana.

—No nos haga usted perder el tiempo — dijo Chambertin.

—No es tal mi intención; pero déjenme tomar precauciones. Antes de devolver las niñas, quisiera tener algo de dinero... ¡Oh! No se enfade usted — dijo a Bersange, que acababa de hacer un ademán de protesta —; si no procediera yo así, podrían ustedes dejarme sin mis ganancias.

Chambertin intervino, diciendo:

—No somos canallas como...

—Como yo pienso — dijo con sorna Amadeo —. Lo creo; pero así y todo, es más prudente... ¡Deme el dinero!

Bersange estuvo a punto de saltarle al cuello al miserable. El artista le retuvo por el brazo; el prendero dió trónicamente las gracias a Chambertin.

—Hace usted bien en evitar crueles contrariedades al señor de Bersange... Cualquiera torpeza de ustedes valdría a Ghette y a Gaby algunas advertencias de mi so-

brina... Pero creo que no llegaremos a eso... ¿Quieren ustedes darme los cincuenta billetes que me deben?

Bersange, sosegado ya, sacó del bolsillo un fajo de billetes y dijo:

—Cuéntelos; le daré el resto cuando tengamos en nuestro poder a las niñas sanas y salvas.

Chambertin no le dejó dar nada.

—No, señor Benazer — dijo —; pránero las niñas. Estoy muy decidido... Nos permitirá que no tengamos en usted tanta confianza...

—Le doy mi palabra — declaró Bersange — de que le entregaré luego el total.

—Bien... No insisto... Entre personas decentes... — repuso Amadeo —. Los dos son ustedes de buena familia, son conocidos; sé que traen dinero encima y que luego me lo darán libremente.

—¿Y si nos negásemos? — dijo en broma Chambertin.

—Si no dan ustedes el dinero por las niñas, lo darán por el padre... por ese pobre Manin, que a estas horas debe de estar limpiando el mostrador de la Michaud... Conozco a ustedes y sé que me lo darían de muy buen grado... ¿No es así?... Y las aliviaré que entonces sería algo más caro...

—Bueno, bueno... ¡Vamos a ver las niñas! — gritó de pronto Chambertin.

—No quiero hacerles padecer más... Suban la escalera detrás de mí... Cuidado, que no es muy clara...

Lentamente subieron los tres hombres las escaleras y llegaron al primer piso.

El trapero volvió a gritar:

—¡Flora! ¡Flora!... ¡No contestas!... ¿Dónde estará? En fin, abriré yo mismo.

Abrió Amadeo la puerta del cuarto en donde había encerrado a las niñas, y profirió un grito.

Ante él, en una silla, gemía Flora, alocada, salpicada de tinta desde la cabeza a los pies; estaba lamentable y grotesco, tan grotesco que Chambertin y Bersange, que a pesar de la negra máscara habían reconocido a la solterona de Saint-Fons, no pudieron contener la risa.

Amadeo perdió toda su sangre fría ante

el inesperado espectáculo, y corrió hasta su sobrina.

—¿Dónde están las chicas? — le preguntó:

—¿Las chicas? — repitió Flora atontada.

—Sí, Gaby... Ginette... ¿Dónde están?

—Se han ido...

—¿Qué dicen?

—Que se han ido.

—Vamos, Flora, déjate de tonterías... ¿Dónde están?

—No sé... ¿Cómo quiere usted que lo sepa?

Amadeo estaba fuera de sí. Alzó la mano sobre su sobrina, que de un salto se puso de pie y retrocedió.

—¿Tengo yo acaso la culpa? Me ha dejado usted sola... Ellas me han arrojado ese tintero a la cara y se han escapado, después de envenenarme... Aun tengo abrasados los ojos...

—¡Estúpida, más que estúpida! — exclamó el trapero.

—No he podido hacer nada... Le repito que me han cegado con la tinta y que han huido al momento.

—¿Cuándo?

—Al poco rato de marcharse usted.

—¡Idiota!... ¡Siempre será la misma!...

Benazer se paseaba por el cuarto sin cuidarse de Chambertin ni de Bersange, que, a su vez, le miraban con cierta ironía.

No estaban muy tranquilos en cuanto a la suerte de las dos niñas; pero al menos tenían la certeza de que si se habían expuesto a tanto, sería con intención de aprovecharse todo lo posible de su audacia.

—¡Mala suerte tiene usted, señor Benazer! — dijo Chambertin, moviéndose a su vez —. Todo esto no le producirá nada... Al contrario, tendrá que comprar un vestido nuevo a su sobrina... ¡y al precio que está la ropa!...

—Pueden reírse, señores... — refunfuñó el anciano —. He jugado por las niñas, y he perdido...

—Un poco... — añadió Chambertin.

—Ya me desquitaré...

—Más adelante...

—Me desquitaré con el padre, ya se lo he dicho a ustedes...

Bersange no dió al artista tiempo de aprovecharse de su fácil victoria, y le dijo al oído.

—Ahora, inmediatamente vamos a cuidarnos de Mania... Adiós, señor Benazer... Hasta la vista, señorita... Y lamentamos tenernos que llevar nuestro dinero, que no nos ha servido para nada...

Y antes de que el camarilero y su sobrina tuvieran tiempo de retenerlos, ambos amigos bajaron la escalera, cruzaron el jardín, subieron al automóvil y dijeron al chófer:

—Boulevard Soult, a casa de la Michaud, y a toda marcha...

XXXI

EN EL HOTEL DE LOS VIAJANTES

En tanto que se deslizaban esos acontecimientos, Gaby dormía ante las atentas miradas de Ginette, en el cuartito del *Hotel de los Viajantes*.

Como había prometido, la hostelera trajo a las niñas dos taxones de leche y pan aun caliente.

Ginette despertó a la chiquitina, y ambas tomaron con buen apetito un desayuno confortable, charlando de mil cosas, algunas de ellas ajenas a la aventura de que eran las heroínas. Gaby volvió a dormirse después de desayunar. Eran más de las ocho, y Ginette se fué al teléfono. Le costó algún trabajo conseguir comunicación con Channevières. Al fin, al cabo de un buen rato, oyó en el aparato la voz de Bianca.

Toda la casa del Paradoon estaba con la más penosa inquietud. Pero las noticias de las niñas, por imprecisas que fueran, tranquilizaron al señor Bertal.

—Ya te lo explicaré todo, abuelo — le dijo Ginette —. Por ahora, basta que sepas que el causante de todo es Mougars, el que nos trajo noticias de mamá: él nos ha raptado, dejándonos luego en manos de la Benazer.

El abuelo no salía de su asombro al ver una vez más ante él a la solterona

de Saint-Fons, que era la causa de todas sus calamidades.

Recomendó a Ginette que le esperase en el hotel de Chaligny, adonde él iría en automóvil con Renato y Bianca. Era cuestión de dos horas, según decía a la niña.

Ginette, tranquila ya, volvió al cuarto, y para no despertar a Gaby, que dormía apaciblemente, sentóse en una silla y cerró los ojos.

No podría decir ella el tiempo que permaneció así, medio dormida; pero el caso es que de pronto le pareció oír una voz conocida. Al principio creyó que era una pesadilla; mas pronto se convenció de que fuera, en la oscura, delante del hotel, hablaban personas que ella conocía y a quienes le asustaba reconocer.

Levantóse sin producir ruido, entreabrió despacio la persiana y vió sentados al sol, ante una mesa, a la Benazer y a su tío Amadeo. Los dos siniestros personajes hablaban, y Ginette los escuchó. No tardó en adivinar que el viejo reprochaba amargamente a su sobrina su falta de vigilancia.

—Deshonras a la familia, ¿entiendes? Te has portado como una chiqueta de doce años... Si has trabajado así en Saint-Fons, no me extraña que hayas tenido que huir de allí.

Flora protestaba:

—No hui... Me vine porque estaba harta de aquel poblacho.

—Sí, eso dices... Pero lo cierto es que debiste de cometer plancha tras plancha... Cualquiera que te oyera creería que eres la astucia y la inteligencia en persona... Mereces palos... Toma...

No ejecutó Amadeo su amenaza, pero pellizcó varias veces y cruelmente a su sobrina, que gemía.

—Son cincuenta mil francos — proseguía el viejo —, sí, cincuenta mil francos, los que tu negligencia nos hace perder... ¡Hace falta ser estúpida para dejarse vencer por dos chiquillas, una grandullona como tú!... ¡Y encima ha de gustar dinero para que comas aquí, pues como es natural, no había nada en casa! Además, hemos perdido el tren de París...

Y volvió a pellizcar el delgado brazo de Flora, que gritó:

—¡Basta!... ¡Me está usted martirizando!

—¿Callaría?... Sólo falta que protestes encima... ¡Y para colmo, vienes vestida de un modo grotesco!...

Ginette, que no perdía una palabra de toda la conversación, no pudo contener una sonrisa.

—¿Cómo? — dijo indignada la solterona.

—Sí, grotesca... Nos conviene pasar inadvertidos... ¡Y te traes una capa con la que pareces un mosquetero!... ¡Y ese som-

brero con esa pluma encima?... ¿Quieres acaso barrer las nubes?... ¡Bonita estás!... Todo el mundo se volverá a contemplarnos... Cuando se quieren realizar negocios honrados, serios, no se emperejila uno de ese modo, ¿entiendes?

—Sí, tío.

En aquel momento, la dueña del hotel les sirvió un café con leche ardiendo, que la Benazar tomó con avidez, como si hallase en él la confortación necesaria a sus nervios extenuados por la emoción y el olvido de todos los insultos con que la agobiaba su exasperado tío.

Ginette, siempre en acecho, no les perdía de vista.

NOVENO EPISODIO

El juramento de Ginette

XXXII

POR SALVAR A SU PADRE

La llegada de la Benazer y su tío al *Hotel de los Viajantes* empezó por asustar a Ginette, aunque no había motivo para que los dos cómplices pudieran sospechar que sus rehenes estaban allí. La mayor de las niñas tenía que alguna indiscreción de la hostelera les hiciera caer de nuevo en manos de sus verdugos.

Pero, como podía más en ella la curiosidad que el miedo, continuó presenciando, detrás de los postigos, la frugal comida que Flora y Amadeo Benazer saboreaban lentamente.

La solterona tomaba un tazón de café con leche, en tanto que el prendero comía pan y queso, acompañados de frecuentes tragos de vino tinto.

La satisfacción de su apetito no calmaba su enfado contra la sobrina.

—¡Si siquiera — le decía — hubieras salido en persecución de las dos mozelas!... Pero nada de eso, ni tan sólo se te ocurrió hacerlo... ¡Y pensar que tienes cuarenta años!

—Treinta y ocho — rectificó Flora.

—Treinta y ocho o cuarenta... no es edad de dejarse burlar por dos chiquillas... Eso me enfurece.

Poco a poco apaciguóse el viejo Amadeo y pidió a la hostelera recado de escribir.

Flora, que creyó que lo mejor era mostrarse cariñosa y amable, le preguntó sonriendo:

—¿A quién va usted a escribir, querido tío?

—Luego te lo diré... Por ahora, apelo a los medios extremos... Peor para ellos... Así me vengaré.

Pronunció esas palabras con pérfido acento, y Ginette, al oírlos, presumió que una nueva desgracia la amenazaba a ella o a las personas a quienes quería.

Siguió con la mirada los movimientos del traperero, que, con los lentes en la punta de la nariz, empezó a redactar su misiva. Ginette se puso de puntillas para leer lo que el prendero escribía con bastante mala letra, y leyó:

Asesino... Manin... boulevard Saut.

No había error posible; el tío Amadeo cometía una nueva infamia, empleando el nombre del padre de las niñas. La joven, sin comprender exactamente el fin que se proponía Benazer, se convenció de que las amenazaba un gran peligro.

Terminada la carta, dijo a Flora el prendero:

—Escucha lo que acabo de escribir: Y leyó a media voz:

Señor Jefe de Seguridad:

El tal Manin no ha muerto. Al contrario, asesinó al hombre a quien tomaron por él a causa de una substitución de vestidos. Encontrará usted a dicho Manin sirviendo de mozo en la taberna del número 88 del boulevard Saut, en casa de la señora Michaut.

Uno que está bien enterado.

Ginette lo oyó todo y estremeciéndose al pensar en la odiosa denuncia que de nuevo haría hablar de su padre y recordaría tristes sucesos pasados, y todo

ello precisamente en los días en que iba a volver su mamá, cuya felicidad quedaría empañada por aquel miserable que se dedicaba al más abominable *chantage*.

Amadeo cerró la carta y escribió en el sobre:

*Señor Jefe de Seguridad
Muelle de Orfèvres*

París

Contra la ventana había un buzón, y allí se disponía a echar la carta el trapero.

Instintivamente, con rápido movimiento, sin que pudiera ella explicarse por qué obraba así, Ginette abrió los postigos, se encaramó a la barandilla y saltó a la acera, exclamando:

—¡Deténgase, por favor!

Los dos Benazer, estupefactos por tan inesperada aparición, se miraron desconcertados.

La hija de Liseta Floury se había colocado delante del buzón y con voz suplicante imploraba a ambos miserables:

—Señor, le ruego que haga lo que quiera de mí; pero, por favor, no envíe esa carta!

Al principio Amadeo se encogió de hombros e hizo como si no oyera la súplica de Ginette; mas luego, calculando rápidamente todo el partido que podía sacar de la nueva situación, que él dominaba, repuso:

—Aun no se ha perdido todo... voy a discutir contigo.

Corrió a la ventana del hotel y vio en el lecho a Gaby que dormía.

—¡Hola! ¿Estáis ahí las dos?... Entonces, todo puede arreglarse. ¿Conque te gustaría mucho que no saliera esta carta dirigida al Jefe de Seguridad?... Mucho siento yo no poder ayudar a ese excelente señor y no continuar las corteses relaciones que siempre he tenido con la policía; pero, en fin, hija mía, si eso ha de complacerte...

—¡Oh! sí, señor — dijo Ginette, que no notaba el tono burlón del prendero.

—Pues para que veas que no soy malo, no echaré la carta; pero, con la condición de que te vengas con nosotros.

—Se lo prometo: haré cuanto usted quiera; le darán todo el dinero que desee pero no expida usted la carta.

—¡He aquí una niña que es mucho más razonable que una persona mayor!... Siéntate ahí, al lado de esta excelente señorita de Benazer, con la cual me parece que no habéis tenido todos los miramientos que merece... Yo me siento a tu lado para evitar ciertos ademanes y ciertas reflexiones en alta voz, que podían llamar la atención a personas con quienes no quiero tener una conversación inútil; y si nos aseguráis que Gaby y tú os quedaréis con nosotros todo el tiempo que sea preciso, no diré al jefe de Seguridad que tu padre es un asesino...

Ginette protestó enérgicamente de estas últimas palabras:

—¡Papá no es asesino!

—Si no te gusta la palabra, pongamos criminal, y no hablemos más. Ya ves que no soy testarudo ni salvaje, sino simplemente un señor que se ve obligado a ganarse la vida y que, para esto, emplea medios que tal vez te parezcan algo extraños; pero ¡se hace tan difícil la existencia!... Así, pues, si me juras quedarte con nosotros unos días, no te sucederá nada malo, ni a ti, ni a tu hermana ni siquiera a tu padre.

—¡Lo juro! — respondió al punto Ginette.

—¡Bah! — interrumpió la Benazer —. Jurar así es cosa fácil; pero yo quisiera un juramento algo más formal. Júrelo por la cabeza de su madre, que pronto debe llegar.

—Lo juro, señorita, pero...

—¿Pero qué? — interrumpió impaciente Amadeo.

—Pero a condición de que dejen en paz a mi hermanita.

El prendero y su sobrina se interrogaron con la mirada y echaron una ojeada a Gaby, que dormía.

—Conforme — repuso el trapero —; si juras la dejaremos. Pero piensa bien en lo que vas a hacer; no te comprometas a la ligera, mide bien el pro y el contra, que vas a pronunciar un juramento

terrible... Quizá sería preferible que dejases salir esta carta...

Y se levantó como si fuera a echarla al buzón; pero Ginette exclamó:

—Se la pido de rodillas.

—Me temo, repito, que obres a la ligera... Después de todo, ¿qué es una carta? Mientras que permanecer conmigo es exponerte a una serie de aventuras cuya conclusión no puedo prever... ¿Has reflexionado bien?... ¿Echo la carta?

Seguro de sí mismo, Amadeo jugaba con la niña, que no había más que llorar.

De pronto dió un salto Ginette y se apoderó de la carta; pero la Benazer, con más rapidez aún, se la volvió a quitar, afectando la más completa calma.

—¡Píeme usted, Ginette, que si quebranta un juramento hecho por la cabeza de su madre, se puede usted exponer a grandes catástrofes!

Ginette protestó:

—Usted no es quién para predicar moralidad... Si yo hago un juramento lo cumpliré.

Y con la misma seriedad que si se hallase ante jueces, pronunció lentamente esta frase:

—Juro que no intentaré casarme, siempre que respeten ustedes a mi padre. Benazer no pudo disimular su alegría.

—¡Alhucías! — exclamó —. Tendremos en consideración tu buena voluntad, hija mía; eso es una buena nota para ti, y procuraremos no tenerte mucho tiempo.

—¿Y la carta? — preguntó Ginette, acosada constantemente por la amenaza escrita del preñero.

—Creo que estamos entre gente de honor — replicó éste —: luego la romperé delante de ti, cuando salgamos del pueblo. Por ahora, permíteme que me la guarde; cuando se tiene un buen argumento, no hay que dejarlo escapar hasta que se acabe el pliego.

—¡Es tan mala la gente! — exclamó filosóficamente la Benazer.

—Escúchame, señorita de Manin — dijo el copavejero —. Quisiera hacerlo cumplir un requisito que no es cosa grave y al cual ya estás acostumbrada, pero

qué para mí representa ciertas garantías de las cuales no puedo prescindir. Ten papel: escribe lo que voy a dictarte:

Ginette, dócil, escribió:

Me voy voluntariamente con el señor y la señorita de Benazer, que me han hecho un favor muy grande.

Ginette

—¿A ver?... Perfectamente — repuso Amadeo, apoderándose del papel —. Flora, vete con esta niña a su cuarto y prende este papel en la almohada de Gaby... No, por ahí no — añadió, reteniendo a su sobrina que se iba hacia la puerta del hotel —: entrad por la ventana, que no se ve tanto.

Ginette y la Benazer se subieron a una banqueta y desaparecieron por el cuartito. La niña no quiso despertar a Gaby. Cogió de la ciesa el sombrero y besó en la frente a su hermanita, sin interrumpir su sueño. Flora prendió con un alfiler el papel a la almohada de Gaby y salieron, cerrando luego desde fuera los postigos.

Amadeo llamó a la hostelera, y como ésta manifestase cierta extrañeza al ver a la joven en compañía del preñero, él le dijo que conocía mucho a la familia de las niñas, que había visto a Ginette en la ventana y que la sacaba a dar una vuelta antes de almorzar.

—Cuide usted de que no salga la pequeña, que su abuelo no tardará en venir. Nosotros volveremos dentro de una hora.

Y con paso lento tomaron los tres el camino de la estación; pero al doblar la esquina de la calle, apresuraron la marcha, para llegar a tiempo de coger el tren de París.

Apenas hubo salido el tren, llevando a Ginette a un destino desconocido, llegaba al Hotel de Viajeros el automóvil de alquiler que el señor Bertal había tomado en Chenevières.

El abuelo bajó el primero; detrás de él, Blanca y Renato examinaban con curiosidad la posada, en donde pensaban encontrar a sus dos primas.

La hostelera acudió diligente al ver que llegaban clientes, y preguntó:

—Sin duda es usted el abuelo de las dos niñas que se han perdido anoche en el bosque.

—Sí, señora. ¿Dónde están?

—La menor debe de estar durmiendo en el cuarto que les he dado; en cuanto a la mayor se ha ido hace un rato en compañía de un señor y una señora.

—¿Cómo? — interrumpió Bertal, estupefacto —. ¿Con un señor y una señora? ¿Los conoce usted?

—No. Sé que son del pueblo; pero no podría decir su nombre.

—Es extraño, porque por teléfono he recomendado a Ginette que procurase que nadie la viera.

—Creo que volverá pronto... dentro de una hora, según han dicho.

—Vamos a ver a Gaby, por de pronto — dijo Renato.

Entró con Blanca y Bertal en el oscuro cuarto en que descansaba Gaby. Los tres se acercaron a la cama y contemplaron a la niña que dormía tranquilamente. Renato la sacudió un poco y Blanca le tiró suavemente de los cabellos. Gaby abrió los ojos y lanzó un grito de alegría al ver a sus primos y a su abuelo.

—¿Sabes qué ha sido de Ginette?

—preguntó Bertal, después de besarla.

La niña se restregó la frente como para llamar sus recuerdos.

—¿Ginette?... Me choca que no esté aquí, porque me había prometido no separarse de mí. Pero no debe de estar lejos.

Durante esas efusiones y ese interrogatorio, volvió la dueña del hotel trayendo en las manos las modestas alhajas que Ginette le había dado en prenda antes de tomar posesión del cuarto. Bertal pensaba sacar a la mujer datos más concretos.

—Vamos a ver, señora, ¿no sabe usted exactamente dónde está la mayor de las dos niñas? No comprendo esta ausencia que no se explica, y le confieso que estoy muy intranquila.

—Le repito, señor, lo que le he dicho antes: las personas que se han ido con ella me han dicho que dentro de una

hora estarían de vuelta, y no tengo más datos.

—Está bien, gracias.

La hostelera se fué.

Blanca, que mientras hablaba a Gaby había apoyado la cabeza en la almohada, lanzó de pronto una exclamación:

—¿Qué es esto?

Acababa de ver el papel prendido en la blanca tela. Lo leyó, e inmediatamente, incapaz de pronunciar una palabra, tendió la hoja a Bertal, que a su vez se enteró de lo que Ginette había escrito.

Me voy voluntariamente con el señor y la señorita de Benazer, que me han hecho un favor muy grande.

GINETTE

—Benazer... Benazer... — repitió el abuelo —. Otra vez ese nombre... ¡Luego Ginette ha vuelto a caer en manos de esos miserables! Decididamente, la desgracia se ensaña en nosotros.

También en esa ocasión fué Renato el que dió ánimos a todos.

—Me parece que nada adelantamos con quedarnos aquí llorando — dijo mirando a las tres personas que le rodeaban —. La situación es grave; pero, así y todo, ahora podemos defendernos. Tío, debería usted telefonar en seguida a Chamberlin, que ya estará al corriente de lo sucedido.

—Tienes razón, hijo mío — dijo el abuelo.

—Además, convendría que Gaby nos contase todo lo que ha hecho desde anoche, porque no la sabemos; tal vez así podamos averiguar algo de lo que ha ocurrido esta mañana.

Gaby, deshecha en llanto, contó la emboscada de Mangara y el tío Amadeo, el encierro en la casita de campo, la inesperada llegada de la Benazer promovida a las funciones de carcelera, la sangre fría de Ginette, su golpe audaz y su precipitada fuga.

—Hemos dormido en el bosque — dijo al terminar —, esta mañana hemos llegado aquí, y me he dormido en seguida; así que no sé lo que ha pasado.

—Esta vez — dijo Bertal —, creo que

no estará de más dirigirnos a la policía.

—Cuidado, tío — observó Renato —; el señor Chambertin lo ha recomendado que no mezcle a la policía en estas cosas, y si él lo aconseja, poderosas razones tendrá. Cuando le telefonee, sabrá usted probablemente lo que debe hacer.

—Bueno; esperemos sus consejos — dijo Bertal, encaminándose al teléfono, mientras los niños montaban en el automóvil, que seguía aguardando a la puerta del hotel.

Todos estaban consternados. Una vez más se negaba el destino a que los niños estuviesen reunidos y a que Ginette participase de la alegría del regreso de su madre salvada milagrosamente.

XXXX

Donde CHAMBERTIN TOMA EL DESQUITE

Al salir de la casa del tío Amadeo, Chambertin recomendó al chófer que fuera lo más rápidamente posible al boulevard Saül, porque preveía que, ya que había fracasado la ofensiva del primero contra Ginette y Gaby, éste intentaría otra contra Manin.

—Es evidente — explicaba al señor de Bersange mientras el automóvil corría a toda marcha hacia la capital — que si puede apoderarse del padre de Ginette, ponerlo en lugar seguro y amenazarlo con un perpetuo *chantage*, no dejará de hacerlo. No he vuelto a ver a Mangara, que me parece ser un perfecto canalla; juraría que en toda esta aventura el tío Benzzer le ha debido de emplear en vigilar a Manin, y tal vez le haya mandado apoderarse de él, en unión de algunos otros cómplices.

Al cabo de media hora, el automóvil de Bersange paraba delante de la taberna de la Michaud, donde Manin estaba, como de costumbre, ocupado en los trabajos de la mañana.

Cuando vió entrar precipitadamente a Bersange y a Chambertin, el que fué marido de Liseta Fleury levantó la cu-

beza y pareció algo asombrado de tan inesperada irrupción.

Antes de que pudiera pronunciar una palabra, le dijo al oído Chambertin:

—¡Pronto! ¡pronto! No hay tiempo que perder. Tiene usted que huir inmediatamente; su presencia aquí, que ha sido descubierta, es objeto de *chantages* criminales. Luego se le explicaremos todo en mi casa.

—Por ahora — añadió Bersange —, interesa que salga usted de aquí al momento. Busque cualquier pretexto para el ama, y vámonos.

Precisamente en aquel instante salía de la cocina la Michaud. Los dos hombres la saludaron cortésmente. Manin se acercó a ella y le dijo:

—Señora Michaud, ya sabe usted en qué circunstancias entré en su casa. Le ruego que me perdone el tener que dejarla algo repentinamente; pero la policía acaba de reconocer su error y me avisan que va a venir aquí a hacer diligencias. Es necesario que no me vea. Dispénsame que la deje así, pero comprenderá usted que no puedo menos de hacerlo.

—Hijo mío — repuso la buena mujer —, usted es libre, ya lo sabe. Claro está que me disgusta que se vaya así, porque no sé cómo me las compondré al mediodía; pero, en fin, su seguridad ante todo... Voy a pagarle lo que le debo y márchese.

—No, señora, no vale la pena de pagarme los dos días que me debe. Me ha prestado usted un señalado servicio...

—Y usted también a mí.

—Entendido... Nunca olvidaré lo buena que es usted, y si, como espero, algún día nos volvemos a ver en mejores condiciones, le aseguro que no habrá favorecido usted a un ingrato.

Estrechó afectuosamente la mano que le tendía la tabernera y le dijo:

—Adiós, señora Michaud.

Dicho esto, Manin se apresuró a subir al carruaje y bajó las cortinillas para que no le vieran de fuera.

Chambertin y Bersange despidiéronse de la Michaud, y cuando se disponían a

reunirse con Manín, el chófer, Gastón, se acercó a su auto y le dijo:

—Tenga usted cuidado... Mire, allí en la esquina, a la derecha, hay un taxi, y no creo equivocarme si le digo que el individuo que está dentro tiene intención de seguirnos.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo: estaba de guardia en el talud de las fortificaciones cuando han llegado ustedes. Estaba tendido en la hierba como quien no hace nada; pero en cuanto he visto un taxi libre, se ha precipitado al chófer y le ha dicho unas palabras al oído. El coche se ha situado donde lo ven ustedes, y estoy seguro de que vendrá detrás de nosotros.

—¿Qué le parece a usted, Chambertin?

—preguntó Bersange al artista.

—Espere... Déjeme escribir dos o tres líneas en una tarjeta mía y soy con usted. Así: Me guardo esto en el bolsillo de la americana. He aquí lo que va usted a hacer: irse en seguida con Manín.

—¿Y usted?

—Yo iré a pie, prefiero dar un paseito. Nos encontraremos en mi casa dentro de una hora. Tranquilícesse, que ese coche que está ahí no los seguirá mucho rato.

Bersange no discutió, tomó asiento en su automóvil al lado de Manín, y el coche arrancó. El taxi hizo lo mismo.

Chambertin iba tranquilamente por el boulevard, con las manos a la espalda. Parecía el más pacífico de los paseantes, cuando, de pronto, al pasar a su lado el taxi, el cómico saltó detrás del vehículo y se instaló como pudo en los muelles, como un pilluelo.

El chófer no se enteró. Chambertin miró por la ventanilla de la capota y contempló la molesta cura de Maugars. Se elevó con agilidad de payaso hasta el techo del coche y allí se tendió boca abajo.

De pronto, el chófer que conducía a Maugars vió aparecer ante sus narices una tarjeta presentada de un modo cuando menos inesperado.

Volvióse y vió una cara risueña que le miraba benévola. Un movimien-

to de la mano bastó para darle a entender que no debía hablar.

—Lee, compadre, que es muy interesante — le dijo quedamente Chambertin.

El conductor se apoyó contra los cristales para quitar en lo posible la vista al viajero que estaba dentro, y leyó rápidamente:

El hombre que está en el coche es un granuja. Te doy diez lúces si lo dejas fuera de la barrera.

Estas palabras estaban firmadas por Chambertin. En la tarjeta se veían las señas del cómico, y como Chambertin era muy conocido en los medios populares y había cantado muchas veces en los barrios excéntricos, el chófer no dudó que se las había con el célebre artista a quien debía el haber pasado muy buenas ratas.

Chambertin recobró su puesto normal en el techo del carruaje, al que se agarraba lo mejor que podía.

El automóvil de Bersange había ganado terreno y levantaba tras sí una nube de polvo. Pasaron por una puerta de la barrera y luego por otra. Delante de esta última, el chófer dió bruscamente una vuelta al volante y paró frente a la caseta de carabineros.

Mientras los carabineros verificaban el contenido del depósito de gasolina, Chambertin bajó del techo, y muy cortésmente, con inesperada gracia, abrió la portezuela a Maugars y le saludaba con amable sonrisa, diciéndole:

—Si el señor quiere tomarse la molestia de apearse...

El ex cuclero, que no comprendía el cambio de itinerario ni la aparición de Chambertin, miró al artista, luego al chófer, después el paisaje, y, por último, se dispuso a echar a correr para tocar retirada. Pero Chambertin, cada vez más cortés, le suplicó que no le dejara tan bruscamente.

—Haga el favor, señor Maugars... No está usted en edad de recorrer cien metros en tiempo razonable, ni tiene corpulencia para ello... Tómese, pues, la molestia de charlar un poco con su antiguo amigo Chambertin, que tendrá mucho gusto en acompañarle luego allí donde le

llaman a usted sus interesantes negocios. Vamos a andar juntos unos pasos, que andando se hacen más claras las ideas y la gente se entiende mejor.

—¿Qué?...

—¿No sabes lo que quiero decir?... Razón de más para que te lo explique... Pero no puedo contártelo todo aquí... Ven conmigo...

No demostró Mangars mucho entusiasmo por esa proposición. Es más, hasta hizo un movimiento que significaba su resolución de huir de un compañero cuya viveza temía.

—¡Atol! — ordenó Chambertin, que con mano sólida sujetó al naufrago del *Bismarck* y lo llevó consigo hasta las fosas de las fortificaciones.

Mangars intentó desasirse, pero el artista estaba muy acostumbrado a los más rudos deportes y no consintió que el otro se le escapase. A toda marcha, bajaron enlazados uno a otro la rápida pendiente del talud. Chambertin animaba con algunas reflexiones la bajada.

Llegaron al foso. Allí, el artista, que agarraba vigorosamente a su víctima, dijo sin miramientos cuanto pensaba.

—Y shars, cunalla, óyeme bien. Ni Benazer ni tú os atreveréis a dirigiros a la policía, a causa del rapto de las niñas. Ni el señor Bertal ni yo queremos nada con la prefectura, a causa de Manin. Por consiguiente, sólo podemos contar con nosotros mismos. ¡Así, pues, quiero darte personalmente lo que mereces!... ¡Torra!

Y una formidable bofetada, lanzada a todo voleo, hizo vacilar a Mangars sobre sus cortas piernas. El sobrino de Amadeo en cuanto estuvo a plomo, se acercó a Chambertin adelantando los puños. Pero éste esquivó el brusco ataque, que se perdió en el vacío. Y, contestando con destreza de boxeador profesional, el cómico puso en la mandíbula de su adversario un codo del derecho, que lo hizo rodar por tierra...

Mangars gimió y se levantó trabajosamente, dispuesto a contratacar de nuevo. En aquel momento apareció un guardia municipal en lo alto del declive.

Chambertin no quería tener nada con

los representantes de la autoridad, por lo cual adoptó el aspecto más natural del mundo y, con las manos a la espalda, echó a andar tan tranquilamente, que el municipal le tomó por el más pacífico paseante. Pero así que hubo desaparecido el guardia, el paseante se volvió.

Mangars llegaba hacia él. Chambertin se quitó la chaqueta, y, en menos de un minuto, a puñetazos y puntapiés, convirtió al desdichado en una masa inerte que cualquiera tomaría por un paquete abandonado allí por los traperos.

—Crea que ya está bien arreglado — dijo para su capote el cómico, poniéndose otra vez la chaqueta. — Si no tenía poderosas razones para acordarse de mí, creo que ésta será suficiente para que no me olvide en toda su vida.

Tras lo cual, satisfecho, volvió hacia el taxi, que le esperaba pacientemente en la verja del feliato.

—Lo prometido es deuda — dijo al chófer, tendiéndole dos billetes de cien francos. — Los tiene usted bien ganados. Y puedo decir que me ha ayudado a ejecutar una buena acción.

—Me lo figuraba — respondió el chófer. — ¡Bien pensaba yo que tratándose de usted, sería cosa graciosa!... Lo conozco demasiado, señor Chambertin... ¡Cuántas veces me ha hecho usted reír en *Folies-Boulevard*, en el *Zénit*, en el *Casino des Lias*!... ¡No pueden contarse!... Muchos sábados, mi mujer y yo nos enteramos de dónde trabaja usted, y allí vamos... Y hasta podría cantarles ahora sus últimas canciones... Las sé todas... Además...

El chófer se disparaba. A poco que le hubiera animado Chambertin, habría tarareado una canción. Pero el artista tenía prisa y puso fin a las confidencias.

—Es usted muy amable, amigo; pero tengo que estar en mi casa dentro de media hora... Vamos, pues, Avenida de Carlos Floquet, 36.

—En veinte minutos, señor Chambertin... en veinte minutos... se lo prometo.

Y, efectivamente, veinte minutos después, llegó Chambertin a su domicilio. Allí le esperaban Bersange y Manin.

—Ya está, amigos — dijo al entrar

en su despacho —, el espía del taxi está castigado. Y bien castigado, se lo aseguro. No volverá mañana a las andadas. Y hasta creo que en lo sucesivo, antes de meterse en lo que no le importa, se lo pensará mucho.

—Pero ¿quién era? — preguntó Bersange —. ¿Le conocemos nosotros?

—¡Ya lo creo!... ¿Se acuerda usted de aquel hombre grueso que vino días atrás a Chenevières a traernos noticias de Lissette Fleury?

—¿El señor Mangars?

—El mismo... En el curso de una conversación tuve ocasión de desconfiar de él. El naufrago del *Himalaya* es un perfecto bribón... Debo de ser amigo o pariente del viejo Benazer. Sea lo que fuere, lo cierto es que éste le tiene a sueldo. Y Mangars debe de ayudarlo en sus negocios de *chantage*. ¡Ah! ¡Eos pillos están bien organizados! Si plan está trazado esmeradamente... ¿Seguimos sin noticias de Gaby ni de Ginette?

—Sí, amigo, sí; por ahora no sabemos nada.

—Es para desanimar a cualquiera — dijo Manin, que no se había movido y que parecía meditar algún proyecto.

—Pero diga usted, Chambertin — interrogó de nuevo Bersange —, ¿no le habrán herido a usted, en su lucha con Mangars?

—¡Oh! No crea usted que ha sido una batalla. Ese gordiñón no es de talla para boxear conmigo. Ha sido *knock-out* al primer *round*... Me ha estropeado un poco la ropa, pero eso no es nada.

Calló Chambertin. Los tres amigos estuvieron un buen rato sin decirse nada, reflexionando cada cual en la nueva situación creada por los acontecimientos de la mañana y de la noche.

El timbre del teléfono los sacó bruscamente de su meditación.

Chambertin cogió el aparato. Al otro extremo del alambre estaba el señor Bertal. El abuelo le avisaba la desaparición de Ginette del hotel de Chaligny, el contenido del papel que había dejado prendido en la almohada de Gaby y la imposibilidad en que él se hallaba de averiguar

qué había sido de la mayor de las dos niñas.

El padrino escuchó las desesperadas palabras del anciano; le prodigó consejos recomendándole paciencia, le dijo algunas palabras confortantes, y después colgó el receptor y contó a Bersange y a Manin lo ocurrido en Chaligny.

—Deduzco de ello que Ginette continúa en manos de Benazer. Ha debido de negociar la libertad de Gaby, que está con el señor Bertal... Pero no comprendo por qué se ha quedado con el prendero ni por qué ha firmado ese papel. Benazer está acostumbrado al empleo de esos papeles.

—Le habrá obligado a firmar con amenazas.

—Evidentemente.

—Pero no me explico — dijo Bersange — cómo ha dejado que la lleven... Dice usted que estaba en un hotel. Habría gente... en Chaligny hay habitantes; ella podría forcejear, gritar, pedir auxilio...

Manin salió de su silencio.

—Presumo lo que ha pasado. Benazer ha debido de hablarle de mí y usar con ella los argumentos que ha empleado con ustedes. Me parece estar oyéndole decir a Ginette: «Si no firmas... denuncio a tu padre...» ¡Después de todo, siempre es el mismo *chantage*! Le ha dado resultado con ustedes. ¿Cómo quieren, pues, que no cediera la pobre Ginette?

Bersange y Chambertin se miraron sin atreverse a confirmar con una palabra lo que les parecía demasiado cierto.

Manin prosiguió:

—Siempre yo... siempre yo... ya lo ven ustedes... y por más que hagan... siempre ocurrirá lo mismo... ¡No borra uno tan fácilmente su pasado! En los libros se cuentan bonitas historias... Pero en la vida, cada cual es esclavo de sus errores. ¡Si no, sería preciso desaparecer a tiempo!... ¡Que es lo que yo debería haber hecho!...

—No se atormenta así — dijo Chambertin, afanándose por consolarle —. No es esta ocasión de arrepentirse de lo que ha hecho... Ahora es menester que le defen-

damos a usted... Y no hay más que un medio; ataquemos a nuestra vez. Sé la dirección del trapero; vamos ahora mismo a su casa.

—Espere usted — interrumpió el padre de Ginette —, espere, tengo mi plan...

—No tenemos tiempo de esperar — replicó el arista —. Lo mejor sería que primero se marchase usted de París, para poner fin a este *chantage*.

—Le he propuesto que salga esta noche para Argelia — dijo el señor de Bersange —. He hallado para él una colocación en mis posesiones. Esta misma noche puede tomar el tren si quiere.

—¿Y qué dico?

—Se ha negado...

—¿Por qué?

Manin movió la cabeza.

—Mucho me ha conmovido la proposición del señor de Bersange... todo se lo debo a ustedes dos; mi vida les pertenece, y si supiera que ese destierro había de serles útil, me iría contento. Pero, ¿de qué serviría mi marcha?... Nuestros enemigos, como usted mismo ha dicho, señor Chambertin, están bien organizados. Tardarán en descubrir mi nuevo refugio, pero al fin lo descubrirán... Mi mujer estará aquí... Habrá vuelto a sus representaciones... Ya ven ustedes qué arma para ellas... Y vuelta a empezar... No, no quiero ser para ustedes causa de perpetuos disgustos. Además, no quiero salir de París sin saber que Ginette está a salvo. Y no lo estará nunca, mientras yo viva.

—No exagere usted las cosas, Manin — repuso Bersange —. Tenga la seguridad de que lo que hacen no es por rencor a usted, sino por amor a nuestra bolsa... Y, la verdad, el dinero puede sacrificarse.

—No... no... Falgan dinero, conformes, pero yo soy la causa de todo. Estoy de más... estoy de más... lo sé.

Hubo una pausa penosa.

Luego prosiguió Manin:

—No den ustedes un céntimo antes de veinticuatro horas... Concedanme dos horas antes de comenzar sus pesquisas. Eso es todo cuanto les pido. Creo que me

pueden hacer ese favor... He reflexionado mucho, y tengo mi modo de ver...

—Pero...

—No vacilen. Han hecho ustedes mucho por mí, bien puedo yo hacer algo por ustedes... No arriesgo nada... Además, ¿qué puedo yo perder?... Lo menos que puedo hacer por mi hija es intentar...

—¿Adónde quiere usted venir a parar?

—No lo diré. No insistan. Déjenme salir... y espere un par de horas. Si dentro de dos horas no saben nada de mí o no he vuelto, vayan ustedes a casa de Benazer como pensaban. Pero creo que de aquí a entonces...

Y, sin dar tiempo a que Bersange y Chambertin le estrecharan la mano, el padre de las niñas abrió la puerta del despacho y la de entrada y se halló en la avenida de Carlos Floquet, encaminándose a la estación del Metropolitano más próxima.

—¿Qué va a hacer? — preguntaba Bersange.

—¿Adónde irá? — pensaba Chambertin.

Manin no iba al azar. Tenía un plan bien meditado. Una hora después, estaba ante la prendería de Benazer.

La tienda estaba vacía. No había parroquianos al se veía al prebitero. Entró. El ruido de sus pasos sacó de su insolencia a una criada que se hallaba en la trastienda y que le reconoció, porque días antes había estado allí a trocar sus ropas viejas por otras menos usadas.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—¿Está el señor Benazer?

—En este momento no está.

—¿Tardará mucho?

—No sé cuando volverá.

—¡Qué fastidio! — balbuceó Manin, poniendo cara de contrariedad.

—¿Quiere decirme lo que desea?... Tal vez pueda yo reemplazar al amo.

—Desearía un revólver de lance.

Desconfiada, la criada respondió prudentemente:

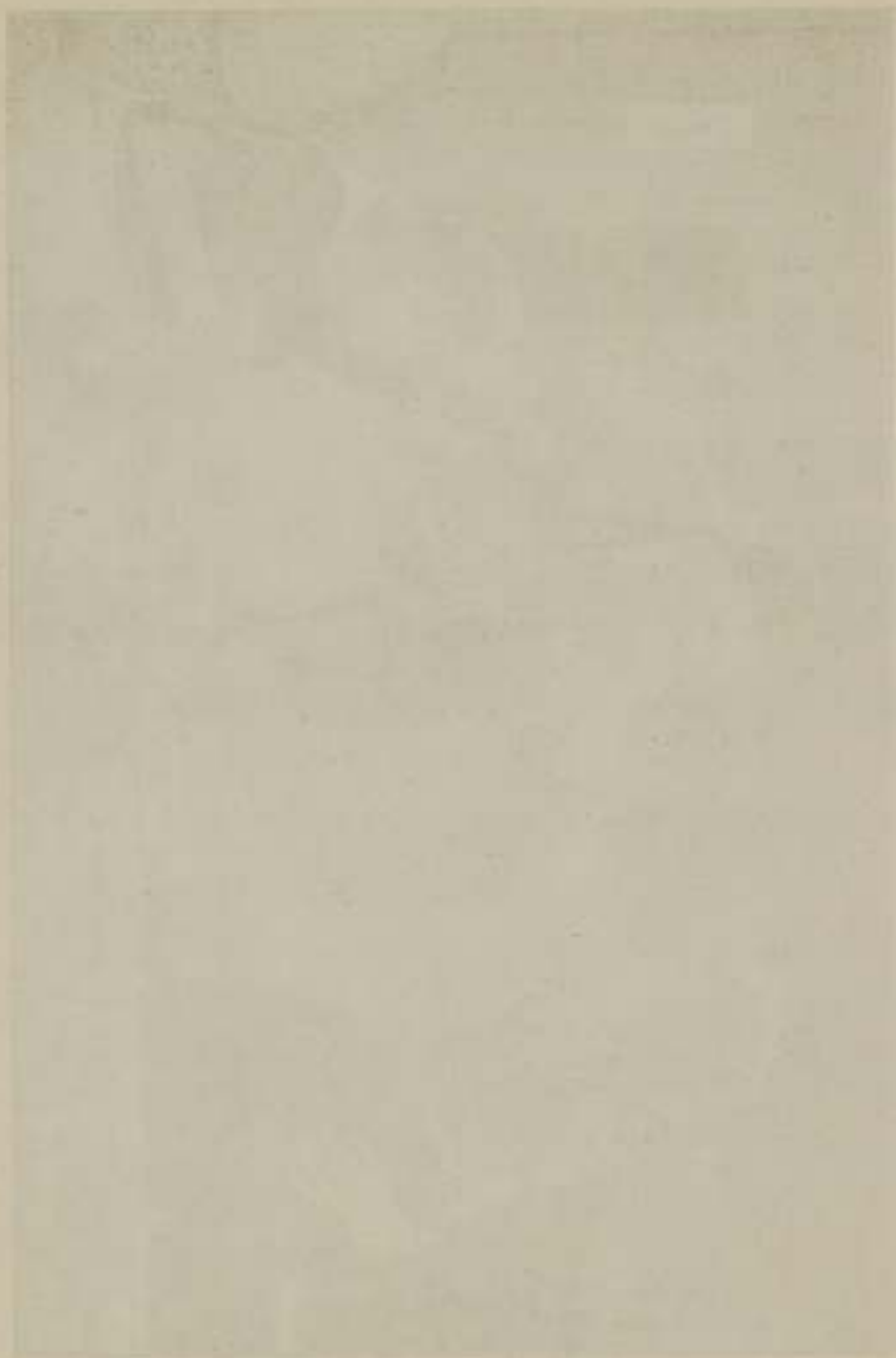
—Es que... creo que... no, estoy segura... me parece que no tenemos.

Manin calmó en seguida los temores de la sirviente.

—Tranquílicese, buena mujer... Soy pa-



Elisouza mecido. — No se entretuvo más Bernabé... (Cap. XXXV).



proquilano de la casa, y el mismo señor Benazer me ha propuesto muchas veces ese artículo.

Pronunció con tanta firmeza esas palabras, que la criada recobró la confianza.

—Eso es otra cosa — dijo.

Y condujo a Manin a la trastienda. Allí puso sobre una mesa una pesada caja llena de objetos heteróclitos: mazas, llaves inglesas, navajas de hueso, revólveres de diferentes calibres, etc.

—Elija usted, que hay buen surtido... No son objetos de venta corriente... No hay que fiarse, como usted comprende... A lo mejor podría venir a husmear la policía... Y tendría ya algún contratiempo... Pero, con usted... con un amigo del señor Benazer.

Manin no respondió y escogió una pistola automática de grueso calibre, y después pidió cartuchos.

La criada dejó en su sitio la caja de armas y sacó de un cajón las municiones necesarias.

Manin pagó su compra, cargó el arma y volvió a la tienda en el preciso momento en que entraba un hombre.

¿Algún parroquiano? No. El mismo Maugars, con el rostro amoratado, hinchados los ojos, dos chichos en la frente, un Maugars que más bien que andaba se arrastraba y que instintivamente, al ver allí a uno revólver en mano, alzó los brazos para afirmar mejor que no traía ninguna intención belicosa.

El padre de Ginette le miró con curiosidad.

—Dispense usted... — dijo con condescendencia, para que el triste individuo adoptase una postura menos grotesca —. ¿Es a Maugars a quien tengo el honor de hablar?

El sobrino de Benazer dejó ver un mohín de sorpresa. No pudo disimular su estupefacción por verse reconocido.

—¿Quién ha dicho a usted mi nombre?

La sonrisa de Manin se acentuó:

—¿Su nombre, señor Maugars? ¿Su nombre? ¡Si se lee en su cara! Al verle a usted lo he adivinado.

La broma no pareció ser muy del agrado de Maugars, que intentó darse toco:

—Caballero, le ruego que se cuide de lo suyo... Yo no le pregunto nada... Y, sin embargo, tendría derecho a decirle: «¿Qué viene usted a hacer aquí?»

Manin no dejó que el gordiflón le tomase ventaja y replicó imperiosamente:

—¿Dónde está mi hija?

—¿Su hija?

—Sí... Ginette.

—¿Ginette?... No la conozco... Es decir sí... la conozco... pero no sé...

—Vamos... no tiene usted tiempo que perder... porque necesita cuidarse, pues debe de padecer... Respóndame pronto.

—¡Si le digo que no sé!

—Sí... estoy enterado de todo. Necesito unos datos complementarios.

—Yo no los tengo, señor, no los tengo.

—No se lo repetiré... Dígame dónde está mi hija, si no...

Era tan amenazadora la actitud de Manin y el ex cocinero se sentía tan débil, que pronto se convenció de lo peligroso que era no responder.

—Le aseguro, señor, que por mí no podrá usted saber nada... Venga... Vuelvo de...

—De alguna misión delicada, tal vez — dijo con sorna el padre de Ginette.

—Eso mismo... de una misión delicada.

—Y peligrosa... que lo ha producido algunos golpes...

—Sí... es decir... Sólo mi tío podría darle indicaciones útiles. Si quiere usted esperarle... un poco...

El ex cocinero pensaba que después de todo era preferible que fuese su tío quien se explicase con un hombre tan decidido.

—¿El tío Benazer? — preguntó Manin.

—Sí.

—¿Dónde está?

—No sé... Pero no creo que tarde en volver.

—Está bien... Vaya usted a refrescarse las ideas, que parece necesitarlo mucho. Yo espero aquí a su tío.

Maugars no se hizo rogar. Contento por haber salido tan bien librado, desapareció por la trastienda, en donde se sentó en una silla, extenuado, y empezó a curarse los golpes de su rostro hinchado.

Entretanto, Manin se instaló en la prendería de Amadeo, sentóse cómodamente en una butaca y esperó sin gran impaciencia el regreso del prendero, pensando al mismo tiempo el plan que iba a seguir.

Pero no tuvo que reflexionar mucho rato. Pronto oyó un taxi que paraba ante la puerta de la tienda. Y con gran estupor vió entrar a Ginette con una mujer de elevada estatura.

Antes de que Manin pudiera decir una palabra, estaba Ginette en sus brazos llenándole de besos.

—¡Papá!... ¡papá!... ¿Tú aquí?...

Pero no tuvo tiempo de expresar más su alegría, porque ya estaba el viejo Benazer al lado de su sobrina y miraba como alelado a Manin.

—¡Hombre!... ¡Qué casualidad!... ¡Qué sorpresa!...

Manin conservaba toda su sangre fría.

—Indudablemente — dijo — es una pequeña sorpresa...

—¡Y que lo diga usted!

Benazer ofreció una silla a su interlocutor.

—Siéntese, haga el favor.

Manin rechazó la silla con la mano, y trayendo contra sí a Ginette dijo:

—Escuchen ustedes bien lo que voy a decirles, es cosa seria... muy seria... Mi hija se va a marchar de aquí libremente.

El prendero y su sobrina lanzaron a una el mismo grito: «¡Oh!» Pero Manin no les dejó protestar:

—Libremente, entienden... Y si necesitan absolutamente un rehén, guárdenme a mí.

Benazer recobró alguna serenidad.

—Dispénsenme, pero su hija ha venido con nosotros por su propia voluntad, sin violencia alguna... ¿Verdad, señorita?

Ginette no respondió.

—Vamos, señorita, le ruego que diga a su papá que se ha comprometido usted mediante juramento a quedarse con nosotros.

Ginette hizo un lastimoso signo afirmativo con la cabeza.

—Desfigura usted de su juramento — exclamó Manin en tono que no admitía réplica —. Diga lo que se vaya.

—No soy quién para ello, señor; un juramento es un juramento.

Manin se exasperaba:

—Se lo repito por última vez: si es preciso, ocuparé aquí el puesto de esta niña.

Y, acercándose al prendero, añadió:

—Si no dices a esta niña que se marche inmediatamente, si haces el menor movimiento, te mato como un perro...

Benazer se dio cuenta de que no podía esperar nada de un hombre que estaba dispuesto a todo para conseguir su objeto. Después de titubear, más bien por fórmula, se dirigió con voz temblorosa a Ginette:

—Señorita... no la retengo más...

Tenia una segunda intención. Después de todo, Ginette no era indispensable para el éxito de sus proyectos; y ya que Manin había ido a meterse en la boca del lobo, como suele decirse, era preferible concentrar en él los esfuerzos y procurar sacar partido de su presencia.

La joven interrogó a su padre con los ojos.

—Vete, Ginette... vete, hija mía... A dos pasos de aquí hallarás una parada de coches, di que te lleven a casa de Chamberlain... Date prisa... Adiós.

Estrechó contra su pecho a la niña, le dio muchos besos y la empujó suavemente hacia la puerta, como si le corriera prisa que se alejase cuanto antes de aquel mal lugar.

En el umbral de la puerta, Ginette preguntó con voz angustiada:

—¿Cuándo nos volveremos a ver, papá?

—No lo sé, hija querida... vete. ¡Adiós!

Y Ginette se fué sin volverse, para que no se le vieran las lágrimas.

Benazer no perdió el tiempo en mirar aquella escena entre padre e hija. Había aprovechado aquellos minutos para reunir en torno suyo y de Flora a Mangara y la criada.

Era cosa de asegurarse de Manin. Habían traído de la trastienda la caja de las pistolas. Quizás poco después no estuvieran de más algunas armas para reducir al padre de Ginette, que parecía resuelto a defenderse.

Pero Manía se volvió súbitamente, vió agruparse los cuatro personajes y advirtió el ataque inminente. De un salto, revólver en mano, se precipitó sobre la caja de las armas y la echó a rodar por debajo de la mesa, y colocóse decididamente delante de sus adversarios diciendo:

—Ahora estoy a su disposición.

¡Escena extraña y trágica en la tienda iluminada apenas, en medio de aquellas ropas de desecho y aquellos trastos polvorientos!

Flora Benazer temblaba, Mangars se escondía tras ella y a su vez tapaba a la criada. El tío Amadeo era el único que aun conservaba un poco de dignidad.

Manía no apartaba de él la vista, porque sabía que era el más temible, y fué a sentarse tranquilamente en la butaca que ocupaba momentos antes.

—Cierra la puerta con llave — ordenó a Mangars —. Y sobre todo, no te escapes, porque alguien pagaría aquí tu fuga con la vida...

Y cuando el ex cocinero hubo ejecutado la orden y hubo vuelto a su sitio, al lado de Benazer, Manía, armado todavía, continuó:

—Acercáos... así... un poco más... Todo el tiempo que dure mi vida podréis continuar persiguiendo a mi familia, ¿no es así?... Ese parece ser vuestro objeto... ¿Y si yo desaparezo?... ¡Ah! No habéis caído en esto... Suponed que desaparezco... todo habrá acabado. Si yo muero, ya no podréis nada contra los míos.

En tanto que hablaba, el padre de las niñas jugaba con el revólver. Luego apuntó de pronto ante sí, y los cuatro miserables retrocedieron instintivamente, empujándose.

—¡Alto! Os prohíbo moveros. Mirad un momento... voy a matarles ante vosotros.

Y con rápido movimiento, ante los ojos de los bandidos espantados, Manía se apoyó contra la sien al cañón del revólver.

DECIMO EPISODIO

En busca de la muerte

XXXIV

LA REHABILITACIÓN

Ante el prendero, Flora, Mangars y la criada asustada, Manin, con el cañón del revólver contra la sien derecha, repitió:

—Me oís, quiero que comprendáis bien por qué me mato... Desde el momento que yo no exista, nada podréis hacer contra mi familia... y vosotras tendréis la responsabilidad de mi muerte...

Nadie decía una palabra. Los cuatro bandidos sentían la impresión de vivir un sueño terrorífico.

Manin prosiguió:

—He comprado aquí este revólver, y supongo que funcionará perfectamente...

Se aseguró de que estaba bien sentado, para morir lo más cómodamente posible. Iba a apretar el gatillo, cuando el viejo Benazer, venciendo su espanto, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Espere usted un segundo... espere!... Tengo que decirle algo grave.

Ante semejante ruego, dicho en aquel tono, Manin dejó caer maquinalmente el brazo.

—¿Qué nueva cosa quiere usted contarme? — preguntó.

Benazer, muy asosegado ya, repuso:

—Sea usted razonable... Vaya a matarse a otro sitio.

—¿Eso es todo cuanto tenía que decirme?

—Sí... Piense un poco en lo que ocurrirá después de su suicidio... Piense en todas las molestias que nos ocasionará usted...

Manin se encogió de hombros.

—¿A ustedes?... ¿Y a mí qué puede importarme?

—Cuando digo *nos*, pienso también en usted, señor Manin, y en los suyos.

—No comprendo.

—¿No comprende? Sin embargo, reflexione usted, y hace bien.

En efecto, Manin escuchaba más atentamente las palabras del trapero.

—Atiéndame bien — decía Benazer —. Si usted se mata, la policía vendrá a indagar aquí.

—Que es precisamente lo que yo quiero... La policía le causará a usted algunas disgustos... ¡No pido otra cosa!

—Conforme, señor Manin; pero, si se mata usted en otro sitio, siempre se podrá ignorar quién es usted; mientras que, si se mata aquí, tendré que decir que se llamaba usted Pedro Manin.

El argumento turbó al padre de Ginette. El prendero lo notó y continuó machacando:

—¿Y qué sucederá entonces?... Observe usted que yo no quiero impedirle que haga lo que guste. No es tal mi intención. Pero supongo que no tendrá usted gran interés en que el nombre de sus hijas salga en los periódicos...

—Pero...

—Y ya sabe usted lo que sucede... Se registra lo pasado... Hoy día no se respeta nada... Su mujer, que pronto vendrá, ¿verdad, Mangars?...

—Sí — dijo el ex cocinero, que empezaba a respirar más libremente —, tal vez dentro de ocho días...

—Su mujer, señor Manin, se verá mezclada en todas estas sucasas... No es muy agradable para una artista conocida...

sacaré a colación toda su familia. A mí personalmente, me es indiferente... hablo por usted, que ha venido aquí sin reflexionar lo que hacía, que, mediante amenazas, ha conseguido que yo dejase en libertad a su hija mayor, y que podría usted cometer una gran tontería, si yo no le llamase al buen sentido... Dispénsame si he creído deber hablarle así; pero...

— Está bien — respondió Manin —; le perdono sus frases.

— No insisto; pero una vez más le digo que si quiere usted darse muerte, hágalo fuera de aquí.

Las palabras del traperero confirmaban a Manin en su obsesión: él estaba de más y su nombre era una carga harto pesada para él y los suyos.

Indudablemente, Benaxer tenía razón.

Matarle en aquella prendería sospechosa era dar a su suicidio una publicidad lamentable. Los bandidos sabrían aprovechar el escándalo para hacer víctimas de nuevos *chantages* a sus amigos y a sus hijas. Explotarían su muerte, como intentaban explotar su vida.

Se levantó, se metió el revólver en el bolsillo y miró a la banda de Benaxer, que no decía una palabra y que retrocedió al verle en pie. Y sin decir nada, se fué.

Se encontraba en la calle, como el día en que Chambertin le acogió a su regreso de Marsella con GINETTE, antes de que el azar le condujera a la prendería y a casa de la Michaud.

Veía en torno suyo el mismo paisaje desolado: las fortificaciones, las casas bajas y agrietadas, el horizonte de cielo triste y plomizo.

Pero esta vez no tenía siquiera la menor esperanza. Todo se le aparecía como una pesadilla, y la sola idea de vivir se le antojaba intolerable, como un padecimiento físico. ¿Por qué no habría tenido valor para matarse, a su llegada a París? Al menos hubiera evitado a los suyos unas semanas de angustia.

Recorrió el boulevard Soult, pasó por delante del cafetín de la buena Michaud, único sitio en que había vivido horas apacibles, como no las conocía desde muchos años acá, y llegó a la plaza de la Nación.

¿Por qué en ciertos momentos aumentan nuestra tristeza los paisajes que nos rodean? El tiempo era espléndido. En las puertas de las fortificaciones se veía el ajetreo de la vida de París, y a lo lejos los primeros ventorrillos de las afueras. Había alegría en la atmósfera, pasaban risueñas enamoradas parejas; pero a Manin le parecía desdeñosa y hostil la gente que no le miraba.

Si hubiera contado su historia a cualquiera de los que se cruzaban con él, ¿quién le hubiese creído?, ¿quién le hubiese consolado?, ¿quién le hubiera compadecido? Cada cual vive para sí, se cuida de su felicidad y no toma parte en los dolores ajenos. Verdad es que había tenido la suerte de encontrar personas como el señor de Bersange y un buen amigo como Chambertin, a los cuales guardaba infinito agradecimiento. Pero ese mismo agradecimiento es lo que le obligaba a morir. No podía seguir siendo la causa de la desdicha de tales señores; y para ello no había más solución que la muerte.

Ya no sabía adónde dirigir sus pasos. Sin embargo, una vieja costumbre del tiempo en que era actor le hizo encaminarse al arrabal de San Antonio. Todo aquello estaba lleno de recuerdos para él. No podía dar un paso sin tropezar con algo de su pasado. No era éste tan remoto... Veinte años escasos... Y ante sus ojos resucitaban las alegrías y las penas.

Llegó a la esquina de la avenida de Ledru-Rollin, al lado del Edén, teatro donde comenzó su carrera. Allí había representado melodramas. ¡Qué felices tiempos! Tenía entonces veinte años. Creía en el arte, en la omnipotencia del talento, en su vocación de cómico sincero. Cuando salía a escena, creía ser como un sacerdote que sube al altar: imaginábase que cumplía un deber sagrado. Acudieron a su memoria las repletas plateas y las hermosas noches de aquella época. Se representaban *Las dos huérfanas*, *La panadera*, *La monda de San Sulpicio*. El público conocía los artistas, sabía que Manin representaba los papeles de galán joven. Era simpático, le aplaudían en cuanto salía a

escena, y cuando se hallaba en presencia del traidor, el público le prodigaba advertencias y le daba ánimos. Lo sostenían con aplausos de aprobación en sus luchas contra los malos. Durante toda la representación estaba convencido de su papel. Luego, al regresar a su casa, se reía de su ardor. Sabía bien que todo era comedia y ambicionaba desempeñar papeles que no fueran tan convencionales. El melodrama le parecía cosa vieja.

Y, sin embargo, ¿qué era su vida, más que un melodrama? Un melodrama en que no faltaba nada, ni los malos amigos, ni la gente buena, ni los traidores, ni los que persiguen al hombre que quiere rehabilitarse. Hacía quince años que todo conspiraba a convertir su existencia en una de las obras vulgares de que en otro tiempo se burlaba. Y hasta reconocía en su vida las cosas que antes reprochó al teatro como inverosímiles.

Ningún novelista, ningún autor dramático imaginaría un escenario más extraño que el que le impuso a él el destino. Y en el Edén fué donde empezó a tratar con individuos a quienes volvió a ver más adelante y que habían de ocupar lugar preponderante en sus desdichas. Pero ¿a qué sumirse de nuevo en lo pasado? Lo hecho, hecho está, y nada puede borrar sus alegrías ni sus penas.

A medida que andaba iba evocando todo un período más cercano. En aquel barrio de Charonne hizo sus primeras armas en el robo.

Una operación insignificante, le decían los inductores. Se trataba de robar la caja de un usurero de la calle de San Bernardo. El hombre era un avaro detestado de todos sus clientes. Los sábados por la noche solía salir a dar un paseito de una hora, único descanso que se permitía en toda la semana. Por tanto, había que obrar rápidamente.

Hacía diez días que Manin estaba sin recursos y que le era imposible conseguir contrata. Tanto entre las agencias teatrales como entre los empresarios había adquirido una reputación deplorable. No

le querían en ninguna parte. Y tenía que vivir.

Unos «compinches» de ocasión le propusieron aquel negocio. Dado buen rato; pero en primer lugar tenía hambre. Y además, sólo lo haría una vez, por pura necesidad.

Tuvo mucho miedo, se negó a subir al piso del usurero, y por más que le amenazaron, sólo consintió en quedar en acecho. Permaneció tres cuartos de hora en la acera, como un paseante indiferente, frente a la casa del usurero, vigilando los alrededores. Fueron tres cuartos de hora de verdadero suplicio, durante los cuales tuvo tiempo sobrado de reflexionar acerca de su vida y de las consecuencias de aquella primera flaqueza. Cumplió muy bien su cometido; sus compañeros se apoderaron de algún dinero y él recibió el salario prometido por su complaciente complicidad.

El dinero se le escapó de las manos, como vulgarmente se dice. Y poco a poco se acostumbró a esas ganancias fáciles. Si hacía buen tiempo y tenía algunos duros en el bolsillo, iba a las carreras de caballos. No hacía esfuerzo alguno, vivía como podía y no pensaba en nada...

De eso hacía ya algunos años.

Y en aquel momento volvían a su memoria aquellas imágenes que él creía desaparecidas para siempre... Todas las cosas que le rodeaban, todas las tiendas de muebles del barrio le echaban en cara lastimosas aventuras. Aquí una cita con Robert, jefe de banda; ahí un café en donde se habían reparado el botín de un robo; más allá una puerta cochera, en donde tuvo que esconderse para escapar de la persecución...

...La plaza de la Bastilla con su interrumpido movimiento de gente y de tranvías, con sus rumores que le zumbaban dolorosamente en la cabeza, le sacaron de sus lúgubres meditaciones. Una vez más se preguntó en qué dirección iría. Se dejó conducir por ese vago sentimiento que nos lleva al camino que se debe seguir.

Por el boulevard de Enrique IV llegó

al puente de Sully, ¡al Sena! ¿Por qué siguió ese camino que conduce tan rápidamente al río? Vió en ello una advertencia. Durante un instante, como en los minutos que preceden a un acto decisivo, vió ante sí a sus hijas y su mujer, que se sonreían de su desesperación y parecían reprocharle su desaliento. ¿No habían conocido ellas también horas dolorosas? ¿No habían soportado las peores calamidades, sin ser responsables de ellas?

El podría reparar todo el mal que les había causado. ¡Ellas no pedían más que acogerle, que perdonarle sus yerros!

Y, como por dolorosa ironía, resonaban en sus oídos las palabras del viejo Benazer: «Su mujer, que pronto volverá, se verá mezclada a todos estos sucesos. No es cosa agradable para una artista conocida. Sacarán a colación toda su familia...»

Instintivamente miró el agua del río amarillento, refugio de tantos desesperados. Todas las novelas cuentan aventuras de pobres muchachas que acaban de noche en aquella tumba movediza. La misma vida cotidiana abunda en tan lamentables dramas. Y Manin pensaba en acabar como tantos otros. Después de todo era cosa breve y silenciosa. Desaparece uno sin que nadie se entere.

Pero no, no moriría así. Muchos seres humanos padecían y soportaban pacientemente sus dolores involuntarios, para que él, Manin, cometiera la cobardía de dejar una existencia que había estropeado por su propia voluntad.

Hoy no tiene derecho el hombre a huir del combate sin luchar por los que comparten sus alegrías y sus penas. Toda la agitación que le rodeaba, todos los obreros que acudían a su trabajo, todos los empleados que iban a su casa, le indicaban la estrecha solidaridad que une entre sí los miembros de una inmensa familia.

Manin volvía a hallar en su memoria todo cuanto de razonable y humano había aprendido en su juventud, en su educación de joven burgués modesto. Prosiguió su camino pensando, sin saber

dónde le llevaban sus pasos, cuando, de pronto, alzó la cabeza y vió que estaba ante el hospital de la Piedad.

La vista de los vastos edificios que abrigaban tantas miserias le impresionó. Sin idea precisa de lo que iba a hacer, penetró en el establecimiento y se dirigió al portero.

—¿Podría hablar al médico jefe?

—Vuelva usted mañana a las nueve — le respondieron —. ¿Es asunto personal?

—No precisamente...

—En ese caso puede usted ver a un interno de servicio, que le atenderá. Siga usted por la alameda central, dé la vuelta al pabellón Dupuytren y verá el pabellón de los internos.

Manin siguió las indicaciones que acababan de darle, llegó al pabellón y llamó a la puerta del primer piso.

—¡Adelante!

Manin se descubrió y se halló ante dos hombres con blusa de trabajo. Se dirigió al que le pareció de más edad y le dijo:

—Dispense usted, señor...

El interno levantó la cabeza y examinó rápidamente al intruso.

—¿Qué desea usted?... Explíquese lo más brevemente posible, porque tenemos mucho trabajo.

Manin estaba muy emocionado. No encontraba palabras, ni sabía ya a qué había ido allí ni lo que quería decir. Al fin declaró súbitamente.

—Por razones imperiosas, querría morir.

La frase era tan brutal, tan torpe, que los dos internos se miraron y exclamaron a un tiempo:

—¿Qué está usted diciendo?

—Sí, señor — prosiguió Manin, que poco a poco había recobrado su sangre fría —, quisiera morir. Pero he reflexionado... Matarme es demasiado necio, demasiado cobarde. Yo desearía que mi muerte sirviera de algo. Y al pasar por delante del hospital, he pensado que los médicos siempre tienen experimentos que hacer... y que yo podría muy bien servir a la ciencia a mi manera... Tal vez

les parezca esto algo ridículo; pero no sé explicarme mejor...

Los dos jóvenes miraban con cierta incredulidad a su interlocutor. ¿Quién era? ¿Un gusón o un loco? Pero no quisieron despedirle bruscamente.

—No dudamos de la excelencia de sus intenciones, señor; pero permítanos decirle que estamos aquí para curar a la gente y no para matarla... Y añadiremos, que aunque su proposición mereciera alguna atención, nuestros reglamentos son terminantes...

—Y, sin embargo, ¿qué más natural? — dijo Manin con energía —. Si quiero morir, la ley no puede impedirme que me aloje una bala en la cabeza. Ningún reglamento me impide ahogarme, y si propongo mi cuerpo para experimentos interesantes, me rechazan!

—Puede usted decirle, señor; pero sería muy larga tarea explicarle lo simple de su razonamiento. Mi colega y yo no tenemos tiempo de darle argumentos convincentes.

Y ambos se levantaron.

Manin iba a retirarse, cuando apareció en la puerta una enfermera.

—Señor Berard — dijo al segundo interno —, el 14 está en plena hemorragia, que no puede detenerse con nada.

—¿Ha visto usted al señor Carline?

—Sí, y me ha dicho que avise a usted inmediatamente.

—Está bien. Ahora voy. ¿Me acompaña usted, Melo?

—Sí.

Disponíanse ambos hombres a salir, cuando Berard se detuvo en la puerta y preguntó a Manin sin ambages:

—¿Quiere usted dar su sangre para salvar a una recién parida que va a morir?

Manin respondió sin vacilar.

—Sin ninguna duda.

No esperaba el interno esa respuesta. Hasta entonces, tanto él como su compañero creían que hablaban con un hombre que no tenía cabal la razón; porque eran muchos los que iban a hacerles proposiciones absurdas so pretexto de servir a la ciencia.

Pero el desconocido había contestado con tanta serenidad y decisión, que no se podía poner en duda su sinceridad.

—En ese caso, tenga la bondad de acompañarnos — dijo a Manin —. Su respuesta demuestra gran valor y le felicito... Venga usted...

Poco después entraban en la sala de operaciones.

—Una vez más — dijo Santiago Berard — le ruego que reflexione, señor, porque...

Manin no lo dejó terminar la frase.

—No hay necesidad, porque sé muy bien lo que hago, pierda usted cuidado... Nunca he estado enfermo, soy sano de cuerpo y de espíritu.

—Está bien, desádmese.

Manin se quitó la ropa. El interno le auscultó detenidamente, después le instaló en un carrito que le condujo al fondo de la sala, donde estaba ya en la mesa de operaciones la enferma a quien Manin iba a dar su sangre.

Al entrar, Manin se sintió como sofocado por el olor del ácido fólico; pero poco a poco se habituó a él y no veía más que luz y blancura. El techo, las paredes, el suelo, todo estaba inundado de luz.

Había estantes de vidrio llenos de instrumentos de cirugía que relucían; en el centro de la sala, la mesa donde él iba a tenderse, cubierta de lienzo blanco. Manin miraba todo con indiferencia, como si no fuera él el paciente. No pensaba más que en la mujer que yacía allí inmóvil, descolorida...

La mesa en que le colocaron estaba al lado de la de la enferma. Estaban casi uno junto a otro, como en una cama grande.

El interno se colocó entre los dos. Manin había creído que le dormirían. Mas no... Le dieron una inyección de citrato de sosa para que no se coagulase su sangre, según le dijeron.

Seguía con lucidez de espíritu el paciente trabajo de los doctores. Después de untarle con tintura de yodo el pliegue del codo, le clavaron una aguja a cuyo extremo había una goma que lo unía al tubo transmisor.

Sintió el dolor del pinchazo, vivo, agudo, pero no se movió. Alrededor de la mesa había varias personas, cuya respiración regular percibía Manin...

El tubo transmisor estaba lleno de sangre suya. Al otro extremo, había también una goma y una aguja, que Manin adivinó que la hundían en la piel de la enferma. Y sin que él notase otra cosa que una dolorosa languidez, sin que pudiera fijar la mente en una idea, la transfusión operóse lenta y naturalmente, sin ese misterio que parece rodear a una operación casi milagrosa, al heroísmo sin gloria de un ser que da lo más precioso de sí...

—Ya ha terminado — dijo de pronto el interno, curando la llaguita del codo con un poco de algodón empapado en colodión.

—¡Enfermera!

—¡Señor!

—Llévense a la enferma... En cuanto al hombre, dénde de beber y condócánle al pabellón de aislados, al cuarto número 11, y que lo reconozcan atentamente.

Manin no oía sino un rumor confuso de palabras sin fin. Vea formas blancas que iban y venían. Invadiale dulce entorpecimiento. Sentía que le movían, que le empujaban, que se lo llevaban. Súbitamente se le apareció la imagen de Ginette y de Gaby, como si las dos niñas quisieran santificar con su presencia toda la nobleza de su sacrificio.

Y cuando estuvo en la cama, aun parecían inclinarse hacia él esos dos rostros, para velar y proteger su debilidad...

XXXV

Aman... Aman

En tanto que Manin recordaba así sus culpas, Chamberlin y Bersange, a quienes había pedido dos horas de paciencia, almorzaban en la avenida de Carlos Floquet, en casa del artista.

La comida era triste. Los dos hombres no hablaban apenas, cada cual pensaba en los extraordinarios incidentes de aquellos últimos días. Además, pasaba la ho-

ra, Manin no volvía, no daba señales de vida. Empezaban a preguntarse qué nueva y enfadosa sorpresa les reservaría ese silencio.

—No le ocultaré a usted, Chamberlin, que me inquieta mucho la suerte de Manin... ¿Qué habrá sido de él? ¿Qué tontería habrá cometido? Todo esto me da mala espina...

En aquel momento se oyó el timbre en la antesala, y los dos amigos se levantaron precipitadamente. Oyeron una voz risueña que preguntaba:

—¿Está aquí el padrino?

Era Ginette, que venía de la calle del Sahel y que se arrojaba en brazos de Chamberlin, daba un apretón de manos a Bersange y declaraba con toda franqueza:

—¡Sepan ustedes que... tengo apetito!

La criada puso rápidamente un cubierto más en la mesa, y la joven, mientras comía con buena gana, contó lo acaecido en Chaligny, su llegada con Benazer y Flora a la calle del Sahel y el encuentro con su padre.

—¿Y tu papá se ha quedado allí?

—Sí, para que me libertasen inmediatamente, se ha ofrecido como rehén.

—¡Cómo rehén! — repitió Chamberlin —. ¡Habrás visto!

Al hablar así, Ginette, no sospechaba la gravedad de sus palabras. El artista adivinó que desde que la niña había salido de la prendería, debieron de suceder allí cosas extraordinarias. Estaba a punto de ir a casa de Benazer sin esperar más, cuando pensó que primero había que comunicar a Bertal el feliz regreso de su nieta mayor.

Llamó por teléfono y contestaron Gaby y Renato.

—Tengo noticias de Ginette — dijo sin preámbulos —: que llama Gaby a todos.

Por su parte llamó a Ginette, que se encargó de dar a los suyos los detalles de su odisea.

Bertal le anunció que dentro de dos horas vendrían todos en automóvil a casa de Chamberlin.

—Y — añadió — no olvides que, salvo aviso en contra, saldremos esta noche para Marsella, para recibir a tu mamá.

En verdad, la pobre madre se hallaba camino de Marsella. No convenía que el buque llegase al puerto y no baliara la madre a nadie. Ginette rebotaba alegría a la sola idea de tomar el tren y de imaginarse el contento de su madre.

Chamberlin y Bersange la miraban con ternura. Y en cuanto dejó el receptor, se volvió, exclamando:

— ¡Voy a ver a mamá!

Pero el artista no olvidaba que no podía perder tiempo y que aun no se había apartado el peligro de las empresas de Benazer, y suplicó a Bersange que le escuchase un momento.

— Cada vez estoy más intranquilo, amigo mío — le dijo —. Me temo que Manin cometa una ligereza. Ya ha oído usted lo que nos ha contado Ginette; eso de quedar como rehén no asegura nada bueno. Quédese usted aquí con Ginette hasta que llegue su abuelo, y yo corro a la prendería. Es absolutamente necesario que me entere de lo que pasa allí.

Había hablado a media voz. Por eso se extrañó Ginette cuando vio que Chamberlin cogía el sombrero y se disponía a salir.

— ¿Adónde va, padrino? — le preguntó.

Chamberlin contestó evasivamente:

— A hacer una diligencia, hija mía... Vengo en seguida.

Y se fué sin dar más explicaciones.

Ginette y Bersange se quedaron a solas.

Por primera vez desde que conocía al príncipe encantado experimentó la joven cierto azoramiento al verse sola con él. ¡Habían pasado tantas cosas desde que se vieron la primera vez! Tantos momentos de inquietud, de dulzura, de ternura, formaban para ellos dos un tesoro común de recuerdos, y les sería difícil habiarse sin evocar aventuras en que se hallaban confundidos sus corazones.

Bersange no se atrevía a mirar a su joven compañera, que a su vez se veía turbada para romper el silencio, que se iba haciendo insostenible.

Sin embargo, se decidió con infantil encanto:

— Señor príncipe encantado, ¿cómo po-

dremos mis padres y yo agradecerle y pagarle lo que ha hecho por nosotros?

— Para mí felicidad, me basta saberle a usted contento. ¿No soy amigo suyo?

— ¡Oh, sí! — exclamó Ginette, que no pudo reprimir esa exclamación, cuyo espontáneo entusiasmo suavizó con una frase más amable y correcta.

— Nuestro mejor amigo.

— Un amigo a quien supongo que querrá usted mucho.

— ¡Oh! Le quiero mucho más de lo que se quiere a un amigo.

Bersange sonrió ante tan ingenua declaración.

— ¿Entonces, corao a un hermano mayor?

— Tal vez.

Ese «tal vez» conmovió a Bersange más de lo que quería dejar ver.

Momentos antes, Ginette no era para él más que una niña. Y bastó que ella pronunciara unas palabras con voz más dulce que de costumbre, y que le mirase más fijamente, para que él notase que la niña era muy distinta de lo que él se imaginaba, y que una joven no tendría más encanto que ella.

De pronto, con uno de esos arrebatos de chiquilla que desmienten instantáneamente la gravedad de una conversación o de una actitud, Ginette se arrojó en sus brazos.

Bersange la besó fraternalmente; pero con tímidas precauciones la rechazó y se echó atrás.

Ginette se extrañó mucho de esto.

— Parece que no está usted contento, señor de Bersange.

Éste la miró atentamente. ¿Era una pequeña argucia femenina, o era expresión de un sentimiento muy espontáneo?

— Sí, hija mía, sí, estoy contentísimo. Pero permítame decirle que también yo... la quiero mucho... y que...

— ¿Qué? — preguntó vivamente la joven.

— Que no soy pariente ni hermano suyo, y que no debemos...

Calló, censurándose interiormente por su torpeza, y luego prosiguió:

— En fin, comprendame usted, Ginette:

una joven no debe besar, como usted lo hace, a un joven que no es ni pariente ni hermano suyo.

— ¡Ah!

— A menos que sea su prometido.

— ¡Es verdad!... Pero como yo no quiero casarme...

Bersange había recobrado la confianza, y ya se divertía un poco con aquellas confidencias de chiquilla.

— ¿De veras? — dijo —. ¿No piensa usted casarse?

— No.

— ¿Y por qué?

— ¡Ah! Eso...

— Permítame preguntárselo.

Ginette se mostró esquiva y obstinada. Tenía razones para callar: no quería decir lo que pensaba. No por eso dejó Bersange de acosarla a preguntas.

— Vamos... crea que a mí... su mejor amigo... puede usted decirme por qué no quiere casarse... ¿Es cosa tan grave?

La joven repitió:

— Sí... no me casaré.

— Pero, para decirlo, tendrá usted algún motivo... Supongo que no creará usted que yo voy a descubrirla...

Ginette hizo con la cabeza un signo de que no tenía una traidora...

— Entonces, háganme francamente... que yo pueda darle algún consejo. Es usted muy joven para tomar sola semejante decisión...

— Pues bien, señor de Bersange, ya que quiere usted saber mis razones, voy a decirselas; pero ¿no se enfadará si encuentra un poco bruta mi franqueza?

— No... Se lo prometo.

— ¿De veras?

— Se lo juro.

— ¡Poco bien! No quiero casarme, porque si que yo quisiera por marido no me querrá a mí nunca por mujer.

El príncipe encantado no pudo menos de manifestar su asombro.

— ¡Hombre! ¡Hombre! ¡Vaya una ocurrencia!

— No me interrumpa, y sobre todo no me pregunte más; de lo contrario no sabrá usted nada...

— Está bien... calló.

— Continuó: el hombre a quien yo amo, no me toma en serio... No se ría usted, no... Es verdad... Y esto me hace muy desgraciada... Sí, él es muy amable, me quiere mucho, estoy segura... es muy rico... es mi bienhechor... Pero no me toma en serio... Además... ya que es usted amigo mío... se lo diré... Nunca se casaría ese hombre con Ginette Manin... no... no querría...

Y prorrumpió en sollozos, como una niña, que así lo era en aquel momento en que no podía contener sus lágrimas ni su dolor.

Permaneció inmóvil y después, sin mirar en torno suyo, se fué al fondo del cuarto, y apoyada contra la pared, con la cabeza en el hueco de su brazo doblado, lloró silenciosamente...

Bersange se acercó, la cogió de la mano y la obligó a volverse.

— Ginette, su franqueza acaba de casarme gran alegría.

— Dispénsame usted — dijo la joven, procurando ocultar las lágrimas con una sonrisa —. Me ha dicho usted que le hablase francamente, le he dicho la verdad, y ahora que se la he dicho, me asusto.

— ¡Ginette!...

— ¿No se ha enfadado mucho?

— ¡Qué he de enfadarme!...

— Entonces dígame una vez más, sólo una vez, que me quiere usted mucho...

Al pronunciar esas palabras, atró Ginette hacia él sus ojos claros que parecían implorar una respuesta cariñosa.

Y lentamente, con una delicadeza de enamorado tímido, Bersange cogió en sus manos la rubia cabecita y posó los labios en la frente de aquella a quien ya no consideraba como una simple niña.

— La amo a usted de veras, Ginette — balbuceó.

Y aquel fué su primer beso de amor ingenuo, cuya dulzura fué interrumpida por la criada que entraba a servir el café, si bien tuvo la discreción de retirarse sonriendo, después de presenciar aquel espectáculo que enterneció su viejo corazón.

Momentos después, Bertal, Renato, Ga-

by y Blanca llegaban de Cheennevières en automóvil. Ginette se precipitó en brazos de su abuelo, y durante un rato reinó gran alegría en la familia reunida, alegría que se aumentaba al pensar que por la noche saldrían para Marsella.

Gaby no se separaba de su hermana.

—Quiero que me jures que no nos volverás a dejar... quiero que me lo jures — le decía a cada paso.

—Ginette — dijo Bertal —, vas a quitarte el luto; te he traído un vestido de viaje, porque no hay necesidad de que te presentes a tu mamá con ese traje tan triste.

—¡Enséñamelo! — gritó la joven, curiosa y coqueta.

Dentro de una caja de cartón había un cuerpo y una falda que había llevado Ginette antes de marcharse su madre.

Fué a vestirse al cuarto de Chambertin, mientras Bersange ponía a Bertal al corriente de todos los acontecimientos que habían revuelto a la familia aquellos dos días.

—Y ahora estoy muy preocupado porque aun no ha vuelto Chambertin. Ha debido de ir a la prendería de la calle del Sahel; esperaba reunirse allí con Manin, y estoy pensando qué les habrá podido pasar a los dos, pues cuando menos podía habernos telefonado. Si usted lo permite, le dejaré aquí con los niños y volveré antes de que vayan a la estación. Si no vengo a la hora, váyanse directamente al andén, que allí los encontraré.

Como siempre, Renato había oído las últimas palabras de Bersange, y cuando éste acabó de hablar con Bertal, le dijo el niño:

—Si usted quiere, yo le acompañaré, porque — añadió gravemente —, para llevar a cabo semejantes diligencias, no están de más dos hombres.

El príncipe encantado aceptó gustoso, y ya se disponía a salir, cuando entró en el despacho Ginette vestida con traje claro.

—¿Qué le parece a usted? — preguntó dando vueltas y haciendo resaltar con natural elegancia la gracia de sus movimientos.

—Muy bien, como siempre...

—¿Sale usted?

—Sí, tengo que hacer unos encargos esta tarde, y me llevo a su primo. Luego nos veremos.

No se encontraba más Bersange. Su automóvil le esperaba a la puerta de la casa.

—Calle del Sahel, 78 — dijo al chófer. Y el auto se alejó rápidamente.

XXXVI

J. C.

Efectivamente, al salir Chambertin de su casa, fué a la del viejo Benazer. El prendero había visto con satisfacción salir de su establecimiento a Manin, cuyas andanzas y cuyos actos irreflexivos llegó a temer un momento.

—Lo único que le pido — dijo Benazer a Manin — es que vaya a otro sitio a matarse.

El ex cocinero le hizo ver que se les escapaba un buen negocio. Pero Benazer no era de esos hombres que se dejan abatir por los reveses de la fortuna.

—Tenemos tiempo de sobra para combinar otra cosa — dijo —: aun no ha vuelto Liseta Fleury. Bien podemos estudiar otro plan de campaña. Pero ¿qué tienes en la cara?

La emoción no le había dejado enterarse hasta entonces de que su sobrino tenía la cara hinchada, y de pronto se extrañaba de verle aquella faz amarantada que demostraba haber recibido una buena paliza.

—¡Sonito te han poeado!...

Maugars respondió bajando humildemente los ojos:

—Ha sido Chambertin quien me ha dejado así en un foso de las fortificaciones; pero, paciencia, que como le encuentre, me vengaré. Y entonces...

Miró a su prometida, Flora Benazer, que le contemplaba compasiva. Desde la aventura de la casita de campo de Chaligny había perdido la Benazer gran parte de su serenidad, y sin duda esto la hacía caritativa para su lastimoso prometido, al que dijo:

—Ven a la trastienda; no puedes estar así, hay que poner algo en esas heridas.

Maugars la siguió dócilmente y pronunció una terrible amenaza contra Chambertin.

El viejo Benazer quedó solo en la tienda, y como buen comerciante que a pesar de todo no olvida los intereses de su casa, empezó a hacer cuentas. Había sido un mal día.

—Decididamente — pensaba — la cosa va mal. No tengo la cabeza para cálculos; hace tres días que todo lo que emprendo falla. Si siquiera pudiese enmendar el negocio de Mania... Veamos cuál es el medio más sencillo de sacar algunos cuartos al señor de Bersange y a Chambertin.

Cuando pronunciaba estas palabras, vio ante sí, al través de los cristales, en la acera de enfrente, la figura del cómico, que parecía dirigirse a la prendería.

—Indudablemente hay Providencia — dijo el prendero —, porque veo ahí un individuo que seguramente va a entrar en mi casa.

En efecto, Chambertin cruzó la calle y entró en la tienda.

Amadeo Benazer se levantó con exquisita cortesía y como si recibiera un cliente notable se inclinó hasta el suelo.

—Señor Chambertin, tengo un gran honor en saludarle.

El artista frunció el ceño y no respondió. Benazer continuó diligente.

—¿En qué puedo servirle?

—¿Dónde está Mania?

—No sé nada.

—Sin embargo, estaba aquí hace un momento.

—En efecto, pero ha ido a matarse a otro sitio.

—¿Qué dice usted?

—Digo que ha ido a matarse a otro sitio. Pensaba haberlo hecho aquí; pero yo le he disuadido, y a estas horas debe de estar en el Sena o en algún foro de las fortificaciones. No sabría decirle a ciencia cierta cuál de los dos medios ha elegido. Sea como fuere, supongo que usted es como yo y se alegrará de que

un canalla de esa castaña deje libre el suelo de la gente honrada.

Chambertin exclamó:

—¡No es posible!... Por una vez, dígame usted la verdad...

—Ya se la he dicho.

—¿Y no sabe usted hacia dónde se ha encaminado?

—Lo ignora.

—¿No le ha dicho nada?

—Ni una palabra.

En tanto que Chambertin intentaba obtener algunos datos acerca de los propósitos manifestados por Mania, Flora Benazer estaba en la trastienda procurando mitigar los dolores faciales de Maugars. Pero en el momento en que daba al ex cocinero un masaje en su molesta cara, él la mandó detenerse. Acababa de oír una voz que no le era desconocida.

—Para y escucha — dijo.

En la habitación contigua oía claramente la conversación que se prolongaba entre su tío y el cómico.

—Chambertin está aquí — balbució Maugars —, reconozco su voz. Déjame en paz, que vamos a arreglar nuestras cuentas.

Dijo a Flora que cogiese un pañeto, y él cogió una faja de franela.

—Hay justicia — refunfuñó.

Y ambos se acercaron de puntillas a la tienda.

Chambertin estaba sentado en una silla y le daba la espalda.

En menos de un segundo se arrojaron sobre él Maugars y Flora, le amordazaron, le ataron a la silla y dejáronle en la imposibilidad de moverse y de gritar.

Benazer no tuvo siquiera tiempo de intervenir para proteger una existencia que podía serle preciosa. Maugars cogió al artista como un fardo y lo arrastró a la trastienda, donde, ante aquel desgraciado que no podía contestarle, pronunciaba feroces discursos con el tono lírico de gran orador.

—¡Has contraído conmigo una deuda terrible!... Ha llegado el momento solemne... la hora de rendir cuentas ha llegado. Pagarás en montón por ti y por los tuyos... ya no te me escaparás...

Si tus amigos quieren tenerte, ya verán lo que les cuesta... ¿Crees, acaso, que un crimen podía quedar impune? Por cada uno de tus golpes padecerás mil muertes. Y además has de producirme dinero... Estás acostumbrado a cobrar buenas cantidades; ahora las cobraremos nosotros por ti, porque estás representando la mejor papel...

El tío Benazer no quería dejar a su sobrino la iniciativa de una maniobra cuyos felices resultados y buen rendimiento preveía.

Puso un dique al torrente de elocuencia de Maugars, diciéndole que le dejase hablar, en forma tan imperativa, que calló aquél.

—Ha querido usted jugar a ver quién era más listo — dijo el preñero al artista —, y ha perdido usted la partida. Ha maltratado a ese excelente muchacho; resignese, pues, a su vez. Sepa que yo aprendí mucho el talento de usted, que, personalmente, soy uno de sus admiradores; pero sepa también que hay necesidades a las que un hombre honrado como yo y un cómico como usted deben doblegarse... Y ahora, se acabó la bromita... Bajad a Chambertin a la bodega.

Maugars levantó una trampa que ocultaba un subterráneo y cogiendo al desgraciado artista sin miramiento alguno, lo bajó a la bodega, en compañía del viejo Benazer, que, al volver a subir, dijo a su sobrina:

—Maugars está preparando el fardo. Dentro de un cuarto de hora nos habremos deshecho de él.

Al cabo de unos diez minutos, subía Maugars con una especie de fardo de trapos sólidamente atados con cuerdas.

Era poco más o menos la hora en que solía pasar por el barrio el camión automóvil de una gran empresa de trastos, cuya dueño era precisamente la hija de Benazer. Cargaron en el camión las ropas viejas y el fardo, que Maugars llevó sobre sus hombros hasta el vehículo.

El ex cocinero dijo unas palabras al chófer y montó él mismo al lado de su fardo, como si temiera que se lo fuesen a robar.

—Ten — dijo Benazer a su sobrino en el

momento en que arrancaba el camión —: entregá esta carta a mi hija, y dile que, sobre todo, siga bien mis instrucciones.

Fiora se empeñó en acompañar a su novio, y tomó asiento al lado del chófer. El vehículo bajó a poca marcha la calle del Sabel. Benazer volvió a su tienda, tomó de nuevo el libro de cuentas, reflexionó unos instantes, y se dispuso a dormir un rato, cuando paró a su puerta un automóvil.

Apeáronse de él Bersange y Renato, y sin preámbulo alguno se dirigieron al trapero que al principio pareció extrañarse de la visita, pero que pronto se serenó.

—¿No ha visto usted a Chambertin? — preguntó Bersange.

El preñero, que esperaba esa pregunta, respondió que no.

—¿No ha venido aquí?

—Lo ignoro.

—Estoy seguro de que ha venido.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta?

Bersange se impacientaba.

—¿Y tampoco ha visto usted a Pedro Manin?

—A Pedro Manin... sí, le he visto.

—Y se habrá marchado, naturalmente.

—Como usted lo dice y hasta puedo añadir un detalle: al salir de aquí, hace ya mucho rato, nos ha dicho que iba a matarse.

—¿Cómo?

—Que iba a matarse. No se asuste usted... es un bien para todo el mundo, y con eso habrá un granuja menos.

No respondió Bersange a la manobra ironía. Intentaba descubrir en los ojos del preñero cualquier cosa, algún indicio que pudiera iluminarle respecto de lo que había pasado en aquella maldita tienda.

Entretanto, Renato, como quien no hace nada, se paseaba entre los viejos vestidos, los muebles y los despojos de todas clases que rodaban por el suelo de aquella desordenada trapería. Le llamó la atención un sombrero de paja. Rápidamente el niño miró el forro, en cuyo rebordo de badana sobresalían dos iniciales blancas en fondo azul: J. C....

En el momento en que Benazer afir-

maba a Bersange con el mayor cinismo que nunca había visto a Chambertin en su casa. Renato le puso bruscamente el sombrero ante los ojos y preguntó:

—¿Y ha venido sólo, por ventura, el sombrero del señor Chambertin?

El ataque era directo. Pero el tío Benazer no pestañeó. Y con la cara más natural del mundo, calándose los lentes, cogió el sombrero de paja de manos de Renato, lo examinó con curiosidad, como si lo viera por primera vez, y dijo:

—J. C..., J. C... ¿Qué prueba esto?

—Esto prueba — dijo el señor de Bersange — que Jorge Chambertin ha venido aquí y que no está lejos.

—¿Usted cree?.. Lo siento mucho... pero es un error. ¿Sabe usted a quién ha pertenecido este sombrero?... Mire usted, aquí no hay mucha orden, y ocurre a veces que objetos de gran valor están mezclados con artículos sin importancia... Pero, ahora, ya calgo. ¿Sabe usted a quién ha pertenecido este sombrero?... Bien ve usted las iniciales J. C... Pues a Jorge Clemenceau...

Bersange y Renato no se tomaron siquiera tiempo para reír.

El tío Benazer interpretó su silencio, al no como aprobación, al menos como prueba de su extrañeza, e intentó aprovechar lo que él creía una ventaja.

—Y hasta añadiré que es una pieza de valor inestimable para un coleccionista. Y si usted es aficionado, señor de Bersange, un sombrero de Clemenceau vale en seguida de cuatro a cinco mil francos...

El joven creyó conveniente disipar todas las ilusiones del preñero.

—Haga el favor de dejarse de bromas.

—Sin embargo — insistió Benazer.

—Acabemos de una vez... Este sombrero es del señor Chambertin, y le repito que no debe de estar muy lejos mi amigo.

—Lo ignoro.

Y de pronto, mudando de táctica, el preñero pareció tomar una determinación. Su rostro se tornó duro y sus ojos brillaron. Pasó francamente a la ofensiva.

—Después de todo, ya que quiere usted acabar, acabemos. Hagamos firma.

—¡Ah! Le escucho.

—Atendamos usted bien, que voy a hablarle francamente.

—Le ruego que abrevie.

—Pues bien: las dos niñas, Manin, toda esa gente, debido a circunstancias que usted conoce tan bien como yo, han conseguido escaparse. He tenido la suerte de ver aquí a su amigo Chambertin, y no me creerá usted tan tonto como para haberle dejado escapar.

—¡Al fin confiesa usted!

—Confieso y confiado... Ha salido de mis sótanos hace una hora, abrigadísimo en mantas de lana; no tema usted por su salud, porque no pasará frío. ¿Que dónde está? Pongamos... destino desconocido.

Bersange, que se exacerbaba poco a poco, exclamó:

—¿Quiere usted decirme dónde está?

—No, señor, no... Yo ejerzo una profesión delicada... Soy esclavo de mi oficio. Tenemos nuestro punto de honor. No puedo decirle dónde está Chambertin...

¿De qué le serviría a usted saberlo? Con eso no encontraría a su amigo... Ni podría encontrarlo toda la policía del mundo. Y, aparte de esto, el problema sigue en pie. Yo sé demasiadas cosas de Manin, para que dejen ustedes de tener conmigo toda clase de delicadeza. Sé el interés que tiene usted por sus dos hijas, en particular por la mayor, sin que esto sea meterme en su vida íntima, y sabiendo esto, no dudo que podrá entenderme con usted. Supongo que no querrá usted que Liseta Fleury, que va a regresar un día de éstos, vuelva al teatro arrastrando al espectro de un asesino como su marido.

—¡Calle usted! — dijo Bersange, a quien vinieron de pronto ganas de estrangular al miserable que de ese modo se burlaba de él.

Pero al contacto de la mano de Renato, de aquel niño que confiaba en su prudencia, lo retuvo para que no ejecutara un acto que por lo demás era inútil. Se dominó.

—¿Cuánto necesita usted?... ¡Hable!

—¿Cuánto?...

Hacia rato que Benazer se esperaba

esa pregunta; pero quería echarlas de comerciante que no tiene particular apego al dinero y que reflexiona bien para decidir un precio cuando sabe que la operación es buena.

Con la mano derecha en lo alto del chaleco y con la sultura de quien no da gran importancia a lo que va a decir, respondió:

—Creo que unos cien mil francos..

Bersange no pestañeó.

—Al decir cien mil francos — prosiguió Benazer —, entiendo cien mil francos para mí y alguna pequeña indemnización por daños y perjuicios para Mengara, a quien su amigo Chambertin le ha lastimado bastante, y que tendrá considerables gastos de médico. Pongamos, si no tiene usted inconveniente, cincuenta mil francos para él.

Bersange, que tenía verdaderas ganas de andar, respondió brevemente:

—Los tendrá usted.

Benazer era demasiado malicioso para dar como definitiva esa respuesta; pero no dejó traslucir su inquietud y dijo triunfalmente:

—Ya ve usted que nos hemos entendido muy bien; ha bastado una discusión cortés. Entre gente de mundo es fácil ponerse de acuerdo.

—Ahora — repuso Bersange —, ve usted a decirme dónde está Chambertin.

—¡No! ¡no! — replicó Benazer —. ¡Qué de prisa anda usted! No puedo decirle ahora. Su amigo le será devuelto contra la cantidad que hemos convenido, pagada en billetes de banco. ¿Ha visto usted que se haga de otro modo un negocio?

—¿Cuándo debo traerle el dinero?

—Mañana, si usted quiere.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—A las doce de la noche. Sobre todo, no olvide los fondos.

Bersange y Renato se retiraron sin saludar siquiera. Cuando montaban en el automóvil, el joven recomendó a Renato que no dijera nada de lo que acababa de ver y oír.

—De aquí a mañana — pensó — le

nemos tiempo de volvernos atrás. En primer lugar, puedo saber qué ha sido de Manin. Además, Chambertin es domado avisado para no salir de las manos que le retienen prisionero. Tengo tiempo hasta las once de la noche, o sea más de veinticuatro horas. Y, después de todo, si es preciso, llevaré los fondos.

En tanto que el automóvil corría, Bersange miró al reloj y exclamó:

—¡Estamos retrasados!

Y, asomándose a la portezuela, añadió:

—Vaya derecho a la estación de Lyon, porque creo que tenemos el tiempo justo para llegar antes de que salga el tren de Marsella.

Gracias a la pericia del chófer del señor de Bersange y a su conocimiento de las calles de París, pudieron llegar a tiempo a la estación de Lyon. Faltaban cinco minutos para la salida del rápido de Marsella.

Bersange entró con Renato en el andén y se dirigieron a la vía reservada a la salida de los grandes expresos. Delante de un compartimento de primera clase vió a Bertal, Ginette y Gaby, acompañados de Blanca e impacientes los cuatro por el retraso de su amigo. Ginette fué la primera que exclamó:

—¡Ahí está!

Y al mismo tiempo un empleado cerraba las portezuelas y gritaba: «¡Señores viajeros al tren!»

Antes de subir al vagón se prodigaron los besos y las despedidas. Bersange, previa una mirada de complicidad a Renato, quiso tranquilizar a Ginette.

—Puede usted irse tranquila, hija mía, que su padre está en sitio seguro.

—¿Y el padrino?

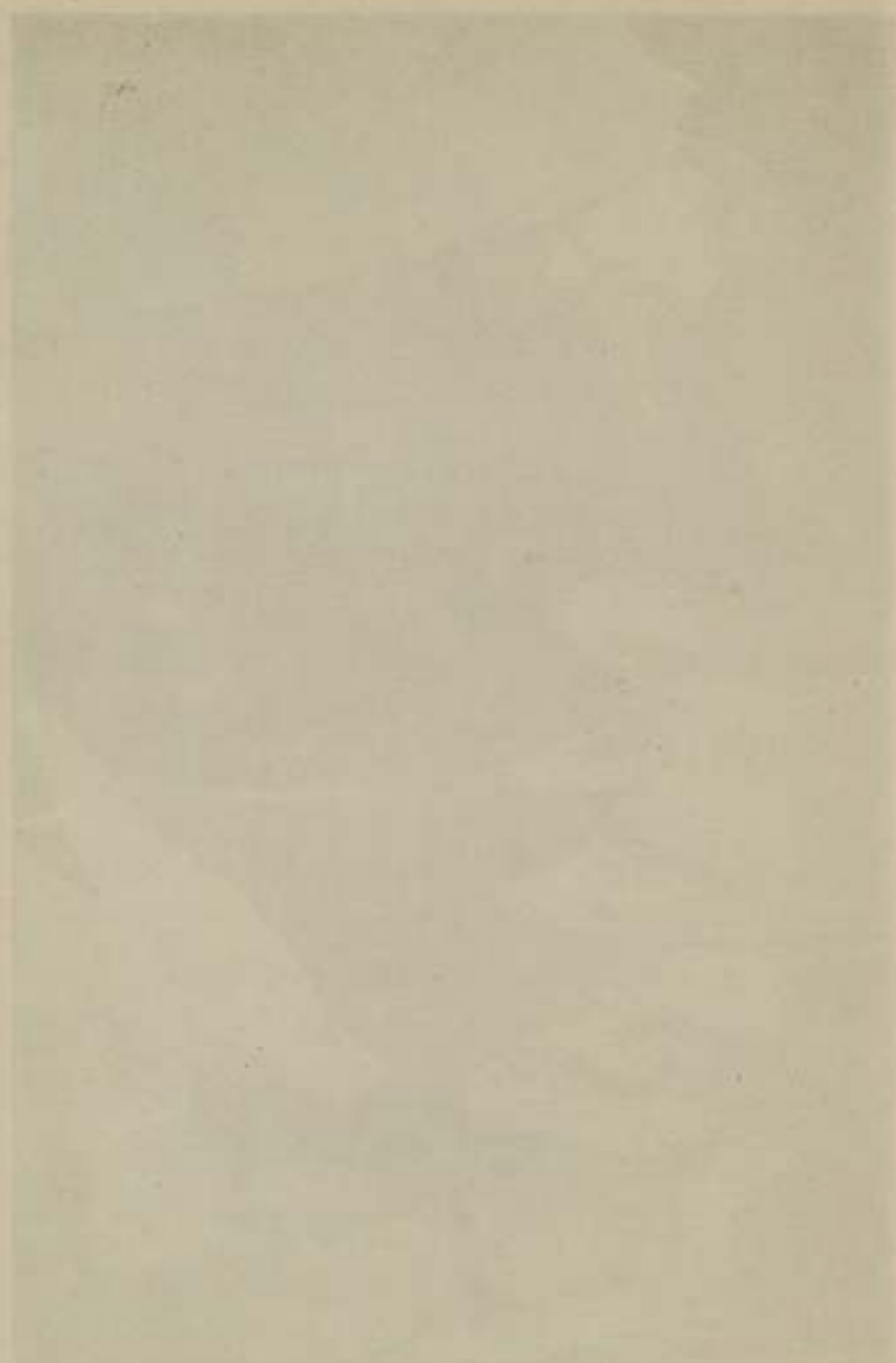
—Su padrino me ha suplicado que le disculpe. En el momento de venir con nosotros a la estación, le han llamado con urgencia de un teatro donde le necesitaban para una contrata importante.

La explicación pareció verosímil a todos.

—Además — explicó el señor Bertal —, no nos vamos por mucho tiempo. Mañana a las diez y media llegamos a Marsella. Mi hija ha debido de embarcar en el



Episodio ulanístico. — Chomburán sacó del bolsillo derecho un revólver y apuntó con él a los bandidos reunidos. (Cap. XL).



Ville de la Clotat, y según los informes que me han dado en la compañía naviera, espero que desembarcará al mediodía en el muelle de la Joliette. Como no pensamos entretenernos, pasado mañana por la mañana, si Dios quiere, estaremos de vuelta.

Todo esto lo dijo desde la ventanilla del vagón, porque el tren iba a arrancar de un momento a otro. Sonaron breves silbidos y el tren se movió lentamente.

Bersange, que se quedó con Renato y Blanca, llevó a los niños hacia el carruaje, y en el corto trayecto que recorrieron expuso el proyecto que había trazado para el tiempo que permanecieran con él.

—Vais a venir a mi casa, hasta el regre-

so de vuestro tío. Allí estaréis más seguros que en Chenevières.

—¿Volveremos a ver al hada? — preguntó Renato.

—La pobre hada — contestó sonriendo Bersange — debe de estar muy intranquila por mi prolongada ausencia. Pero se alegrará mucho cuando nos vea reunidos a los tres. Si queréis, mañana daremos un paseo en automóvil, y por la noche os llevaré al cine.

Los niños no podían contener su alegría. Subieron al carruaje con el joven, que se preguntaba constantemente, aunque sin dejar traslucir su preocupación:

—¿Tendré noticias de Chambertin?

UNDECIMO EPISODIO

La ciudad de los trapos

XXXVII

TODO LO PUEDEN LOS PUÑOS

Diffícil le hubiera sido a Chambertin dar señales de vida a su amigo Bersange. El camión cargado de trapos y ropa vieja en que habían instalado al cómico en forma de voluminoso paquete al salir de la calle de Sabel, recorrió Clichy, Asnières, Bois-Colombes y por último, Argenteuil. Una vez ahí, penetró en el vasto patio de una casa en que se alzaban por todas partes murallas de fardos parecidos a los que iba a descargar el pesado vehículo.

Era realmente la ciudad de los trapos. A cualquier parte que se dirigiera la vista no se veían más que vestiditos usados, lencería vieja, harapos y papeles. Era un gigantesco vertedero que despedía un olor nauseabundo de moho y de grasa, un antro misterioso para el profano, adonde parecían ir a parar todas las reliquias de los placeres y de las miserias de la gran urbe.

Paró el camión, y una brigada de traperos se dispuso a descargarlo. Maugars y Flora no se habían separado del fardo en que estaba Chambertin hecho una longaniza, y cuando uno de los hombres acudió para llevárselo, Maugars le dijo que tuviera mucho cuidado, porque era sumamente frágil y añado:

—Por lo demás, voy a ver ahora al ama.

El ama era Séfora Benazer, viuda de Nathanson e hija de Amadeo Benazer, el preñero que ya conocemos.

Dirigióse el ex cocinero hacia el fondo de un tinglado y se detuvo ante una puerta en la cual sobresalía una placa esmaltada que decía, con letras negras en fondo azul: «Oficinas». Llamó Maugars.

—¡Adelante! — respondió una voz femenina.

Empujó la puerta y entró con él Flora, que se le había reunido. Se hallaron en presencia de Séfora, sentada ante una mesa de escritorio americana, y que acababa de dictar la correspondencia a una mecanógrafa.

Era Séfora una mujer joven aún, de tipo oriental bastante acentuado y cuyo rostro dejaba adivinar una energía masculina. A su lado, alineaba números un mozo alto y flaco, de rostro pálido, alargado, con aspecto de burócrata fatigado: era su empleado de confianza.

Al ver las visitas, se levantó Séfora y las recibió muy cordialmente:

—¿Cómo?... ¿Usted aquí, Maugars?... ¿Pero no había muerto usted en el naufragio del Himalaya?

No parecía muy del agrado del ex cocinero tener que exponer una vez más el relato del naufragio; pero Flora le ayudó, y recibió en premio resonantes besos de Séfora.

—¿A qué debo el honor de su visita? — preguntó sonriendo.

—Aquí tiene una carta de su padre que tal vez le ponga al corriente de todo. La carta decía:

Querida hija: Necesito que guardes cuarenta y ocho horas a lo sumo, al individuo que te lleva tu primo Maugars;

ponle en sitio seguro. Mañana o pasado irán a buscarle. Le traerán con los ojos vendados, de modo que no pueda saber exactamente el lugar de su encierro, y habrás prestado un gran servicio a tu padre, que te envía un cariñoso abrazo,

AMADEO BENAZER

Séfora se guardó la misiva en el corpiño y arrugó el ceño.

—No soy muy aficionada a esta clase de asuntos — dijo —. No puedo negar un favor a papá; pero dígame que se lo hago esta vez y que será la última.

Pronunció estas palabras en tono categórico que no admitía réplica.

—Habrá usted adivinado — dijo Maugars — que el hombre que le tenemos está cuidadosamente envuelto en un fardo de trajes, y, por consiguiente, puede usted transportarle fácilmente adonde quiera.

—Lo he adivinado, en efecto; pero ¿quién es?

—Chambertin.

—¿El cómico?

—El mismo.

—¡Tiene gracia! — exclamó Séfora, sin poder contener la risa.

—Sería prudente no dejarlo mucho tiempo en su cárcel de trajes.

—Ahora me cuidaré de él, pueden ustedes irse tranquilos.

Maugars y Flora no se lo hicieron repetir. No estaban muy a gusto con aquella mujer que se parecía asombrosamente a Benazer, pero a un Benazer rejuvenecido, fuerte y que tuviera más energía que astucia.

En cuanto se fueron, Séfora abrió la puerta de su despacho y llamó:

—¿Efraim?

El burócrata acudió diligente:

—¿Llamaba usted?

—Sí. Manda que bajen inmediatamente al subterráneo norte el fardo que el señor Maugars ha recomendado a uno de los mozos. En cuanto esté al abrigo, ábralo; pero con muchas precauciones, porque hay un hombre dentro.

—¿Un hombre?

—No le pido a usted explicaciones, y haga el favor de perder esa deplorable costumbre que tiene de dirigirme pre-

guntas por la menor cosa. Ya ha oído lo que le he dicho; límitese a ejecutar las órdenes.

—Sí, señora.

—Espere un momento... Cuando el hombre esté desempaquetado, dígamele y decidiremos. Para esa tarea, llévase consigo a Kiki.

Siguiendo esas instrucciones, el fardo que contenía a Chambertin fué descendido con un torno al fondo de un subterráneo débilmente iluminado con una lámpara eléctrica.

Llevada a buen término la operación, Efraim y Kiki bajaron la escalera que conducía a las bodegas, y con un cuchillo abrió Kiki el fardo, de donde emergió Chambertin amordazado, atado aún a la silla y sin poder efectuar el menor movimiento.

En el instante en que le quitaban las ligaduras, llegó Séfora, con el rostro tapado por un largo velo negro transparente, y miró al artista, que parecía muerto.

—¡Cortad las cuerdas! — ordenó la mujer.

Efraim ejecutó la orden y puso en pie la silla. Séfora se inclinó contra Chambertin y le hizo respirar un frasco de sales.

—Espere usted, señora — dijo Kiki —, traigo encima un aguardiente que reanimaría un muerto.

Y sin consideración alguna, introdujo el gollete del frasco entre los labios de Chambertin.

Temiendo sin duda que el artista diera un salto por la acción del alcohol, Séfora había retrocedido hasta ponerse delante de la escalera, para cortar toda salida, y allí se quedó, revólver en mano, precaución del todo inútil, porque, a pesar de la fuerza del aguardiente absorbido, Chambertin no abrió los ojos sino muy lentamente, estiró los miembros, respiró con ruido cuando volvió totalmente en sí, y apenas tuvo fuerzas para expresar con una interjección su asombro por salir vivo de una pesadilla.

Intentó levantarse, pero se le doblaron las piernas anquilosadas, y cayó pesadamente en la silla.

—¿Qué tal está usted, señor Chambertin? — preguntó con cierta ironía Sefora.

—¿Dónde estoy? — dijo por toda respuesta Chambertin.

—Está usted en casa de una admiradora suya.

El padrino de Ginette se restregó los ojos.

—¿Es cosa de cinematógrafo? — preguntó.

—Casi, casi. Además, ¿no es usted tan buen artista en la pantalla como en el escenario?

Chambertin era incapaz de comprender el chiste de sus frases. Continuó examinando con ojos de espanto las húmedas paredes del sótano.

La viuda de Nathanson procuró ponerle al tanto de la situación.

—Órdenes superiores me obligan a decir a usted que será mi huésped durante cuarenta y ocho horas a lo sumo. Créame que me contraría muchísimo no poderle recibir como hubiera sido mi deseo, pero no esperaba su visita. No obstante, creo que le trajan a usted con los mayores miramientos, y estoy segura de que no tendrá queja de mí. He ahí su cuarto...

Y con el dedo mostró una puerta sólida que habían abierto Efraim y Kiki y que rechinó lúgubramente sobre sus ganes, tan lúgubramente que Chambertin se estremeció.

—Indudablemente — explicó Sefora —, no es muy cómodo, como puede usted ver; pero aquí tiene que contentarse con lo que le ofrecemos, porque esto no es un palacio.

Chambertin tenía ya bastante sangre fría para darse cuenta de que le encerraban simplemente en una celda.

Pero, para evitar toda interrogación, añadió Sefora:

—Veo que se extraña usted de que no haya ventana. Pero ¿cree usted muy útil una ventana?... Me parece que no, porque suele dar una curiosidad que a veces impide dormir. Aquí no puede usted tener ninguna distracción. Después del penoso viaje que acaba de hacer, podrá descansar sin que nada le moleste.

A todo esto, Chambertin había recobra-

do ya algunas fuerzas, y se hallaba en pie, mirando con inquietud a su alrededor. Hubiese intentado huir, pero aun se sentía muy débil, para prender un golpe de audacia, y además, veía, en la única salida de la bodega, dos hombres que le cerraban el paso, revólver en mano.

Acaso con cierta diplomacia tendría más probabilidades de recobrar su libertad...

En tono casi amable, preguntó:

—¿Podría saber al menos, señora, a quién tengo el honor...?

Antes de que terminara la frase, le interrumpió Sefora:

—A Sefora Benazer, viuda de Nathanson, negociante en trapos.

El artista hallucín, a pesar de su deseo de mostrarse amable:

—Benazer... Benazer... ¡Por todas partes hay tipos de esos!

La carcelera sonrió maliciosamente y dijo:

—Ahora, señor Chambertin, si quiere usted tomarse la molestia de entrar...

Chambertin no pudo conservar más tiempo su serenidad, que sólo era aparente, e hizo un brusco movimiento para intentar escaparse. Pero Sefora le agarró por el brazo y le obligó a entrar en el cuarto, quedándose ella en el umbral, y en seguida dió un empujón a la puerta, la cerró con tres vueltas de llave, y desde el pasillo gritó a su prisionero:

—No se preocupe por el alimento... Dentro de poco le traerán la comida... ¡Qué aproveche, señor Chambertin!

El cómico oyó ruido de pasos, cuchicheos y luego nada.

Estaba prisionero, sin esperanza alguna de evadirla, sin saber lo que significaba toda aquella farsa ni lo que iban a hacer con él. Su situación no tenía nada de tranquilizadora.

Sefora Benazer, a pesar de sus protestas de amistad, era capaz de matarle, si había recibido orden de hacerlo, o de mandar a algunos miserables ejecutar esa tarea. Indudablemente, la trapera estaba en connivencia con el prendero de la calle del Sabel, que anhelaba la reclusión del padrino de las dos niñas para sacar dinero a Bersangé y a Bertal.

Y al el *chantaje* no diera resultado, ¿quién sabe lo que decidiría el bandido?

En aquella ocasión no había que esperar los acontecimientos. Era preciso obrar por sí mismo y en seguida, hallar el medio de escaparse de aquella celda y de volver a su casa de la avenida de Carlos Floquet.

Ya no tuvo otra idea Chambertin y aplicó toda su energía a hallar la solución del problema. Cuando creyó oír en el pasillo pasos que se acercaban a su calabozo, ya había tomado una decisión.

Se tendió en la cama, dejó colgar fuera de ella la cabeza y el brazo, éste tocando al suelo, y cerró los ojos. Así parecía llevar mucho tiempo desmayado.

Abrióse la puerta chirriando y apareció Efraim, enfermero, encolaque, con una cesta, que dejó en tierra diciendo:

—Aquí tiene la comida, señor Chambertin. Supongo que le gustará... Al menos, mi ama ha querido...

Se interrumpió súbitamente.

Acababa de ver al artista que no se movía, y que, a la amarillenta luz de la celda, parecía tener en el rostro la palidez de la muerte.

¿Habría parecido por haber estado tanto tiempo en un fardo de ropas? Después de todo, era muy posible.

Acoróse al lecho y llamó:

—¡Señor Chambertin! ¡Señor Chambertin!

No obtuvo respuesta. Cogió en la mano el brazo inerte, el cual volvió a caer flojamente. Efraim se agachó para escuchar si el preso respiraba aún. No oyó nada, pero...

Pero sintió de pronto que le agarraban la garganta dos manos nerviosas, se sintió agitado, sacudido, empujado, derribado y proyectado, sin saber cómo ni por quién, a un rincón de la celda. Y cuando quiso levantarse, un formidable puñetazo en la punta de la barbilla, le hizo perder definitivamente toda noción de las cosas de este mundo.

—¡Todavía sirvo para algo! — dijo por lo bajo Chambertin —. Verdad es — añadió, al ver a su adversario, que yacía en el suelo como un guiñapo — que no ten-

go gran mérito en haber vencido a este pobre diablo.

Cogió el cesto de Efraim, encerró al joven con llave en la celda, se guardó el llavero en el bolsillo y se encaminó hacia el fondo del subterráneo.

—Tengo unos instantes por delante, y hay que aprovecharlos para recobrar fuerzas.

Sentóse en un montón de trapos, se tomó el caldo, la carne y el queso, y se bebió de un solo trago una pequeña botella de vino que había en el cesto.

—Decididamente, Señora Benozzer sabe hacer las cosas... ¡Va me encuentro mejor! Tenía hambre... ¡Es curioso lo que abren el apetito los viajes!... Ahora no hay que perder tiempo... No sé ni remotamente dónde estoy... Tomemos por esa escalera... Guardémosnos esta botella... Es mi única arma... Una puertita abramos... Por aquí es peligroso... son oficinas. ¡Hay luz!... ¡Esta luna es bien inoportuna!... Me verán como en pleno día, si paso por ahí... Vámonos en línea recta... Nadie... Ahí veo una claraboya que debo de dar a la calle... ¿Acabará pronto mis fatigas?... Sería demasiada suerte... Así y todo, adelante...

Recorrió un pasillo estrecho entre dos edificios y llegó al pie del muro en que había visto la claraboya. Esta no tenía cristales y fácilmente podía pasar por ella un hombre de mediana corpulencia. Allí se metió Chambertin como un acróbata, pero sintió una pequeña desilusión, porque al otro lado no estaba la calle, como él creía; a la livida luz de lámparas eléctricas vió unos formidables montones de fardos de todos tamaños y formas. En medio de ese caos tenía que encontrar su camino, lo cual, después de todo no dejaba de ser una ventaja, porque podría estimular más fácilmente su fuga.

Deslizóse por la claraboya, cayó al suelo, volvió a ponerse en pie y se encaramó como un gato a un montón de bultos.

Desde ese observatorio no muy sólido, vió un patio limitado por la pared de un edificio de ladrillos. Tenía que salir del almacén, y como los montones de fardos proyectaban una sombra favorable a sus

propósitos, bajó de su tolina y llegó al edificio de ladrillo. Lo recorrió con paso lento y silencioso, hasta que le detuvo la claridad que salía de un tragaluz. Sería imprudente aventurarse por aquel resplandor; así, pues, se agachó y avanzó arrastrándose.

Cuando llegó delante del cristal, miró; había allí hombres, mujeres y niños, sentados en el suelo y parecían ensuñarse en su tarea, entre los trapos.

—No me oirán — pensó el artista, que, movido por la curiosidad, contempló más atentamente el espectáculo, que por cierto merecía ser contemplado. Porque, de los trapos y desechos que se amontonaban en torno de ellos, sacaban los trabajadores los objetos más inverosímiles e imprevisos: latas de galletas, cajas de chocolate, máquinas de escribir, barras de jabón, frascos de perfumes y hasta pequeños motores...

—¡Hola! Esto ya es demasiado — balbució Chamberlin —. ¡No se contentan con empaquetar a la gente honrada, sino que necesitan también esconder una porción de utensilios, alimentos, perfumes y jabones! ¿Qué son esos ladrones?

Y, en efecto, ladrones eran. A las ganancias de su comercio, añadía Sefora Benazer las que le producía la explotación sabiamente organizada de los *stocks* americanos.

Con la ayuda del preboste, su padre, y de algunos cómplices decididos, había organizado meses atrás una banda que saqueaba ordenadamente los enormes depósitos de mercancías que dejó en Francia el ejército norteamericano y que no estaban muy bien vigilados.

Como puede suponerse, Amadeo Benazer no era de los que mena se aprovechaban de aquellas ocasiones, y a ellas debía lo mejor de sus ingresos y la fama que gozaba en todo el barrio de tener una tienda bien abastecida.

Tan ocupado estaba Chamberlin en la contemplación de los «trabajadores», que no prestó atención a las palabras que se decían debajo de él.

Sin embargo, de haber escuchado, hubiera oído algunas frases que no le hubiesen tranquilizado del todo.

En efecto, Sefora preguntaba preocupada:

—¿No ha vuelto aún Efraim?

—No, señora.

—¡Ya hace un cuarto de hora que se fué!

—Sí, lo menos.

—¿Qué estará haciendo?...

—Quizás esté charlando...

—No me fío, es tan bobo, y Chamberlin tan listo, que bien podría intentar éste darnosle contando cuentos.

—¡Pero Efraim es muy fiel, señora!

—¡No le hace!... Voy yo misma a ver lo que pasa.

El cómico vió que Sefora dejaba a sus cómplices, y dedujo que querría enterarse de lo que hacía Efraim.

Por consiguiente, no era hora de ser curioso. Se puso en camino para llegar a la calle, continuó arrastrándose, dando un rodeo para que no se viera su sombra, y así que estuvo en sitio más seguro, se levantó para poder huir más rápidamente.

Pero no tuvo tiempo de tomar carrera, porque oyó unos gruñidos muy significativos. Dió unos pasos de puntillas, alargó las manos para guiarse, tocó con los dedos una verja, y ladró un perro.

¡Qué mala suerte! No tuvo más remedio que volverse hacia el tinglado de los fardos. Afortunadamente los perros no se movían. La noche iba refrescando y Chamberlin empezaba a enfriarse. Estornudó dos veces... ¡Sólo eso faltaba!

Encontró por casualidad un viejo gorro de algodón, se lo puso en la cabeza, buscó un rincón favorable para refugiarse, y se metió entre dos fardos como en un nicho y aguardó los acontecimientos, meditando un nuevo plan.

Entretanto, Sefora Benazer llegó al subterráneo del calabozo, con la impresión de que le esperaba una sorpresa desagradable, porque al pie de la escalera encontró completamente vacío el cesto de viandas que había mandado que llevaran al artista.

—¡Efraim! ¡Efraim!

Nadie contestó.

Sefora estaba casi asustada, parecía que una voz lastimera gemía débilmente

a lo lejos. Corrió a la pueria de la celda.

—¿Señor Chambertin?

Nada.

Repitió:

—¿Señor Chambertin!... Responda... Responda... ¿Está usted enfermo?

—Soy yo.

Al oír estas palabras Séfora empezó por estremecerse, pero al fin respiró ruidosamente, porque había alguien en el cuarto.

De nuevo gimó la voz, al otro lado del muro.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué tiene usted, señor Chambertin?

—¡Si no es Chambertin!... ¡Soy yo! ¡yo!

—¿Quiénes?

—¡Yo, Efraim!

Séfora estuvo a punto de caer. Se apoyó contra la puerta de madera y aplicó el oído a las tablas para oír mejor.

—¡Socorro, señora, socorro! ¡Chambertin me ha encerrado!... ¡Hacen diez minutos que estoy llamando!... ¡Sáqueme de aquí, por favor!

—¿Y las llaves?

—¿Las llaves?

—Sí... las tenía usted, que ha abierto esta puerta... ¿Dónde están?

—No lo sé...

El ama se enfureció por tanta tontería.

—¿Entonces — gritó —, cómo quiere que le saque de ahí; majadero?... ¡Ya que está ahí... quédese!

—¡Señora! — suplicó Efraim —, ¡señora!... Estoy enfermo...

—Por ahora tengo que hacer otra cosa y no cuidarme de usted.

Porque Séfora había adivinado en seguida que si Chambertin se había escapado, no dejaría de ver muchas cosas que hubiera sido preferible que no viese. No podía perder un segundo. Si no le alcanzaba, ¡quién podría prever las consecuencias de una denuncia, que el artista no dejaría de hacer!

Era, pues, preciso cogerle cuanto antes, cosa que no sería difícil, pensaba Séfora, porque él no conocía el terreno, y, por consiguiente, las que iban a perse-

guirle tenían una gran ventaja sobre él.

Como lo había dicho, Séfora no atendió los gemidos de Efraim. Corrió a la salida del subterráneo, trepó a toda prisa por la escalera y se dirigió en seguida a la perrera, donde había tres perros que no tardarían en descubrir el rastro del fugitivo.

Pensaba también llamar en su auxilio algunas personas, pero reflexionó que era inútil poner a otros en la confianza de la aventura de Chambertin. Con los perros, no había de temer ninguna indiscreción y ellos bastarían para todo.

Abrió la puerta enrejada. Indudablemente los perros olfateaban una presencia inusitada en las cercanías, porque parecían estar alerta y se lanzaron al patio saltando.

—¡Busca!... ¡Busca!... — gritaba Séfora a los mastines.

Estos se dirigieron en seguida hacia el tinglado en que Chambertin se ocultaba entre sacos despanzurrados.

—¡Busca!... ¡Busca!... — gritaba la mujer, que seguía azuzándolos.

Chambertin oía los ladridos y los gritos. Comprendió que toda vacilación le sería fatal. Pero ¿qué podía hacer? Si se quedaba entre los trapos, los perros le encontrarían. Intentar ganar otra vez el patio y buscar al azar una salida, sería su inmediata perdición. Le quedaba el tejado, que era fácil de escalar. Pero, ¿adónde le conduciría? ¿No le cogerían allí como en una ratonera?

No importaba. Era el recurso supremo, y debía intentarlo: salió de su escondite, echó a correr, tanto, que varias veces estuvo a punto de caerse.

Llegó al frágil vértice de una pirámide de trapos, se agarró a los resbaladizos rebordes del tejado y subió a pulso. Corrió en línea recta. La voz de Séfora se acercaba:

—¡Busca!... ¡Busca!...

Los perros se ahogaban a fuerza de ladrar. Volvióse el fugitivo. Los mastines pasaron también al tejado y le perseguían; pero, por fortuna, sus patas resbalaban en el palastro ondulado que lo formaba.

—Si al extremo de esto no hay nada

— pensó Chamberlin, al ver el vacío a pocos metros de él —, daré un salto.

Fue perdiendo terreno, aun tenía que franquear cinco metros, y los perros, en dos saltos, podrían echársele encima.

Hizo un esfuerzo supremo. Vió la punta de una pértiga, y sin reflexionar en lo que podía suceder, se deslizó a lo largo de ella, sin saber... pero no podía hacer otra cosa.

Bruscamente tocó el suelo; no se atrevía a creer a sus piernas. Miró en torno suyo: era una calle. A lo largo del muro del tinglado había unas andanadas, y a ellas debió su salvación.

Por encima de su cabeza, tres perros, espumecientes, se desgajaban.

Al principio corrió, aunque sin objeto alguno, porque no sabía dónde estaba. Pero experimentaba la sensación de que las mastines seguían persiguiéndole. Se volvió varias veces. Aquellos seguían ladrando y una voz imperiosa gritaba todavía:

— ¡Busca!... ¡Busca!...

Pero ya no le perseguían. Y tenía tiempo de andar buen trecho antes de que los animales le volvieran a hostigar.

Por lo demás, no podía con su alma. Había abusado de sus fuerzas, muy reducidas ya por el duro régimen que sufría desde la tarde. Se detuvo para tomar aliento. Debían las tres en una iglesia próxima. La noche era límpida, silenciosa y él se complacía en respirar su dulzura.

Así permaneció un rato, apoyado contra un seto, comprimiendo los latidos de su corazón, procurando orientarse en aquella noche que él creía de las uñeras; pero, ¿de qué afueras?

Después echó a andar a prisa, muy a prisa. Uno que pasaba, al verle con un gorro de algodón en la cabeza, se apartó de su camino.

— ¿En dónde estoy? — le gritó Chamberlin.

— En Bois-Colombes — respondió el hombre, que se escapó.

Con un poco de suerte, Chamberlin llegaría a París al amanecer.

No alzó el paso, recorrió calles y

calles procurando orientarse, cuando, al volver una avenida, vió delante de una casita baja el carricoche de un hortelano.

No era un vehículo muy cómoda, sino un modesto carrito tirado por un borriquito. En el carro había patos, gansos, una cabra y varios conejos. El propietario se disponía a proseguir su camino, y, llevando bajo el brazo un lechoncillo, se acercó al borriquito, que empezó a rebuznar.

— Buenos días, señores — dijo Chamberlin, a quien la alegría de verse libre devolvía el buen humor.

— Buenos días — respondió el hombre, que no las tenía todas consigo.

— ¿Puede usted alquillarme su vehículo hasta París?

— Con mucho gusto lo haría; pero no es posible: voy al mercado con estos animales.

— Muy bien: le compro a usted todo y no me quedo con nada.

— ¿Cómo?

— Tenga usted quinientos francos, me voy con el coche, y lo encontrará aquí conforme está, en la puerta de Champerret.

El hortelano no podía ni tan sólo contestar. Aun estaba atontado, teniendo en una mano los billetes de banco y apretando nerviosamente contra sí al lechoncillo, cuando Chamberlin saltó al carricoche en medio de aquel gallinero y dió un vigoroso latigazo al año, que partió a galope.

Chamberlin se divertía de lo lindo. Después de tan largas ratas de angustia necesitaba reír. A su lado, agitábase la oca, la cabra daba brincos, el conejo, espantado, jugaba a las cuatro esquinas, y los patos parpaban sonóramente.

Pero no había nadie para presenciar el épico viaje.

Al cabo de tres cuartos de hora, apareció bajo el sol nascente una puerta de París. Era la de Champerret. Junto al fiato, se apeó del vehículo, avisó a un joven trapero que pasaba la barrera y sin preguntarle nada le dijo:

— Guarda este carricoche y lo que contiene. Dentro de media hora vendrán a reclamarlo. Ten cincuenta francos...

Adiós... No... no tengo tiempo... Casualmente, ahí viene un taxi.

Se precipitó al automóvil, dió las señas al chófer, dirigió instintivamente una mirada a su alrededor para cerciorarse de que estaba del todo libre, y saboreó el placer de estar bien instalado en un asiento bastante blando, y sin más preocupación que la de dejar correr la vida.

El carruaje corría por las calles desiertas. Chambertin, extenuado, rendido por el sueño, no podía más. En vano pretendía rememorar los sucesos de aquella noche. Todo se le embrollaba en el cerebro. Confundía a Séfora y Efraim, los stocks americanos y Mangara, y se le cerraban los párpados pesados. Dormía.

El automóvil paró súbitamente. Chambertin se despertó sobresaltado y se apeó del coche.

—¿Qué marca el contador? — preguntó con voz ronca.

—Nueve veinticinco...

—¿Nueve veinticinco?... Espere... oree... Se registró los bolsillos.

—En efecto... no tengo ya un céntimo.

El chófer se sobresaltó y examinó el extraño cliente, que llabechaba...

—Pero... diga usted... Péguese, si no...

—Espere, amigo, espere... voy a decir que le pague... El tiempo de hacer que se levante mi criada... Pero le prevengo que ésta es como yo... tiene el sueño pesado... No se impacienta usted... que tendrá buena propina.

Esta promesa indujo al chófer a la resignación.

Chambertin llamó en el portal, que se abrió en seguida. Pero no ocurrió lo mismo con la puerta de su piso. Estuvo dando campanillazos más de cinco minutos.

La criada dormía tan bien, que el artista, rendido, se apoyó contra la pared y cerró los ojos...

—¿Qué es lo que ocurre?

—Ocurre...

Se despertó sobresaltado, Magdalena estaba allí, ante él, con un traje de noche inverosímil.

—Ocurre... que estoy aquí, Magdalena.

—[El señor]

—¡Sí, el señor!

—¿En qué estado?

Retrocedió espantada al ver a su amo con el rostro lleno de polvo, el gorro de algodón y los vestidos rotos y sucios.

—Pero ¿qué es eso, señor?... Hable usted...

Chambertin no tenía ya fuerzas para decir una palabra, y se dejó tirar hasta el vestíbulo por la criada, que le recibió en sus brazos...

—Diga, señor, diga...

El se enderezó y de pronto, más lúcido, dijo:

—¡Ah! Es verdad... ¿Tiene usted dinero encima, Magdalena?

Así hecha, no dejaba de ser chistosa la pregunta, que escandalizó a la sirvienta.

—¿Encima?... ¿Encima?... Pero ¿no ve usted que estoy casi en camisa?

—[Es verdad!... Dispénsame. Necesito veinticinco francos para el chófer.

—¿Qué chófer?

—[El que está a la puerta con su coche... el que me ha traído del infierno con los perros... Séfora... Efraim... y toda la calavera!]

La criada, cada vez más estupefacta, miraba a su amo, sin comprender.

—Dése prisa, Magdalena... Vaya a buscar veinticinco francos... Y después, prepáreme un baño... un buen baño...

—¿A estas horas?

—¡Sí, por amor de Dios!

Magdalena ejecutó las órdenes de su amo, pagó al automóvil y preparó la bañera, donde momentos después entraba encantado Chambertin.

Pero también ahí le venció el sueño. No llevaba dos minutos en el agua, cuando abrió la boca y empezó a roncar como si estuviera en su cama. Poco a poco se hundía su cuerpo, y el artista bebió un buen trago, y la absorción del líquido le despertó.

Decididamente necesitaba cama.

Se levantó, se puso una bata, y medio dormido, titubeando, se encaminó a su dormitorio. Cuando cruzaba el despacho, sonó el timbre del teléfono.

Cogió el receptor bostezando.

Le llamaba Bersange.

—¿Es usted, Chambertin?

—...

—¿Hablo con la casa del señor Chambertin?

—...

—¿Señor Chambertin?

Al fin respondió el cómico:

—Sí... querido amigo... soy yo.

—¡Alabado sea Dios!... Ya estoy tranquilo... ¿Qué le ha pasado?... Parece usted...

—Pastoso... sí, pastoso... estoy reventando... dispénsame usted...

—Pero ¿está bien de salud?

—Sí, por cierto... aunque muerto de cansancio... No se lo puedo contar ahora... Me caigo de sueño... Dispénsame... Todo va bien...

—Iré a verle...

—Sí, pero no muy pronto... Déjeme dormir un poco... dormir... Pero ¿cómo es que ya está usted levantado?

—No me he acostado.

—¿Tampoco usted?

—¡Estaba muy intranquilo!... Le estoy llamando a usted al aparato desde anoche...

—¿Y las niñas?

—Todo el mundo está en sitio seguro. Bianca y Renato están en mi casa... Gaby y Ginette se hallan con su abuelo en el rápido de Marsella.

—¡Es verdad!... Se me embrollan las ideas... Ya no comprendo nada de nada...

—Dentro de unas horas, las niñas abrazarán a su mamá... y mañana por la mañana estarán aquí. Pero, le estoy molestando...

—No... nada de eso... Pero ¡tengo tantas ganas de acostarme!

—Pues acuéstate, querido Chambertin.

—¿Y Manin?

—¡No tengo noticias!

—Luego trataremos de él.

—Sí... a eso de las diez estaré en casa de usted.

—Entendido... ¡buenas noches!

—No... ¡buenos días!

—Es lo mismo... que usted descanse.

Chambertin cogió el receptor, bostezó otra vez, se estiró, se fue a su cuarto y se acostó.

¡Al fin podía dormir!

...

Aquella misma mañana, en su blanco cuarto, deliraba Manin.

Después de la operación, ha pasado una mala noche de agitación y de fiebre.

Junto a su lecho, la enfermera le mira y le escucha.

Manin tiene los ojos abiertos de par en par, y parece estar siguiendo, en un paisaje imaginario, espectros y fantasmas.

A veces, levanta el brazo y señala un personaje invisible; otras veces, se lleva la mano a la garganta, como si quisiera defenderse de una presión demasiado brutal. Y luego vuelve a estar tranquilo y habla a media voz, como para recordar cosas.

—Juega por Figaro... es un buen caballo... Te digo que es seguro que ganará... No tengo más que tres luses... En fin, si sale bien el golpe de la calle de Basses, tendremos dinero... Lo principal es tener mucho dinero... ¿Qué dices?... ¡Latringle!... No... No... No quiero... es mi hija... ¿lo oyes?... ¡Ginette!... ¡Mi Ginette!

Se detiene... ¿verá en su delirio la dulce carita rubia de su hija? Se enternece su mirada, pasa las manos por las sábanas como si acariciase una cabellera.

—No... Ginette... tu mamá no lo sabrá... No hay que decirlo a mamá... ni a Gaby... Les disgustaría mucho... Y sobre todo, no llores... Ya ves que hago lo posible... Es difícil, Ginette, es difícil vivir tranquilamente... No tengo yo la culpa... ¡Oh! ¡qué dolor!

Luego tiende los brazos y llama:

—¡Ginette!... ¡Ginette! ¡Gaby! ¡Liseta!... Quieren cogerme... Sí... sí... Ahí están... Los veo...

De un asito se sienta en el lecho; creyéndose que ese brusco movimiento le torna a la realidad.

Vuelve la cabeza, ve la enfermera, las paredes, la ventana, la sonrisa de un trozo de cielo.

—¡Ah! — exclama, como un niño que se despierta en un cuarto desconocido.

La enfermera se le acerca.

—No tenga cuidado, señor Manin, que estoy a su lado. Tome un poco de esta poción.

—Esto va mal, ¿verdad?... He hablado ¿eh? ¿Me ha oído usted?... ¿Qué he dicho?...

—Nada... nada...

—Sí, sí... pero no hay que hacer caso... son tonterías...

—Sí... Ahora, échese y no se mueva.

Pone la cabeza en la almohada, parece dormir, y de nuevo se agita, se estira, forcejea y habla... habla...

Todas sus palabras van tejando alrededor del moribundo una gran mortaja que parece encerrar ya toda su vida, su pasado trágico, ligero, despreocupado, sus pesares y sus lágrimas.

La enfermera, inquieta, ha ido a buscar al interno de guardia, que es uno de los

que la víspera ayudaron en la transfusión de la sangre.

Se acerca a Mania, le toma el pulso, lo examina, mueve la cabeza y dice a la enfermera:

—Tiene congestión cerebral... No creo que lo podamos salvar...

Nada pueden hacer de momento, y se retiran el interno y la enfermera.

Mania queda solo en el cuarto, con la mirada harañá y movimientos de demente y grita:

—Lairingle... no quiero... no... ¿me oyes?... No quiero... No... No...

Luego sólo queda un silencio pesado, pesado, impresionante. Parece que está allí la muerte, siniestra, acechando su presa...

DUODECIMO EPISODIO

El regreso

XXXVIII

LAS NOTICIAS DE MANIN

¡Hermoso sueño el que echó Chamberlin al final de aquella noche, hasta las diez de la mañana, reparador de las fatigas y que le hizo olvidar todas las emociones y angustias!

Al levantarse y ver el sol que inundaba de alegría su cuarto, se sintió rejuvenecido y con nuevo ardor para poner fin a la lucha emprendida contra los bandidos que perseguían a sus ahijadas, a Bertal y a Liseta Fleury.

Llamó a la criada y le preguntó:

—¿No ha venido nadie?

—Nadie, señor.

—¿No han telefonado?

—No, señor.

—Espero la visita del señor de Bersange. En cuanto venga, aviseme.

—Sí, señor.

Magdalena se retiró.

El artista apresuróse a concluir de arreglarse. Acababa de ponerse la chaqueta, cuando apareció el señor de Bersange.

Chamberlin le enteró rápidamente de lo que le había pasado la víspera.

—En fin — dijo al terminar —, no hay mal que por bien no venga, porque ahora tengo lo necesario para hacer que encierren a toda la cuadrilla, que estará presa esta noche, si la policía quiere poner un poco de buena voluntad.

—¡Magnífico resultado! — dijo el príncipe encantado —. Decididamente, Chamberlin, es usted el que vale más de todos nosotros.

—¡Tengo suerte!

—¡Si llama usted suerte a ser encerrado en un saco de trapos!

—En fin... Vamos en seguida a la Prefectura de policía... ¿No le parece?

—Aguardo usted, convendría saber primero dónde está Manin.

Tan justa reflexión calmó el ardor del cómico.

—Es verdad — dijo —. ¿Y no tiene usted ninguna noticia?

—Ninguna...

—¡Es inquietante!

—Me parece que ha debido de suicidarse...

—¿Cree usted?

—Acuérdese de la frase que pronunció ante nosotros: «Mientras yo viva, los míos no estarán al abrigo de las tentativas de chantaje. Mi vida es un obstáculo para su existencia.»

—Es verdad.

—Por consiguiente, mucho me temo que al salir de casa de Benazer se haya arrojado al Sena o haya ido a matarse a un foso de las fortificaciones.

—Quizá digan algo los periódicos de hoy...

Bersange tenía en el bolsillo algunos diarios, que los dos amigos leyeron atentamente. No había en ellos ningún suceso que les interesase directamente.

—Es cosa muy sencilla — dijo Chamberlin —; al ir a la Prefectura para denunciar a la cuadrilla de Benazer, preguntaremos si han llevado a la Morgue un cadáver que nosotros podríamos identificar.

Disponíase, pues, a marcharse el artista

ta y Bersange, cuando entró Magdalena en el cuarto.

—Hay un señor que desea hablar con usted.

—¿Ha dado su nombre?

—He aquí su tarjeta.

Chambertin la cogió de manos de la criada y leyó:

SANTIAGO BERARD
Interno de los Hospitales
Hospital de la Piedad

Paris

—Santiago Berard... — balbució el artista, que buscaba en su memoria si ese nombre evocaba algún recuerdo. — Santiago Berard... no conozco... Sin embargo, que pase.

Salió Magdalena y volvió acompañada del interno.

Este saludó y preguntó al cómico:

—¿El señor Chambertin?

—Servidor de usted.

—¿Me permite usted decirle unas palabras en particular?

—Puede usted hablar delante del señor de Bersange, porque no tengo secretos para él. Tenga la bondad de sentarse... ¿De qué se trata?

—Venga a traer a usted noticias del señor Pedro Manin.

Ambos amigos efectuaron un mismo movimiento para acercarse más al interno.

—En efecto — dijeron los dos a un tiempo —, estamos muy intranquilos.

—Se halla en el hospital de la Piedad.

—¿Algún accidente?

—No, señor, no. Manin nos hizo ayer una visita extraña. Vinó a ofrecerse para experimentos.

—¿Hay que ver? — exclamó Chambertin.

—Al principio le creímos loco. Luego, con vista de su insistencia, y como precisamente se presentaba un caso desesperado, creímos deber aceptar... Manin ha dado muy valerosamente su sangre, para salvar a una joven madre.

—¿Y la operación?

El interno titubeó un segundo.

—La operación salió muy bien. Pero...

—¿Pero qué?

—Manin no ha soportado bien las con-

secuencias... A pesar de todos nuestros cuidados... se está muriendo...

Chambertin y Bersange se levantaron.

—¿Se le pueda ver?

—Sí, señor. Además no los ocultaré que he venido aquí a ruegos del mismo Manin, que ha manifestado deseos de verle a usted, señor Chambertin, si fuese posible.

—Vámonos — dijo el artista.

—¿Me permitirá usted acompañarle? — preguntó Bersange.

—No necesita usted preguntarlo.

Los tres hombres montaron en el automóvil de Bersange. Durante el trayecto el interno encomió la sangre fría y la energía de Manin.

—Pero — añadió —, creo sinceramente que es un hombre que no quiere reaccionar contra el mal. Parece muy agotado moralmente.

—¿Cuánto tiempo puede vivir aún? — preguntó con ansiedad Chambertin.

—No puedo decirlo. Lo mismo puede morir esta noche, que dentro de un rato, que dentro de dos días... Se va consumiendo...

El automóvil paró en el hospital.

Momentos después, Chambertin y Bersange entraban con el interno en el cuarto del padre de Ginette. Manin parecía dormir. Al oír ruido abrió los ojos. Sonrió ligeramente y con voz débil, como un soplo, balbució:

—¿Ustedes?... ¿Ustedes?... ¡Gracias!

Su pobre rostro expresaba sincera alegría. Quería sacar de entre las sábanas las manos para dárselas a sus amigos. Chambertin se acercó al lecho.

—No se mueva... no se fatigue... Hemos venido a ver cómo está...

—¡Oh!... Mal, mal... No tengo para mucho tiempo... le confío a usted las niñas... ¿eh?... Las niñas...

—Mañana estarán aquí... Usted las verá, Manin... las besará...

—Mañana... mañana... ¡quién sabe!

Y asomaron lágrimas a los ojos del desgraciado, que miraba desesperadamente al artista, como si quisiera decirle muchas cosas...

Intervino el interno:

—Los ruego que ahora le dejen descansar... Estos señores volverán mañana... con sus hijas de usted, Manin... Sea usted razonable...

—¡Sí... sí... mañana! — repitió el enfermo.

Los visitantes salieron.

—¡Está muy mal, verdad? — preguntó Bersange.

—Muy mal... No sé si pasará de esta noche.

Y después de estrechar la mano de ambos señores, Santiago Berard se fué con la enfermera a otra sala.

—¡Pobre muchacho! — dijo Chambertin, cuando estuvieron solos.

—¡Desgraciado!... ¡Con tal que vuelva a ver a sus hijas!... — exclamó Bersange — ¡Bien lo ha merecido!

—Iremos a recibir a todos a la estación, mañana por la mañana, y traeremos directamente aquí a Gaby y Ginette.

—Ahora — dijo Chambertin — vamos pronto a la Prefectura de policía... ¡Cuando menos, que no queden impunes esos bandidos de Benazer!

XXXIX

LA VUELTA DE LA NAUFRAGA

Durante todos esos acontecimientos, Bertal y las dos niñas hicieron un excelente viaje a Marsella. En cuanto desembarcaron en la estación de San Carlos, trasladáronse al hotel del Louvre, y después de arreglarse un poco para reparar el desorden de su compostura, fueron los tres a preguntar a qué hora llegaría al puerto el *Ville de la Clotat*, y les dijeron que llegaría hacia el mediodía.

La alegría de la pequeña familia se volvió silenciosa. Estaban demasiado contentos para atreverse a decirlo o a dejarlo ver. Antojábaseles que empezaba para ellos una vida nueva y maravillosa. En realidad no hubieran sabido expresar con palabras toda la felicidad que sentían y que les oprimía hasta ahogarlos.

El abuelo llamó al cochero.

—A la Joliette — dijo —, al desembarcadero de la Transatlántica.

Le temblaba la voz. Subió al coche con las niñas. No se hablaron en todo el trayecto, y cuando llegaron, continuaron mudos, mirando a lo lejos, vigilando el valvén de las embarcaciones, acosados por la sola imagen de Liseta Fleury. La misma Gaby, tan risueña y vivaracha por naturaleza, estaba grave e inmóvil.

Pronto se perfiló en el horizonte una mole pesada.

—Ahí está el *Ville de la Clotat* — dijo una voz junto a ellos.

El buque avanzaba lentamente en la mar tranquila.

De pronto, Bertal sintió que iba a desfallecer. Para él, quizá más que para las niñas, aquel regreso era toda su vida. Iba a ver de nuevo a su hija, a la que había echado de casa, iba a revivir en un segundo cerca de veinte años de soledad, de penas, de remordimientos.

Todo daba vueltas en torno suyo. Se apoyó en unas cuerdas enrolladas y con voz débil dijo a las niñas:

—No tendré la energía necesaria para sufrir este primer encuentro. Vuelvo al hotel y allí os esperaré. Quedaos aquí, hijas mías, y decidsele a mamá...

Le costaba trabajo confesar su debilidad. Pero no podía soportar la idea de ver allí, en medio de tantos pasajeros, a la hija a quien quería pedir perdón con todo su corazón. Necesitaba silencio, recogimiento, para postrarse a los pies de la hija pródiga y reconocer sus culpas... Y en aquel muelle era imposible...

Antes que le contestasen las niñas o le pidieran una explicación, se marchó al hotel, en donde esperó llorando a su hija.

El buque atracaba. Ginette y Gaby estaban entre la multitud de parientes y amigos que esperaban a seres queridos. No prestaban atención a nada de lo que pasaba a su alrededor, y miraban fijamente para ver la figura de aquella a quien sus tiernos corazones aguardaban.

De pronto, Ginette echó a correr y lanzó un grito:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Allí estaba, en efecto, ante ella, ante Gaby, Liseta Fleury, un poco pálida, pero contenta. No hablaba; prodigaba sus besos, sonrisas y caricias a aquellos dos rostros que se tendían hacia sus labios y sus manos.

— ¡Mamá!... ¡Mamá!...

Ella repetía: «¡Hijas mías! ¡Hijas mías!» y mezclaba sus lágrimas a las de las niñas.

Poco a poco desapareció del muelle la muchedumbre. Hubo que irse, que encaminarse lentamente al coche que había dejado allí Bertal. Y empezaron preguntas sin cuento, un flujo de palabras desordenadas.

De pronto preguntó la madre:

— ¿Y el abuelito? ¿Por qué no ha venido?

— Estaba aquí hace un rato; pero se hallaba tan emocionado a la idea de volver a verte, que no ha tenido valor para quedarse con nosotras y ha preferido esperar en el hotel.

Liseta Fleury adivinó todo el pudor y la angustia que se ocultaba en el deseo del anciano, y después de cumplir los requisitos de la aduana, mandó al cochero que las llevase corriendo al hotel del Louvre.

Al doblar el coche una esquina del muelle de la Cannebière, las niñas vieron a su abuelo asomado al balcón.

— ¡Acaba nuestra llegada — dijo Gaby.

Y era cierto. El pobre hombre estaba impaciente, atormentado, calenturiento. Buscaba las palabras que había de decir, y en cuanto vio el coche, ya no pensó en nada. Se puso en medio del cuarto, mirando la puerta.

Paró el ascensor. Llamaron con un golpecito discreto. Era ella.

— ¡Adelante! — dijo Bertal con voz temblorosa.

Y al abrirse la puerta, el anciano cayó de rodillas y tendió los brazos a la que volvía, exclamando:

— ¡Perdón... Luisa!...

Liseta le levantó cariñosamente, miró aquel rostro arrugado que las lágrimas envejecían aún más.

— ¡Papá!... ¡No lloré usted!... ¡No llore! Todo queda olvidado.

Y el anciano abrazó a su hija de todo corazón.

Las niñas se abrazaban junto a ellos. Y cuando la felicidad no necesitó ya silencio, sentáronse unos al lado de otros y hablaron. ¡Tenían tantas cosas que decirse! Tantos acontecimientos había habido desde la partida de Liseta Fleury, que se olvidaron de almorzar y que Ginette tuvo que recordarles que tenían que tomar el tren al anocheecer.

— Porque tenemos que ver a papá — añadió sonriendo.

— ¿A tu padre? — exclamó la mamá.

— Sí, Luisa... — dijo Bertal —. Manin ha cometido muchas faltas; pero las ha rescatado con su conducta... Ginette ha obrado ese milagro.

— ¡Oh, abuelo! — exclamó la joven —. El padrino es quien más ha hecho...

— Es verdad.

— ¡No es él quien ha convertido a papá, que ahora trabaja? Le vemos a menudo y le queremos mucho.

La madre no pudo ocultar su alegría. Siempre había conservado en el corazón la esperanza de que su marido no estaba perdido para ella.

— Entonces, se aumenta aún mi impaciencia por llegar a París — dijo —. ¿Tendremos tren?

— Pierde cuidado, Luisa: mañana a las nueve llegaremos a la estación de Lyon. Es menester que todos los que han conocido las horas malas de nuestra existencia, nuestros amigos tan abnegados y fieles, participen de nuestra alegría. ¡Bien han merecido ser felices a su vez!

Liseta se acercó al anciano, le cogió las manos, miró a Ginette y a Gaby que estaban junto a ella y dijo:

— ¡Créame, padre: le juro que hoy es el mejor día de mi vida!

XL

EL FIN DE UNA BANDA

Aquella misma mañana, reinaba muy buen humor en la prendería de la calle del Sahel.

Amadeo, Flora Benazer y Mangars reunidos para hablar de sus asuntos, demostraban cada cual a su manera, la más extremada alegría.

— ¡Ah, tortolilla! — decía el viejo prebitero, mirando a su sobrina y a su prometido —. ¡Ya me lo podéis agradecer! A mí ser por mí, por mi energía y algunas de mis buenas cualidades, se os hubiera escapado un buen negocio. ¿No es cierto?

Ni Mangars ni Flora pensaban contrariar a su tío, a quien en sus rufos de expansivo le gustaba que le felicitaran y que encuchasen sus ideas morales o sociales.

— Cierto es — aprobó Mangars.

— Ya veis... en la vida siempre es recompensada la virtud. Y al decir virtud, digo bien, a pesar de las apariencias. Considero que el valor es una virtud, y lo hemos tenido. Creo que la tenacidad es virtud, y no nos ha faltado. Esa familia de Martin no merece compasión... Además, nosotros tenemos más méritos que los demás. Nuestra existencia es penosa... Ofrece instantes peligrosos... Yo... yo que os hablo, he tenido que habérmelas frecuentemente con bandidas. Y siempre he conservado mi sangre fría... Con cabeza y músculos, se triunfa siempre... Cabeza, no nos falta. Y en cuanto a músculos, querido Mangars, a ti te sobran. Y el viejo Benazer te recompensará. El señor de Bersange va a venir a traernos el rescate de Chamberlin, y os reservo una sorpresa.

— ¿Cuál? — preguntó Flora.

— Del dinero de Bersange, deduciré la mayor parte para tu dote... ¿Veis como pienso en todo?

— Sí, tío... Gracias...

— Nada de efusiones... ¿Estáis contentos? Pues es lo esencial. Voy a dar una vuelta por la trastienda... Tengo que hacer las cuentas...

Amadeo se retiró. Quedaron solos la Benazer y Mangars. La perspectiva de un gran dote volvió excesivamente vanidoso al ex cocinero. La solterona no pareció indiferente a ese repentino exceso de sensibilidad.

— ¡Amor!... — murmuró,

— ¡Flora mía! — suplicó Mangars, implorando un beso.

Flora lo concedió. Pero tenía alma poética y no concebía que se pudiera cortejar bien sin un poco de música. Con una mirada indicó a su galán una guitarra que había sobre un montón de trajes viejos y dijo:

— ¡Amor mío, toca la guitarra!

Mangars no se lo hizo repetir. Tenía pretensiones de buena voz, y en realidad no cantaba del todo mal como barítono. Cogió el instrumento con un ademán de napolitano lánguido, y apoyándose en el sillón en que estaba sentada Flora, comenzó su ruciana favorita:

Tu corazón me ha robado el alma...

La insípida melodía en medio de aquella trastera le parecía a Flora la poesía misma.

Un día de locura

arrullaba Mangars «con sentimientos». Y ya lanzaba la frase desgarradora *la suprema confesión del amor eterno*, cuando se abrió la puerta de la tienda.

Séfora Benazer, roja de ira, nerviosa y temblorosa, interrumpió bruscamente la serenata de amor. En cuanto entró exclamó:

— ¡Qué bonito, estar así en una tienda en donde puede entrar todo el mundo! ¿Dónde creen ustedes que están?

— Pero... — quiso responder Mangars, aturrido.

— Y cuando ocurren acontecimientos que no se prestan a estas chanzas...

Amadeo surgió de la trastienda:

— ¿Qué?... ¿Qué pasa? ¡Cuánto ruido! ¡Ah! ¿eres tú, Séfora?

— Sí... yo soy... yo... ¡y pasan buenas cosas!

— Habla...

— ¡Chamberlin se ha evadido! ¡Eso es lo que pasa, mientras aquí tocáis música! Todas profirieron exclamaciones de estupor. Por el efecto de la noticia, Mangars soltó la guitarra, que cayó con ruido sonoro.

— Sí... se ha escapado. Estaba encerra-

do en una hodge. Se ha arreglado para darse a la fuga.

Amadeo fué el primero, por mejor decir, el único que recibió la sangre fría. Y afectó gran calma.

—¿Y qué? — preguntó.

Séfora se exasperó:

—¿Y qué? Pues que ha debido de ver todo lo que pasaba en mi casa...

—¿Y qué?

—Pero, ¿no te lo figuras?... Si ha visto lo que pasa en nuestros cobertizos, nos denunciará.

—¿Crees tú?

—Estoy segura... Eso se cae de su peso...

—No lo veo yo así.

—¡O estás sordo, o no quieres comprender las cosas!

Amadeo protestó:

—Te ruego que me hables cortésmente...

—Te repito que nos denunciará.

—Pues bien, yo te digo que me tiene sin cuidado.

Tan andar afirmación dejó estupefactos a los tres personajes que la oían y que no pronunciaron una palabra.

—Me explicaré — añadió el viejo Benazer —. Estás ahí, Séfora, como una niña, furiosa, contando y contando cosas... Pero yo te digo que Chambertin no nos denunciará... El sabe que tengo yo un secreto que le cierra la boca y que me asegura una pequeña fortuna... Se trata de Manin...

—¿De Manin? — interrumpió Séfora.

—Sí... sería muy largo de explicar. Pero Flora y Mangara saben a qué atenerse, y ellos te dirán que hago bien en no preocuparme...

Mangara y la solterona no parecieron muy convencidos; pero así y todo contestaron afirmativamente con la cabeza.

—Ya ves que no miento — dijo triunfante Amadeo —. Chambertin...

Hubiérase creído que ese nombre fué lanzado como un llamamiento, porque, no bien lo hubo pronunciado el preboste, entró el cómico en la tienda, con la sonrisa en los labios, cortés y ligero.

—Hablan ustedes de mí... — dijo, sin mirar siquiera en torno suyo...

La llegada del aguafiestas provocó en los cuatro personajes un movimiento de retroceso. El no se turbó y con tono festivo empezó un discurso lleno de ironía.

—Señoras y caballeros... Dispénsenme que les haga esta visita de improviso... Varias circunstancias independientes de mi voluntad me han impedido avisarles... Y lo siento tanto más, cuanto que no vengo solo... Me anticipo unos minutos a uno de sus antiguos amigos, señor Amadeo, el comisario de policía del barrio.

Chambertin hizo una pausa y examinó el rostro del traperero; mas no vió en él la menor señal de emoción.

—Sí — prosiguió el artista —. Se alegraría mucho de tener con ustedes, y en particular con la señora Séfora, una breve conversación respecto de los stocks americanos. Es un tema de que se habla mucho este año...

Nueva pausa; pero ningún movimiento en los oyentes.

—Creo — continuó — que desearé ver de cerca algunos de sus negocios...

Amadeo tomó la palabra.

—Mucho me alegro, señor Chambertin, en primer lugar, de verle a usted libre, y después, de tener ocasión de hablar con el comisario.

—Muy bien — repuso Chambertin, que prestaba suma atención a los movimientos de Mangara, de Séfora y de Flora, de quienes podía temerle todo.

—Así — insistió Benazer — podré decirte dos palabras acerca de Manin.

—Como usted guste.

—Y veremos cuál de nosotros dos se divierte más.

—Le apuesto, señor Amadeo, que será yo.

—¿Usted? Ya lo veremos.

—Estoy tanto más seguro de ello, cuanto que...

Amadeo interrumpió al artista, diciendo con airo doctoral:

—...Que será detenido esta noche.

—No lo creo — replicó Chambertin —.

Es posible, pero no lo creo... Porque a estas horas tal vez esté muerto... De todos modos, se ha rehabilitado...

Amadeo, Mangurs y Flora hacían esfuerzos para reírse.

—¡Rehabilitado!... ¡Rehabilitado!... ¡Tiene gracia de vurs, señor Chambertin!... Bien merece usted su fama de cómico...

Chambertin, que había estudiado muy bien su papel y que sólo quería ganar tiempo hasta la llegada del comisario y los agentes, sacó del bolsillo derecho un revólver y apuntó con él a los bandidos reunidos.

—Y ahora, no se muevan... Si no... ¡Arriba las manos!

Los miserables alzaron los brazos al cielo, gesticulando y, en el fondo, aterrizados.

—¡Qué curas! — exclamó Chambertin —. ¡No es nada agradable verlas!

Y como si estuviera persuadido de que el terror paralizaba a sus adversarios, dejó el revólver sobre una mesa, junto a sí.

Amadeo pensó al momento que podía intentar un buen golpe, y con sorprendente agilidad se deslizó hacia la mesa y cogió el arma, apuntando con ella a Chambertin y diciéndole sarcásticamente:

—¿Y ahora? ¿Habrá usted acabado de reír?

Chambertin, muy tranquilo, no se movió y repuso:

—¿Yo? Al contrario, ahora empiezo. Supongo que no me creará usted tan necio para dejar en sus manos un revólver cargado; pues dado lo torpe que es usted, se expondría a lastimarse.

Y señalando a su bolsillo izquierdo, dijo:

—Las pistolas y las balas me las guardo yo.

En aquel momento se oyó ruido en la calle.

—Por lo demás, estos diálogos van a ser inútiles. Como les he anunciado, aquí está el comisario.

En efecto, el comisario de policía, guiado por Bersange y escoltado por varios agentes, entró ruidosamente en aquel momento.

Chambertin saludó, y con un ademán algo teatral, dijo:

—Ahí están todos los miserables, señor comisario; no ha faltado ninguno al llamamiento.

En un segundo, Benazer y sus cómplices se vieron con las manillas puestas, y, reducidos a la impotencia, miraban con ojos de espanto a toda aquella gente que llenaba la tienda.

—Vamos a hacer un registro — dijo el comisario.

—Ya tendrá usted trabajo... — dijo Chambertin —; pero antes, permitame una presentación rápida y sucinta de estos cuatro bandidos.

Tardó un rato en empezar, saboreando su venganza con salvaje alegría.

—En primer lugar, Séfara Benazer, patrona de los stocks; Flora Benazer, acusada de raptos y violencias; Mangurs, raptor, *chantage* y malos tratos; y el mejor de todos, Amadeo Benazer, jefe de la banda, capaz y culpable de todo... Y ahora, señor comisario, tengo el honor de saludarle... ¡Viene usted, Bersange?

—Sí, le acompaño.

Los dos hombres se inclinaron y se fueron, no sin dirigir antes una mirada a los cuatro camillas, lívidos y temblorosos, que ya no podían hacer ningún daño, y a aquella tienda en donde se habían tramado y desenrollado los intríngulis del drama que acababan de vivir.

Fuera, ante la puerta, se estacionaba curiosa la abigarrada multitud del barrio. Se oían comentarios.

—¿Quién lo hubiera creído?

—¡El viejo tenía cara de falso!

—¿Y la gigantesca de nariz afilada? ¡Buena debía de ser!

Y no terminaban los chismes.

Chambertin y Bersange tuvieron que abrirse paso entre los pasqueros que se agrupaban allí, y les costó buen trabajo llegar al carruaje que les esperaba en la esquina de la calle de Marguette...

XLI

LA MUERTE DE MANIN

—Ahora — dijo Chambertin, en tanto que el automóvil rodaba a buena mar-

cha — ya estamos tranquilos en cuanto a esos ovechuchos; nada podemos temer por ese lado. Ya es un buen alivio. Hemos de cuidarnos de Manin. ¿Vamos a mi casa de usted?

—Si — respondió Bersange —. He dicho a mi hermano que fuese al hospital y me telefonease si hubiere novedad.

—¿Y Renato y Blanca?

—La doncella ha debido de llevarlos a dar un paseo por el bosque.

El automóvil paró ante el palacio del príncipe encantado. Los dos hombres entraron en él a toda prisa, y el primer cuidado de Chamberlin fué comunicarle por teléfono con el hospital de la Piedad.

Espirió largo rato la comunicación; al fin se oyó una voz y preguntó el artista:

—¿Es el hospital de la Piedad?... ¿Puede hablar el señor Santiago Bernard?... De parte de Chamberlin... Es cosa muy urgente... Está bien... No me mueva del aparato...

Y Chamberlin explicó a Bersange que cogiera uno de los receptores. Precisamente hablaba el interno. El artista, cuya voz también, repetía sus palabras:

—Mamá está muy mal... muy mal... Si... La familia llegará mañana por la mañana. ¿Será ya tarde?... Tal vez... Gracias...

Huba terminado la comunicación.

Chamberlin y Bersange se miraron sin decir nada. El cómico rompió el silencio.

—¿Cómo ha de ser!... Esperemos contra toda esperanza y volvamos a mi casa, ya que mi hermana telefonará dentro de poco a mi domicilio.

En casa de Chamberlin había un telegrama. El artista lo abrió febrilmente y leyó:

Querido padrino, estamos todos reunidos. En tan gran felicidad, nos acordamos de ti y de nuestros amigos. Abrázalos a todos. Llegamos mañana a las ocho, con grandes deseos de abrazar a papá.

GINETTE

—¡Pobrecilla! — balbució, tendiendo el telegrama a su amigo.

—Si, verdaderamente parece injusta la suerte... Pero ¿quién sabe?

A las siete de la mañana siguiente, acompañado de Blanca y Renato, llegaba Bersange a casa de Chamberlin, que no había dormido en toda la noche, por lo mucho que tenía oír el timbre telefónico y enterarse de la fatal noticia.

Bersange le preguntó al momento:

—¿Hay algo?

—No... nada.

Con una mirada se comunicaron su satisfacción y sin perder tiempo fueron a la estación de Lyon.

En el andén en donde debía parar el tren preguntó Bersange a un empleado:

—¿Tras retrasa el rápido?

—No. Llegará a la hora.

Permanecieron los cuatro aturridos por el tumulto, algo asustados, como se está siempre que debe producirse un gran acontecimiento, hablando de cosas insignificantes y mirando al reloj a cada momento.

Una agitación repentina de los empleados, un movimiento de la multitud, un silbido, anunciaron la llegada del tren, y apareció la locomotora entre una nube de vapor y humo.

—¡El tren! — gritó Renato.

Paró el rápido. Blanca corrió delante.

—¡He visto a Ginette!

—¿Dónde?

—En la portezuela... Si... ella es... venga conmigo...

Chamberlin y Bersange se quedaron atrás. Estaban muy emocionados por aquel regreso, por las tristes noticias que tenían que dar en medio de aquella alegría, y por eso no seguían a los niños en su entusiasta carrera.

Momentos después estaban todos reunidos. Liseta Fleury abrazaba a Chamberlin; Beria! repartía besos a sus sobrinos; Bersange presenciaba discretamente el conmovedor espectáculo, algo aparte.

Ginette cogió a su madre de la mano y la condujo hacia el príncipe encantado.

—He aquí mi salvador... el señor de Bersange...

—Ginette me ha venido hablando de usted todo el viaje, caballero; ya le conozco y le estimo como si fuéramos amigos de toda la vida...

Y volviéndose hacia Chamberlin, que tenía húmedos los ojos, añadió:

—¿Le hace llorar la emoción, mi buen amigo?

—Sí — balbució el artista —, sí... y además...

—¿Qué más, padrino? — interrumpió Ginette.

Chamberlin lloró. Le ahogaban los sollozos.

—No... no puedo... Bersange, haga usted el favor...

Y en pocas palabras, el fiel amigo explicó a Liseta y a las niñas el estado de Manin.

Encamináronse lentamente hacia la salida, en medio de la oleada de viajeros que se mostraban indiferentes ante aquella familia desconsolada, cuya felicidad acababa de ser destruida tan bruscamente.

Al fin, preguntó Liseta Fleury:

—¿Y cuáles son las últimas noticias?... Dignos la verdad, señor, se lo ruego...

—Se considera que no tiene salvación, señora... No pueden ustedes perder un minuto, si quieren verle antes de...

Sabieron a un ómnibus de estación, amansos, con ganas de gritar al conductor:

—¡Más aprisa!, ¡más aprisa!... Más aún... Allí hay un desgraciado que se muere... que nos espera... ¡Pronto!... ¡Pronto!...

En su blanco lecho, Pedro Manin, inmóvil y lívido, espera, en silencio. Toda la noche ha luchado con la muerte, y la esperanza de ver a los suyos le ha sostenido en tan terrible combate, le ha dado fuerzas para triunfar de la que lleva dos días rodando en torno suyo...

Desde el alba pregunta con voz misteriosa como la agonía:

—¿Han llegado?

La enfermera le responde:

—No, pero no tardarán.

Y esas palabras bastan para darle más ánimo. Ve los rostros queridos brillar

en su triste horizonte, como brillan las estrellas a los ojos de un viajero extraviado. Siente la caricia de las manos, la dulzura de los besos. Sonríe a visiones que se desvanecen poco a poco... Y vuelve a preguntar:

—¿Han venido?

Esa vez le contesta la señorita de Bersange, a quien han permitido estar a su lado:

—No tardarán en venir, se lo aseguro. Dentro de una hora las verá usted...

Manin escucha, escucha con toda su fe; siente una fuerza invisible que le aprieta, que le paraliza los miembros, que le llega al cerebro... Sigue esperando. Los minutos le parecen horas. La muerte está allí, escondida debajo de la cama, espionando. Pero la esperanza la aparta, la rechaza.

De pronto, en el cuarto silencioso resuena el grito salvador:

—¡Ya están aquí!

La señorita de Bersange ha visto por la ventana pasar el ómnibus de la compañía ferroviaria, ha visto apearse a los viajeros, mirar a las paredes y traspasar la puerta.

—Están en el jardín... Vienen de prisa...

¡Ya están aquí!

Y entre aquellas cuatro paredes, es aquel el último rayo de sol de la vida, para el desgraciado que va a irse hacia lo desconocido.

Se ha movido, ha querido incorporarse, a pesar de las recomendaciones de la enfermera. Tiembla y se le crispán las manos. Toda su fuerza está en su voluntad de verlas, de oírlas, de abrazarlas una vez más... Se oyen pasos en el pasillo. Cada uno de esos ruidos pesa en su corazón. Viene el interno, Santiago Berard, y tras él... ellas.

Están allí, a su lado, mirándole a los ojos que las miran desesperadamente. Manin jadea, corre el sudor por su frente. Quiere hablar, no puede, no le salen los sonidos de la garganta. Le ahogan. No sabe si es la alegría o si ya es la muerte...

No, no es ella. Es la rícha de oír aquellas voces infantiles que dicen: «Papá...

papa querido...», es la emoción de sentir en su frente, al cabo de tantos años, el beso de su mujer que le perdona.

—Pedro... Pedro, mírame...

Todas las fuerzas se le agotan, y balbucea:

—Luisa... hijas mías... hijas mías...

¿Cómo retener el soplo que se escapa de sus labios? ¿Cómo no poder dar algo de sí para que él viva?

En un rincón del cuarto, Bersange, Chambertin, Bertal, Blouin y Renato contemplan, atónitos de dolor, esa agonía, esas efusiones y esa huida de la vida que parece que se la ve escapar del cuerpo miserable, como una forma impalpable y blanca.

Porque otra vez se ha posesionado la muerte. Está allí, deshaciendo los brazos, rechazando a los niños y a la mujer. Hiele la piel, la sangre, la boca. Manin estertora y la llama.

—Papá... papá... — dice entre sollozos Ginette.

Por el movimiento de los labios del moribundo se advierte que su última palabra es para sus hijas...

—Hijas...

Y nada más. Se acabó. Manin ha muerto.

No queda más que un cuarto blanco, tres mujeres prostradas al pie de una cama, una enfermera, un poco de luz pálida, sollozos... y un cadáver.

EPILOGO

Meses después

En la calma del Parado, a las orillas del Marne que el otoño empieza a vestir de oro, Liseta Fleury, su padre y las niñas terminan la convalecencia de su corazón. Después de todas las tristezas de los pasados meses, nada había tan grato para toda la familia como estar reunida mañana y noche en torno de la mesa común y sentir que al fin no se ensañaba ya en ella la adversidad y la dejaba

tiempo para saborear la belleza de los días y de las cosas.

Aquella mañana, Chambertin, que seguía dando numerosas representaciones en los cafés cantantes parisianos, había anunciado por carta que iría a Chenevières con el señor de Bersange, que parece ser que tenía que comunicar una cosa muy seria a la mamá de Ginette.

La llegada de Chambertin y de su amigo fué saludada al mediodía por las alegres expansiones de los niños, por la encantadora sonrisa de Ginette y por el buen humor general.

Sentáronse a la mesa. La comida fué alegre, al fin de vez en cuando bastaba una frase para evocar las horas tristes, muy cercanas aún, y el recuerdo del pobre Manin agonizando en el hospital después de su sublime sacrificio.

Terminado el almuerzo hubo un rutilo solemne. Fué cuando el señor de Bersange suplicó a Liseta Fleury que tuviera a bien acompañarle a la sombra del parque, porque quería hablar con ella un momento. Antes procuró decir a Ginette que estuviera cerca del lugar en donde iba a conversar con su madre.

¡Cuán contento y emocionado estaba el príncipe encantado! Sobrado sabía que no le negarían lo que iba a pedir; pero, con todo, su corazón palpitaba al pensar confesar por primera vez un sentimiento que por poder había ocultado siempre hasta aquel día.

Cuando se halló al lado de la madre de Ginette y estuvieron ambos instalados en cómodos sillones de mimbre, Bersange no perdió el tiempo en frases inútiles y dijo claramente:

—Señora, voy a hacerle una confesión muy franca: amo a su hija Ginette.

Liseta Fleury, que no pareció sorprenderse mucho por tal revelación, asintió y contestó:

—Ya me esperaba yo un poco esa declaración; porque generalmente se terminan de ese modo las aventuras que, por casualidad, reúnen a un joven tan amable como usted, caballero, y a una joven tan linda como Ginette. Y hubieran sido muy extraordinario que se hicie-

ra esperar este desenlace. Hay presentimientos que no engañan al corazón de una madre.

— ¡De modo, señora, que me autoriza usted para pedir su mano!

— Sin embargo, ya usted demasiado de prisa... Ginette no tiene aún diez y siete años.

— Lo sé, señora; pero no la pido para casarme mañana, y esperaré muy gustoso. Si usted quiere, dentro de un año le haré la misma pregunta, ya que de antemano estoy seguro de una respuesta favorable.

— En efecto — dijo Lisette Fleury —; pero también convendría saber la opinión de mi hija.

Y llamó: « ¡Ginette! ».

La joven estaba escondida detrás de unos árboles, y acudió con cara más turbada de lo que realmente estaba.

— Ginette — le dijo su madre —, el señor de Bersange te hace el honor de pedirte tu mano, ¿qué debo contestarle?

— Ya lo sabe él — balbució Ginette —, y tengo la seguridad de que no ha dudado de mi corazón un solo instante.

Tras lo cual, ante los entrecerrados ojos de la mamá, besáronse los dos prometidos.

Semejante noticia no podía ser sólo para felicidad de ellos. Llamaron a Gaby, Bianca, Renato y Bertal, y les anunciaron aquellos simpáticos esponsales. Todos, grandes y chicos, parecieran extrañarse; pero en el fondo, sabían de sobra que el príncipe encantado tendría algún día una nueva hada.

— ¡Pero dónde está el padrino? — preguntó de pronto Ginette.

En efecto, no estaba allí el cómico, y por más que le llamaban, no respondía.

Gaby, Renato y Bianca, cogidos de la mano, corrieron en busca del padrino por el parque, y al fin, con gran sorpresa, vieron al artista, que, a ratos triste y a ratos alegre, deshojaba púdicamente una margarita.

— Me ama... un poco... mucho... apasionadamente... nada.

El « nada » le obligaba a hacer una mueca cómica, el « apasionadamente » le

entusiasmaba y le inducía a hacer caprichosas piruetas.

Ginette corrió rápidamente hasta él y le sorprendió:

— Pero, ¿a quién amas tú, padrino? ¿Y qué respuesta te da la flor?

Chamberlin dejó caer la margarita y pareció muy embarazado.

— Mira, niña, no te metas en las cosas de mi corazón.

Como, en medio de todo, lo dijo con acento de broma, Ginette le burló cariñosamente.

— Voy a decir a todos que estás enamorado... aguarda un poco... ¡También el padrino está enamorado!

Chamberlin adoptó una actitud tan suplicante y pareció tan contristado de repente, que Ginette no continuó la chanza.

— ¡Cálto! ¡cálto! — dijo el artista —; tú tienes un secreto, y yo otro.

— ¡Pero el mío ya no es secreto!

— ¡...!

— Estoy prometida al señor de Bersange.

— ¡Qué suerte tienes, hija mía, de realizar así tus deseos!... Yo...

— Hace tiempo — repuso Ginette con serenidad — que sé lo que quieres ser nuestro segundo padre; estoy segura de que, con un poco de paciencia, lo conseguirás algún día, para felicidad de los que ya son tus hijas.

Chamberlin se dejó llevar hacia el grupo que la familia formaba junto a la casa de Bertal. Este último tenía en la mano un periódico, en cuya crónica judicial acababa de leer que toda la cuadrilla de Benazer acababa de ser condenada severamente por el saqueo de los stocks americanos. En particular, Amadeo Benazer fue castigado con veinte años de trabajos forzados, y Flora, la perdida Fiore de Saint-Pons y de Chaligny, a diez años de reclusión.

Todos estaban demasiado contentos para que tan justa aplicación de la ley pudiera parecerles una feliz venganza. Gaby fue la única que aplaudió al oír que la Benazer iba a pasar largos años en celda y Renato brinó de entusiasmo, gritando:

— ¡Diez años!... ¡diez años!...

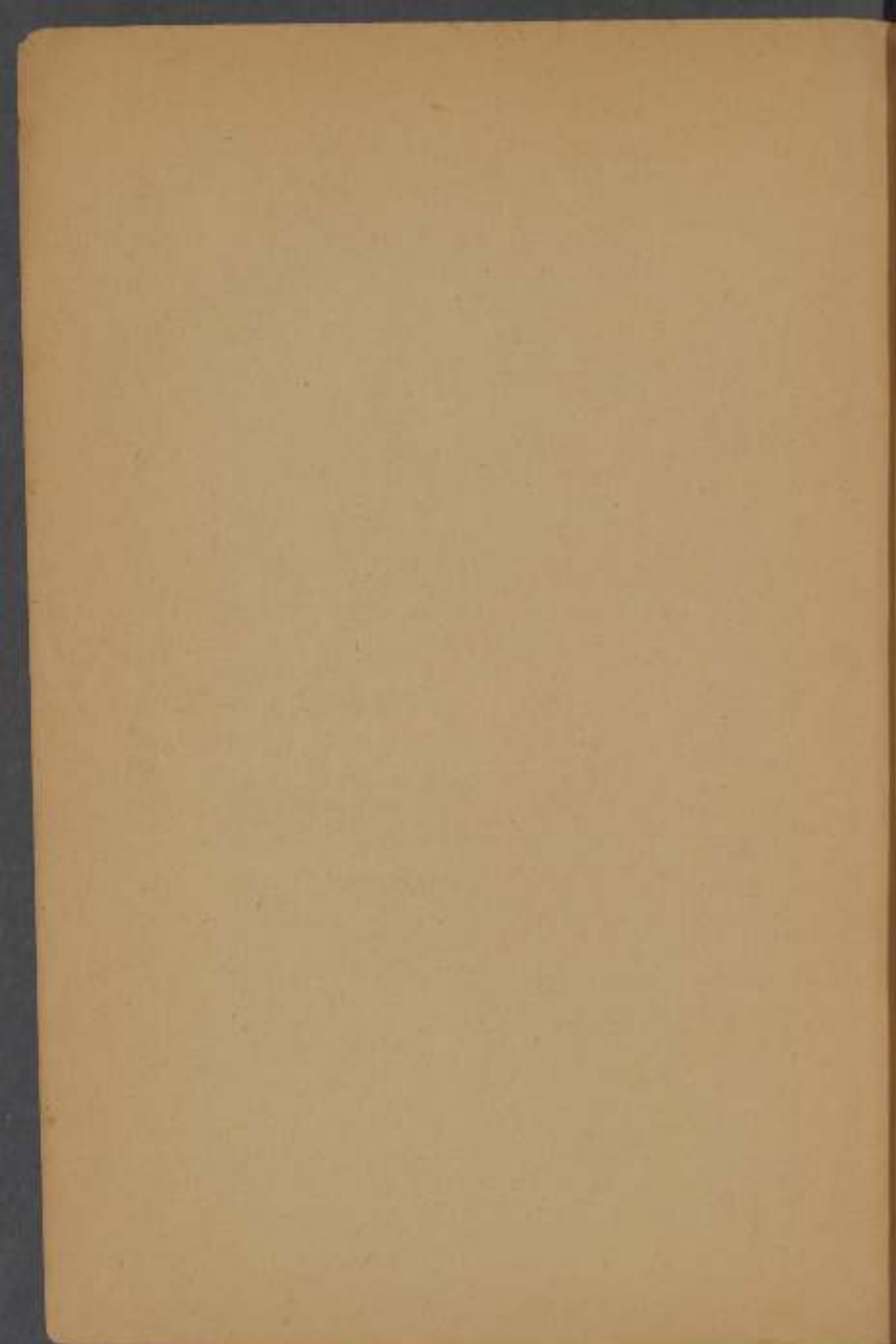
Y como la atmósfera era propicia al matrimonio, añadió:

— Cuando salga de la cárcel, Gaby querida, nos tocará a nosotros casarnos juntos.

FIN

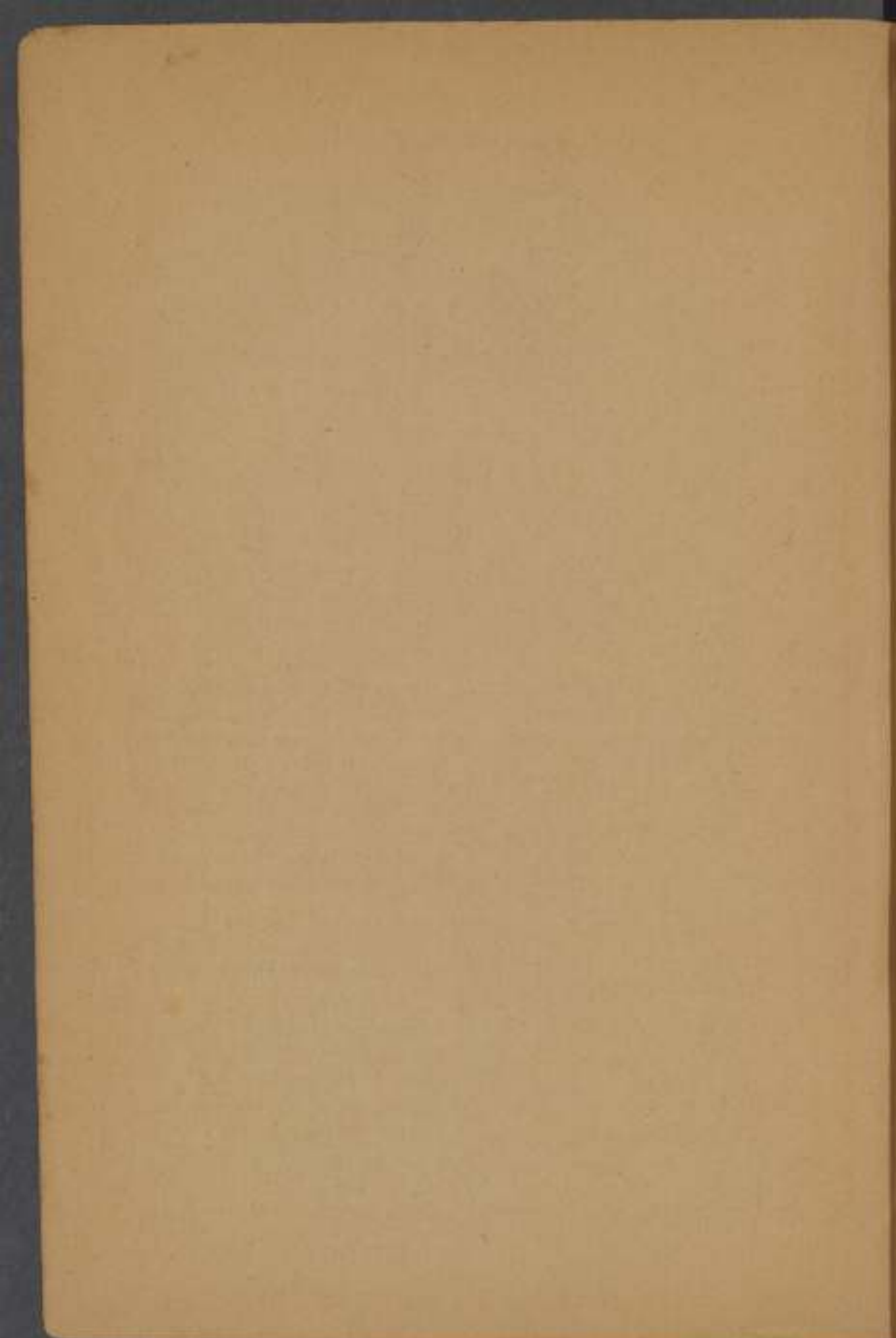
EN PREPARACION

JUDEX, por Arthur Bernède y Louis Feuillade
BARRABÁS, por Maurice Level y Louis Feuillade



INDICE

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRIMER EPISODIO		SEPTIMO EPISODIO	
FLORES DE PARIS		LO INESPERADO	
I.—Pedro Manó	8	XXIV.—La vuelta a la vida	82
II.—La salida de un buque	7	XXV.—La buena noticia	84
III.—El encuentro	10	XXVI.—El regreso de Margara . . .	88
IV.—En el convento	11	XXVII.—El rapto	89
V.—El abuelo	14		
VI.—El santo de mamá	20		
SEGUNDO EPISODIO		OCTAVO EPISODIO	
NOCHE DE PRIMAVERA		ENTRE LOBOS	
El santo de mamá (continuación). .	24	XXVIII.—Perdidas en las tinieblas. .	94
VII.—El regreso	27	XXIX.—La amenaza	96
VIII.—La evasión	32	XXX.—Desaparecidas.	100
		XXXI.—En el Hotel de los Viajan- tes	102
TERCER EPISODIO		NOVENO EPISODIO	
LA FUGITIVA		EL JURAMENTO DE GINETTE	
IX.—El calvario	35	XXXII.—Por salvar a su padre . . .	104
X.—Lo que había sucedido	39	XXXIII.—Donde Chamberlin toma el desquite	105
XI.—¡Fatalidad!	42		
CUARTO EPISODIO		DIECIMO EPISODIO	
EL MUERTO RESUCITADO		EN BUSCA DE LA MUERTE	
XII.—El detective Triol entra en escena	48	XXXIV.—La rehabilitación	116
XIII.—En el Teatro Farnia de Burdens	50	XXXV.—Amor... Amor...	121
XIV.—Pesquisas	52	XXXVI.—J. C.	124
XV.—Maula, Loringie y C. ^a	55		
XVI.—La vuelta de Chamberlin . .	58		
QUINTO EPISODIO		UNDICESIMO EPISODIO	
EL LIRIO BAJO LA TEMPESTAD		LA CIUDAD DE LOS TRAJOS	
XVII.—En la boca del lobo	61	XXXVII.—Todo lo pueden los puños. .	133
XVIII.—Camino del refugio	64		
XIX.—En casa de la tía Michaud .	67		
XX.—La tía Michaud demuestra su agradecimiento	69		
SEXTO EPISODIO		DODICESIMO EPISODIO	
REGENERACION		EL REGRESO	
XXI.—En donde Triol demuestra ser un fino sabueso	72	XXXVIII.—Las noticias de Manin .	140
XXII.—La cita nocturna	76	XXXIX.—La vuelta de la naufraga. .	142
XXIII.—Trabajando	78	XL.—El fin de una banda	143
		XLI.—La muerte de Manin	146
		Epilogo.—Meses después	149



120 páginas
cada número



1'30 pesetas
ejemplar

APARECE MENSUALMENTE

La revista mensual ilustrada LECTURAS proporciona escogida y amena literatura para varios días. Cada número, con sus ciento veinte páginas, contiene más texto que dos novelas de trescientas. La revista LECTURAS es un verdadero «magazine» literario. Publica cuentos, novelas, comedias, semblanzas de las primeras figuras del teatro y del cinematógrafo, artículos de vulgarización, etc. Ha publicado trabajos de Benavente, Fernández Flórez, Palacio Valdés, Axorín, Guimerá, Sassone, Alvarez Quintero, Smith, Wilde, France, Twain, etc. La revista LECTURAS aparece del 15 al 20 de cada mes.

Sin caer en lo insípido ni en lo ñoño, cuanto publica LECTURAS es *absolutamente moral*. Cada número contiene de diez y seis a veinte trabajos. El número 4 contiene:

- 9 cuentos,
- 5 novelas cortas,
- 1 comedia,
- 2 novelas largas,
- 8 artículos de amenidades
(teatrales, cinematográficas, vulgarización, etc.).

Todos los trabajos de LECTURAS van profusamente ilustrados. En cada número van ocho páginas tiradas por el procedimiento del hucograbado, en las que se reproducen paisajes, monumentos, etc.

Número suelta. 1'30 pesetas

La suscripción combinada a El Hogar y a LECTURAS, al mes (3 números Hogar y 1 LECTURAS). . . 2 pesetas

De venta en quioscos, en las buenas librerías y en la casa editora

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

Calle Diputación, núm. 211. — BARCELONA

BIBLIOTECA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Salud-Fuerza-Belleza

por medio de la Gimnasia Sueta

por el DOCTOR SAIMBRAUM

Un tomo de 150 páginas. 2 ptas.

ESTA obra, de la que se han hecho ya más de veinte ediciones, puede decirse que se ha convertido en el texto clásico para la enseñanza práctica de la gimnasia sueta.

La edición es ilustrada con numerosas grabados y, entre ellos, una serie de fotografías del natural, en que se reproducen los principales ejercicios y movimientos de la gimnasia sueta.

La nueva edición, actualmente en venta, ha sido cuidadosamente corregida, y adaptada en varios puntos de errata.

Gimnasia Respiratoria

Teoría y práctica

por el DOCTOR SAIMBRAUM

Un tomo de 150 páginas. 2 ptas.

ESTE libro, basado en el estudio del doctor Arnulphy, pero arreglado y mejorado por su autor conforme a las experiencias que le ha proporcionado una larga práctica profesional, es un compendio, hecho en forma clara y a la vez que sencilla, de cuanto sobre la gimnasia respiratoria se ha hecho y se ha escrito en España y en el extranjero.

La edición actual contiene más de 40 ilustraciones reproduciendo los principales movimientos de la gimnasia respiratoria.

Gimnasia de las profesiones

Ejercicios especiales para cada oficio o profesión

por el DOCTOR SAIMBRAUM

Un tomo de 150 páginas. 2 ptas.

ES la obra más completa que se ha escrito sobre especificación de la gimnasia en cada uno de los casos particulares que pueden presentarse.

Explica en forma clara qué clase de gimnasia conviene a cada cual según la profesión que ejerce, exponiendo al final varias series de ejercicios para los intelectuales, para los obreros del campo, para los obreros de fábricas, para los campesinos, etc., etc.

Contiene también buen número de ilustraciones que aumentan considerablemente el valor práctico de esta obra.

Cómo debo comportarme en sociedad

por LA DOCTORA FANNY

Un tomo de 200 páginas. 2 ptas.

ERA de gran necesidad la publicación de una obra que ayudara a resolver una porción de preguntas y cuestiones problemáticas que en la vida de sociedad se nos presentan a cada momento. ¿Qué me corresponde hacer cuando me presentan a la vez a varias personas de mis o de la otra categoría? Cuando me mudo de casa, ¿qué corresponde a mi visitar a mis nuevos vecinos, después de ofrecerles la casa? Resuelve buen número de dudas, y da una ajustada idea de las normas que regulan la vida de sociedad.

Modos de defenderse en la calle sin armas

por el DOCTOR SAIMBRAUM

Un tomo de 200 páginas. 2 ptas.

HASTA hoy el título de esta obra para hacerse cargo de la gran utilidad que puede prestar en muchos momentos de la vida. ¿Quién no ha sido víctima alguna vez de un ataque violento por parte de otro? ¿Quién no se ha visto en el caso de tener que defenderse de una agresión material? Para estos casos para otros casos es utilísima la obra del Dr. Saimbraum, escrita con la precisión y con la claridad que tanto le han acreditado en otras obras de carácter práctico.

Come y gasta menos y aliméntate más

por el DOCTOR SAIMBRAUM

Un tomo de 150 páginas. 2 ptas.

ESTA útil obra expone la verdad sobre la alimentación en pocas páginas, con exposición clara, a la altura de todas las inteligencias. Explica qué debe comerse, cuánto debe comerse, cómo y cuándo debe comerse, y termina el libro con un estudio acerca de los alimentos sanos, de la cocina racional, de la economía de la alimentación, etc.

Es un libro que interesa a todos los clases sociales y cuya lectura recomiendamos a toda persona cuidadosa de su salud.

<p>Los hijos bien educados por el Doctor SAIMONAT</p> <p>Un tomo de 200 páginas. 2 ptas.</p>	<p>ESTA obra para de relieve buen número de errores de falta que se cometen en la educación familiar, conteniendo una serie de consejos prácticos dictados por la educación racional moderna, con objeto de evitar el darle elacha de nuestros a los hijos del día de ahora, graves que los diferentes moral e intelectualmente y de acostumbrar a los padres a tomar en serio cuanto viene a sus descendientes.</p>
<p>Para ser buen ciudadano por el Doctor VÁSQUEZ YARRA</p> <p>Un tomo de 200 páginas. 2 ptas.</p>	<p>CREEMOS en deber el dar al público en los momentos actuales esta interesante obra, indispensable a todos los ciudadanos que quieren conocer sus derechos y sus deberes y contribuir a que, en el engrandecimiento de nuestra patria, llegue ésta, por una de todas, al más alto grado de civilidad posible. Homages, mujeres, jóvenes..., a todos interesa leer el interesante libro que hoy les presentamos y que está escrito en la forma sencilla y amena peculiar de este autor.</p>
<p>Higiene del dispeptico por el Doctor W. CORRIEU</p> <p>Un tomo de 200 páginas. 2 ptas.</p>	<p>EN estilo claro y sencillo trata el Dr. Corrieu de este mal, el mal del siglo, como lo llamó un higienista ilustre. Previene, trata, cura todo, obra de utilidad práctica, muestra el autor convenientemente cómo se debe a ser dispeptico, cómo se puede evitar el serlo y, una vez adquirida la enfermedad, cómo se cura. Según el autor, la causa de la dispepsia estriba en una falta de higiene, y su curación depende, casi siempre, de un régimen higiénico que en el libro se indica.</p>
<p>Tratado de Higiene Moderna por el Doctor JUAN BARDINA</p> <p>Un tomo de 400 págs., tela. 6 ptas.</p>	<p>LA Higiene moderna es base de la salud, de la robustez, de la inteligencia, de la moral. Este libro le pone al alcance de todos. Selecciona, además, por sus procedimientos y su sencillez presentados.</p> <p>Por la compleja de su doctrina, la modernidad de sus orientaciones, la claridad del raciocinio, la sencillez del lenguaje y la abundancia y novedad de los grabados, resulta a la vez científica y de vulgarización.</p>
<p>Los baños de sol, de aire y de luz en casa por el Doctor MONTAUDO</p> <p>Un tomo de 350 páginas. 5 ptas.</p>	<p>EN los momentos actuales, cuando el Naturismo y la Medicina natural adquieren de día en día mayor predicamento en todos países, nos ha parecido oportuno dar a luz el presente tratado de Medicina natural. En estos, el Dr. Montaudou, hombre de bien acreditada fama, lleva treinta y ocho años practicando las doctrinas que predica este libro, que está escrito para interesar tanto a los médicos como a los profanos, y de entre éstos, de un modo especial, a los que padecen de enfermedades crónicas.</p>
<p>Para ser fuertes por W. BLAIRIE</p> <p>Un tomo de 300 páginas. 5 ptas.</p>	<p>EL valor, la especial característica del libro de Blairie, está en la fuerza, en el valor de persuasión con que el autor presenta los hechos y obliga al lector a compartir sus convicciones. En una palabra, el valor y la espectacularidad del libro están en su carácter científico, que le da una fuerza tal que por sí sola explica el éxito que ha tenido esta obra en los Estados Unidos, donde van agotadas de ella numerosas ediciones. A este éxito han contribuido también el valor científico y la claridad del método y de exposición que en toda la obra campean.</p>
<p>Obras agotadas temporalmente</p> <p>La energía en 10 lecciones.- La fotografía.- Para ser elegante, para ser bella</p>	

BIBLIOTECA DE LA MADRE DE FAMILIA

Las hijas bien educadaspor M.^a M. A. OSORIO Y GALLARDO

Un tomo de 250 págs. tela. 6 ptas.

ES un útil manual que expone las normas de educación, de instrucción y de economía doméstica que constituyen el bagaje indispensable de toda joven que se prepare como es debido al futuro matrimonio, este factor que es la verdadera aristocracia de la sociedad.

La obra está escrita en el estilo claro y sencillo peculiar de su insignia autora.

Es el libro de la familia.

El médico en casa

por LA DOCTORA FANOT

Un tomo de 509 págs. tela. 15 ptas.

ESTA obra presenta el siguiente escrito de esta expuesta en la forma tal que no pretende substituir al médico, sino únicamente complementar en caso de necesidad y secundarle eficazmente en las demás cosas. Es un libro que debe y puede estar en las manos de todos.

La nueva edición que hoy ofrecemos ha sido corregida, y buen número de capítulos han sido aumentados, y forman un voluminoso tomo encuadrado con fuertes y elegantes tapas de tela.

La cocina casera

por LA DOCTORA FANOT

Un tomo de 210 págs. 250 ptas.

ESTE interesante libro formulario práctico de la cocina, el comedor y la despensa, contiene fórmulas sencillas para preparar, hasta en las cocinas más modestas, platos sublimados, higiénicos y variados, y procedimientos caseros para la elección, compra, conservación y mejor aprovechamiento de los alimentos. Actualmente comienza de pensar a la venta la tercera edición.

Contiene más de 2,400 fórmulas.

Repostería y confitería caseras

por LA DOCTORA FANOT

Un tomo de 250 págs. 250 ptas.

ESTE voluminoso manual más de 500 fórmulas que explican los modos sencillos y prácticos para preparar con economía platos de dulces, pastales, compotes, helados, helados, sorbetes, refrescos, pochets, infusiones y licores.

La obra contiene varias láminas que, junto con la disposición especial del redactado, aumentan la utilidad práctica del libro.

El valor del mismo se le atribuye de sus fórmulas. Todas ellas pueden llevarse a la práctica hasta con sencillos medios.

Secretos de higiene y de belleza

por el COMAR DE CARLERS

Un tomo de 250 págs. 250 ptas.

LA idea que ha presidido en la redacción de este libro es que «La mujer, con siendo encantada y honesta, debe cuidar con esmero su cuerpo, ya que uno de sus principales fines es el de ser agradable al hombre y con sus atractivos ser una compensación que le consate y subyugue en el mayor grado posible. El libro contiene buen número de fórmulas y recetas maravillosas para la mujer amante de la economía y de la higiene».

Es un libro del que se han hecho en poco tiempo dos ediciones.

La portada, desde el elegante forrado, es muy sugestiva.

Cómo se crían sanos nuestros hijos

por el Doctor VÁSQUEZ YEPES

Un tomo de 250 págs. 250 ptas.

EL título de esta obra poco de modesto, porque no da idea completa del contenido del libro. En realidad, es una de las más interesantes obras del Dr. Vázquez Yepes que estamos de publicar ya se estereó esta a la salud corporal del niño, esto que da reglas prácticas y fáciles para lo que pudieran llamar en higiene mental y espiritual.

Es un verdadero tratado de pediatría, escrito con gran sencillez, comprendiendo toda terminología científica, a fin de que pueda ser entendido por los profanos.

Lo que deben saber todas las mujeres

por el DOCTOR CARLOS RICHET

Un tomo de 100 páginas. 2 ptas.

OBRA admirable, modelo de claridad y de interés, en la que un sabio expone los conocimientos indispensables a las mujeres para el buen ejercicio de su altísima misión de cuidar a los hijos y cuidar a los esposos. En lectura está de gran utilidad a las madres de familia, sanadoras, enfermeras, etc. Es el libro de la enfermera. La obra original se publicó en plena guerra europea, cuando toda mujer francesa se dedicaba por cuidar a los enfermos y heridos que producía la guerra.

La Cunaatilla de Labores

Colectión de álbumes

- Álbum 1. — Álbumes para una niña.
- Álbum 2. — Trabajos de hilo.
- Álbum 3. — Labores de punto.
- Álbum 4. — Labores en tejidos.
- Álbum 5. — Labores de crochet.
- Álbum 6. — Labores de tejido.
- Álbum 7. — Labores a la máquina.
- Álbum 8. — Labores de punto.
- Álbum 9. — Crochet negro.
- Álbum 10. — Crochet y tejido.
- Álbum 11. — Labores para niños.
- Álbum 12. — Crochet negro.
- Álbum 13. — Punto de cruz.
- Álbum 14. — Labores para niños y niñas.
- Álbum 15. — Labores para niñas.

Cada álbum. Una peseta.

LA colectión de álbumes de labores que forman la serie «La Cunaatilla de Labores» está hecha por varias expertas dibujantes especializadas en este ramo de dibujo.

Los modelos contenidos en cada álbum están ya dibujados a tamaño natural, de modo que no hay necesidad de recurrir al dibujante para reproducirlos en las prendas; basta con calzarlos, operación que hasta una niña sabe hacer.

Buen número de los contenidos han sido recompensados varias veces, lo que amplía al favor con que el público recibe esta colección.

COLECCIÓN "NOVELAS PARA EL HOGAR"

Felipe Derblay

por JORGE ORTIZ

Un tomo de 350 páginas. 4 ptas.

ESTA preciosa novela, obra maestra del insigno novelista Jorge Ortiz, es una de las obras que más se han leído en España. En poco más de tres meses se agotaron la primera y segunda ediciones.

Hay que reconocer que en este caso resulta justificado el éxito con que el público recibe esta novela, de una trama tan real como emocionante. El asunto absolutamente moral de su argumento permite pasarla en todas las casas.

La edición que hoy ofrecemos está sumamente mejorada y forma un segundo volumen.

EN PREPARACIÓN

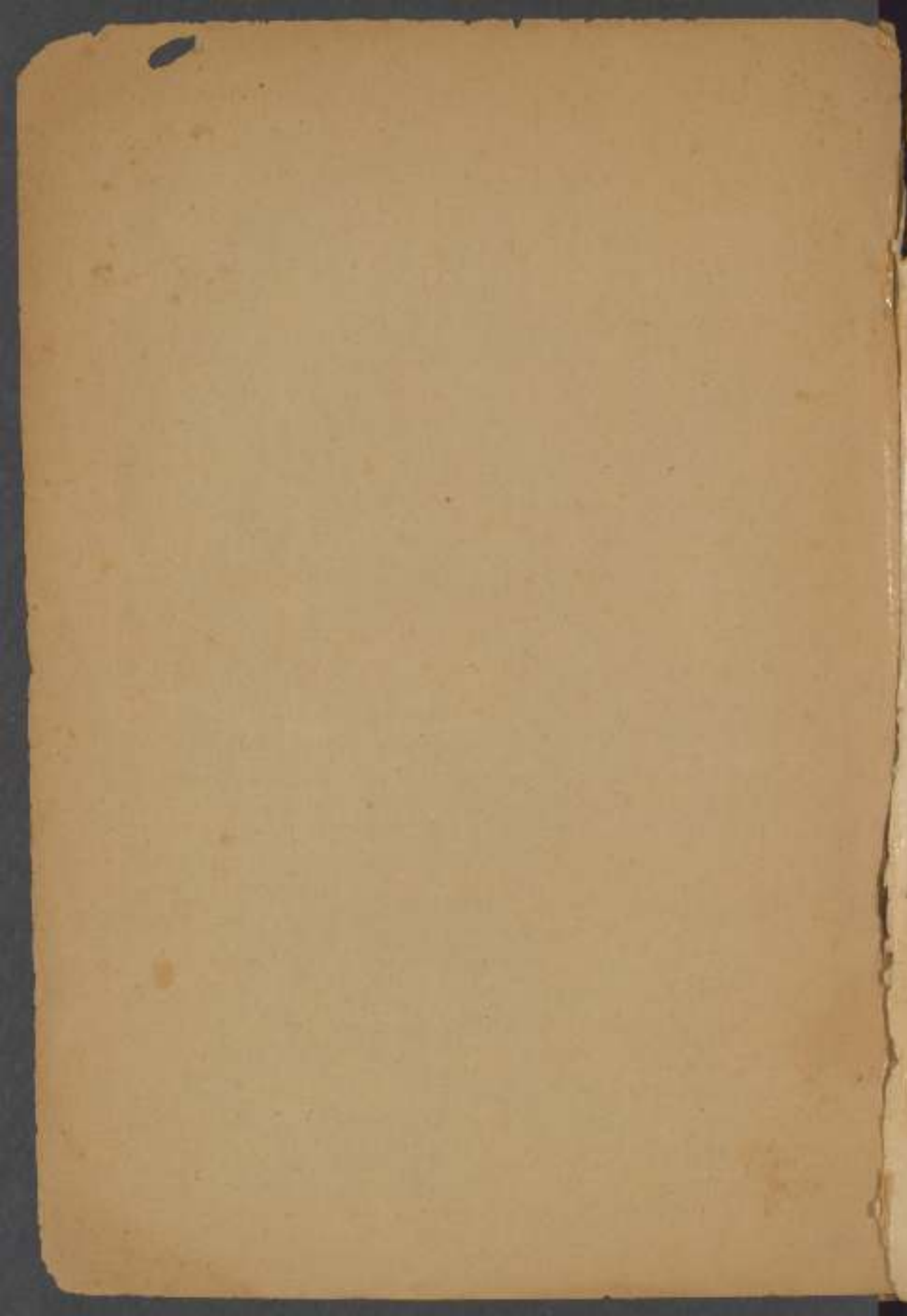
María, por JORGE ORTIZ.

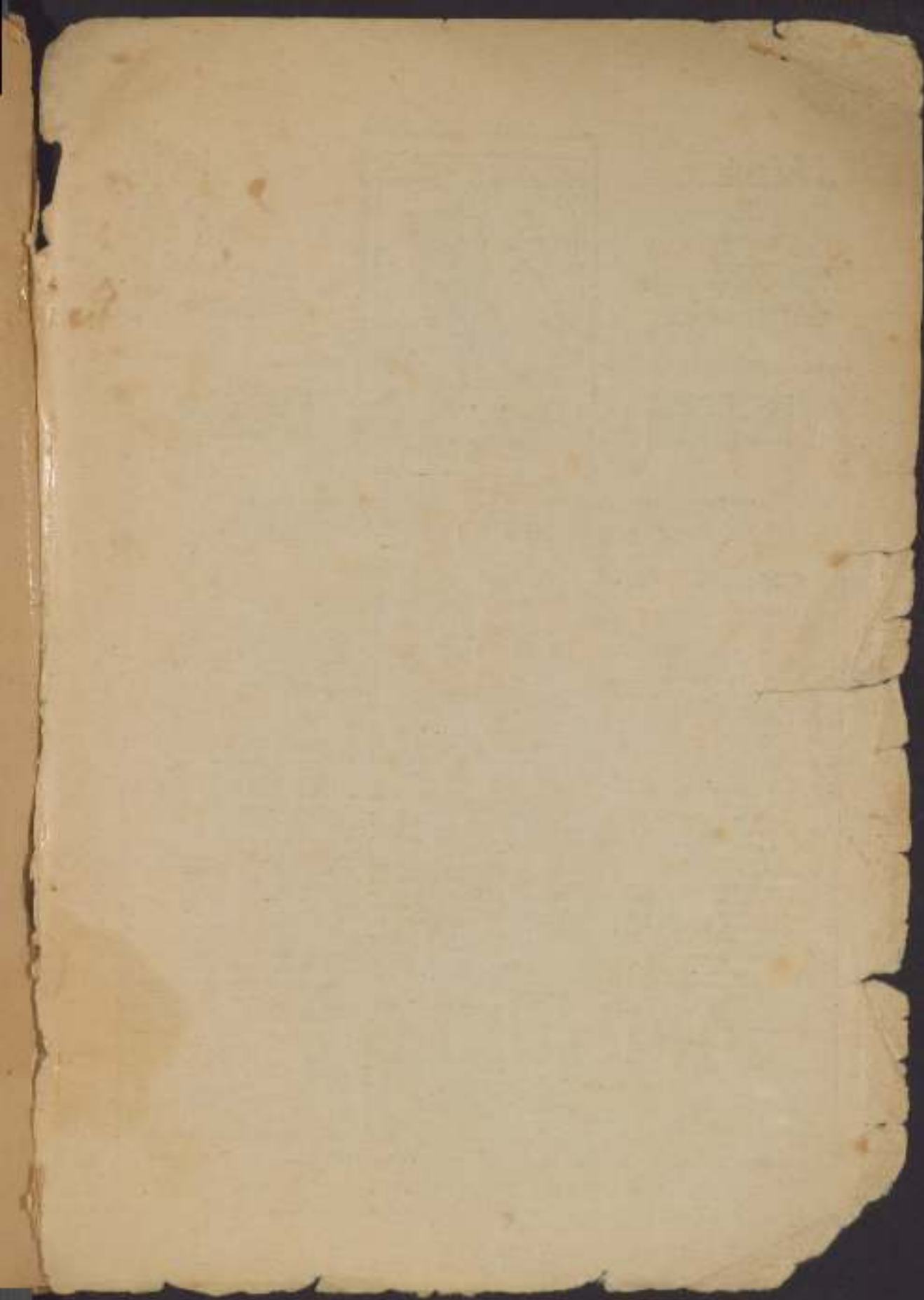
Sonia, por HENRY GERVILLE.

El calvario de Raissa, por HENRY GERVILLE.

Donia, por HENRY GERVILLE.

Lil, de los ojos color del tiempo, por CRISTÓBAL.





Nueva
época
de una
revista
española.



Hoy
es la
mejor
revista
femenina

40 páginas
cada número

3 números
al mes

EL HOGAR Y LA MODA

es la revista del hogar español

Es una revista que además de publicar en cada número más de veintidós preciosas figuras reproducidas las últimas modas de moda, contiene abundante y útil texto.

Así, pues, es ya sólo un periódico de figuras, sino que es una revista femenina completa. He aquí una relación de lo que EL HOGAR Y LA MODA explica a sus lectores:

cómo pueden hacerse salados y económicos menajes

cómo pueden embellecer su hogar (modos sencillos de hacer adornos y pequeños muebles).

qué es lo que se llevará la próxima temporada (crónicas de París, revistas de la moda).

cómo pueden evitarse muchas enfermedades (crónicas de higiene por renombrados doctores).

cómo se hacen bonitos sombreros, cómo se embellecen las vestidas y los tallados (vitrines, porteros, etc.).

cómo se cortan trajes y otras prendas (secciones de corte).

cómo se cuidan las plantas y flores.

Además de esta serie de conocimientos prácticos, EL HOGAR Y LA MODA publica una linda novela.

Las mejoras y reformas introducidas en esta antigua revista la han convertido en la primera publicación femenina.

novelas, poesías, piezas de música, recetas de cocina y la popular sección

"De todos a todos"

en la que colaboran sus lectores dándonos gustosamente consejos, recetas, fórmulas, etc. En la redacción de algunas contestaciones toma parte activa La Doctora Penny.

Regala a todos sus lectores libros y obras enciclopédicas (Diccionario Castellano, Historia de España, El Mundo en casa, la novela Felipe Verbeke, etc.) y series mensualmente de tachos de manicura y de perfumería, libros, etc., etc.

Y por último, una vez al mes, da una bolsa de labores y unos sets patronos recortados.

A pesar de sus importantes refor-

mas, EL HOGAR Y LA MODA continúa valiendo

UNA PESETA AL MES

En Barcelona y en Madrid las suscripciones se cobran por meses. En las demás poblaciones han de pagarse por semestre, o por año anticipado (6 y 12 pesetas, respectivamente), debiéndose remitir el importe a

EL HOGAR Y LA MODA
calle Diputación, 211. — Barcelona

Los suscriptores disfrutan además de la ventaja de poder adquirir a un precio reducido el magazine

LECTURAS

una revista mensual de más de cien páginas, cuyos números tienen

- 1 comedia,
- 2 novelas largas,
- 6 cuentos,
- 3 novelas cortas,
- 6 artículos (crónicas de modas, primeras actrices, páginas cinematográficas, variedades, etc.).

Las suscripciones combinadas a EL HOGAR y a LECTURAS valen

DOS PESETAS AL MES

(12 pesetas al semestre o 24 pesetas al año). La revista LECTURAS se vende al precio de 1,60 pesetas ejemplar, de forma que los lectores de EL HOGAR Y LA MODA pueden adquirir LECTURAS ahorrándose 3-60 pesetas por año.

CUPON - REGALO

Enviar a la Sociedad General de Publicaciones, S. A. - Bissonnet, 111. — Barcelona

El nombre _____ de _____

en la calle _____, desea recibir una muestra de la revista

EL HOGAR Y LA MODA.

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A. — CALLE DE LA DIPUTACIÓN, 111 — BARCELONA